Brad Linaweaver
J. Kent Hastings

ANARCHÍA

UNA HISTORIA ALTERNATIVA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

¿Y si los anarquistas hubieran triunfado? Para comprender esta posibilidad histórica, sería necesario partir de dos premisas: primero, que los anarquistas hubieran actuado como tales en lugar de intentar colaborar con las demás fuerzas políticas de la República, y, segundo, que hubieran podido desarrollar algún arma o estrategia que los pusiera en igualdad de condiciones con la maquinaria bélica alemana, y pudiera contrarrestar el envío de armas de la URSS al PCE con el único fin de promocionar a este partido.

La historia alternativa es un subgénero de la ciencia ficción en el que uno o más eventos históricos ocurren de manera diferente a como ocurrieron en nuestra línea del tiempo.

En esta historia alternativa de la guerra civil española, los nazis toman Madrid por medio de una operación relámpago. Orlov se suicida tras su fracaso en proteger el oro del Banco de España con destino a Moscú, preguntándose ¿Podría el proceso dialéctico histórico que garantizaba la victoria final del comunismo mundial sobrevivir a este error?; error, que consiste en que ese oro sea liberado por los anarquistas, con un Durruti redivivo y que cuentan con la aportación de Werner von Braun…

Hedy LAMARR

Wernher VON BRAUN

George ORWELL

Anarquía

AN ALTERNATE HISTORY OF THE SPANISH CIVIL WAR



BRAD LINAWEAVER

J. KENT HASTINGS

Josef STALIN

Ernest HEMINGWAY

Ayn RAND

Francisco FRANCO

with Adolf Hitler, Konrad Zuse, John Dos Passos, Louis B. Mayer, G.K. Chesterton, and a cast of thousands!

Brad Linaweaver

J. Kent Hastings

ANARQUÍA

Una historia alternativa
de la Guerra Civil Española

Anarquía. An Alternate History of the Spanish Civil war

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de los autores o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas, eventos o lugares reales, vivos o muertos, es pura coincidencia (a menos, claro, que vivas en el mundo de *Anarquía*).

Primera edición: octubre de 2004

Portada original: Kelly Freas.

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Dedicado a

Emma Goldman

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prefacio de los editores

Prólogo

I. Barcelona, julio de 1936
II. Con destino a Hollywood
III. En el Vaticano
IV. Los genios
V. Madrid, primavera de 1937
VI. Guernica, abril de 1937
VII. Madrid, primavera de 1937
VIII. Junio de 1937
IX. Howard y Hemingway
X. Aragón, junio de 1937
XI. Aragón, verano de 1937
XII. Barcelona, otoño de 1937
XIII. Hollywood, Estados Unidos

LA MATERIA NEGRA DE “ANARQUÍA”
Personajes significativos de “Anarquía”

Epílogos:
Anarquía. J. Neil Schulman
“Los cuernos del toro”. Bill Patterson
“Caos planificado”. William Alan Ritch
¡El singular viaje de *Anarquía*! Víctor Koman
“Desplegando la alfombra roja”. Dafydd ab Hugh
“Informe desde el frente”. Randall N. Herrst

Glosario de términos
Cronología
Miscelánea
Sobre los autores
Créditos y referencias
Expresiones de gratitud

PREFACIO DE LOS EDITORES

Como han señalado otros, en particular J. Neil Schulman, en los "Epílogos", el camino de *Anarquía* hacia su resolución y culminación ha sido casi tan azaroso y tortuoso como el de su tema, la Guerra Civil Española. Además, al igual que la guerra cuya historia alternativa narra, *Anarquía* ha contado con su propio conjunto de "Brigadas Abraham Lincoln", tanto individuales como en equipo, que, en diversas ocasiones, han acudido a su rescate o han reforzado sus almenas.

Queremos aprovechar esta oportunidad para agradecer a todos aquellos que han ayudado *a Anarquía* en su camino desde el principio, y especialmente a aquellos que lo han ayudado a lo largo del camino mientras ha estado en nuestras manos.

Queremos agradecer especialmente al artista de portada Frank Kelly Freas, quien perseveró en la creación de nuestra gloriosa portada, incluso después de una grave caída. Este accidente, que le provocó una dolorosa y persistente lesión de cadera, no disuadió a Kelly Freas de perseverar en su compromiso con nosotros y con *Anarquía.*

Como editores, trabajar en *Anarquía* ha sido una experiencia fascinante. Al igual que otros, hemos comprobado que *Anarquía* concentra tantas ideas emocionantes e inesperadas en sus páginas para crear un vínculo contagioso con su mundo. Editar *Anarquía* despertó simultáneamente nuestra imaginación como lectores e inspiró nuestra creatividad como editores. Por consiguiente, al igual que los amigos de *Anarquía* que añadieron las perspectivas que se encuentran en los "Epílogos", los editores se sintieron impulsados a mejorar aspectos de la presentación de la novela. Esperamos que estos elementos de presentación contribuyan a que disfruten más de esta obra única.

Ambos hemos admirado durante mucho tiempo la atmósfera histórica creada por el uso de fotografías de época de Jack Finney en su novela clásica, *Time and Again* [Una y otra vez], y su sentido de la realidad de ese tiempo y lugar, la sensación de "estar allí". Mientras editábamos y verificábamos los hechos del manuscrito *de Anarquía,* nos impresionó de inmediato la naturaleza extremadamente visual no solo de las descripciones de Brad y Kent, sino de

casi todas las descripciones de la Guerra Civil Española. El tiempo, el lugar y la gente se combinaron para crear un impacto visual naturalmente cinematográfico y artístico que inspiró a pintores de palabras tan dispares como Ernest Hemingway y George Orwell, pintores como Pablo Picasso y fotógrafos como Robert Capa, David Seymour, Gerda Taro y Henri Cartier–Bresson, quien murió cuando este libro estaba en imprenta.

De igual manera, las secciones «Cronología», «Glosario» y «Miscelánea» fueron creadas por los editores. Cualquier error en estas secciones es responsabilidad exclusiva de los editores y las editoriales.

Finalmente, esperamos que ustedes, al igual que quienes han leído varios borradores de *Anarquía,* coincidan con el maestro de la imaginación, Ray Bradbury, en que *Anarquía* es «increíble y maravillosa». Por nuestra parte, no podríamos haber pedido un libro cuyos autores emplearan con mayor creatividad su capacidad de asombro para reinventar dramáticamente la realidad del pasado mediante ideas y ciencia extraordinarias. Tampoco podríamos haber pedido un libro más apropiado para ser la primera novela original publicada por nuestro sello *Sense of Wonder Press.* ¡Que lo disfruten!

Jim y Lynne Rock,

Editores

El pobre hombre simplemente está en el trabajo equivocado.

—HL Mencken, 1932,
En las profundidades de la Depresión



PRÓLOGO

En el mundo que conocemos, Wernher von Braun fue un brillante teórico y diseñador de cohetes alemán que trabajó para los alemanes antes y durante la Segunda Guerra Mundial y que, después de la terrible carnicería de esa guerra, se convirtió en el ancla alrededor del cual se desarrolló el programa espacial, militar y de cohetes estadounidense posterior a dicha Segunda Guerra.

Antes de ser conocida en Estados Unidos como la bella actriz Hedy Lamarr, Hedwig Eva Maria Kiesler, hija de un banquero austriaco de Viena, era una adolescente de espíritu libre, famosa incluso antes de su escandalosa escena de desnudo en la película Éxtasis, filmada a los diecisiete años. El apodo cariñoso que su madre le daba era "Princesa Hedy".

En 1933, sus padres concertaron un matrimonio con un infame fabricante y diseñador de armas, el rico y poderoso Fritz Mandl. Inmensamente influyente en el régimen nazi, Mandl era cercano a Adolf Hitler. Frau Mandl se vio obligada a servir de anfitriona a numerosos visitantes nazis y fascistas poderosos. Cada vez más disgustada con su matrimonio y horrorizada por las ideas políticas de su marido, huyó de él, abandonó Europa para instalarse en Hollywood, se convirtió en Hedy Lamarr y, bajo la tutela de Louis B. Mayer, de la MGM, disfrutó de una exitosa carrera cinematográfica. Durante la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en una importante recaudadora de fondos para el esfuerzo bélico y las causas antinazis. Con su valiosa inteligencia, ayudó a desarrollar y fue copropietaria de la patente de un sistema de salto de frecuencia electrónico que marcó el comienzo de las comunicaciones de banda ancha actuales. Tras la guerra, se convirtió en una de las estrellas de cine más prominentes y conocidas de Hollywood.

Pero en el mundo de Anarquía *la vida sigue un camino muy diferente para el joven Wernher von Braun y la aún más joven Frau Hedwig "Hedy" Mandl.*

La cronología de Hedy en el mundo de Anarquía *pudo haber comenzado a divergir de la nuestra durante una cena muy especial celebrada en la casa vienesa de Fritz Mandl, ofrecida por su encantadora y joven esposa, Hedwig, durante los primeros años del Tercer Reich alemán. Nadie conoce los detalles exactos de lo que sucedió en esa cena tan especial, en la que participó el hombre más peligroso de Europa. Pero sí sabemos que en el mundo de* Anarquía, *varias vidas significativas tomaron caminos diferentes, y así el mundo cambió para siempre.*

Comenzamos la historia de Anarquía *con la joven que luego se convertiría en Hedy Lamarr, la noche en que interpretó el papel más difícil de su vida.*

"¡Su esposa es una anfitriona perfecta, Herr Mandl!"

El orador pronunció el cumplido con gran profusión. Tomó la mano de la joven y posó sus labios secos sobre su suave piel. Había algo en él que la perturbaba. Por lo general, le atraían los hombres mayores, pero había algo en la mirada de este que la hizo reflexionar.

La joven Frau Hedwig Mandl, de soltera Kiesler, esposa del rico y poderoso Herr Fritz Mandl, siempre temía sus frecuentes turnos nocturnos de servicio como anfitriona de diversos funcionarios de las emergentes potencias fascistas de Europa. Estas veladas eran siempre desagradables y a menudo aburridas. Esa noche tenía motivos para sospechar que la línea entre lo aburrido y lo grosero bien podría cruzarse.

Estaba acostumbrada a los intentos de los hombres por impresionarla. Pero este no exhibía la predecible actitud masculina, admirando y ansiando su aprobación. Era como si le estuviera dando una oportunidad de impresionarse, si sabía lo que le convenía.

Mandl notó la apreciación del invitado. Lo miró fijamente y le dirigió una mirada ceñuda, advirtiéndole que se comportara. Luego, le dedicó su sonrisa más artificial. «Le agradecemos su amable amabilidad, Herr Hitler».

El hombre más ambicioso de Europa recuperó la compostura. De líder del Partido Nacionalsocialista a canciller y a recién nombrado líder de Alemania, nadie sabía qué papel asumiría a continuación.

Él sonrió. Ella prefería el ceño fruncido de su marido.

En momentos como este, a la anfitriona perfecta no había nada que le gustara más que hacer honor al apodo que su

madre le puso de niña: Princesa Hedy. Una princesa tenía el derecho, y la obligación, de mantener a los hombres pendientes de cada palabra. Sobre todo cuando uno de ellos era un marido al que no amaba y el otro era otra persona que conocía de su habitual colección de aburridos y farsantes que le parecía genuinamente siniestra.

"Sí, gracias", respondió lentamente, enfatizando el plural. Hacía tiempo que se daba cuenta de que Fritz Mandl la consideraba una posesión preciada, al igual que su armamento en las Industrias Hirstenberger Patronen–Fabrick. Como tal, se esperaba que cumpliera su función, tanto dentro como fuera de la cama.

Podía soportarlo. Podía soportar sus celos desmesurados que la mantenían prisionera en una serie de jaulas ornamentadas. Incluso podía entender la obsesión que impulsaba a su marido a comprar todas las copias en el mercado negro de su atrevida ópera prima, *Éxtasis*, una empresa condenada al fracaso en el mejor de los casos.

Pero tener que entretener al señor Hitler era ir demasiado lejos. Al menos sus guardaespaldas mantenían una distancia prudencial. No estaba segura de que supieran hablar.

A medida que el ardor de Mandl por su joven esposa se había calmado, su capacidad para interpretar sus estados de ánimo había mejorado. A ella le divertía la idea de que probablemente se arrepintiera de haberle revelado su

verdadera opinión sobre *«Mi lucha».* Hitler había absorbido todos los elementos negativos de la prensa vienesa y escribía con un estilo políglota. Aunque exigiera pureza racial, él mismo era culpable de mestizaje en su estilo de escritura.

Aunque no se sentía intimidado, como la mayoría de los hombres, Hitler estaba naturalmente fascinado por Hedy. Checos y húngaros competían con alemanes y austriacos para definir el carácter de la Viena de posguerra, la ciudad en la que Hitler había pasado hambre como artista fracasado. Pero allí estaba Hedy, una de los suyos (también austriaca), esposa de un adulador y, no hace mucho, la joven estrella de una película checa que se enorgullecía de lo físico y la pureza de la naturaleza. Para Hitler, *Éxtasis* no tenía nada de decadente*,* incluidas las escenas de desnudo de Hedy.

Como si le leyera el pensamiento, Hitler la tomó del brazo y la condujo al sofá más cercano. «¡Tu marido cree que vine a hablar de negocios, pero en realidad quería verte en persona!».

Hedy sonrió. "No me digas que querías verme vestida".

Observó su rostro con atención. El comentario que más oía de los hombres, deseosos de impresionarla, era una variación del que ella acababa de hacer. ¿Cómo reaccionaría Hitler a su intento de flanquearlo?

Por primera vez, Hitler la sorprendió. No mostró la vergüenza que ella podría haber esperado por lo que había oído sobre sus gustos burgueses. En cambio, le apretó el brazo y dijo lo suficientemente alto como para que lo oyeran:

—Mi querida Frau Mandl, disfruto viendo su perfecto perfil ario. ¿Quizás le gustaría posar para Arno Brecker, mi escultor favorito?

Fue una noche de sorpresas y de la ironía propia de Hitler, de esas que podrían ser sinceras y por ello resultaban aún más aterradoras. Ya no había rastro del marido celoso en Mandl. "¡Podrías ser productor de cine!", intervino.

—El Dr. Goebbels está de acuerdo contigo —dijo Hitler—. ¿Quién sabe? Quizás acabe siendo productor y convierta Europa en un escenario de cine.

Los hombres se rieron. Hedy no. Intentó usar su propia ironía. "Pero pensé que solo considerabas a las rubias aptas para tus propósitos".

Él respondió rápidamente: «No somos tan estrictos. Además, yo decidiré quiénes son las rubias».

Los hombres volvieron a reír, y de nuevo ella sintió que la ira se le agolpaba en la garganta. ¿Acaso esta noche no terminaría nunca?

Un sirviente le pasó una copa de vino a Hedy y una de agua mineral a su invitado. Mandl se unió a ellos con su vino y propuso un brindis:

—¡Por los torpedos que fabricaré para la grandeza de la nueva Alemania! —bramó. Un momento después añadió—: Y, por la nueva Europa.

Hitler le soltó el brazo, pero ella aún sentía la presión donde la había sujetado. Se odió por beberse el vino de un trago, pero lo necesitaba.

La cena consistió en varios platos de un refinado infierno. Echó de menos la simple crudeza de su otro reciente invitado, Mussolini. Aunque era un tonto pomposo, no la perturbaba como Hitler. Quizás la diferencia radicaba en que Mussolini era simplemente un mal actor y Hitler uno muy bueno.

Hitler se deleitaba con monólogos interminables, dando conferencias como si fuera un libro de historia viviente. A la menor provocación, se lanzaba a un discurso vigoroso y "erudito" sobre la migración de los pueblos y el destino de las naciones. Ella no dudaba de la exactitud de los nombres y fechas que soltaba, pero notaba que cada dato estaba distorsionado por el prisma de sus extrañas teorías raciales.

Hedy quedó extrañamente fascinada y al mismo tiempo repelida por sus comentarios sobre España.

“Me encanta el país”, dijo. “Es austero. Claro, no se compara con la belleza de nuestras montañas y valles alemanes. Pero ofrece un atractivo diferente, algo casi elemental, como de otro universo. España parece hermosa de lejos, pero de cerca es vacía y cruel. Se podrían hacer cosas en España. Se podrían poner a prueba ciertas teorías allí”.

“Y equipo”, añadió Mandl amablemente.

Hedy concluyó que ambos estaban locos.

Se concentró en el plato especial de verduras que habían preparado para su invitado. Hitler se dio cuenta y cambió el tema de España a ella.

“Tengo entendido que usted y su marido a veces cazan juntos”, dijo, antes de devorar un rábano.

"Es una buena tiradora", se jactó Mandl.

“¿Le das a lo que apuntas?” preguntó, mordisqueando un pepino.

“Por lo general”, respondió ella.

Hitler se encogió de hombros. «No puedo entender este impulso salvaje de matar animales. ¿Dónde está el desafío? ¿Cómo mejora el mundo?»

“Sólo disparo a lo que voy a comer”, respondió con severidad.

Hitler terminó su agua. «Eso podría ser un problema si estuvieras a cargo de una guerra». Se rió solo.

Hedy empezó a perder los estribos y las miradas de advertencia de Mandl fueron ignoradas. "Antes dijiste que podrías convertir Europa en una película. ¡Imagino que usarías la nueva película en technicolor para que todos pudieran ver el color rojo intenso en las escenas de derramamiento de sangre!"

—No es mala idea —respondió Hitler con calma—. Siempre y cuando el rojo no sea la bandera bolchevique.

—¡Señora Mandl! —tronó su marido—. Has agotado el tema.

Antes de que pudiera responder, Hitler intervino. «No le des importancia, Fritz. Disfruté de la actuación. Ten cuidado, no pierdas a esta adorable criatura y llévala al cine. ¡Cuidado especialmente con los judíos *de Hollywood!* Siempre intentan robarnos nuestros tesoros europeos».

Ahora sentía su propio tono de rojo. «Caballeros, es una carga ser popular. Pero ¿qué podría ofrecer Hollywood en términos de melodrama y espectáculo barato que no se pueda encontrar aquí?»

Hitler no se inmutó. «Tendrás que hablar con UFA Films sobre eso».

Aún no había terminado. "Me moría de ganas de preguntarle cuánta gente debería tenerle miedo".

Mandl jadeó. Adolf Hitler la miró fijamente durante un largo rato, clavando sus pálidos ojos azules en los de ella, encontrando en ellos, quizás, un reflejo de su propia perversa tendencia a vivir al límite. Entonces le dijo las últimas palabras que jamás le diría.

“Señora Mandl, le aseguro que nadie resultará herido, excepto mis enemigos”.



Capítulo I

BARCELONA, JULIO DE 1936

Los niños

España era lo más parecido al infierno en la Tierra.

Para los niños que jugaban en las afueras de Barcelona, parecía un día de verano cualquiera, sin preocupaciones. No sabían nada del anarcosindicalismo ni de los comités de no intervención. Ignoraban por completo los planes

nacionalistas y los principios republicanos. No sabían nada de Pablo Picasso ni del movimiento de resistencia cultural de Barcelona. Nunca lo sabrían.

En un mañana que nunca verían, estos niños tendrían sus nombres inmortalizados por la República como parte de una celebración de la Semana del Niño; serían enaltecidos en la tira cómica antifascista del domingo, *Sidrin*, como parte de una campaña contra el fascismo.

Pero en esa tarde tranquila y serena, ellos eran inocentes y juguetones, todavía niños normales, jugando en un mundo anormal.

Eran sólo niños.

No distinguían a un falangista del monstruo de Frankenstein, el ogro de las pesadillas de tantos niños y niñas de la década de 1930. Eran demasiado jóvenes para la política. Pero no demasiado jóvenes para sangrar.

Eran niños de clase trabajadora. Sus padres sudaban en las fábricas de la gran ciudad. Algunos tenían parientes en el campo. Habían pasado por la vida sin haber oído jamás que pertenecían a la clase baja. Solo sabían que eran españoles y católicos.

Sus madres estaban agotadas y nerviosas; sus padres, ausentes o, si estaban presentes, a menudo borrachos y

crueles. Pero los niños nunca habían experimentado nada más, así que no tenían ni idea de que debían ser infelices.

Este tipo de crianza tenía ventajas. Eran autosuficientes desde una edad mucho más temprana que los niños de clase media o alta. Pero también tenía un inconveniente: no eran muy buenos siguiendo los consejos de sus padres.

Así, cuando sus madres entonaban el mantra de *«de que celarse»,* una advertencia para tener cuidado o desconfiar de que algo malo sucediera, ellos, especialmente los niños, tendían a ignorar las advertencias. Incluso las niñas no obedecían.

* * *

El brillante objeto metálico que encontraron ese día era justo lo que sus padres les habían advertido que evitaran. Pero era atractivo, brillando bajo la luz del atardecer de un agradable día de verano. ¡Era justo lo que necesitaban para decorar su escondite secreto, donde ningún adulto podía entrar!

Ocho de los niños estaban presentes cuando el objeto empezó a hacer tictac. Pedro pronunció las últimas palabras que cualquiera de ellos escucharía.

–No es un reloj, ¿verdad?

Cuando sus padres recogían los restos de sus hijos muertos, no pensaban en política, con una excepción.

El padre de Pedro vio la cabeza cercenada de su hijo y enseguida perdió la razón. No era un hombre lo suficientemente importante como para merecer tratamiento o internamiento en un manicomio. Así que dedicó el resto de sus días a dar discursos sobre temas políticos y teológicos. Era ecuménico. Un día defendía a Franco y a la Iglesia. Al día siguiente, exponía las virtudes de la República. Sus discursos eran casi tan largos como los de verdad.

Él quería ser justo.

A pesar de la propaganda de la República, nadie supo nunca con certeza qué bando confeccionó la bomba que mató a sus hijos.

Nueva York, julio de 1936

El maestro del pulp

España era lo más parecido al infierno en la Tierra.

Al menos así lo veía Howard Davidson. Creador de la popular serie de revistas pulp[1] *El Inquisidor,* publicaba mensualmente las aventuras de la "Tortuga" y la "Paloma" para la editorial Street and Smith. Viajando un poco en el tiempo, sus héroes pudieron luchar contra la Inquisición española tanto en su época como en la era moderna. Su némesis, el personaje principal, también tenía una máquina del tiempo desde la que intentaba reescribir la historia en nombre de una sociedad secreta, una sociedad que gobernaba con mano de hierro.

Las historias del *Inquisidor* no eran tan populares como *La Sombra,* el éxito de ventas de Street and Smith. Pero, claro, nada podía competir con un héroe pulp que se popularizó en la radio nacional gracias a la meliflua voz de Orson Welles, ni

1 El término pulp o pulps, abreviatura del inglés «pulp magazines», hace referencia a publicaciones baratas y de escasa calidad material que fueron muy populares en los Estados Unidos desde 1896 hasta finales de la década de 1950. [Todas las notas son del traductor]

siquiera el verdaderamente sádico *Spider* de su competencia.

Sin embargo, a Davidson le gustaba presumir de que ninguna serie protagonizada por un villano tuvo tanto éxito como la suya. Estaba arando el mismo terreno que Sax Rohmer con "Fu Manchu". En aquel momento, Davidson tenía la novela pulp de villanos más vendida. De hecho, ese mismo año de 1936, recibía cartas amables de prestigiosas editoriales de libros *auténticos.* El futuro parecía prometedor.

La serie de héroes pulp de Davidson le proporcionó una independencia financiera y artística superior a la de la mayoría de sus colegas escritores independientes. Fue prolífico y, en ocasiones, incluso encontró tiempo para escribir relatos cortos para otra de las exitosas aventuras de Street y Smith. Al venerable editor de *Astounding,* F. Orlin Tremaine, le gustaba la forma en que el joven escritor incorporaba inquietudes sociológicas a sus inmodestas ficciones. Por otro lado, Tremaine no pudo evitar notar que los planetas alienígenas de Davidson guardaban un sorprendente parecido con las regiones montañosas y las grandes llanuras de España, que sufrían una lluvia negra y sulfurosa, principalmente en la llanura.

Como era habitual en el mundo de la autoría fantástica e ingeniosa, Howard nunca había visitado los escenarios donde ambientaba sus aventuras, ya fueran planetas

alienígenas o la exótica España. De hecho, con una breve excepción, Howard nunca había salido de Estados Unidos. Había pasado la mayor parte de su vida en Nueva York y sus alrededores. Pero tenía muchísimos libros sobre España y no había ningún país que deseara visitar más.

Durante más de un año, Howard había planeado el viaje con su novia. En aquel momento, no le había parecido un problema que ella fuera comunista. Pero la guerra en España finalmente los interpuso cuando ella lo declaró incurablemente burgués y, por lo tanto, incapaz de superar sus estrechos intereses de clase. Lo acusó de ser un simple turista, un mirón y un diletante, lo que le pareció un buen resumen profesional para incluir en su currículum.

"Lamento perderla", le confesó a su mejor amigo mientras tomaban una cerveza. "Pero por fin se ha unido a la lucha de clases".

"Sé lo que quieres decir", asintió John Staples mientras tomaba whisky con agua. "Muchos en la izquierda se están alistando como voluntarios para la Brigada Abraham Lincoln".

No va a España. ¡Se va a *Hollywood!*

John se atragantó con la bebida. No pudo parar de toser durante varios segundos y agradeció que estuvieran velando al amor perdido de Davidson en el apartamento del

pulpmeister[2] en lugar de en una taberna local. Para empezar, podían ser mucho más francos en privado. A veces discutían demasiado estrambóticamente para los oídos de simples bohemios y radicales.

John también era escritor pulp. Su especialidad eran las novelas de misterio y su fama se debía a algunos excelentes textos cortos en *Máscara Negra.*

“¿Hollywood?” John finalmente logró dejar de jadear.

—Bueno, ya sabes que quiere ser actriz. El Partido le ha prometido ayudarla con una carrera cinematográfica y ella quiere colaborar con los sindicatos radicales. ¡Qué zorra desagradecida!

—Pero ¿por qué rompería contigo porque en realidad quieres ir a España?

Howard suspiró. «Cree que iré allí con la actitud equivocada, solo porque odio a los fascistas, anarquistas, campesinos, sacerdotes y comunistas».

“Odias a todo el mundo, Howard.”

“No odio a los toreros”.

2 Maestro del pulp.

John se preparó otra copa, tras haber perdido gran parte de la anterior. "¿Qué opinas de los toreros?"

“Noelle los odia.”

Ambos se rieron.

“¿Cómo era ella en la cama?” preguntó John.

Una buena chica. Haría lo que yo quisiera. No encuentras una chica así todos los días. Se acostaba con alguien sin hablar de matrimonio. Era guapísima. Y se podía hablar de política con ella, incluso un poco de deporte.

"Una dama con clase", asintió John.

—Sí, pero aun así soy un maldito Rojo. La única pega. Bueno, nada es perfecto. De todas formas, me irá mejor en España solo.

John vio a su amigo terminarse la cerveza que le quedaba. Sabía que Howard no le serviría otra. John podía tomarse tres vasos de licor de verdad por el único trago tímido de Howard. Siempre le sorprendía encontrarse con un escritor que no bebiera mucho.

"¿A dónde irás?"

A los lugares obvios. Madrid para empezar. Barcelona, sin duda. Quizás Guernica. Ya he ahorrado bastante para eso.

John negó con la cabeza. "Parece una locura. O sea, a menos que vayas a luchar, ¿para qué entrar en una zona de guerra?"

Howard se recostó en su silla, entrelazando los dedos detrás de la cabeza. "Bueno, quizá lo haga".

“¿De qué lado?” quiso saber su amigo.

Bromas aparte, ya sabes que simpatizo con la República. Pero voy allí como escritor, no como luchador. Además, en algún lugar de esa mezcolanza de anarcosindicalistas y secuaces de Moscú puede que encuentre algunos individualistas stirnerianos.

John se encogió de hombros. «Solo leí Max Stirner porque me convenciste. Pensaba que era egoísta hasta que leí *El único y su propiedad.* Solo un filósofo alemán podía ser tan radical. ¿Cómo puede existir un movimiento social formado por personas tan egoístas que no sienten lealtad hacia nadie más? No tiene sentido».

—Sé que suena raro —admitió Howard—. Pero incluso tienen una revista a la que llevo años suscrito, *Iniciales.* Menos mal que aprendí español gracias a una novia.

“¿La anterior a Noelle?”

—Sí. Rosita. Era trotskista.

"¿No lo son todas?", se quejó John Staples al universo entero. "Pero en política, tienes las opiniones más extrañas que conozco. Solía pensar que eras una especie de socialista tecnócrata al estilo de H.G. Wells. Pero no podía conciliar eso con tu cariño por H.L. Mencken y su desesperada defensa del capitalismo. Luego conociste en persona a esa tal Ayn Rand, la autora de esa obra tan peculiar donde eligen al jurado entre el público".

¡Es una buena obra! Se estrenó en Hollywood. A pesar de esa grave desventaja, logró llegar a la civilización y de hecho se estrenó en Broadway.

“Pero es sólo un truco, algo como un truco de carnaval”.

Howard negó con la cabeza. «Te equivocas. Es brillante. Simplemente no te gusta porque ella cree en juzgar».

—Supongo que sí. ¡Creo que haces este viaje solo *para* juzgar una guerra civil! ¿No crees que podrías ir con la mente abierta? Esto es la vida real, no una de tus historias.

“Hace un momento me sugeriste que peleara.”

"Tu sabes lo que quiero decir."

Habían llegado al momento incómodo que solían evitar. Pero esta noche era demasiado seria para la diplomacia. John temía que su amigo cometiera la temeridad de dejarse matar.

—Toma una copa, Howard —sugirió John.

"Ya he tenido suficiente."

—Te tomaste una cerveza pésima. ¿Qué sentido tiene deshacernos de la Ley Volstead[3] si esto es lo mejor que podemos hacer?

Howard se rió. «Bebías igual durante la Prohibición».

Hablamos de ti. Nunca bebiste una copa cuando era ilegal. Esta noche es diferente. Si quieres irte a España en busca de la gran novela americana, tienes que beber como Ernest Hemingway.

John empujó la botella de whisky por la mesa hacia su amigo. «Ayúdame a matar a este viejo soldado».

Howard hizo una mueca. "¿Quieres hablar de mi familia, verdad?"

"Sí."

“No tengo que emborracharme para hablar de ellos”.

“Ayuda.”

---

3 Ley Volstead es el nombre con el que también se conoció al Acta de Prohibición o Ley seca promulgada en 1919 en los Estados Unidos de América.

"¡Si bebo demasiado whisky, me matarán! ", dijo Howard, demostrando que definitivamente había pasado demasiado tiempo en la cárcel. Su amigo, con tacto, dejó pasar el comentario sin más.

Una toma después, ningún tema era tabú. De todos modos, John lo ablandó con un cumplido.

Eres un escritor excelente, Howie. Si te apasiona la aventura, deberías seguir el ejemplo de Noelle y seguirla a Hollywood. Puedes hacerlo en California en lugar de buscar el verdadero peligro.

—Ése es el consejo que espero de mi viejo —respondió, ya un poco mareado.

A John no lo descolocarían tan fácilmente. «No eres un cruzado, Howard. No en realidad».

Howard se puso de pie. Estaba un poco inestable por la única copa, pero habló con su claridad habitual. Fue al lavabo y se bebió un vaso de agua. Luego se puso a revisar las cajas.

John, ninguno de los dos es cobarde. No somos unos chiflados. No tenemos un plan disparatado para resolver los problemas del mundo. Pero somos *más* que escritores pulp. ¿Sabes qué nos separa de las editoriales consagradas?

"No pasemos por eso otra vez", se lamentó Staples, ya arrepentido de haber abierto la puerta al gran debate.

No somos un registro social, amigo. Ahí va un enfoque hacia las grandes editoriales. Y no somos revolucionarios, luchando por la causa de las masas oprimidas. Ahí va el otro enfoque. Nuestro problema es que somos escritores populares con un público de estadounidenses normales que simplemente quieren entretenerse.

"Entonces, ¿qué hay de malo en eso?"

Howard sonrió. Volvió a sentarse y señaló con el dedo la cara de su amigo; luego lo pensó mejor y se recostó en la silla.

“El mundo no está cooperando”, dijo. “Está cambiando tan rápido que solo los escritores de ciencia ficción chiflados tienen idea de hacia dónde se dirige. Los simples artistas, como nosotros, tienen una mejor visión del futuro que los reaccionarios y revolucionarios estúpidos”.

John se sirvió otra copa y la bebió de un trago. "¿Y por qué no somos estúpidos nosotros también?", quiso saber.

“Porque tenemos *imaginación*”, dijo Davidson. “Porque no tenemos intereses creados en el pasado como los católicos terraplanistas ni en el futuro como los estalinistas terraplanistas”.

“Has dejado fuera a los judíos”, dijo su amigo con un suspiro.

“Siempre es una buena idea dejarlos afuera, cuando sea posible”.

John Staples era un episcopaliano que en ocasiones creía en la existencia de un Jesús histórico que resucitó de entre los muertos. Era amigo de Howard Davidson desde hacía mucho tiempo y conocía los peculiares antecedentes de su amigo, de padre judío y madre católica. Antes de que Howard naciera, su padre había repudiado la fe de sus antepasados y se había convertido en un socialista laico. Tras la crisis del 29, su padre se afilió al Partido Comunista.

La madre seguía siendo católica. Se convenció de que las políticas radicales de su marido coincidían con las teorías de justicia social de la Iglesia. Dedicaba la mayor parte de su tiempo libre a criticar a los católicos de derecha y a rezar por un Papa revolucionario.

Para complicar aún más las cosas para el joven Howard Davidson, tenía una hermana mayor, la personificación del catolicismo de derechas, que había hecho los votos perpetuos. Era una monja que creía que la batalla por la civilización occidental la libraba Franco, el hombre al que su madre despreciaba. Howard también tenía un tío, un judío practicante que culpaba al cristianismo del ascenso de Hitler, a pesar de que Hitler se esforzaba por distanciarse

tanto de la Iglesia católica como de la luterana y claramente intentaba crear una nueva religión propia.

Cuando Staples se enteró de los antecedentes familiares de su amigo, se maravilló de que Howard no se hubiera convertido en un alcohólico y drogadicto. Incluso le reconoció el mérito de no haberse convertido en un asesino psicótico. Pero le preocupaba que Howard estuviera yendo por mal camino cuando su amigo lanzó diatribas contra católicos, judíos y marxistas. Algunos de los mejores amigos de John eran trotskistas.

"¿Recuerdas lo que dijiste la primera vez que te pregunté por qué no te convertiste en nazi?", le recordó John a Howard, sonriendo.

El otro se rió. «Claro. Te comenté que quizá no fuera judío según los judíos; pero sí lo era según Hitler. Ellos no me dejarían unirme a su club ni siquiera si lo solicitara».

John abrió su pitillera y encendió uno. Su amigo no fumaba, pero siempre era cortés con quienes sí lo hacían. Al apagarse la cerilla, John comentó con tristeza: «Y entonces nos enteramos de las quemas de libros orquestadas por el Dr. Goebbels, el enano envenenado».

Howard se estremeció. «Pensar que un autor pudiera hacerle eso a otros escritores. Bueno, ya me estaba dando cuenta de que los nazis eran bárbaros. Si pueden hacerle eso

a los libros, se lo harán a la gente. Quién sabe, un día podrían matar a tanta gente como Stalin ha estado matando de hambre en Ucrania».

Al principio, John se negó a creer los informes sobre las matanzas en la Unión Soviética. Confiaba en el corresponsal del *New York Times* en Moscú, Walter Duranty, quien insistía en que todas esas historias eran pura propaganda. Pero su colega escritor pulp lo convenció de que el *Times* había estado tomando el pelo a todos. Los informes de un periodista británico iconoclasta, Malcolm Muggeridge, aclararon las cosas para al menos dos periodistas de poca monta en la ciudad de Nueva York.

«Me cuesta creer que los alemanes pudieran ser tan brutales», dijo el escritor de misterio. «Incluso con una aberración como Hitler al mando, no tienen esa brutalidad eslava».

"Denles una oportunidad", dijo el maestro del pulp. "Además, creo que encontrarán inspiración en lo que Hitler siente por los judíos".

¿Por qué no compras un billete a Berlín y estudias a las bestias en su guarida? Esa puerta sigue abierta para viajar. Podrías escribir la gran novela americana sobre Alemania en lugar de España. Solo que no verás ninguna corrida de toros.

Ambos rieron y sus ojos se posaron en un libro de Ernest Hemingway. Sobra decir sobre el impacto que este escritor tuvo en la "generación perdida". Casi todos los escritores contemporáneos intentaron imitar sus métodos. Las frases periodísticas invadieron la prosa narrativa sin dejar rastro. La política de izquierdas encontró un hogar inesperado en un hombre típicamente estadounidense, cazador y luchador. Por supuesto, Jack London había sentado las bases, una especie de Karl Marx de la nueva novela. Pero entonces llegó Hemingway: era Lenin, Stalin y todos los bolcheviques juntos, todo en una inmensa explosión de testosterona, dialéctica y un puñetazo en la mandíbula.

De acuerdo con otros escritores pulp, los dos jóvenes, en ese pequeño y sofocante apartamento, en una cálida noche de Nueva York, criticaban a la mayoría de los grandes escritores de grandes libros. Pero tenían sus favoritos y amaban a Hemingway. Lo amaban tanto que les importaba un bledo su ideología política.

En cambio, ambos se habían sentido profundamente molestos por la muy publicitada visita de George Bernard Shaw a la URSS en 1932 y sus interminables elogios a Stalin. Lo peor de todo es que el muy cabrón se había referido a los estadounidenses como "la gente más absurda del mundo" nada más regresar a Inglaterra. Para Davidson y Staples, Shaw demostró que había cosas peores que ser un escritor pulp estadounidense. Por otra parte, si uno de los mejores

escritores del mundo podía ser tan ingenuo, ¿por qué no podía ser cualquiera uno de los grandes escritores?

"¿Así que vas a gastarte todo tu dinero en este viaje a España para poder convertirte en un escritor legítimo?", preguntó John, dispuesto a rendirse porque era tarde y estaba cansado.

Sí. Pero hay más que eso. Creo que España es donde se determinará el futuro de la humanidad. Lo que ocurra allí determinará si habrá otra Gran Guerra con Alemania. Determinará el futuro de la Unión Soviética. Todas las diferentes filosofías del mundo se reúnen allí para ser escuchadas, y necesitamos aportar el punto de vista exclusivamente estadounidense.

¡Vaya, Howie! ¿Qué me dices de todos esos voluntarios de la Brigada Abraham Lincoln?

En este caso, los comunistas no cuentan. Ahora mismo necesitamos el punto de vista *individualista.* Incluso los malditos anarquistas de allá son colectivistas.

Staples miró fijamente a su amigo. "¡Bueno, intenta que no te maten!"

Esta vez, Howard rió solo. «Quizás una a todos contra *mí* y traiga la paz al mundo».

—¿Y qué hay de las conspiraciones del malvado *Inquisidor?* —quiso saber su amigo—. Y me refiero a conspiraciones, como argumentos.

Hay mucho material acumulado. Y pienso escribir uno basado en mis experiencias reales allí. Aunque no consiga un contrato para una novela, el viaje merecerá la pena.

Staples sonrió y negó con la cabeza. De todas las motivaciones que llevaban a la gente a ese caldero de desesperación, pensó que su amigo tenía las razones más extrañas.

“Escríbeme”, sugirió Staples.

Siempre he tenido esa intención. Recibirás cartas regulares mi "Querido John", ¡directamente del frente!

Staples habría arrojado su vaso a la gárgola sonriente que Howard puso como cabeza, pero no quería derramar el whisky.

Más tarde, mientras se dirigía a la puerta, completamente firme, Staples dijo: «Recuerda lo que te digo». Siempre se había sentido orgulloso de poder aguantar el alcohol.

“¿Y cómo es eso?” quiso saber Davidson.

A la mayoría de los estadounidenses no les interesa la guerra en España. No les importa la política. Deberías estar

escribiendo una novela sobre el juicio por el secuestro del bebé de Lindbergh. O, si tienes que escribir una novela sobre la guerra, asegúrate de que sea antibélica, como aquella obra de Sherwood, *El deleite del idiota.* La Depresión ya es bastante mala sin que los estadounidenses tengan que preocuparse por otra cruzada absurda en Europa. Nunca más nos engañarán.

—Puede que tengas razón —dijo Howard—. Me sentiría mucho más seguro en un mundo sin la Unión Soviética ni la Alemania nazi.

“¿Podrías hacer que tus héroes se tomen un descanso en la lucha contra el 'Inquisidor' y se ocupen de esos dos problemas?”, sugirió Staples.

Así terminó la velada de Howard. Se despidieron, uno camino a una cita nocturna con una amiga y el otro de vuelta a su máquina de escribir. Últimamente, Howard Davidson no dormía mucho.

***

Marruecos, julio de 1936

El General

España era lo más parecido al infierno en la Tierra.

«Pronto superaremos ese pozo negro de Stalin», pensó.

El general Francisco Franco había decidido que su destino era cambiar todo eso y restaurar un pequeño pedazo de cielo para su pueblo... si tan solo pudiera evitar el pecado del orgullo.

No se consideraba vanidoso. Desde luego, estaba seguro de no serlo al compararse con los demás líderes fascistas. *El Duce* italiano le parecía cómico con su pavoneo y sus atuendos recargados. En cuanto a Hitler, pensaba que todos los nazis parecían recién salidos de una película de Hollywood con extras de un "elenco de miles". Curiosamente, prefería la vestimenta discreta de los líderes comunistas, especialmente la de Josef Stalin.

Fue una de esas supremas ironías de la historia que se viera necesitando la ayuda de un grupo de revolucionarios contra otro. Para el mundo en general, el fascismo era una masa enorme e indiferenciada de miedo reaccionario. Franco sabía que no era así. Hitler era tan revolucionario como Stalin y pretendía revolucionar el mundo con tanto fanatismo como cualquier cosa que pudiera surgir del

Kremlin. Quizás Hitler era incluso más extremista que cualquier bolchevique.

Franco suspiró, mirándose por última vez en el espejo para asegurarse de que no era vanidoso, sino que llevaba el uniforme impecable y el bigote recortado. Le aterraba el evento social al que estaba a punto de asistir. Tenía que agradecerle esta molestia a Johannes Bernhardt. Bernhardt era uno de los alemanes que se establecieron en España. Bernhardt tenía la confianza del Tercer Reich y Franco necesitaba susurrarle al oído, con delicadeza pero con claridad, exponiendo su punto de vista sobre la desesperación de su situación actual.

A diferencia de los demás líderes fascistas, Franco solo quería que los asuntos de España volvieran a la normalidad. Ni siquiera había sido un oficial especialmente agresivo en su juventud, a pesar de operar en un sistema con demasiados oficiales y escasas oportunidades de ascenso. Era un hombre cauto y, como resultado, se convirtió en la voz de la moderación entre facciones obstinadas. Ni siquiera odiaba a los campesinos.

Para Franco, el fascismo era la postura moderada, el punto medio entre la explotación extranjera por parte de los banqueros internacionales y los extremos de la izquierda desquiciada. No le preocupaban las diferencias sectarias entre socialistas, anarquistas y comunistas. Ya le costaba

bastante seguir la pista de las diversas corrientes de su propio movimiento.

Había momentos, tarde por la noche, justo antes de caer en un sueño intranquilo, en que Franco sospechaba que los trotskistas y los estalinistas podrían ser capaces de un intercambio de ideas más razonable que algunas de las tonterías que tenía que soportar entre los monárquicos y los elementos más desquiciados de su propio movimiento fascista. Y, por si eso no fuera suficiente, siempre estaba la Iglesia.

Como buen católico español, comprendió que el poder político de la Iglesia era suficiente para poner a prueba la paciencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por no mencionar una larga lista de papas frustrados. Por ejemplo, estaban los miembros de la *Ceda.* Parecían católicos autoritarios hasta que se los comparaba con los *carlistas,* un grupo tan opuesto a la modernidad que simplemente eran aliados poco fiables. Franco a menudo fantaseaba con enviar a los *carlistas* al pasado para que se enfrentasen a sus supremas majestades católicas, Fernando e Isabel, quienes aún serían demasiado "modernos" para esos ingenuos. Al menos el Rey y la Reina podían hacer algo inteligente y utilizar a los fanáticos *carlistas* como nueva leña para el fuego real.

Solo un acontecimiento pudo haber unido a los diversos elementos del movimiento franquista: la elección de un

gobierno del Frente Popular compuesto por radicales decididos a destruir la civilización occidental. Esta pesadilla de 1936 fue el punto final de las calamidades anteriores, que incluyeron la elección de un gobierno republicano en 1931 y la posterior abdicación del rey Alfonso XIII. En 1931, ni siquiera Franco creía que las cosas pudieran salir tan mal. En realidad, el mundo se había vuelto loco.

La guerra debería haber terminado pronto y el criminal régimen republicano debería haber sido reemplazado por las fuerzas del orden. Salvo por un pequeño detalle: ¡la fuerza aérea y la armada españolas se habían *declarado* a favor de la República! Era impensable, imposible, un desastre espantoso. Ahora Franco, actualmente en el exilio, no tenía ninguna esperanza de cruzar el Estrecho sin ayuda externa. Tenía que recurrir a Italia o Alemania, o a ambas.

Pero la ayuda tendría un precio. Tendría que pagar con materias primas que España no podía permitirse perder. Y además estaban los problemas de sincronización y orgullo militar. Una vez que sus fuerzas cruzaran el Estrecho, alemanes e italianos no tardarían en empezar a preguntarse, públicamente y cada vez con más fuerza: "¿Cuándo tomaría Franco Madrid?". Ya los oía. "Después de todo, ¿cómo podría una banda de maniáticos utópicos de izquierdas plantar cara a una fuerza militar de verdad?".

La *maldita* fuerza aérea y la armada, así son. ¡Traidores! Quizás valdría la pena pagar cualquier precio por ver a la

Legión Cóndor alemana aparecer y hacer picadillo a los aviones españoles.

Franco meneó la cabeza, asombrado por sus propios pensamientos. Había llegado a esto. Fantaseaba con la destrucción de pilotos españoles a manos de pilotos extranjeros. Ahora parecía que el fascismo iba a ser un movimiento internacional, al igual que el comunismo. ¡Una vergüenza!

Aun así, ahora debía aparentar buena cara y pasar la noche con alemanes que fantaseaban con convertirse en una nueva raza de dioses. ¿Sería esta una forma de salvar a la España católica?



Capítulo II

CON DESTINO A HOLLYWOOD

La gran evasión

"¡Bienvenido a Hollywood!"

Hedy Lamarr había escuchado esa frase de numerosos publicistas, agentes y secuaces. Pero las palabras adquirieron cierta fuerza al salir de la boca de Louis B. Mayer. Tenía un derecho especial a pronunciarlas después

de los esfuerzos que había hecho por ella. La quería para su equipo.

Lo conoció en Europa después de la *«gran huida»* (como siempre la llamaría). Cuando Hedy cumplió veintiún años, decidió dejar a su marido, pero la idea tardó mucho en materializarse.

Su esposo, Fritz Mandl, era un gran coleccionista de objetos bellos y nunca había perdido uno. No podía imaginar que su esposa lo abandonaría solo porque era un fabricante de armas que hacía negocios con los nazis. Nunca imaginó que su condición de cerdo y grosero también entraba en juego. Pero su adulación a Hitler y Mussolini habría bastado. Una vez bromeó con ella diciendo que usaba una cuchara larga para cenar con el diablo.

En realidad, la intención de deserción de Hedy se debía a mucho más que su horror por las ideas políticas de Mandl. No le convenía que la tratara como a una prisionera. Además, era un sádico apenas sublimado. Ella intentó ser tolerante con esa particular idiosincrasia, sin darse cuenta de que, al lidiar con sus atrocidades, estaba desarrollando habilidades invaluables para una futura carrera en Hollywood. Quizás lo más molesto de todo era que Mandl carecía por completo de sentido del humor.

Fritz Mandl disgustaba y aburría cada vez más a su joven esposa. Quizás este último rasgo fuera su pecado más

imperdonable a ojos de ella. La maldad y el aburrimiento son una combinación de lo más desagradable, y Hedy ya había disfrutado plenamente de ello.

Abordó el problema con su habitual estilo. Primero, contrató a una atractiva joven doncella de su talla. Luego encargó un uniforme extra para usar como disfraz en su huida. Hedy se preparó aún más iniciando un agradable "flirteo" con la recién contratada, durante el cual la convenció de acceder a las provisiones de "bebidas" de una doncella mayor, la que Fritz habría designado como "guardiana" de Hedy. Hedy entonces tuvo acceso al uniforme de repuesto de la joven doncella; y a la misma doncella (para complacerlas a ambas y darle a Hedy un poco de libertad y satisfacción, cosas, ambas, que le habían faltado en la vida durante algún tiempo). Hedy siempre había sido muy democrática al permitir que ambos sexos adoraran su trono y fue un alivio encontrar placer de nuevo con alguien que, aunque agresivo e ingenioso, no se parecía en nada al cerdo que había resultado ser su marido.

El día de la "gran fuga" finalmente llegó y la conspiración se aceleró. La solterona, una mujerzuela que había recibido instrucciones expresas de vigilar a la joven dueña de la casa en todo momento, fue drogada según lo planeado. La joven cómplice recibió algo más que un beso en la mejilla para recordarlo. Fritz Mandl, a quien Hedy había proporcionado

su propia dosis de Leteo temporal, estaba en los brazos de Morfeo[4] cuando Hedy la esquivó.

Y cuando Hedy, disfrazada de sirvienta, finalmente abandonó la mansión Mandl que había sido su prisión, nunca miró atrás.

Fritz Mandl no se tomó bien estos acontecimientos. Contrató a varios hombres para localizar y devolver a su novia descarriada. Sin embargo, cometió un error característico: la subestimó. Ella conocía las calles de Viena mucho mejor que cualquier rastreador a sueldo.

Ahora tenía que viajar sola. Se dirigió rápidamente a la estación de tren y subió justo cuando salía, como estaba previsto. Su matrimonio sería anulado. Había dejado atrás sus puentes dorados y sus jaulas. Mientras se preparaba para subir al tren, la joven Hedy sintió la exuberante emoción de una nueva libertad y posibilidades ilimitadas. Eran sentimientos que reconocía de antes de casarse con Mandl y que juró conservar y disfrutar por el resto de su vida.

Hedy corrió como loca bajo la lluvia torrencial para alcanzar su tren hacia la libertad, rasgando su uniforme de sirvienta al saltar del andén justo cuando el tren arrancaba.

---

4 Leteo, perteneciente o relativo al Lete o río del olvido. Morfeo es el dios del sueño, simboliza el descanso y la calma.

Tenía billete, pero por lo demás estaba sin dinero, casi sin ropa y, definitivamente, sin remordimientos.

Al salir el tren de la estación, Hedy contuvo el aliento y echó un vistazo al vagón. Estaba lleno de viajeros mayores, que ignoraban cuidadosamente a la joven despeinada con el atuendo de sirvienta. Hedy agradeció el respiro y miró a su alrededor con los ojos brillantes de una joven inteligente a la que se le acaba de dar, o mejor dicho, acaba de disfrutar de una nueva oportunidad en la vida.

Tal vez esa aura de felicidad y las posibilidades que intuía para el futuro afectaron su primera impresión del apuesto joven que vio, sentado en una animada conversación con un amigo, un hombre que resultó ser un alemán expatriado llamado Wernher von Braun.

Al acercarse al asiento vacío frente al apuesto joven y su amigo, su interés se despertó. Este hombre, observó, era un *rara avis;* un espécimen aparentemente masculino que no parecía tener el más mínimo interés en ella, ni siquiera con su empapado (y ahora) abreviado traje de sirvienta francesa.

«Muy inusual», pensó. Reflexionó además que, como joven angustiada que se vio obligada a marcharse con poca antelación, con poca ropa y aún menos dinero, tal vez debería concentrarse en encontrar a alguien que mostrara interés en ella, en lugar de en alguien que le resultara interesante.

Ella realmente era una damisela en apuros y no importaba cuán atractivo pudiera ser el tipo, lo que necesitaba ahora era algo más parecido a un "caballero de brillante armadura".

Pero no se sentía particularmente angustiada, y era una damisela que había leído muchos libros. En esta ocasión de explorar nuevas amistades, resultó que lo que presentía importaría más que su apariencia o incluso sus apetitos. Había aprendido más cosas viviendo con su esposo que simplemente diversas maneras de someterse a su voluntad.

Al sentarse frente a la pareja de hombres, que no se percataban de nada, echó la cabeza hacia atrás y se relajó mientras el tren partía de la estación. Al otro lado del pasillo, Wernher von Braun conversaba con su amigo sobre dos de sus temas favoritos: propulsión de cohetes y viajes espaciales. Mientras los dos hombres conversaban, Hedy se interesó en la conversación y, siendo quien era, se giró, miró al otro lado del pasillo, captó la atención de von Braun y dijo, con tono informal: «Pero los cohetes, no las aletas, dirigirían la nave en el espacio. Como no hay atmósfera, solo la masa de reacción puede cambiar la dirección».

Von Braun y su amigo la miraron boquiabiertos como si ella misma acabara de llegar del espacio exterior. Y treinta minutos después, los tres partieron juntos hacia el vagón restaurante. La primera sorpresa de los hombres fue que

alguien en el tren, y mucho menos una joven, entendiera algo de cohetes.

Su sorpresa e interés aumentaron cuando, tardíamente, notaron que esta joven en particular parecía recién salida de una postal francesa. Wernher y su amigo estaban obsesionados con la ciencia espacial, pero eran *hombres* y aún respiraban.

La invitación a cenar no se hizo esperar. Hedy se sintió halagada de que finalmente se fijaran en ella como mujer, pero dejó claro que lo que más le impactó de Wernher y su amigo fue que primero les impresionaron sus conocimientos e ideas. Experimentó una agradable, inusual e inesperada sensación de pertenencia al charlar con hombres que le parecieron muy entrañables en su primer día de libertad de la prisión de Mandl.

Poco después de su discusión inicial, el amigo de Wernher, Konrad, la reconoció. Wernher von Braun era uno de los pocos jóvenes en toda Europa que no había visto *Éxtasis. Su* heroína de película favorita era Gerda Maurus, estrella de la película de finales de 1929, *Die Frau im Mond* [La mujer en la luna], sobre un viaje espacial. Hedy lo perdonó y continuó describiendo su vida y el escape de Fritz Mandl y la información que había aprendido, a veces literalmente debajo y sobre sus rodillas, durante su extraño matrimonio. ¿Cómo podría haber sido Madame Fritz del "Hombre de armas" Mandl y no sentirse intrigada por las armas del

futuro y cómo contrarrestarlas? Especialmente cuando estaba atrapada en un matrimonio que consistía en un aburrimiento abrumador y acceso completo a libros y fábricas llenas de información sobre cohetes, trayectorias de proyectiles e investigación de armas. "Era inevitable", se encogió de hombros con una modestia poco habitual.

Hedy admitió que, mientras escuchaba la conversación, se preguntó si no sería más prudente callarse. Pero, confesó, no podía tolerar la idea de que, tras haber obtenido su libertad, no pudiera expresar su opinión ni compartir el conocimiento adquirido durante la dura prueba de su matrimonio. "¿Para qué romper y obtener tu libertad si no la usas?", se preguntó.

Hedy también señaló que, si bien ser mujer ya era bastante malo cuando se trataba de discusiones serias, su belleza en realidad era una desventaja.

Relató los sucesos de la velada que pasó con Herr Hitler y cómo esa ocasión la había llevado a una férrea determinación de dedicar todo el tiempo posible, mientras estuvo prisionera en casa de Mandl, a aprender sobre las nuevas armas y los principios que Mandl estaba desarrollando. Estaba segura de haber aprendido mucho y creía que algún día sus conocimientos podrían ser útiles. Al menos investigar los negocios de su marido la había ayudado a mantener su mente ocupada mientras esperaba una oportunidad para escapar.

Les contaba todo a los nuevos hombres de su vida. Varias botellas de champán los mantenían de buen humor, aunque no necesitaba alcohol para soltarle la lengua. De hecho, entre su carrera como actriz y sus trabajos como anfitriona durante su matrimonio, ¡no era de extrañar que aguantara el alcohol mejor que ellos!

Cuando sus dos nuevos amigos se ofrecieron a ayudarla con dinero y a presentarle amigos, supuso que esperarían la típica compensación, que, de hecho, no dudaría en conceder a sus simpáticos benefactores. Pero eran caballeros y no aprovecharon su ventaja. Halagada y ya atraída por el hombre alto con sus sueños de cohetes gigantes, dio el primer paso hacia Wernher von Braun.

Él la conquistó por completo cuando le contó que había dejado Alemania a los dieciocho años y que ahora se consideraba un "ciudadano del mundo". Ella pensó que su historia de cómo se alejó de la patria daría para una buena película. En ese momento, ella le acariciaba la mejilla mientras compartían su compartimento para dormir. El suave balanceo del tren le hizo parecer que todo estaba en orden, así que lo besó. Después de lo cual, él se quedó profundamente dormido. Al salir del compartimento para fumar en el pasillo, sonrió para sí misma al oírlo murmurar en sueños sobre varias mezclas para combustible de cohetes. Una de las fórmulas parecía llamarse Hedy.

Era el hombre más inusual que había conocido. En las siguientes veinticuatro horas, lo conoció más íntimamente mientras hablaban de todo. Estaba bastante acostumbrada a los hábitos de los hombres mayores. Von Braun fue el primer hombre que conoció, casi de su misma edad, y aun así poseía el aire de autoridad que la atraía de los hombres mayores. Pero era discreto con su masculinidad y para nada un matón. Hasta ese momento, siempre había tenido que ser la maestra con los hombres de su edad. Pero a pesar de su falta de experiencia, finalmente tomó las riendas la siguiente vez que estuvieron solos en su compartimento. Tras reflexionar, decidió que era como que le hiciera el amor un médico. Se acercó a su cuerpo como si fuera un problema por resolver.

Mientras yacían abrazados, sus corazones se calmaron y sus mentes se aceleraron. Hacer el amor había derribado una barrera entre ellos. De repente, estaban discutiendo las ideas, sentimientos y conceptos que realmente les importaban. Estaban más allá de los cohetes. Estaban más allá del vino. Era hora de descubrirse de verdad.

“El sexo es un factor disruptivo”, dijo mientras encendía un cigarrillo.

Von Braun rió entre dientes. «Eres la única mujer que diría algo así».

Ella le pasó el cigarrillo y le dijo: “Nunca has conocido a una mujer como yo”.

—No tengo tanta experiencia como tú —dijo—. Supongo que llevas tiempo haciendo esto.

Le dio un puñetazo juguetón en el brazo con una sonrisa pálida. "¡Así que tu cerebro analítico siempre está trabajando!", dijo.

“¿Qué edad tenías cuando tuviste tu primera experiencia?”, preguntó de repente.

Tenía nueve años. Una noche, una sirvienta de unos treinta años se metió en mi cama y jugó conmigo. Era un juego nuevo.

—¡Nueve! —susurró—. ¿Y qué hay del macho de la especie?

Hizo una pausa pensativa. "Bueno, supongo que la *primera vez* fue cuando un hombre se exhibió ante mí, solo que no hubo contacto físico".

Von Braun negó con la cabeza y dio una calada al cigarrillo. Esta chica era extraordinaria.

“Poco después llegaron los chicos”, continuó. “Una de mis amigas metió a un chico mayor en mi habitación y lo animó a seducirme”.

“¿Qué hacía ella todo este tiempo?” preguntó von Braun.

“Estaba mirando”, dijo Hedy encogiéndose de hombros.

Von Braun tomó eso como una señal para volver a estudiar su rostro. Sus delicados rasgos lo cautivaron. Le sujetó la barbilla y examinó su rostro como si fuera un tesoro.

—Tú también eres un mirón —dijo ella, retirando su mano para poder besarle la palma.

“Me haces pensar en nuevos mundos por conquistar”, respondió.

Ella le tocó la mejilla. «No te olvidaré, Wernher. Cuando otros hombres hablan así, quieren ganar dinero o conquistar países. ¡Tú, literalmente, quieres nuevos mundos!»

—Nuevos mundos como tu astro —dijo. Se besaron largo rato.

Se separaron con la promesa de escribirse. Este encuentro se había convertido en algo más serio de lo que ella, al principio, había imaginado. Tenía el presentimiento de que lo volvería a ver.

Para Hedy, los acontecimientos del día de su “gran escape” siempre le parecerían frescos y jóvenes, como si hubieran ocurrido ayer.

Hedy en Hollywood

Hedy y Louis

Cuando sus pensamientos volvieron abruptamente al presente, aceptó la invitación de Mayer a sentarse en su opulenta oficina de la MGM. Con todos los detalles de ese día memorable volviendo repentinamente a su mente, se sintió como si hubiera repasado el guión de una película, aunque no del tipo de thriller que la MGM jamás haría. Parecía más una película de UFA Films, o tal vez de Warner Brothers.

Desde su huida, Louis B. Mayer se había convertido en la nueva figura paterna de su vida. Era mucho más amable que Mandl. Era productor de cine y un hombre mayor que le había prometido el cielo y la tierra. Ahora se le ocurrió que Wernher von Braun podría ser más propenso a cumplir una promesa como esa, literalmente.

Este hombre nuevo y mayor era muy importante, y desde el principio se dio cuenta de lo que podía hacer por ella. Así que decidió que nunca haría el amor con él. Se tenían un cariño y respeto genuinos, y además, sería malo para el negocio. Ni siquiera era necesario. Tenían otras pasiones que los unían.

Para Mayer, ella seguía siendo Hedwig Eva Maria Kiesler, la joven estrella vienesa que ya había protagonizado dos escándalos en su corta carrera. El más reciente fue su huida de su famoso marido; sin embargo, el primero era el que más disfrutaba comentando.

¡Pero primero lo primero! Empezó a trabajar en su nombre en cuanto ella expresó su interés en Hollywood. Su apodo de infancia, "Princesa Hedy", fue todo lo que necesitó para improvisar un nuevo nombre que, según prometió, triunfaría si seguía su consejo; y que no caería en el olvido si seguía escuchándolo después de dejar huella en Estados Unidos.

El juego continuó entre ellos por un tiempo. Incluso navegó a Nueva York en el mismo barco que su futuro mentor. Él le repetía una y otra vez que la respetaba más que a la mayoría de las actrices. Un día, ambos se dieron cuenta de que hablaba en serio.

Así que el juego había terminado y ella estaba sentada en la poderosa oficina de producción en el corazón de Hollywood. Era 1936 y tenía contrato. Pero por alguna extraña razón, se encontró pensando en su breve coqueteo con el hombre cohete alemán en lugar de en su carrera. Se preguntaba si alguna vez encontraría a otro hombre tan inteligente como von Braun. Soñaba despierta con que podrían volver juntos y tener un romance real en lugar de un breve encuentro sexual (y varias conversaciones

importantes e intelectuales). Recordó su última conversación, cuando coincidieron en que la verdadera "revolución" requería la capacidad de juzgar al individuo sin importar la raza o la clase.

Mayer la devolvió bruscamente a la realidad porque estaba discutiendo un asunto que le preocupaba más a él y, por lo tanto, al estudio.

—¡Qué culo! —gritó—. Tienes un culo estupendo, pero los estadounidenses son diferentes a los europeos en ese tipo de cosas.

"¿Qué quieres decir?" preguntó, aturdida por el cambio abrupto en su línea de pensamiento y por la intensa audacia de uno de los mayores magnates de Tinsel Town.

Las esposas de aquí son el problema. En Europa se pueden hacer escenas de desnudos, pero las películas estadounidenses son para toda la familia, sobre todo aquí en MGM.

Encendió un puro. Ella sonrió, pensando distraídamente en el asombro que habría sentido si él le hubiera preguntado primero si le molestaba que fumara. Al menos tuvo la gentileza de ofrecerle un cigarrillo, que ella aceptó agradecida. La mayoría de los hombres habrían aprovechado encender su cigarrillo para tener contacto

físico, pero Mayer no. Él era muy serio con ella. Eso le gustaba.

“Claro, hay una zona *gris*”, admitió. “Podemos cederte a otros estudios para que te desarrolles. De hecho, esa es nuestra política habitual. Para cuando hagas tu primera película con MGM, serás aún más famosa. Incluso, si hicieras un desnudo parcial para otro estudio, no nos causaría ningún problema”.

Él sonrió benévolamente.

Ella le devolvió la sonrisa y la dejó crecer hasta que sus dientes blancos como perlas captaron toda su atención. "No se preocupe por eso, Sr. Mayer", y continuó sonriendo obedientemente.

Bien, señorita Kiesler. Espero que ya hayamos tenido suficiente formalidad por un tiempo. Tu inglés va mejorando, pero aún necesitas mejorar tu acento. No queremos que lo pierdas por completo, ¿entiendes?, pero aún así necesitas moderarlo. Siempre hay espacio para el encanto extranjero en la MGM.

Simplemente no pudo resistir el impulso de relinchar. Lo hizo tan bien que Mayer la miró fijamente, con el cigarro colgando ligeramente de la comisura de la boca.

“No sabía que hacías imitaciones de animales”, dijo.

"Me gustan los caballos", dijo con seriedad y luego suspiró. Podría aprender todos los idiomas del mundo y aun así no ser capaz de comunicarse del todo con un blanco estadounidense que fumaba puros y hablaba mal de ella.

De repente, Mayer la sorprendió al subir el tono de la conversación. "¿Recuerdas la primera pregunta política que te hice?"

Eso fue fácil. Que ella recordara, solo le había hecho una pregunta política. «Sí. Querías saber si era comunista o simpatizaba con esa idea».

“¿Recuerdas por qué?” preguntó.

Ella nunca lo olvidaría. En el momento en que descubrió que ella había desafiado personalmente a Adolf Hitler, asumió con toda razón que era antinazi. Ella, con toda razón, asumió que un judío estadounidense lo aprobaría.

En gran parte tenía razón. Pero recibió su primera lección de política y negocios estadounidenses el día que él la puso en aprietos. Mayer señaló que había dos tipos de antifascistas: los comunistas y todos los demás. Le parecía bien que Hedy perteneciera a la segunda categoría.

“Recuerdo nuestra conversación”, respondió ella.

“Tenemos un problema comunista en California”, dijo. “Se están infiltrando en los sindicatos. Luego está EPIC, un

movimiento de izquierda que lucha por el Fin de la Pobreza en California. No todos son comunistas, pero son lo suficientemente progresistas como para ser un problema".

"¿Rosa? No lo entiendo", admitió.

Él asintió. "Está bien. Sigue practicando tu inglés. La cuestión es que ahora todo el mundo está muy alterado por España. Los comunistas estadounidenses están yendo allí para ayudar a la República. Tenemos muchos en California que se van. A veces pienso que en los climas cálidos crecen aceitunas rojas. Quizás en cualquier lugar con aceitunas haya muchas aceitunas rojas. Oye, qué bien. Las aceitunas tienen el centro rojo, ¿entiendes?"

"Rusia es fría", respondió ella.

Mayer se rascó la cabeza. «Eres una mujer inteligente, Hedy».

—Lo suficientemente inteligente como para conseguirte un buen contrato, Louis. Sin representante.

—Lo sé, mi niña. No hace falta presumir. Eso no te sienta bien.

Hedy golpeó el escritorio de Mayer con el dedo índice. «Es culpa tuya si me ofreciste un contrato de seis meses a 125 dólares a la semana. Eso me dio una idea de tus tendencias con las nuevas actrices».

—Pero eso fue cuando te conocí en Europa —replicó—. ¡Te ofrecí traerte a Hollywood y convertirte en una estrella! A Bob Ritchie, tu agente por aquel entonces, le pareció una idea genial.

¡Hombres! Nunca olvidé que Bob era el primero en ser estadounidense en esas negociaciones. ¡De hecho, le pareció razonable que esperaran que yo pagara mi propio viaje a Estados Unidos!

Mayer murmuró para sí mismo y luego carraspeó: «No se puede culpar a un hombre por buscar una ganga en el mercado».

Hedy le mostró al productor sus dientes blancos, que solían realzar la gelatina en los hombres. «Louis, no puedes culparme por saber mi valor futuro basándome en lo que ya había logrado en Europa. No habrías pagado mi precio si no creyeras que lo valía. No me *ofendió* tu baja oferta. Me *sorprendió* lo que intentabas conseguir».

Mayer asintió. «La verdad es que he tratado con muchas empresarias, pero muy pocas con tu aspecto».

Gracias por el cumplido, Louis. ¿Cuántas mujeres están invitadas a hablar de política contigo?

Saqué el tema de la política porque estoy pensando en contratarte para tu primera película estadounidense. Va a ser un poco polémico.

"¿Qué es?"

Se llama "*El Peón Rojo*". La escribió una mujer anticomunista. Es de Rusia, así que aporta conocimiento de primera mano a la obra. La descubrimos por primera vez cuando vendió a MGM los derechos de una obra sobre áticos y asesinatos que se ha estrenado en Broadway. Sigue en Nueva York, pero está pendiente de su otro bebé. "*El Peón Rojo"* se vendió a Universal hace unos años. Luego, Paramount la compró para Marlene Dietrich, quien la rechazó. Quieren a alguien sexy, exótica y europea para interpretar a una mujer que hace el amor con un guardia comunista de un campo de esclavos para salvar a su marido, que está prisionero allí por ser anticomunista.

"Esa podría ser mi parte afortunada", dijo. "Sabes que soy una liberal demócrata. Odio el comunismo y el nazismo por igual".

"¡Hablas como un buen estadounidense!", exclamó Mayer radiante. "Después, puede que te cedamos a otro estudio para otro proyecto, *Argel.* Están intentando venderlo como vehículo para Charles Boyer. Unas cuantas de estas películas menores te ayudarán a crecer y luego estarás lista para algo grande aquí mismo, en MGM".

Soltó esa risa grave y gutural que Mayer adoraba. "Siempre y cuando me mantenga a raya, ¿vale?", dijo.

Él rodeó la mesa, la tomó del codo y la ayudó a levantarse. "Esa es mi chica. Sabes, te quiero por regañar a Adolf".

“¿Por qué no haces una película antinazi?”, preguntó con toda seriedad.

Gruñó. «Deberías saber la respuesta. Por la misma razón que ningún otro productor judío la sabrá. No nos tomarán en serio por ser judíos. Ahora mismo, solo un gentil puede salirse con la suya. Y luego está el factor económico. Alemania es un gran mercado para todas nuestras películas, ¿y qué le vamos a hacer si Berlín acoge los Juegos Olímpicos?»

Hedy se mordió el labio inferior. "Sí, ¿qué sabes hacer?"

—Anímate —dijo—. ¡Quizás llegue el momento! Si alguna vez hago algo, te incluiré.

Mientras la acompañaba a la puerta de su oficina, dejó que su mano se deslizara hasta su trasero. Le dio una palmadita fuerte y firme. Ella sonrió. Fue la experiencia menos sexual que había tenido. Solo negocios.

El productor de Hollywood había criticado esa parte de su anatomía y ahora se disculpaba. Sin resentimientos. Tanto Mayer como Hedy esperaban ganar mucho dinero con cada parte de su anatomía.

Hedy en Hollywood

Hedy hace una foto y conoce a Frank

Meses después, Hedy Lamarr estaba en un estudio de sonido de la Paramount, maravillándose con el detallado decorado de un campo de prisioneros siberiano. El director la había invitado a verlo. No le reprochó que supiera el nombre de pila de su exmarido.

Para la ocasión, lució uno de sus atuendos más llamativamente "normales". Últimamente, se encontraba pensando más en comprar ropa para un look más informal que cuando se vistió de lujo para lograr un look glamuroso.

Una falda azul de algodón se combinaba con una chaqueta ligera, ambas realzadas por una blusa con un atractivo volante blanco en el cuello. Justo antes de vestirse, dudó entre ponerse los tacones blancos o azules y se decidió por los blancos.

Era domingo por la tarde y la única actriz en el estudio vestía un leotardo negro ajustado. Estaba descansando de sus ejercicios. Las dos mujeres se observaron en silencio y luego intercambiaron sonrisas. ¿De dónde surgió la idea de

que era un mundo de hombres? En lo que a competencias a brazo partido se refiere, el macho era un tacaño.

Mientras Hedy se servía una taza de café, escuchó al director y al director de fotografía charlar sobre ella. "¿Y qué si no tiene las mejores tetas que jamás hayas visto?", retó el director al otro hombre. "Sigue siendo un buen pecho, pero lo que realmente tiene es la cara más hermosa que he visto en mi vida".

“Tienes que señalarlo”, admitió el otro hombre.

Su frente es la más alta que he visto en una chica y sigue siendo atractiva. Su barbilla es una obra maestra. Los pómulos y las cejas son tan perfectos que casi duele pensar en ellos.

“No te olvides de sus labios.”

Sonrió mientras sorbía su café. Cada día que pasaba se hacía más evidente que Hollywood era su ciudad favorita.

De repente, sintió que la observaban. Se giró rápidamente y vio una figura alta y desgarbada apoyada en la puerta. Su primera impresión fue que era Gary Cooper, pero luego reconoció diferencias en el rostro. Aunque el hombre podría ser el hermano de Cooper.

Esperó a que dijera o hiciera algo. No lo hizo. Esa no era una reacción masculina normal, ¡y menos con ella! Durante

un largo rato permanecieron inmóviles, con las miradas fijas. Finalmente, ya no soportó la insolencia del hombre y dijo: "¿Quién demonios eres?".

“Alguien que te está espiando, igual que tú has estado espiando a nuestro director”.

¿*Nuestro* director? ¿Sales en esta película?

Él asintió. "Me llamo Frank", dijo, extendiendo una mano larga y delgada. Había algo magnético en él. No podía creerlo, pero se encontró caminando hacia él. En el fondo de su cabeza, una vocecita la regañaba: "*Eso no está en el guion, cariño, ¡se supone que él debe venir a ti!"*

Le gustaba la sensación de su mano. «Debes ser el actor que enviaron de Nueva York para interpretar al marido».

“Sí, no vale la pena el gasto cuando consideras el costo de traerme”.

Ella rió y el hechizo se rompió. Al menos volvió a sentirse como siempre. "Es cierto que solo nos vemos un par de veces en la historia, pero son escenas cruciales. Y nos besamos".

"¿Qué tal un ensayo?"

Por lo general, le gustaban los hombres enérgicos. Permitía que Frank empezara algo. Si le gustaba, podía

ayudarlo a terminarlo. Él usaba tanto las manos como la lengua. Los besos estaban bien, pero las manos eran mejores. Tenía una gracia natural y la abrazaba con una firme confianza que le hacía estremecer todo el cuerpo.

Salieron a tomar aire y volvieron a mirarse. Se miraron como antes, pero esta vez con más amistad. Los ojos grises del hombre parecían atravesar los azules de ella y penetrar en el centro de su mente. La forma en que la miraba implicaba que podía poseerla con la misma facilidad con la que le sostenía la mirada.

Se dio cuenta de que no sería ella la primera en romper. No esta vez. Sintió emoción por su propia terquedad.

Cuando se enteró de que un actor de Nueva York venía a trabajar, y que no era un nombre famoso, no entendía por qué. Había muchísimo talento local y desesperado aquí mismo en Hollywood, al alcance de Paramount.

Ahora lo entendía. Este hombre era inusualmente arrogante. Proyectaba una confianza suprema, realmente inusual. Su boca ancha resultaba casi inapropiada al sonreír, pero sus ojos se volvían más intensos. La impresión general era de diversión distante ante cualquier adversidad que la vida le deparara.

Él tomó a Hedy Lamarr como algo que le correspondía. Interrumpió la mirada para reanudar el beso. Pero no fue

directo a su boca. Ella sintió que se le aceleraba el pulso mientras él le mordisqueaba la base del cuello. No le habría sorprendido que le hubiera clavado los dientes, como Lugosi en *Drácula,* pero al instante siguiente su boca volvió a alimentarse de la suya.

Algunas mujeres se sentían débiles en momentos como este, pero Hedy siempre reaccionaba de forma opuesta. No había conflicto entre su mente y su cuerpo. Siempre tenía el control absoluto.

Y este hombre de Nueva York era un buen amante. Habían llegado al límite y ella tendría que tomar la decisión.

“¿Quieres hacer el amor?” preguntó ella.

“Sí”, lo dijo como si fuera una orden.

Su mirada recorrió a su alrededor y determinó que no había nadie a la vista. Si el director y el director de fotografía los habían visto por casualidad, eran, evidentemente, caballeros y no estaban a la vista.

—Sígueme —dijo ella tomándolo de la mano aunque podría haberlo llevado por otro camino.

“¿Tu camerino?”, preguntó mientras ella lo acompañaba por las escaleras.

“Creo que se supone que es mío, pero aún no le han puesto nombre”.

"Lo haremos tuyo esta noche", dijo mientras cerraba la puerta detrás de ellos.

Dentro de la estrecha habitación, iluminada por una luz tan brillante que le dolía la vista, se pusieron manos a la obra. No había amabilidad en su sonrisa, solo una sensación de autoridad. Disfrutaba de llevar la delantera incluso mientras sus largos dedos comenzaban a acariciar sus pezones a través de la fina tela de su blusa. Su amplia y blanca sonrisa le provocó escalofríos. Quiso recuperar el control, pero él no se lo permitió.

—Tomemos unas copas —suspiró ella.

—Está bien. Siempre hay tiempo para una copa.

Se separó y abrió un cajón donde habían dejado una botella de bourbon a petición suya. Siempre era buena idea tener un nuevo lugar preparado antes de su llegada. Pero no había vasos. Levantó la botella y él se la arrebató de la mano.

Él bebió primero de la botella y luego se la pasó. Ella tomó el cuello de la botella entre sus labios firmes y fuertes y tragó más que él.

“Me gustan las mujeres profesionales”, dijo.

Ella lo adoraba por eso. Era inmune a los halagos típicos del tipo "es tan guapísimo". Pero siempre estaba dispuesta a que la apreciaran por lo que realmente podía hacer.

No esperaba que él tomara su mano libre entre las suyas y acercara sus cálidos labios a su piel temblorosa. Ese gesto reafirmó su opinión sobre este hombre, de una forma u otra. No estaba dispuesta a darle la satisfacción de apartar la mano de un tirón. Era difícil estar a solo centímetros de su cuerpo delgado y fuerte y sentir la firmeza de su exigente toque.

"¿Es esto un comportamiento profesional?" se oyó preguntar, a punto de suspirar.

“Consideralo un soborno”, dijo.

Cualquiera que fuera la atracción especial que le había conseguido este trabajo en la película, Hedy estaba más que feliz de ampliar sus horizontes con este actor neoyorquino. Más tarde se enteraría de que era el esposo de la autora, una mujer que seguía ocupada en la otra costa, trabajando en Broadway, además de incursionar en la política republicana. La política republicana estadounidense, claro está.

Hedy no se decepcionaría tanto al enterarse de que estaba casado. Le molestaría más saber que había empezado su

carrera como extra de cine y que había conocido a su futura esposa cuando ella estaba en Hollywood.

¡Lo cual significaba que, después de todo, él realmente no era un actor de Nueva York!



Capítulo III

EN EL VATICANO

El Padre y el Cardenal

El sacerdote español estaba nervioso. Nunca había recibido una citación a Roma de alguien tan importante como el cardenal Celi. La última vez que entró en San Pedro fue para su ordenación. Parecía lejano, pero sus recuerdos no se habían borrado. Hoy volvieron con tanta fuerza que comprendió que la Ciudad del Vaticano era lo que soñaba cuando anhelaba el Cielo.

Caminar por los pasillos de un edificio milenario le produjo una inquietante sensación de alienación. Solo las plantas vivas que cuidaban los monjes le proporcionaban un vínculo con la realidad contemporánea. La vegetación era verde y vivaz, probablemente más joven que él.

Lo condujeron al despacho, ricamente amueblado y en un profundo silencio, de un príncipe de la iglesia. El cardenal, de unos sesenta años, proyectaba un vigor entusiasta que el sacerdote había perdido en sus treinta. Aunque solo tenía cuarenta y cinco años, el padre Palma daba la impresión de ser un hombre mayor.

Al inclinarse y besar el anillo en la mano del cardenal italiano, el sacerdote español creyó oír un curioso tintineo de campanas. No corría el viento y, al levantar la vista, no vio ninguna campana en la habitación. No era de los que se fijaban en auspicios ni presagios, así que no le prestó más atención. Lo último que esperaba encontrar en Roma era evidencia de lo sobrenatural.

El cardenal Celi no perdió el tiempo. «Tengo un trabajo para usted en una división poco conocida de la Oficina de Propaganda».

“¿Su Eminencia quiere que me dedique a la política?”, preguntó Palma. Fuera de la Iglesia, poca gente sabía que la propaganda se desarrolló inicialmente para servir a la Iglesia y no al Estado.

“Todos estamos enfrascados en la política mundana ahora”, dijo Celi con un suspiro. “Tú creciste en Estados Unidos antes de que tus padres regresaran a Toledo. Yo pasé muchos años en Inglaterra. Por lo tanto, tenemos mucho en común. He leído mucho sobre literatura británica y su periodismo. Tú también estás familiarizado con las obras estadounidenses. Debemos organizar equipos de lectores y analistas para comprender *a todos* nuestros oponentes si la Iglesia quiere sobrevivir a los próximos días oscuros”.

"No lo entiendo", admitió el joven.

¿Qué te queda oculto?

Palma se removió en su silla. «Quiero decir que es obvio por qué la Iglesia estudia la ideología de los nazis y los bolcheviques. Hitler y Stalin representan amenazas radicalmente diferentes; pero ¿qué les preocupa a los escritores y periodistas angloparlantes?»

Celi sonrió y le sirvió a su sacerdote una copa de buen vino tinto. Brindó con él por el Papa. Luego se acomodó en su gran silla e intentó educar al español.

“¿Sabes quién era Disraeli?”

“¿Un primer ministro británico del siglo pasado?”

Un judío que se convirtió en uno de los primeros ministros más destacados de Inglaterra. Una vez le pidieron que

identificara su religión. Respondió que todos los sabios tienen la misma religión. Su interrogador insistió y Disraeli respondió que los sabios nunca la revelan.

"¿Era un converso?" preguntó el sacerdote.

El cardenal Celi negó con la cabeza y suspiró. Esto iba a llevar más tiempo del esperado, pero el español había demostrado una gran perspicacia en algunos de sus escritos. Considerando que muchos sacerdotes en España eran prácticamente analfabetos, el talento de este hombre no debía desperdiciarse. Era ingenuo y solo necesitaba iluminación, pero nunca deslumbramiento.

—Déjame intentarlo de otra manera —dijo el Cardenal—. Mírame bien. ¿Te recuerdo a alguien?

La pregunta sorprendió a Palma. Pero luego reflexionó largo y tendido. «Pues sí, ahora que lo mencionas. Casi podrías ser un gemelo del Padre Fundador de Estados Unidos, Benjamin Franklin. Solo necesitarías dejarte crecer el pelo a los lados de la cabeza y usar gafas bifocales. Tienes la cara y la gran cúpula de una cabeza calva».

Celi asintió. «Eres observador. A veces me pongo un traje del siglo XVIII para fiestas muy privadas. Mencionaste las gafas bifocales. ¿Sabías que Franklin las inventó? También inventó el pararrayos, por lo que varios miembros del clero estadounidense lo criticaron por interferir en el dominio de

Dios. También descubrió la corriente del Golfo. De alguna manera, tuvo tiempo para estos hitos científicos mientras ayudaba a liderar la Revolución estadounidense, lograba milagros diplomáticos en la corte francesa, revolucionaba el periodismo y componía su *Autobiografía.* También inventó la armónica de cristal».

El sacerdote no tenía idea de adónde conducía todo esto, pero asintió vigorosamente y dijo: “Ese hombre era claramente un genio”.

Sí, un verdadero genio, a diferencia de muchos de nuestros 'genios' políticos que se pavonean por la Tierra hoy en día. Todo dictador es un genio, según él mismo lo dice. Claro que hay verdaderos genios en el mundo ahora mismo, pero son principalmente científicos e ingenieros. Carecen de dotes para el gobierno. Hoy en día todo está tan especializado —suspiró—.

Celi dejó que el silencio los envolviera como el polvo que cubría los raros tomos que llenaban las estanterías del Cardenal. Cuanto más hablaba el anciano, más confundido estaba su sacerdote.

—Voy al grano —dijo Celi—. Franklin era masón, un enemigo acérrimo de la Iglesia. El infierno es grande y contiene multitudes.

Esta declaración realmente impactó al sacerdote. Estaba acostumbrado a ese tipo de lenguaje en los pueblos españoles. Le parecía vulgar y fuera de lugar allí.

El Cardenal leyó a su sacerdote como si hojeara uno de sus libros. "¿Dónde cree que terminó Disraeli después de morir?"

Palma abrió la boca, pero no le salieron las palabras. Carraspeó y lo intentó de nuevo. «Bueno, cuando muchos judíos españoles se convirtieron a la Iglesia en tiempos de la Inquisición, se les llamó cristianos nuevos. Era bien sabido que muchas de las conversiones eran solo para evitar la hoguera. Los judíos seguían practicando sus ritos en privado, pero de vez en cuando los pillaban y los castigaban».

Celi frunció el ceño. "¿Castigado? ¿No querrás decir corregido, con la luz de la razón? Bueno, da igual."

“Supongo que Disraeli era ese tipo de converso”, ofreció el sacerdote amablemente.

Celi frunció los labios. "¿Qué más daría si un judío inglés fuera sincero o no al convertirse a la Iglesia de Inglaterra? ¡Es la iglesia *equivocada* y todos irán al infierno de todas formas!"

El padre Palma tenía dificultad para respirar; la habitación se había vuelto de repente incómodamente cerrada y sofocante. «Estoy confundido», murmuró.

El cardenal Celi abrió su escritorio y sacó varios libros, revistas y periódicos, todos en inglés. El sacerdote recorrió con la mirada los títulos y captó los nombres de George Orwell y G. K. Chesterton. Pero lo que realmente captó su atención fue la llamativa portada de una revista pulp estadounidense.

Sobre un fondo amarillo llameante, una mujer casi desnuda, de cintura imposiblemente estrecha, luchaba con una figura esbelta pero musculosa, vestida con una túnica rojo sangre y una capucha puntiaguda a través de la cual brillaban unos ojos llenos de odio. Al fondo, un objeto plateado, construido con triángulos metálicos y que lanzaba rayos azules, flotaba amenazante sobre un montón de cráneos humanos.

—¡En nombre del cielo! ¿Qué es eso? —preguntó el padre Palma.

—En realidad no es el Cielo, sino la otra firma —dijo el cardenal Celi, frunciendo el ceño—. Esto formará parte de tu lectura americana, la última entrega de *El Inquisidor.* El autor llegó hace poco a España. Mucha gente visita tu hermoso país últimamente.

“¿Pero qué es?”

Una versión inferior de las novelas científicas de Wells y Verne. Es la cadena de montaje estadounidense en acción, como si Henry Ford se hubiera dedicado al mundo editorial.

Palma levantó con cuidado la revista entre el pulgar y el índice, como si pudiera contener gérmenes. "¿Por qué nos importa la pornografía?"

Porque nos importa influir en la mente de las personas. Como mínimo, nos importan millones de católicos estadounidenses.

“Nunca han tenido una censura efectiva de las publicaciones periódicas”, lamentó Palma.

—No seas tonto —espetó el Cardenal, agotando la paciencia—. *Olvídate* de la portada. *Olvídate* del sensacionalismo. El problema de esta revista es su contenido intelectual, que *nunca se* censura en Estados Unidos.

“¿Intelectual?”, repitió Palma consternado.

El Cardenal pasó a una página determinada y leyó.

“Durante la Inquisición española, una hereje fue quemada

en la hoguera a pesar de estar embarazada”.

Palma hizo una mueca. «Eso sería propaganda atroz si tuvieras un panfleto en lugar de un cuento de hadas».

El Cardenal frunció el ceño, pero la página de periódico barato, ya amarillenta, permaneció perfectamente lisa. «La afirmación que acabo de leer es realmente cierta. Incluso se cita la fuente: un tal Cecil Roth, profesor de Estudios Judíos en la Universidad de Oxford. Está realizando un estudio que sin duda supondrá un gran avance respecto a ese viejo recurso protestante, el *Libro de los Mártires* de Foxe*».*

La cuestión es que el público general jamás leería un estudio académico sobre los días oscuros de España. Pero aprenderá sobre este lamentable suceso en sus lecturas para evadirse.

El Cardenal terminó su vino antes de continuar. «Debería haber dicho los días oscuros de España. Pero el público siempre está dispuesto a aprender su historia, así como teología, a través del entretenimiento popular. ¿Por qué cree que los nazis están tan obsesionados con sus películas?»

El padre Palma siguió el ejemplo del príncipe de la iglesia y también terminó su vino. Envalentonado, soltó: «Me cuesta ver qué tienen que ver todas estas cosas; me refiero a Franklin, Disraeli y las mujeres desnudas en las portadas de revistas».

“Básico”, respondió su instructor. “Cuando la Iglesia ejercía el poder real, su principal preocupación era dónde pasaría la eternidad su rebaño. Para la mentalidad moderna,

resulta peculiar que los católicos maten a una mujer embarazada; pero las autoridades españolas sin duda creían que iban a salvar su alma del tormento eterno. Sin duda tenían una teoría sobre su hijo nonato que no concuerda del todo con el pensamiento moderno sobre el tema. ¡Incluso quienes servimos a la Iglesia hemos olvidado la antigua forma de pensar!

Ahora que el mundo está a punto de ser destrozado de nuevo, el pasado es tan real como todos los futuros imposibles que prometen anarquistas, comunistas, capitalistas y demócratas. Todos niegan el Pecado Original. Incluso los católicos han olvidado cómo ser católicos. Tenemos la oportunidad de arreglar las cosas. Quizás empecemos por España.

“¿Pero cómo?”, quiso saber realmente el padre Palma.

El Cardenal agitó la revista de ciencia ficción bajo la nariz de su sacerdote. «Si tuvieras esta máquina del tiempo y pudieras regresar al pasado para conocer a Benjamin Franklin, ¿intentarías convertirlo a la verdadera fe?»

"Supongo que sí."

¡Una pérdida de tiempo! Franklin no quiso escuchar. Masón una vez, masón para siempre. Pero podrías intentar persuadirlo para que se guarde sus opiniones más escépticas. Quizás podrías encontrar la manera de

chantajearlo. Un modelo a seguir lo encontramos en Disraeli, cuya regla para la buena vida era hablar de política sin parar en público, ¡pero nunca de religión!

Verá, nunca deberíamos preocuparnos por salvar el alma de un genio. Mucho más importante es salvar las almas de cincuenta campesinos españoles o cincuenta obreros ingleses. Ahí es donde tenemos un punto de acuerdo significativo con los comunistas; pero solo en ese único punto. ¡Estamos aquí por la humanidad! La única justificación para una mente brillante es que se entregue voluntariamente al bien del hombre común. El pobre Galileo nunca pudo comprender ese punto fundamental.

"¿Y qué pasa con Hitler?"

Espiritualmente, sirve a nuestro enemigo más antiguo. Es a la vez más complejo y más simple que los comunistas. De hecho, el nazi más peligroso es Alfred Rosenberg. Por eso incluimos su *Mito del Siglo XX* en el Índice de Libros Prohibidos. Si el Reich conquista Europa, intentará reemplazarnos con una Iglesia nórdica.

El sacerdote español no podía comprender cómo el mundo se había vuelto tan complejo y extraño. Su voz era débil y apenas susurró: «Franco quiere salvar la Iglesia auténtica y el estilo de vida tradicional».

Claro que sí. Es *nuestro* fascista. El general es más que un aventurero como Mussolini. Tendrá que colaborar con el revolucionario Hitler, pero debe ser cauteloso. Para empezar, Hitler no quiere una victoria total de Franco. Quiere que la caldera siga hirviendo mientras traza sus planes y mantiene la vista puesta en el Mediterráneo.

El padre Palma se sentía como si acabara de matricularse en un doctorado en una pintoresca y pequeña universidad a orillas del río Estigia. «¿Cuál es entonces la amenaza que representan Estados Unidos e Inglaterra?»

La amenaza del individualismo, por supuesto. El callejón sin salida del protestantismo. Solo podemos rezar para que un día reconozcan su error y se reúnan con nosotros en la verdadera comunión. Quizás incluso se disculpen con la Virgen por todas sus calumnias a lo largo de los siglos.

El padre Palma sintió que la cabeza le iba a estallar. No era un dolor físico, sino una agonía del alma. "¿Volveré a España?", preguntó esperanzado.

—Eventualmente. Pero primero tienes trabajo que hacer aquí. Ahora tengo una pregunta para ti. ¿Hasta dónde crees que se extenderá vuestra pequeña guerra?

El cuerpo de Palma se desplomó al responder: «Temo que sea el comienzo de otra Gran Guerra que arrasará el mundo».

El Cardenal se levantó y puso la mano sobre el hombro del sacerdote. «Bueno, mira el lado positivo. ¡Quizás tengamos más conversos que nunca! Los tiempos de paz pueden ser peligrosos para el alma».

Ahora el Padre Palma se sentía realmente mal. De nuevo tenía dificultad para respirar. Rezó para poder salir a tomar aire fresco.

El Cardenal percibió que su hombre no aguantaba más y dio por terminada la primera sesión. La dio por terminada.

Más adelante te explicaré el problema especial que tenemos con Eric Blair —ese es el verdadero nombre de George Orwell— y hay una dificultad aún más grave con nuestro compañero católico, Gilbert Keith Chesterton. Ese granuja gordo es un periodista de lo más impredecible.

Palma nunca había leído a Orwell, pero disfrutaba mucho de las novelas policiacas de Chesterton. "¿Qué le pasa a Chesterton?", no pudo resistirse a preguntar.

“Casi muere este año”.

"¿Sí?"

Bueno, se recuperó. Un nuevo tratamiento médico. Ahora descubrimos que se niega a apoyar a Franco. ¡Una verdadera decepción después del excelente trabajo que hizo para Mussolini en 1930! Y la cosa empeora. Está trabajando en un

nuevo libro en el que muestra cierta simpatía por los anarquistas.

El padre Palma no podía creer lo que salió de su propia boca: “¡Maldita sea!”

“No lo habría podido decir mejor yo mismo”, aseguró el cardenal.

El cardenal Celi permaneció sentado un buen rato después de permitirle finalmente salir de sus aposentos. ¿Era solo su imaginación o la habitación se había vuelto perceptiblemente más cálida en la última hora?

Por un momento creyó oír el tintineo de campanas.

En el Kremlin

El Secretario

Había otros grandes edificios religiosos en el mundo además de los de la Ciudad del Vaticano. En las entrañas de uno de ellos se sentaba un hombre fumando en pipa. Aunque la vasta estructura rebosaba esplendor, Joseph Stalin vivía en un pequeño apartamento con escasos muebles.

Había estudiado para el sacerdocio. Sin embargo, más tarde descubrió una nueva vocación que persiguió con fervor, para consternación de muchos y el fanatismo de otros. Sus pensamientos se dirigieron entonces al día de 1931 en que conoció a George Bernard Shaw durante la muy publicitada visita de buena voluntad del escritor inglés. Irónicamente, el mundialmente famoso hereje había expresado su preocupación por la destrucción planeada de la Iglesia del Salvador. La iglesia era una monstruosidad que se alzaba sobre el edificio mucho más importante en el que este hombre ahora se sentaba en gloriosa soledad. Ordenó su demolición en 1933.

Nada podía competir con la perfección arquitectónica del Kremlin. Stalin jamás lo permitiría.

Sin embargo, para el líder soviético había sido fácil tratar con el anciano dramaturgo. Stalin destacó el cuidado que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas había puesto en preservar las iglesias más antiguas e históricamente más importantes como piezas de museo. Eso bastó para convencer a Shaw de que estaba tratando con un hombre civilizado en una sociedad posrevolucionaria civilizada.

Era curioso que se detuviera en un asunto tan trivial precisamente hoy. Quizás su atención actual a los acontecimientos en Europa Occidental explicaba sus pensamientos errantes. Estaba a punto de tomar una decisión sobre una institución mucho más importante —y

aún más anticuada— que se vislumbraba en el horizonte occidental. Había decidido, por lo tanto, no hacer mucho ruido y fumar su pipa hasta que decidiera qué hacer con España.

Por supuesto, no necesitaba estar solo para disfrutar de sus largos ratos de silencio contemplativo. A menudo no decía ni una palabra en una reunión del Politburó. Al menos no hasta el final. Para entonces, sus camaradas habrían proferido un mar de palabras, como suelen hacer los intelectuales marxistas. En las ocasiones en que Stalin finalmente se dignaba hablar, todos los presentes se esforzaban por oír. A veces, bajaba la voz deliberadamente y hacía que todos se inclinaran hacia adelante para captar cada matiz.

Al hacerlo, se imaginó que todos estiraban el cuello para ofrecerle al Secretario General del Partido Comunista un blanco más tentador. En su estado de ánimo actual, el mapa de España sobre su escritorio le recordaba cuellos esperando ser cortados. En el mapa, el país parecía una cabeza grotesca que sobresalía del océano.

Miró por encima de su escritorio. Una botella de vodka sin abrir y un suministro intacto de caviar del Mar Negro podrían haberlo tentado en otra ocasión. Pero no cuando decidía fumar y reflexionar. Además del recuerdo de su agradable sabor salado, el caviar le proporcionaba una agradable asociación. Provenía del único lugar de su imperio donde se

sentía realmente relajado, especialmente cuando vacacionaba en el Mar Negro con su joven esposa, Nadezhda, y sus amigos. El círculo de amigos, cada vez más reducido…

Pasó la mano por el mapa de España. ¿Qué hacer con este? Eran demasiadas consideraciones, incluso para él. Sin querer, tiró al suelo una carta de un eminente científico ruso. Al recuperarla, meneó la cabeza, asombrado por las tonterías que siempre pasaban por su escritorio. Pero al menos este hombre era inofensivo y seguía siendo útil en su trabajo diario.

Stalin no solía admirar la audacia, pero no se oponía a ella por principio. Este profesor comenzó aclamando a Stalin como el constructor del verdadero socialismo y, por lo tanto, del futuro. Tenía ciertos tipos de héroes en mente. Estaba obsesionado con el aviador Charles Lindbergh, como una versión estadounidense de la idea de Lenin del hombre del futuro. Mencionó a algunos aviadores alemanes a los que concedió el mismo honor. Finalmente, también tuvo la sensatez de incluir a algunos rusos.

Pero el punto crucial de la carta giraba en torno a una reunión en 1929 entre Lindbergh y el experto en cohetes Robert Goddard. Este pobre profesor estaba convencido de que el primer país en dominar los cohetes conquistaría el mundo. Por lo tanto, le preocupaban las limitaciones de artillería y armamento de Alemania, sujeta al Tratado de

Versalles. El profesor temía que Alemania utilizara *la investigación en cohetes* para evadir estas limitaciones. Le preocupaba, además, que esta investigación pudiera dar lugar a peligrosas ventajas militares alemanas.

Stalin casi tiró la carta a la basura, pero luego se lo pensó mejor. La archivó en su escritorio. El profesor era un intelectual típico. En lugar de asumir que los alemanes simplemente ignorarían las reglas sobre armas pesadas y proyectiles, el pobre hombre fantaseaba con que lanzarían un programa de cohetes impráctico, digno de la aventura serial de un niño.

El líder del mundo comunista tenía cosas más importantes que hacer. Tenía que volver al problema de la Guerra de España.

De nuevo se fijó en Francia, el cuello atado al lío español. No quería problemas con Francia porque no quería problemas con la Sociedad de Naciones. Se preguntaba por qué Francia no apoyaba a la República en lugar de a los fascistas, simplemente por su propio interés. Culpó a los británicos por confundir el asunto y por no dejar las cosas como estaban. Las dos democracias capitalistas habían creado Comités de No Intervención. ¡Qué típico de ellos! A Lenin no le habría sorprendido.

Stalin tenía que tomar sus propias decisiones. Bajo ninguna circunstancia la Unión Soviética podía entrar

oficialmente en esta guerra. Esa era la primera consideración. La segunda consideración era mucho más seria y afectaba la esencia misma de lo que Stalin estaba construyendo y lo que su enemigo, Trotsky, buscaba socavar.

Su pipa se había apagado. Mientras la rellenaba, dejó que su mirada se posara en el único libro en un estante por lo demás vacío: *Los Fundamentos del Leninismo.* La escritura que implicó la creación de ese libro no le había resultado fácil. Su mayor orgullo era que Trotsky criticara la prosa.

Su otro gran orgullo con respecto al libro residía en que los trabajadores comunes lo leían con entusiasmo y a menudo admitían que era la primera vez que realmente entendían a Lenin. Oficialmente, Stalin aceptó la otra crítica de Trotsky: que no había ideas originales en la contribución de Stalin a la obra marxista. Para cuando su enemigo se dio cuenta de su error, ya era demasiado tarde.

De niño, Stalin comprendió que si se hacía sacerdote, jamás aportaría nada original a la teología. Un sistema de creencias solo era útil si las masas creían. El secreto del poder residía en descubrir lo que creía la mayoría y actuar en consecuencia. Jesús había sido la guía para descubrir ese secreto durante mucho tiempo, pero ahora su tiempo había terminado. Marx y Lenin lo reemplazaron.

Pero aún había espacio para la originalidad, incluso una necesidad, si uno deseaba ascender a la cima de cualquier pirámide de poder. Aquí, Trotsky, con sus abstracciones flotantes en la cabeza, pasó por alto la realidad de lo que Stalin estaba haciendo y no reconoció la semilla plantada en su torpe libro.

El jefe del Partido Comunista se volvió experto en citar a Lenin fuera de contexto y, con paciencia, comenzó a construir la idea de que el verdadero socialismo podía alcanzarse en la URSS, independientemente de lo que sucediera en el resto del mundo. Trotsky tenía razón, por supuesto, cuando insistió en que Lenin siempre pretendió que el comunismo fuera un movimiento estrictamente internacional; de ahí la importancia de la Comintern.

Pero Trotsky se encontró, como siempre, en el lado equivocado de la cuestión práctica. En cuanto a la Comintern, Stalin aprendió que los intereses nacionales podían servirse a través de una organización internacional. Era simplemente una cuestión de realidad. Los capitalistas no iban a rendirse y morir, mientras que los fascistas eran tan despiadados como el propio Partido.

Y un día, estas dos fuerzas podrían unirse contra la Unión Soviética. Stalin no podía permitirlo, aunque eso significara tener que aliarse ocasionalmente con un enemigo contra el otro. Pensaba que la mejor idea que los periodistas del

Partido jamás habían tenido era argumentar que el fascismo era la etapa final del capitalismo. ¡Qué buena idea!

Cualquiera que fuera lo que ocurriera en los años venideros, Stalin salvaría al pueblo ruso sin importar cuántos millones de ellos tuviera que matar.

Pero ahora debía resolver el problema español, que amenazaba con obstaculizar la construcción del futuro. La segunda consideración —después de la importancia de que la Unión Soviética no entrara en la guerra— era que Moscú no debía ser visto como un «exportador» de revoluciones. Sobre todo ahora que el mundo se encaminaba hacia la peligrosa deflagración de otra guerra europea a gran escala.

Pero había una tercera consideración: el problema de la imagen pública. El líder del Partido Comunista no podía quedarse de brazos cruzados *mientras* estallaba una revolución en España. Todos los idealistas se alineaban bajo la bandera de la República. Al tratarse de una guerra civil, la clase intelectual se mentía a sí misma, creyendo que ningún interés nacional interfería con la pureza de los ideales revolucionarios.

Qué increíbles tontos.

La famosa pregunta de Lenin, "¿Qué hacer?", pesaba en la mente de Stalin. A pesar de todas las veces que se alegró de que su mentor ya no estuviera presente para obstaculizar el

progreso de su protegido, Stalin habría estado encantado de que el fantasma barbudo apareciera ante él ahora y le ofreciera un sabio consejo.

Tras concluir sus reflexiones, Stalin trazó rápidamente las líneas generales de un plan viable. Unas cuantas caladas más a su vieja pipa y se tomaron las decisiones tácticas iniciales. Trabajaría con Vladimir Antonov–Ovseyenko, un veterano soldado de la Guardia Roja que aprovecharía al máximo su tiempo como Cónsul General en Barcelona. Era un infiltrado nato y tendría un trabajo arduo en ese pozo negro de anarquistas, trotskistas y otros contrarrevolucionarios. Nunca se dejaría engañar por las mentiras del POUM, desviacionista y faccionalista, cuyos supuestos líderes marxistas lo habían tildado de *termidoriano estalinista,* el dictador venenoso. Vladimir también podría ayudar con los problemas en Cataluña, un lugar plagado de alimañas izquierdistas infantiles.

Nadie a la izquierda del Partido podía ser tolerado. Era así de simple.

Sopló humo hacia el mapa e imaginó las nubes de su venganza descendiendo sobre el campo. Franco era el menor de sus problemas, pero tendría que combatirlo de alguna manera. La solución era la Comintern. Toda la ayuda debía pasar por las organizaciones internacionales.

Los miembros de la Comintern enviarían a sus propios voluntarios y estos, a su vez, formarían organizaciones para recibir la ayuda. También podrían infiltrarse en otras organizaciones que recibirían ayuda de la misma manera. Los encantadores sádicos de la NKVD vigilarían a todos. Lo mejor de todo es que se establecería una cadena de empresas de exportación e importación por toda Europa para asegurar el flujo de todo. Ese truco siempre les funcionó bien a los británicos.

Stalin dejó la pipa. Tenía el plan. Ahora podía disfrutar de ese caviar y vodka. Al abrir la botella, el toque final de su plan cobró forma.

Idealmente, ni un solo equipo llegaría a la República hasta que garantizaran el pago. Ningún banquero angloamericano podría negociar con mayor ímpetu. Le tomaría muchos giros inesperados conceder crédito, aunque suponía que todo era posible.

Sabía que la República contaba con una reserva de oro de quinientos millones de dólares. Podrían enviarla por tren a Odesa. Nada le gustaba más al principal líder marxista–leninista del mundo que recibir pagos en moneda fuerte.

Con un rugido de satisfacción, abrió el vodka y bebió directamente de la botella, como un buen campesino ruso. Con la otra mano, cerró el puño y golpeó con fuerza el corazón de España que se extendía ante él.



Capítulo IV

LOS GENIOS

Jugando con el joven cohete

“Esos chicos serán nuestra muerte”, dijo mamá.

“Ése es el problema con el genio”, dijo papá.

Los chicos en cuestión eran Konrad Zuse y Wernher von Braun. Konrad era su hijo. Prácticamente habían adoptado a

Wernher. Les ayudó el que los Zuse tuvieran una casa de acogida. Pero nadie engañaba a nadie sobre el vínculo de amistad que había surgido entre ellos. A Konrad no le resultaba fácil hacer amigos, y Wernher era aún peor. Los chicos se habrían convertido en los mejores amigos bajo cualquier circunstancia.

Los Zuse pertenecían a la clase media. Nunca imaginaron recibir a su cuidado a un joven de una clase social superior. Pero, hasta ese momento, la vida de Wernher von Braun era digna de la ópera wagneriana, y era solo el comienzo.

Von Braun era un ejemplo clásico de aristócrata prusiano: tranquilo, distante y poco expresivo. No pudo evitarlo. Conseguir que contara su historia había sido una labor de amor para los Zuse, y finalmente cedió y la historia fue contada.

Su tragedia comenzó en 1922 cuando, a los diez años, realizó un precoz experimento con su pequeño vagón rojo. Inspirado por una película muda francesa cómica que retrataba un viaje a la Luna, Wernher realizó su primer intento serio en el campo de la propulsión de cohetes. Ató seis cohetes a su pequeño vagón rojo. Eran cohetes chinos hechos a mano, y von Braun anunció: "¡Estoy aprendiendo chino!".

El experimento no fue precisamente un éxito. Lanzó el vagón al centro de Berlín, donde explotó. El suceso podría haber sido una comedia si no fuera porque una mujer murió.

La familia de Von Braun era importante. Pero también lo era la familia de la fallecida. Había sido una matrona de la alta sociedad. El padre de Von Braun no pudo hacer nada para evitar que su hijo ingresara en el reformatorio.

Como resultado de esta calamidad, la madre de von Braun enfermó gravemente. Nunca se recuperó del todo y su padre siempre lo culpó. Lamentablemente, el día que las puertas de la prisión para adolescentes se cerraron de golpe tras su hijo, la familia perdió toda esperanza en el joven Wernher. Habían deseado que fuera un gran músico alemán. Ahora era solo otra víctima alemana, perdido entre las ruinas de un imperio destrozado.

Su estilo aristocrático preadolescente no le granjeó amigos en el reformatorio. Los matones que lo golpeaban solían ser comunistas o miembros de un partido político emergente llamado Partido Nacional Socialista de los Trabajadores. Los odiaba a ambos. Con el tiempo, aprendió que podía salvarse enfrentándolos entre sí.

Dado su tamaño y fuerza, Wernher casi siempre ganaba cualquier pelea justa. Por eso los comunistas y los nazis se aliaron contra él. De esta experiencia, concluyó que ambos

grupos estaban compuestos principalmente por matones cobardes.

La familia Zuse no tenía ningún desacuerdo con el amigo de Konrad sobre los seguidores de estos movimientos políticos. El padre simplemente señaló que era un error concluir que los *líderes* de estos movimientos también eran cobardes y, por lo tanto, podían ser descartados como insignificantes. Era más preciso, afirmó, verlos como psicópatas peligrosos que habían descubierto el camino al poder a través de la turba.

Los Zuse llevaban años conversando con su hijo como adultos y a veces olvidaban lo inusual que era. El nuevo muchacho encajaba a la perfección en este patrón, y era solo cuestión de tiempo que von Braun fuera prácticamente adoptado por la familia.

De hecho, no había mejor lugar para que el joven Wernher terminara. Vivía en una casa de puertas abiertas para intelectuales, ingenieros y científicos. Von Braun había encontrado un nuevo hogar. Nunca habló de la muerte de su madre ni del distanciamiento definitivo de su verdadero padre.

Pero no fue suficiente que el joven von Braun soñara con un viaje interplanetario. El joven Zuse también tuvo un sueño, uno igual de fantástico. Estaba obsesionado con construir la primera máquina pensante del mundo. Su obra

favorita era *RUR, los Robots Universales Rossum.* El autor checo Karel Capek acuñó el término *«robot»* para describir una raza de máquinas pensantes con forma humana creadas artificialmente. Pero pronto Zuse se dio cuenta de que le interesaba menos la mecánica de un hombre artificial que la idea de un cerebro robótico. Empezó a referirse a su invento soñado como un cerebro computacional mecánico.

El siguiente paso lógico para los dos adolescentes fue imaginar el cerebro computacional de Zuse dentro del supercohete de von Braun. Juntos explorarían el sistema solar, verdaderos socios en una empresa donde cada uno dependía del otro.

–¿Crees que están locos? –preguntó mamá.

—¿A quién le importa? —respondió papá—. Nunca pensé que vería a Konrad cooperar con otro ser. Pensaba que era demasiado brillante y demasiado egoísta. Nunca me di cuenta de que solo necesitaba a alguien igual a él.

A veces, cuando la noche era cálida, los chicos salían juntos a mirar las estrellas. En cualquier otro hogar de Alemania, los habrían mirado con recelo. Se habrían murmurado cosas sobre algo extraño entre ellos dos.

Pero no allí. Allí estaban a salvo. Cualquier joven atractiva habría sido bienvenida a acompañarlos en su contemplación

de las estrellas y la Luna. La aceptarían enseguida... siempre y cuando supiera calcular.

"¿Por qué quieres dejar la Tierra?", preguntó Konrad una de esas tardes. Habían dejado de mirar por su telescopio y ahora yacían juntos en la hierba.

“La gente religiosa siempre dice que quiere ir al cielo después de morir”, respondió von Braun, “pero sé que mienten. ¿Los has escuchado alguna vez de verdad?”

"No."

—Bueno, sí. Su idea del Cielo es la misma vida aburrida que han vivido toda su vida.

“Eso es ser burgués”.

Von Braun ululó. «Te equivocas. Todas las clases son iguales en este aspecto. Son todos de la Tierra y si no pueden estar en ella, quieren estar en ella. Yo no soy como los demás. Quiero explorar el Universo. Quiero entrar en los Cielos, no como un espíritu, sino como un hombre vivo».

Konrad silbó levemente. «Te creo. Esos imbéciles probablemente te tendrían miedo cuando deberían tenerme más miedo a mí. Solo quieres dejarlos atrás».

"¿Qué es lo que quieres hacer?"

Konrad Zuse se tocó la barbilla con el dedo índice derecho y luego proclamó: «Que los reemplacen, por supuesto».

Von Braun suspiró. "¿No se parece demasiado a la gente que odiamos? Me refiero a los rojos y a los camisas pardas".

Para nada. Los bolcheviques solo quieren que todos sean obreros y soldados. Los nazis quieren que todos sean guerreros callejeros y campesinos. Yo quiero reemplazarlos a todos.

“¿Con robots?”

Con mentes superiores. Pero nunca lo lograremos por medios naturales.

“¿Qué pasa con la eugenesia?”

Tonterías raciales o clasistas. No puede funcionar porque están criando la misma raza humana, hagan lo que hagan.

“¿Y tu solución?”

Construyamos mejores cerebros artificialmente y luego creemos híbridos humanos–robots. Entonces todos hablaremos el mismo lenguaje lógico. ¡Derribaremos la Torre de Babel!

Los dos jóvenes guardaron silencio durante un rato. Una suave brisa les alborotó el pelo. Las estrellas brillaban como

los mil millones de ojos de ángeles curiosos. Finalmente, von Braun aportó sus dos marcos.

"Estás loco, ¿lo sabes?"

—¡Claro! Igual que tú.

“No, estoy loco de otra manera”.

“¿Entonces no te importaría unirte a mí para crear el Hombre Nuevo?”

“Ese no es mi departamento”, dijo Wernher von Braun.

—Bueno, son solo especulaciones. En cualquier caso, de los dos, tú eres el más peligroso.

Von Braun se apoyó en un codo para ver mejor a su mejor amigo. "¿Qué quieres decir?", preguntó.

Zuse se incorporó y miró a su amigo a los ojos. «Lo que quiero construir es mucho más difícil que lo que tú construirás. Los cohetes estarán bastante avanzados mucho antes de que consiga el tipo de cerebro robótico que realmente busco».

—Entonces, ¿por qué eso me hace peligroso?

Zuse miró al cielo, pero no para ver las estrellas. Estaba exasperado. «Wernher, ¿hacia dónde apuntarás tus cohetes?»

El largo brazo prusiano apuntaba hacia arriba. «Apunto a las estrellas».

Eso es lo que me imagino. Pero otros verán un uso más inmediato para tu sueño. Estás construyendo una de las armas más poderosas que el mundo haya conocido.

"¿Lo hago?"

"Lo haces."

“Nunca pensé en eso.”

Zuse se rió. "¿Después de tu tiempo en el reformatorio? ¿Recuerdas cómo llegaste allí? Convertiste la carretilla de un niño en una bomba voladora. Eso debería darte una pista".

"¿Estás diciendo que lo que estoy haciendo está mal?"

Konrad Zuse volvió a reír. «Claro que no. Pero a veces pienso que los más ingenuos del mundo son los aristócratas. Tengo algo que a ti te falta, Wernher. Se llama sentido común. Simplemente tendrás que aprovechar la vida al máximo con tus dones y luego esperar lo mejor».

Von Braun se levantó y miró al cielo. «Supongo que me atacarán los líderes religiosos».

—Una insignia de honor —dijo Zuse—. Los sacerdotes dirán que eres inmoral y los rabinos que eres poco ético. ¿Y

sabes qué harán cuando llegue la próxima guerra? Le darán gracias a su Dios idiota por las armas que les pondrás en las manos y olvidarán que tuviste algo que ver con eso.

Von Braun frunció el ceño, pensativo. «No soy tan cínico como tú».

Eres un idealista, la enfermedad de las clases altas. Por eso formaremos un buen equipo. Tú apunta a las estrellas y yo te mantendré con los pies en la tierra. Seremos un gran equipo en la próxima guerra.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que habrá otra?

“El Tratado de Versalles lo garantiza”.

“¿Lucharás por la Patria?”

—Tal vez no —dijo Zuse, lo que sorprendió a ambos.

"¿No te pasarías al bando aliado?", le preguntó von Braun.

“Por supuesto que no.”

Von Braun se rió. «Así que quizá seamos dos pacifistas.».

Zuse se puso de pie de un salto y empezó a bailar alrededor de su amigo. Este era el comportamiento más inusual que von Braun había visto desde el centro de detención juvenil.

Wernher, ¿no lo entiendes? Simplemente elegiremos nuestra propia guerra. Quizás nos proclamaremos un país y le declaremos la guerra al resto del mundo.

“¿Y por qué haremos eso?”

Para construir el futuro. Piénsalo. Todo político imbécil quiere construir un mundo nuevo, ¿no? Pero cuando termina, es el mismo mundo de siempre, con gente nueva en el poder y el viejo establishment muerto o en el exilio. ¿Qué hay de nuevo en eso? ¿A quién le importa quién es rico o pobre? ¿A quién le importa quién es amo o esclavo? Es la misma mierda de siempre.

"Nunca lo había pensado de esa manera", admitió von Braun.

“Cuando tú y yo hablamos de un mundo nuevo, ¡lo decimos en serio!”

Los dos permanecieron en silencio en la noche. Zuse se sorprendió con sus propias palabras. Von Braun nunca antes había pensado en tales cosas.

Eran dos adolescentes que iniciaban una conversación que les duraría el resto de sus vidas. Eran mayores de edad, cultos, analíticos, un poco locos. No había conversaciones "adultas" en ese momento tan importantes como las suyas.

Wernher von Braun había decidido que el revolucionario más peligroso es aquel que actúa con casi total indiferencia hacia su propio destino cuando busca, no el poder, sino la verdad. La búsqueda del conocimiento unió a los dos jóvenes.

—Tendremos que encontrar la causa correcta un día de estos —dijo Zuse finalmente—. ¡Luego ataremos tu vagón rojo y podrás hacer la cuenta regresiva para el despegue!

"¿Y si existiera Dios?", preguntó de repente von Braun. Había recibido instrucción católica de niño.

“Las probabilidades están en contra, pero espero que exista”, respondió su camarada.

"¿Por qué?"

El joven que construiría la primera computadora del mundo fue muy claro: «Reconozco mi fe. Si hay dioses o diosas, creo que solo se preocupan por los humanos que son como ellos».

En algún momento durante la guerra

El granjero

Había una vez un hombre llamado Orgaz. No tenía ideas políticas. Tenía algo de religión. Tenía una esposa y dos hijos. Sobre todo, tenía trabajo.

Desde muy pequeño, su padre le inculcó la esencia del orgullo. Nunca pensó en ello. No podía explicarle a nadie el significado del deber. Pero en su alma residía la jerarquía básica de valores de la que siempre hablaba el general Franco: familia, Iglesia, patria.

Orgaz trabajaba los campos. Su piel era morena por naturaleza, pero toda una vida bajo el sol lo había oscurecido hasta el punto de que casi parecía parte de la tierra oscura y fértil. Era como la tierra. La tierra no es ni heroica ni cobarde. Persiste.

Si apoyar a su esposa y a sus hijos era valiente, entonces él era un héroe.

Si ofrecerse voluntariamente a luchar por causas es una señal de coraje, entonces él era un cobarde.

Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Ocupaba el puesto equivocado. Los revolucionarios acudieron a él y le dijeron que tenía un deber con el pueblo

y su propia clase. No sabía de qué hablaban. Le hablaron de la República. Era la primera vez que oía hablar de ella.

Le advirtieron que debía cultivar un espíritu revolucionario o las cosas podrían irle mal a su familia, que sabía aún menos que él sobre estos temas. Seguía muy confundido, pero dijo que intentaría aprender. Le habría ayudado muchísimo si hubiera sabido leer.

Los nacionalistas llegaron después. Pronunciaron casi el mismo discurso, solo que dijeron que tenía un deber con su país. Usaron las mismas palabras que los revolucionarios, solo que no les importaban las clases sociales. Lo importante era que era español. Casi como una ocurrencia tardía, le recordaron que tenía deberes con la Iglesia. Explicó, con su típica vacilación, que ya había pagado el diezmo y esperaba que él y su familia estuvieran a salvo de la condenación eterna, al menos por un tiempo.

Su esposa le preguntó si podía explicarle lo que le contaban. Habían pasado años sin intercambiarse muchas palabras y ahora, de repente, se veían asediados por desconocidos que hablaban sin parar.

“Quieren que haga cosas”, dijo.

“¿Qué cosas?”

—Muchas cosas. Cosas diferentes. No estoy seguro — admitió.

La tierra era sencilla y la respetaba. Si a veces no les daba de comer a él y a su familia, nunca le sermoneaba. La tierra no era fascista, ni anarquista, ni comunista, ni socialista. El suelo no tenía opiniones, salvo una. Si la trabajabas, el clima era bueno y las lluvias llegaban en el momento oportuno y en la cantidad adecuada, tendrías comida. Si no, no.

Los hombres que llegaron a Orgaz lo confundieron y le dieron dolor de cabeza. A veces deseaba que fueran a explicarle sus teorías a su vaca. La vaca era buena oyente y comprendía casi lo mismo.

Una noche soñó que uno de los hombres “parlantes” vino y le dijo estas palabras:

Orgaz, estoy aquí para defender la tierra. No se espera que hagas nada más que cultivarla. Si tienes una buena cosecha, no tienes que hacer con ella nada que no quieras. Al fin y al cabo, tus compatriotas españoles te dejan en paz cuando solo tienes tierra. No vienen a quitarte la tierra. No te piden que la metas en sacos y se la des a desconocidos que la reclaman. Así que, de ahora en adelante, la misma regla se aplica a tu cosecha. Si quieres venderla, intercambiarla o regalarla, es tuya. Ya no hay gobierno. No hay terratenientes. No hay soldados ni comités de reforma agraria. No hay nadie que colectivice las granjas.

"¿A dónde se fue todo el mundo?" se imaginó preguntándose en el sueño.

“Dios se los llevó a todos.”

"¿Por qué?"

“Porque a Dios ya no le gustan.”

Se despertó empapado en sudor frío. Temía haber pecado en su sueño, así que se arrodilló y rezó varias Avemarías. Su esposa se preguntó si estaría bien, pero él le dijo que volviera a dormir.

Durante varios días nadie lo molestó y sintió una profunda satisfacción. Quizás todos los hombres fuertes y sus palabras feroces habían pasado página y se habían olvidado de Orgaz. No había mayor dicha para un hombre de la tierra que ser ignorado.

Pero no tuvo tanta suerte. Finalmente llegaron y lo arrestaron. Al principio no estaba seguro de quién se lo llevaba, pero luego se lo dijeron. Los hombres de Franco lo arrestaban por terrorista. Lo metieron en la parte trasera de un camión.

Un soldado le dijo a Orgaz que era anarquista. Otro lo corrigió y dijo que era comunista. Mientras intentaba averiguar quién era para disculparse con todos los involucrados, uno de los oficiales les dijo que se callaran. El delito de Orgaz fue haber sido arrestado y eso era todo lo que todos necesitaban saber.

De una forma extraña, Orgaz casi se sintió aliviado. El oficial era más comprensivo. Era como la sencillez de la tierra en lugar de la confusión de la política.

Recorrieron una buena distancia y luego recogieron a otro hombre. Gritó: "¡Muerte a los cerdos fascistas!". Nadie se molestó en revelar su afiliación política, así que Orgaz asumió que ya sabía quién era y no necesitaba ayuda.

Una hora después, recogieron a una tercera persona, una anciana desaliñada. Les escupió a los oficiales y no dijo nada. A Orgaz le recordó a una vieja bruja. Luego condujeron otra hora.

Al amanecer, llegaron a su destino final. No estaba en ninguna parte. Orgaz esperaba encontrar algún tipo de edificio. Supuso que lo llevaban a prisión.

Por un triste y fugaz instante, deseó que tal vez los hubieran traído a ese lugar para dedicarse a la agricultura. Los soldados no parecían estar muy bien alimentados.

Bajaron a los tres prisioneros de la parte trasera del camión y les ordenaron que formaran una fila. No lo hicieron muy bien. Los soldados formaron una fila aún más irregular y empezaron a manipular sus rifles.

Con un presentimiento, Orgaz se dio cuenta de que no habría agricultura. "¿Y mi familia?", exclamó.

El oficial a cargo respondió: «No te preocupes. No están en la lista».

Aunque Orgaz había querido preguntar quién los cuidaría, decidió dejarlo así. Si a su esposa e hijos no los fusilaban, se consolaría con ello.

La palabra española para desgracia es *«desventura».* Tiene un significado más profundo que su equivalente en inglés. Orgaz comprendió la verdadera importancia de su situación un momento después, al ver a uno de los oficiales acercarse al otro. Blandía su lista y murmuraba tan rápido que era difícil entender las palabras.

El oficial al mando soltó una palabrota. Orgaz lo entendió, y entonces oyó las últimas palabras de la conversación.

"¿Cómo es posible que este granjero sea el hombre *equivocado?*", preguntó el oficial a cargo.

Es una confusión. El nombre es parecido al de uno de los miembros del POUM.

La carga del mando pesaba sobremanera en ese momento. «¡Hemos recorrido toda esta distancia para disparar a tres! ¡Solo a tres!».

Disculpe, señor. ¿Qué hacemos?

Orgaz podría habérselo dicho si se hubieran molestado en pedirle su opinión. Era muy parecido a la agricultura. Solo se podía tolerar un esfuerzo desperdiciado hasta cierto punto. A veces, se recogía una cosecha miserablemente pequeña y se daba por terminado el día.

Les dieron a los tres un momento para orar. Solo Orgaz aprovechó la oportunidad. Los otros dos prisioneros no parecían muy religiosos.

Justo antes de que las balas le impactaran en el cráneo, Orgaz sintió lástima por el oficial que se vio en esa situación. Ninguno de los dos tenía un buen día.

Querido John #1

Postal de Howard Davidson

Querido John,

Disculpa la falta de tiempo para las cartas. Prometo rectificar pronto. El clima fue terrible este invierno, pero ahora está mejorando. Creo que la primavera del 37 será bastante agradable.

Como puedes ver en la tarjeta, estoy en Guernica, un precioso pueblo vasco. La semana que viene me iré a Madrid. Por ahora, terminaré con un antiguo verso

protestante sobre este planeta alienígena que estoy visitando:

De todas las naciones del Universo,
No hay nadie que pueda compararse
Con España por sentencias sangrientas

Ya te contaré.



Capítulo V

MADRID, PRIMAVERA DE 1937

Los literatos

Soldados muertos yacen como muñecos rotos en una pila. Un intestino humano colgando de las fauces de un perro hambriento. Una mujer gimiendo, consumida por el dolor, abraza el cuerpo de su amante en un campo de cadáveres.

Estas eran las imágenes que el escritor había anotado en su cuaderno. Pero eran lo último que tenía en mente cuando

llegó el momento de hacer una declaración pública. Después de todo, se esperaba que fuera pensador, además de reportero y artista.

"Me gustan los comunistas cuando son soldados, pero cuando son sacerdotes, los odio", dijo Ernest Hemingway.

El corresponsal de guerra mejor pagado del mundo sabía cómo tocar en una sala. Acababa de cantar una canción popular española, acompañándose con la guitarra. Los demás escritores que lo acompañaban en el Hotel Florida estaban pendientes de cada palabra. Todos se alojaban en la misma zona de Madrid. Para ellos era una cuestión de honor que nadie mostrara señales visibles de pánico cuando las bombas nacionalistas explotaban cerca. Hemingway estaba entre ellos, la personificación de la hombría heroica en el oficio de intelectual. Los demás escritores no querían mostrar ningúna prosapia a su alrededor.

En cuanto a él, parte de su estrategia residía en burlarse de la ortodoxia marxista y, al mismo tiempo, congraciarse con la Comintern. Si jugaba bien sus cartas, tendría acceso a generales entrenados por los soviéticos que los demás periodistas solo verían de lejos. Siempre le ayudaba ser una celebridad. La única disciplina del partido que le atraía era mantenerse lo suficientemente sobrio como para hacer el amor al final de una noche de fiesta.

Dos le advirtió que podría terminar de escribir para *Pravda* si no andaba con cuidado. John Dos Passos era «Dos», su compañero de viaje. Lo consideraría un camarada, salvo que, últimamente, Dos era tan crítico con los soviéticos que Hemingway temía que dejara de ser un hombre independiente de izquierdas y se convirtiera en un temido reaccionario.

El mundo estaba hecho un desastre.

Hemingway se prometió a sí mismo que su tiempo en España como periodista sería tan importante como sus experiencias en la Primera Guerra Mundial, que dieron lugar a su novela más exitosa (hasta la fecha), *Adiós a las armas.* Fue de gran ayuda que este conflicto actual trascendiera el habitual aire patriótico. Esta fue la primera guerra para progresistas y radicales desde que Lenin llegó al poder en 1917. Pero en muchos sectores la victoria bolchevique se había percibido erróneamente como una simple guerra civil entre rusos. John Reed hizo todo lo posible por corregir ese error en su obra " *Diez días que estremecieron al mundo".* La primera sociedad comunista fue un desafío para el mundo entero.

¡Ahora la Guerra Civil en España era potencialmente aún más importante! Personas de todo el mundo se ofrecían como voluntarias para ayudar a la causa republicana. ¿Qué escritor que se precie dejaría pasar la oportunidad de formar parte de una revolución por los derechos humanos? Esto era

especialmente cierto para un escritor estadounidense de pura cepa como Hemingway, quien, por una inexplicable desgracia, no había estado presente en la fundación revolucionaria de su propio país. España brindó la oportunidad de corregir ese descuido del Todopoderoso.

El único problema en ese glorioso día de 1937 era que Madrid había perdido el Café Fornos, uno de sus lugares favoritos del pasado. En su lugar se alzaba un aburrido edificio de oficinas. Esto era llevar el cambio revolucionario demasiado lejos.

Había notado la ausencia del café hacía unas semanas, al llegar a Madrid. Hoy sentía su pérdida con especial intensidad. Le había prometido a Dos Passos una copa en ese local tan especial. No quería sentirse como un tonto el primer día de abril. Por otro lado, últimamente no había visto mucho a Dos y el café quizá no hubiera servido de nada. Dos se había obsesionado con encontrar a un amigo desaparecido, algo nada fácil, ni siquiera sensato, en medio de una guerra.

Había una manera de que Madrid pudiera compensarlos a ambos. La ciudad estaba en proceso de consolidar su posición como capital de la República. Quizás si se convirtiera en la capital de la revolución de un "nuevo mundo", eclipsando incluso a Moscú, el gran novelista estadounidense podría perdonarle el derribo del Café Fornos.

Por supuesto, el gobierno ya se había trasladado a una zona teóricamente segura en Valencia. Eso ocurrió en noviembre. Había empezado a enviar despachos el 22 de marzo. Al menos la República estaba demostrando cierta sensatez estratégica. Quizás tuviera una oportunidad, después de todo.

También favorecía a Madrid el hecho de que el suministro de vino se mantenía. Hemingway ya había vaciado un odre antes de su aparición pública. Ahora trabajaba en el mismo vino tinto con cuerpo, pero con la ayuda de una copa.

Una mano se alzó de la multitud de escritores. Si Hemingway reconocía al hombre, transformaría una reunión informal de escritores y reporteros en su propia conferencia de prensa. No lo dudó.

"¿Sí?" preguntó.

"¿Tiene usted algún ejemplar de *Muerte en la tarde?*" preguntó el hombre con un marcado acento francés.

Hemingway negó con la cabeza, pero en secreto se alegraba de que su libro sobre tauromaquia siguiera siendo un favorito popular. No podía poner un pie en España sin oír hablar de su libro sobre toros. Como resultado, dos pequeñas controversias lo persiguieron. Había criticado a la Segunda República, fundada en 1931 tras la huida del rey Alfonso, por intentar restringir la orgullosa tradición de los

matadores. La otra disputa era puramente personal, resultado de que Max Eastman se pusiera del lado de las ancianas en contra de un arte viril mientras fingía ser mejor hombre. Hemingway odiaba la hipocresía.

Al menos, odiaba ciertos tipos de hipocresía.

"¡En realidad, estoy aquí para escribir un *nuevo* libro!", dijo entre breves aplausos. "Pero eso no es tan importante como ofrecer un reportaje honesto sobre esta noble causa. ¿Qué valor tiene un libro comparado con la autoría de un nuevo mundo?"

Tras combinar con precisión el papel del periodista con el de defensor, recibió otra ovación más enérgica. Se echó las gafas de montura metálica hacia atrás y sonrió al tabernero. "¿Qué tal una ronda de copas por cuenta de mi editor?", preguntó con su sonrisa característica, a menudo comparada con la de Teddy Roosevelt. "Al viejo Maxie no le importará".

Y lo cierto es que Hemingway podía salirse con la suya con su editor, el viejo Maxwell Perkins, cuando cumplía con sus promesas.

Sus colegas escritores no le discutieron. Pero recibió algo más, justo cuando el variopinto grupo de escritores sedientos se acercaba a la barra. Se giró para ver quién le tocaba el hombro y vio a un hombre más bajo, con una

cabeza grande y una perilla bien recortada, sonriéndole. El hombre sostenía un ejemplar de *Muerte en la tarde.*

“Traje el mío”, dijo, y Hemingway reconoció instantáneamente a un compatriota escritor estadounidense.

El libro me ha acompañado por toda España. Estuve en Guernica el mes pasado. No hay mucha actividad allí. En fin, me preguntaba si podrías darme un autógrafo.

Hemingway resopló como uno de sus preciados toros. «Eres mi primera solicitud de autógrafo exitosa en este viaje. De acuerdo. ¿Cómo te llamas?»

“Howard Davidson.”

Mientras Hemingway llenaba la mayor parte de la página del título con su firma, preguntó: "¿Que estás escribiendo?"

"En realidad, soy un escritor de ficción", le dijo Howard.

“¿He visto algo tuyo?”, preguntó Hemingway, devolviendo el libro.

"Depende de si lees las revistas pulp", dijo Howard, sacando un ejemplar enrollado del número de noviembre de 1935 de *El Inquisidor.* Hemingway rió al ver el título de la entrega de ese número: "La Ciudadela Carmesí".

"¿Puedo darte este?" preguntó Howard esperanzado.

—Mira —respondió el novelista de fama mundial—, simplemente envíame varios de estos a través de mi editor neoyorquino. Quizás le pase uno a Gertrude Stein. —Intentó reprimir una sonrisa maliciosa, pero el maestro de la literatura pulp lo notó fugazmente.

Desanimado, Howard intentó poner su mejor cara al desaire. «Me será fácil entregar copias», dijo. «Vivo en la ciudad».

Cuando Hemingway devolvió la revista a su autor, una mano grande y regordeta interceptó el objeto de los deseos perdidos.

"¿Te importa si le *echo* un vistazo?" preguntó una voz de barítono.

Ambos hombres se giraron y vieron a un hombre muy grande y muy gordo que llevaba gafas antiguas y fumaba los restos de un pequeño cigarro absolutamente vil.

"No lo puedo creer", dijo Davidson.

“Pensé que estabas muerto”, dijo Hemingway.

“Los informes sobre mi muerte no fueron exagerados”, respondió Gilbert Keith Chesterton. “Simplemente fueron prematuros. Me salvó un médico al que alguna vez

consideré un charlatán. En mi simple credulidad, debo declarar que el suceso fue un milagro".

Los dos estadounidenses se quedaron atónitos, observando al famoso escritor inglés examinar la narrativa, decididamente morada, de una revista pulp. Su mera aparición física en este lugar parecía un milagro en sí mismo. El hombre gordo no parecía de los que pasan apuros, al menos no en esa etapa de su vida.

Hemingway nunca se agachó al oír el silbido de las balas. Conocía las probabilidades tan bien como un oficial experimentado. Se había cansado de la explosión de proyectiles. Pero podía temer las adversas condiciones de viaje de los jóvenes que se ofrecían como voluntarios para la causa leal. Caminar por la campiña desolada; dormir en vagones de tren hediondos entre hombres enfermos, sucios y tosiendo; no poder secarse bajo la lluvia helada: ¡estos eran los verdaderos horrores de la guerra! La muerte por bala o bomba palidecía ante el terror de la enfermedad.

Sin embargo, allí estaba G. K. Chesterton, una visión de la época eduardiana, sin apenas desgaste. Algunos otros escritores comenzaron a acercarse, intrigados por el espectáculo de algo nuevo bajo el sol.

"¿Te importa si me quedo con esto?", le preguntó Chesterton a Howard, blandiendo la copia de *El Inquisidor.*

—Para nada —jadeó Howard—. Siempre me ha encantado tu novela *El hombre que fue jueves.*

“Sí, puede que sea mi pieza más popular entre aquellos que no profesan la fe”, afirmó.

“Tengo debilidad por *El hombre que sabía demasiado*”, dijo Hemingway.

—Había pensado que no te interesarían mis paradojas — sonrió Chesterton.

—No me molestan tanto como tu exceso de metáforas — respondió Hemingway—. ¡Una vez al año me permito un símil!

—Deberías permitirte más —dijo Chesterton—. Me gustó tu descripción del soldado de la Primera Guerra Mundial que parece embarazado por las armas que lleva bajo el impermeable para protegerse del aguacero.

"Gracias", dijo Hemingway con tono cortante. "Pero no es que los hombres luchen en guerras para darnos materia prima para nuestros molinos literarios".

“Es una bonita pieza de imaginería”, dijo Chesterton con una sonrisa.

Hemingway se recordó a sí mismo que era el Día de los Inocentes. No pudo haber elegido una fecha más propicia

para este encuentro improbable. Se enorgullecía de ser un hombre directo con propósitos claros. La vida se trataba del momento de la verdad. No importaba mucho cuántos de esos momentos se cruzaran en tu camino. Cuando te enfrentabas a un momento así, no le dabas la espalda.

En muchos sentidos, veía a Chesterton como el enemigo de la humanidad. Lo comparó con su madre. Ambos se adherían a antiguas supersticiones como guía para la vida. Las diferencias entre ellos eran insignificantes. Chesterton pertenecía a la minoría católica romana en Inglaterra, mientras que su madre se sentía descontenta, considerándose una mojigata fanática de la Biblia, una rama singular de los protestantes estadounidenses intolerantes. Ambos eran creyentes. Había llegado la hora de que el mundo madurara.

Y así, Hemingway lanzó la primera salva: «Qué buen artículo escribiste sobre Mussolini hace unos años».

—No mejor que lo que escribiste en su nombre —respondió Chesterton.

¡Maldita sea! El material de Chesterton sobre el fundador del fascismo italiano había sido más discutido que las breves observaciones de Hemingway sobre que el *Duce* no era tan malo. Este fue un día de verdaderas sorpresas. A Hemingway le resultó difícil desagradar a un hombre que lo leía tan a

fondo como Chesterton parecía haberlo hecho, y sin publicar una sola crítica negativa.

Ya le gustaba más Chesterton que HL Mencken, quien nunca le dio a sus libros el debido descanso.

De repente, hubo un destello de luz. No fue la explosión de una bomba. Tampoco fue una visita angelical que acudía en ayuda del corpulento papista. Al parpadear, volvió a enfocar y vio el rostro sonriente de su amante, Martha Gellhorn. Ella sostenía la cámara que él había estado usando para fotografiar la guerra. Había fotografiado a los dos titanes literarios juntos.

Hemingway notó que Davidson se pavoneaba, acariciándose la perilla de forma perversamente sugerente. Bueno, sería una operación bastante sencilla eliminar al escritor de ciencia ficción más tarde.

Marty le lanzó un beso a Hemingway y articuló: «Te amo, Hem». Luego salió con un gesto elegante.

—Eres un hombre famoso —dijo Chesterton mientras daba una calada al último cigarro que le quedaba.

“Lo que realmente importa es cómo usamos nuestra fama”, dijo Hemingway, y luego abordó este momento de la verdad. “¿Apoyas a Franco?”

"No", dijo Chesterton.

¡Hurra! —dijo Davidson—. Aquí todos somos buenos chicos.

Hemingway miró con asombro a su compatriota yanqui. ¿Hablaba en serio? Pero Chesterton lo puso en su sitio dándole una palmadita en el hombro a Davidson. «Sí, todo se reduce a héroes y sinvergüenzas, ¿verdad?».

Davidson se mordió el labio al recordar el ejemplar de su revista bajo el codo de Chesterton. «Me temo que encontrará mi obra un poco anticatólica», dijo tímidamente.

—No te preocupes —respondió su nuevo amigo—. No es tan fácil ser anticatólico como crees. A veces requiere una carrera en la Iglesia.

Un reportero del *Times* aprovechó este momento para intervenir: "¿Apoya usted a todos los elementos revolucionarios de la República?"

Al principio, Hemingway estuvo a punto de responder, tan acostumbrado estaba a ser el centro de atención. Pero se bebió de un trago y dejó que Chesterton respondiera a la pregunta que claramente le iba dirigida:

La República es desordenada como cualquier democracia. ¡Podrías preguntarme si apoyo a todos en el Parlamento! Aunque si limitas tu pregunta a la Cámara de los Lores, ¡puedo responder con un rotundo *no!*

Una mujer con el rostro demacrado intervino. Era la única en la sala que llevaba boina y pañuelo rojo, imitando los códigos de vestimenta del POUM; pero era bien sabido que solo era escritora de un pequeño periódico de izquierdas en Grecia. Hemingway odiaba el sonido de su voz. Le recordaba a una bibliotecaria que, de niño, jamás le dejaba sacar libros de la sección de adultos.

"¿No eres un conocido defensor del privilegio y de la Iglesia?" le espetó a Chesterton.

“Es porque defiendo a la Iglesia que debo atacar el privilegio”, respondió con suavidad.

—¡Pero la Iglesia y los fascistas son uno solo! —chilló—. El POUM ejecutó hace poco a un sacerdote por delatar a unos aldeanos que admitieron estar en contra de Franco. ¡Se lo dijeron en confesión! ¿Cómo puedes defender eso?

"No puedo y no quiero defender eso", respondió Chesterton amablemente.

“¡Le dispararon!”, respondió enojada.

“Un sacerdote que viola la santidad de la confesión tiene más de qué preocuparse que de unas cuantas balas que acaben con su vida”.

Ella se rió entre dientes. «Creía que creías en la santidad de la vida».

Creo en la santidad del *alma.* Una vida corta y valiente es mejor que una larga y cobarde.

Ella se alejó murmurando para sí misma.

“No eres un católico normal”, espetó de repente Davidson.

Chesterton sonrió. "Seguro que lo dices como un cumplido".

Hemingway gruñó. Estas dos eran las criaturas más insólitas que había conocido en este viaje. Debía resolver este asunto. Y lo más importante, debía volver a ser el centro de atención.

—Señor Chesterton —dijo con voz lenta y grave. Enseguida volvió a atraer a la multitud. La formalidad no era habitual en él.

“¿Sí, señor Hemingway?”

"¿Por qué está aquí?"

Por la misma razón, supongo, que tú. Para observar y escribir, pero también para apoyar la causa republicana.

Hemingway negó con la cabeza. "¿Estás loco? Aquí no se aceptan católicos. La Iglesia católica es parte del problema. Son parte de la clase terrateniente que mata de hambre a campesinos y obreros".

“Vengo de un país donde la Iglesia Romana no es la dueña de la tierra”, dijo.

Howard Davidson no pudo evitar exclamar: "¡Sé la respuesta!"

Pocas cosas le irritaban más a Hemingway que alguien respondiera a una pregunta retórica. Sobre todo si ese alguien era un escritor de novelas pulp.

«El movimiento distribucionista»[5], continuó Davidson, animado por un gesto de Chesterton. «Abogan por la redistribución de la *tierra* en lugar de la riqueza monetaria. Tienen mucho en común con los jeffersonianos».

“Exactamente”, dijo Chesterton. “A los pobres de España se les ha dicho durante mucho tiempo que no son dueños de la tierra. ¿Qué cambio supone la colectivización de la tierra? ¿No es otra forma de renta, al menos en la práctica?”

«El pueblo decidirá por sí mismo», dijo Hemingway con gravedad. «¡No necesitan ningún consejo tuyo!».

---

5 El distributismo también conocido como distribucionismo es un sistema económico basado en la doctrina social de la Iglesia católica, primero articulada por el papa León XIII en su encíclica Rerum Novarum del año 1891 y más extensamente explicada por el papa Pío XI en su encíclica Quadragesimo Anno de 1931. Se trata de un movimiento político, social y económico que aboga por la distribución de los bienes y medios de producción en la mayor cantidad de personas posibles dentro de una sociedad.

“¿Necesitan consejos de Moscú?”, preguntó Chesterton.

Una voz desde el fondo de la sala lo interrumpió: «No me conoces. No soy famoso. No soy escritor. Solo soy un hombre».

Una figura delgada y desaliñada se acercó arrastrando los pies hacia los hombres bien vestidos y bien alimentados. Fue directo a Hemingway y le dijo: «No te preocupes por Moscú. No quieren la reforma agraria. Se oponen a la colectivización de la tierra».

Hemingway y Chesterton intercambiaron miradas de sorpresa, pero ninguno respondió a esta declaración. Por lo tanto, le correspondió a Davidson desafiar al hombre.

¿Cómo sabes eso?

El hombre se rascó la cabeza y se encogió de hombros. «Lo sé. Soy anarcosindicalista. Quería luchar, pero tengo una pierna lesionada. Tengo amigos y hablan; no tanto como ustedes, caballeros, pero sí, hablan».

Hemingway se rió de eso.

“España es simplemente un campo de pruebas para Stalin y Hitler”, continuó el hombre. “Este conflicto español es solo un ensayo, un campo de prácticas para la *verdadera* guerra que está por venir. Eso es todo. El mundo será destruido si no destruimos primero a todos los gobiernos”.

Dicho esto, la figura harapienta se giró y se fue.

—Entonces, Chesterton —dijo Hemingway—, ¿te parece que ese alguien solo quiere ser dueño de su propia tierra?

Chesterton se sacudió las cenizas del chaleco, lo único que quedaba de su cigarro. Suspiró. «No, pero me refiero a los campesinos. No tienen buenas teorías. Solo tienen la tierra, cuando se les deja».

Hemingway tenía al toro bajo control y no estaba dispuesto a soltarlo. "¿Van a luchar los distribucionistas?", preguntó.

Sí, en efecto. Están trabajando con un grupo radical estadounidense que cuenta con su propia financiación y está formando alianzas con hombres como el que acaba de compartir su sabiduría con nosotros.

Una joven se unió a Chesterton. Tenía un marcado acento cockney[6]. «Estamos uniendo fuerzas con Durruti», dijo. «Gilbert no se quedará mucho tiempo con nosotros, pero sintió que debía hacer este viaje al menos una vez».

Hemingway se quedó atónito. "¿Buenaventura Durruti?", repitió. Algunos de sus contactos en la Comintern habían descrito a este líder anarquista como violento e irresponsable. Durante un tiempo se creyó que había

6 Un cockney, en el sentido menos estricto de la palabra, es un habitante de los bajos fondos del East End londinense.

muerto allí mismo, en Madrid, durante el sombrío noviembre del 36, pero los informes sobre su muerte resultaron ser una treta. Cuando reapareció, era un héroe más grande que nunca, pero no para Hemingway, quien detestaba a todos los anarquistas.

«Desprecia a la Iglesia», confesó Hemingway, pero sus oyentes no mostraron sorpresa. «Debes estar haciendo milagros sacados de la Biblia si esperas aliarte con él».

“No somos un grupo religioso”, corrigió Chesterton a Hemingway. “Nuestros dos grupos tienen cristianos de diferentes denominaciones, así como judíos religiosos e incluso algunos ateos. Pero no hay comunistas, nazis ni fascistas”.

“¿Cómo se llama ese grupo?” preguntó Hemingway.

“Nuestros colegas estadounidenses se llaman a sí mismos agoristas”[7], dijo Chesterton.

“Sí, y a diferencia de nosotros, los pobres distribucionistas, los agoristas tienen mucho dinero”, dijo la muchacha cockney.

---

7 El agorismo defiende la consecución de una sociedad anarquista a través de la masificación de la economía informal: la «contraeconomía». Esta masificación deberá conducir al desarrollo de un sector privado con la fuerza defensiva suficiente para protegerse del Estado y abolirlo.

“He oído hablar de ellos”, añadió Davidson. “Incluso tienen un Instituto. El líder es un excéntrico canadiense llamado Konkin. Roosevelt y los partidarios del New Deal han estado intentando convencerlo a través del IRS. Los federales dan por hecho que debe ser uno de los hombres más ricos de Estados Unidos, pero nunca se les ocurre nada. Solo aparecen en público ocasionalmente para cenar en los mejores restaurantes. Luego desaparecen de nuevo”.

"No voy a preguntar cómo financian su brigada", dijo Hemingway.

—Oro —respondió Chesterton—. Gran parte de esta guerra se financia con oro en ambos bandos.

Hemingway lo asimiló. Ya fuera construyendo un mundo nuevo o preservando uno antiguo, no había forma de escapar de la maldición de Midas. Tenía muchos amigos que habían escondido monedas de oro y reliquias familiares cuando Roosevelt intentó acaparar todo el oro en 1933. No dudaba que muchos alemanes hicieran lo mismo cuando Hitler intentó la misma hazaña ese año.

Le dolía la cabeza y el día apenas había empezado. Quizás podría haber dejado a Davidson o Chesterton solos, pero la combinación era demasiado. Necesitaba conducir esta visita a su extraño reino intelectual, una anomalía cerebral mucho más extraña de lo que esperaba encontrar en España. Esta guerra estaba sacando a la luz a teóricos excéntricos y

fanáticos peculiares, y creando colaboraciones intelectuales improvisadas con las que ni siquiera él había soñado.

Concluyó con una simple pregunta: «Ha sido un placer conocerte», le dijo a Chesterton, extendiéndole la mano. «¿Aún amas a Francia tanto como antes?».

—Sí, y sé cuánto amas París —respondió—. Eres un estadounidense excepcional en ese sentido.

"¿Lo soy?"

Te lo demostraré con una pregunta para nuestro joven amigo. Howard, ¿qué opinas de Francia?

"La odio, por supuesto."

"¿Por qué?"

Howard ni siquiera tuvo que pensarlo. "¡El país está lleno de franceses!"

“La Ciudadela Carmesí”

Extracto de la Parte III

En algún lugar del Océano Pacífico, envuelta en niebla y malicia, se encontraba la isla del villano más infame que el mundo haya conocido. En este afloramiento de roca volcánica, había construido una fortaleza desde la que ejercer su última y nefasta influencia sobre la Tierra.

Corría el año 30.000 d. C. y el Inquisidor aguardaba la llegada de los dos únicos seres en todo el espacio y el tiempo capaces de frustrar sus maquinaciones. Mientras el aire crepitaba con electricidad azul, se alzó de su trono para dar la bienvenida a la Tortuga y a la Paloma a su arcano dominio.

Su rostro era una máscara sardónica, con ojos oscuros que brillaban sobre sus pómulos altos. Sus labios se torcieron en una mueca de desprecio cuando la Máquina del Tiempo se materializó. La Tortuga salió primero. De la dinámica pareja, la Tortuga siempre era la más rápida.

—Aquí termina —dijo la Tortuga, blandiendo su pistola de pulsos. La Paloma le seguía de cerca con su arco largo y su carcaj de flechas atómicas.

—No te adelantes —se burló su némesis—. No destruirías toda esperanza para la raza humana sin antes hacer una confesión, ¿verdad?

“Tengo una confesión para ti”, exclamó la Tortuga.

—Bueno, entonces ¿qué pasa con Mary? —se rió entre dientes el pérfido proveedor del lado nocturno del alma.

—¡María! ¡Demonio! —chilló la Paloma—. Ha muerto a salvo en los siglos del pasado.

—Eso es lo que crees —se jactó el amenazante de cabeza cónica, con la voz amortiguada por la gruesa tela de su capucha—. ¡Mira!

Dos monstruos de aspecto vagamente humano arrastraron a una joven doncella desnuda, voluptuosa y sudorosa hasta lo alto de un estrado de piedra que los viajeros del tiempo, atentos, notaron en ese momento. Una monstruosidad con tentáculos latía con fuerza en la cima de los escalones desgastados por el tiempo.

—Toda la estructura genética de la humanidad yace latente en ese monstruo —dijo el Inquisidor—. ¡El don sagrado de la vida está a punto de ser transmitido a tu virginal prometida, Tortuga! ¡Nada puede detener este evento a menos que abortes el futuro de la especie con tus patéticas y fláccidas armas!

“¿Pero por qué?” quiso saber la Paloma.

—Sabes por qué —susurró su enemigo—. Las guerras que comenzaron en el siglo XX terminaron con un holocausto total de la humanidad. Solo una *nueva* humanidad, criada para la docilidad y la obediencia, puede sobrevivir. Ese es el verdadero significado de la «herencia mansa de la Tierra». A

menos, claro, que dejes el mundo en manos de esta raza de monstruos que ves a tu alrededor.

—Parecen lo suficientemente dóciles y obedientes como para obedecer tus órdenes —dijo la Tortuga apretando los dientes—. ¿Por qué necesitas que regrese la verdadera humanidad?

El Inquisidor rió. «¡Insensatos!», balbuceó a través de su capucha. «Estos monstruos no tienen *alma*... Necesito humanos de nuevo para poder salvarlos. ¡Ahora presenciarán el glorioso renacimiento antes de que envíe sus cuerpos mortales a las llamas purificadoras de aquel volcán!»

—¿Ah, sí? —dijo la Tortuga—. ¿Y si me encargo de tu pulpo ahora mismo?

—¡No! —gritó el Inquisidor—. ¡No dispares al ojo enjoyado del monstruo! ¡Nos harás añicos!

Hollywood, primavera de 1937

Los avances profesionales de Hedy

Hedy Lamarr estaba aburrida.

Su carrera iba viento en popa. Ese no era el problema. *El Peón Rojo* había terminado y daba todas las señales de ser un éxito. Había tenido una buena aventura con Frank, el segundo protagonista masculino. Eso prácticamente había terminado, aunque él no lo sabía.

Mayer siguió ejerciendo su considerable influencia a su favor y logró que *Argel* se adelantara en su calendario. El astro, Charles Boyer, estaba totalmente a favor de adelantar la fecha de rodaje porque estaba deseando trabajar con la bella actriz austriaca. A ella le cayó bien y se preguntaba qué podría pasar.

Durante su breve estancia en Hollywood, quedó impresionada por lo que Mayer podía hacer por ella; ¡sobre todo teniendo en cuenta que sus dos primeras películas ni siquiera fueron en su estudio!

Todo marchaba bien en Hollywood y no tenía motivos para quejarse. Se había hecho amiga de otra belleza europea que invadía América, Ilona Massey. Los agentes de prensa intentaban forjar una rivalidad entre ellas. Massey era la rubia voluptuosa y Lamarr, la morena ardiente.

Todo era bastante ridículo. Cuando estaban juntas, ni siquiera hablaban de los hombres con los que salían ni de los

entresijos del negocio. Hablaban principalmente de política, lo que significaba que les preocupaba Hitler.

El aburrimiento de Hedy provenía de una profunda frustración al ver que su vida se había vuelto frívola en un mundo a punto de estallar. No había dejado a Mandl solo para tener una vida personal mejor. No escapó de sus garras solo para volver a ser actriz.

Quería *luchar* contra Mandl. Quería luchar contra todo lo que él, Hitler y los nazis representaban. Hacer películas estaba muy bien, e incluso podía contribuir a la causa, siempre y cuando los productores de Hollywood tuvieran agallas.

Pero mientras tanto, quería hacer más. Y solo tenía una esperanza: poder hacer algo importante.

El joven científico alemán de cohetes que conoció en el tren cuando emprendió su carrera hacia la libertad no la había olvidado. Escribía con regularidad. Cuando su primera carta apareció en una bolsa llena de cartas de admiradores, se la arrebató al publicista y le dejó claro que el autor era un viejo amigo con quien deseaba comunicarse directamente.

Ella y Wernher mantuvieron una correspondencia regular desde entonces. Pronto se hizo evidente que era más difícil seguirle la pista a él que a ella. Hedy no tenía ningún problema en asegurarse de que sus cartas llegaran

directamente a su bungalow. Sin embargo, cada vez que él escribía, el matasellos indicaba que se había mudado. Cada una de sus cartas tenía que buscarlo en una parte diferente de Europa, una vez incluso al otro lado del Canal, en Inglaterra.

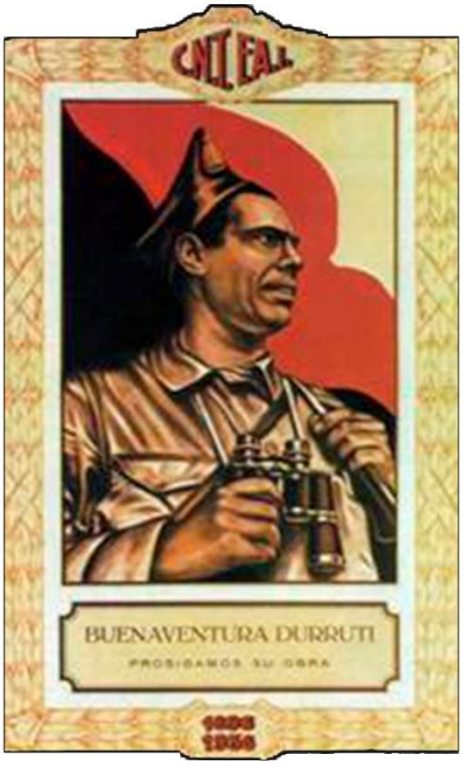
Entonces, por instigación suya, empezaron a jugar. Descifraron su propio código privado. Ella estaba contenta, no solo de que él la considerara lo suficientemente inteligente como para seguirle el ritmo, ¡sino de que tuviera razón!

Hablaban de un solo tema en sus cartas codificadas: cohetes y comunicaciones relacionadas con ellos. Hedy se sentaba en su escritorio, con una copa de vino a su lado, y dibujaba diagramas. Ilona Massey se acercó durante una de esas sesiones y le preguntó qué estaba haciendo.

“Preparándome para una película de ciencia ficción”, dijo Hedy con una sonrisa.

Hubo un comentario que Wernher von Braun incluyó en su primera misiva que Hedy compartió con la otra actriz.

“No sabía si su carta me llegaría así que escribió esto en letras mayúsculas, en inglés, en el reverso del sobre: ¡APUNTO A LAS ESTRELLAS!”



Capítulo VI

GUERNICA, ABRIL DE 1937

Legión Cóndor

Ernst pensó que era el día más hermoso que había visto en mucho tiempo. El cielo era de un azul perfecto. No se veía ni una sola nube, lo cual le parecía bien al general Wolfram von Richtofen, el hombre que daba las órdenes a la Legión Cóndor. Ernst, por su parte, prefería el buen tiempo a las ideas políticas confusas de su comandante, que no dejaba

de referirse a los vascos como rojos. Ernst sabía que no era así.

El general no era un político sofisticado, pero eso poco importaba. Tenía una gran mentalidad militar y Ernst era uno de sus pilotos. En aquella hermosa tarde del 26 de abril de 1937, la ciudad vasca de Guernica pasaría a la historia como la primera comunidad en experimentar la furia de un ataque aéreo.

Abajo, era día de mercado. Ernst sabía que los vascos no eran rojos. En realidad, eran pro capitalistas. Pero estaban en el bando equivocado. Hoy en día, ese sería un lugar muy poco rentable. Los hombres que llevaban sus ovejas y ganado al mercado no apreciaron la importancia de los recientes acontecimientos cuando las tropas republicanas de Marquina se replegaron al pequeño pueblo de Guernica, a unos buenos diez kilómetros tras las líneas.

Hoy cambiaría para siempre la idea de las líneas de fuego en la guerra moderna. Uno de los instrumentos de esta dura lección sería el caza Heinkel 51 pilotado por Ernst. Esperó su turno mientras el ataque comenzaba a las 16:30, liderado por un bombardero Heinkel 111, el orgullo del escuadrón especial de la Legión Cóndor.

La campana de una iglesia resonaba cuando el pesado avión llegó justo en el centro del pueblo y liberó su carga mortífera. Al unirse a la lucha con el resto del escuadrón,

Ernst voló lo suficientemente bajo como para observar con detalle lo que sucedía en tierra. La gente corría en todas direcciones, intentando ayudar a los heridos por la primera tanda de bombas.

La Legión Cóndor preparaba el terreno para una invasión que podría o no ocurrir. Eso dependía del ejército nacionalista. Para los alemanes, en realidad, la lluvia de bombas era el principio y el fin del objetivo operativo: una demostración del poderío alemán. Ocurría mucho más que una exhibición aérea de uno de los aliados de Franco. El Tercer Reich estaba enviando un mensaje al mundo. Era un mensaje de terror.

En cuanto a Ernst, no estaba del todo cómodo con su misión, pero cumplió con su deber. Era mejor no pensar demasiado en ametrallar a los civiles que huían a los campos que rodeaban el pueblo. No tuvieron mucha opción cuando sus patéticos refugios se derrumbaron y se vieron obligados a regresar al aire libre, asfixiándose por el polvo y los escombros. Ernst se dijo a sí mismo que él tampoco tenía opción de quemar la tierra.

En momentos como este, pensaba en sus padres, que habían caído en la locura y se habían suicidado durante los duros y amargos tiempos que precedieron al ascenso de Hitler. Al mundo no le importaba lo que le sucediera a Alemania en los tiempos de la "Gran Inflación", cuando se necesitaba una carretilla llena de dinero para comprar una

barra de pan. Los pueblos de Europa, Gran Bretaña y Estados Unidos habían mostrado poca preocupación por el incumplimiento de la promesa del presidente Woodrow Wilson a Alemania, un incumplimiento que, en última instancia, quebró al líder estadounidense en cuerpo y alma y garantizó los horrores que acarrearon los términos del Tratado de Versalles. Francia e Inglaterra bailaron sobre el cadáver alemán y, tontamente, asumieron que ese sería el fin.

Adolf Hitler se alzó y declaró que nada estaba terminado. Prometió océanos de venganza, maremotos de desagravio y un verdadero remolino de retribución. Jóvenes como Ernst alzaron el brazo derecho y dijeron: "¡Estamos con ustedes! ¡Dennos un ejército y marcharemos; dennos una armada y navegaremos; dennos una fuerza aérea y volaremos! ¡Quienes se interpongan en nuestro camino pronto aprenderán a arrepentirse!"

España simplemente estorbaba. Comunistas y anarquistas fueron responsables del caos en España, al igual que sus homólogos alemanes habían sido responsables de empeorar la situación de Alemania hasta que solo Hitler y el nacionalsocialismo pudieron salvar la situación. Ahora el general Franco quería salvar a España, pero su fascismo era insuficiente y llegaba demasiado tarde.

Hitler había decidido usar Guernica para enviar un mensaje al mundo. Eran los tiempos propicios para un cambio

revolucionario, pero tenía que ser la revolución adecuada. Una revolución autoritaria. ¡Tenía que ser la suya!

Pensar en el panorama general siempre ayudaba en una misión. La ideología hacía que Ernst se sintiera mejor mientras abatió niños y los vio caer, retorciéndose ante su vista. La ideología no era un lujo. Era una necesidad cuando había que matar gente.

Tras él llegó la siguiente oleada de ataque: los pesados Junkers 52. Bombardearían la ciudad durante horas, utilizando técnicas perfeccionadas por la Legión en ataques anteriores a posiciones republicanas en Oviedo. El mundo nunca había presenciado una destrucción a tal escala. La noche anterior, Ernst y un colega se entretuvieron imaginando cómo Goebbels, el siempre ingenioso ministro de propaganda, presentaría al mundo este avance tecnológico militar.

Una cosa era segura: la nación con la ciencia y la tecnología más avanzadas acabaría dictando las reglas del juego a todo el planeta. Los nazis tenían toda la intención de desempeñar ese papel.

De repente, llegó un mensaje ultrasecreto al teletipo, también ultrasecreto, del Heinkel. Era el mensaje más extraño que Ernst había recibido jamás. Los valientes del departamento de decodificación habían interceptado un mensaje de radio que, una vez traducido, seguía sin tener

sentido. El mensaje enemigo decodificado afirmaba que combatirían a la Legión Cóndor con *Matadores.* A menos que se tratara de una corrida de toros en el aire, el mensaje debía de ser una jerga o un código que eludía a los expertos.

«Tengan cuidado con cualquier cosa inusual», concluía el mensaje. Ernst sonrió ante la cómica propensión burocrática a decir lo obvio. Al parecer, nunca habría una revolución en la historia del mundo que lograra eliminar los absurdos de las rutinas burocráticas militares.

Francamente, era la misma clase de aburrimiento y cautela burocrática que Ernst suponía que impediría que el ejército nacionalista sobre el terreno siguiera adelante y tomara la ciudad devastada. Pero, se recordó una vez más, eso era casi secundario en relación con el verdadero propósito del ejercicio.

El único objetivo militar que la Legión Cóndor podría no lograr sería la destrucción del Puente Rentaria. No estaban realmente equipados para ello. Pero todos en la misión comprendían que el objetivo principal era el bombardeo terrorista.

En cuanto a la convicción de Richtofen de que estaban matando a los rojos, el anciano probablemente era demasiado reaccionario como para apreciar la ironía de este ataque contra uno de los pocos reductos de capitalismo que quedaban en la España devastada por la guerra. Sin

embargo, los radicales del movimiento nacionalsocialista comprendían sin duda las implicaciones más amplias del movimiento de Hitler. En última instancia, los nazis debían oponerse a las dos monstruosidades creadas por el judaísmo mundial con el propósito de debilitar permanentemente a la raza aria: el capitalismo y el comunismo.

Ernst apreciaba este punto de vista radical más que algunos de sus amigos de la Legión Cóndor. No todos los pilotos eran igualmente ilustrados en cuestiones políticas, y no tenían por qué serlo. El nazismo era un grupo amplio y podía acoger una amplia diversidad de puntos de vista, siempre que todos sus miembros se adhirieran a los principios fundamentales de raza, sangre y tierra.

En cuanto a la estrategia, bueno, era mejor dejarla en manos de un genio como Hitler. Sabía cómo enfrentar a sus enemigos. Las mentes estrechas lo acusarían de hipocresía e inconsistencia. Los estúpidos líderes de las SA cometieron ese error y lo pagaron con la vida. Ernst contaba con que todo lo que Hitler hiciera, en última instancia, beneficiaría a la raza aria. La Alemania de Hitler sin duda mostraría el camino hacia el futuro.

Así que, si era necesario matar a una mujer vasca a tiros, eso era lo que hacía Ernst.

Mientras regresaba para otra pasada de ametrallamiento, Ernst vio algo extraño. No lo relacionó de inmediato con la

advertencia que había escuchado por radio apenas unos minutos antes. Su error era fácil de entender. Las luces intermitentes en el suelo podían explicarse de muchas maneras: un efecto de la luz, el sol reflejándose en los botes metálicos o incluso reflejos en una masa de agua.

Pero estas luces no se detuvieron ni se resolvieron en un patrón familiar. Produjeron una explosión de colores del arcoíris que se arremolinaban en el suelo, con chispas que salían de los bordes. Había algo casi hipnótico en este patrón repetitivo. Definitivamente no era algo con lo que un piloto debiera obsesionarse. Estaba a punto de seguir su propio consejo y centrarse en otros aspectos más cruciales de su misión, cuando el extraño espectáculo de luces despegó del suelo y se dirigió hacia él.

"¿Qué diablos es eso?", le resonó en el oído por la radio la voz de uno de los otros pilotos.

“No lo sé, pero será mejor que lo informemos”, respondió.

“¡Se dirige hacia ti, Ernst!”

—Lo sé. Lo veo. Estoy tomando medidas evasivas.

Mientras Ernst tiraba de la columna de dirección para levantar el morro, preparándose para intentar superar a su perseguidor, el extraño espectáculo de luces, fuera lo que fuese, aceleró. Un vistazo a su altímetro le dio la mala noticia. Estaba demasiado cerca del suelo para saltar en

paracaídas. Su destino estaba ahora ligado a su avión, porque el espectáculo de luces centelleantes que se acercaba por el aire no le daría el tiempo necesario para alcanzar una altitud segura.

Bueno, si no podía dejar atrás a su perseguidor, podía intentar apartarse de su camino. El avión crujió cuando Ernst cambió radicalmente su dirección. El yugo de un Heinkel 51 era muy sensible, aunque no le importaba mucho lo que el piloto intentara hacer con él. Ignoró sus protestas, se inclinó a la izquierda y rezó.

Quizás los dioses lo escuchaban, pero, de ser así, respondieron con un oscuro sentido del humor nórdico. La cosa que giraba no lo alcanzó por poco, pero explotó de todos modos y dañó gravemente el avión. A pesar de sus maniobras, tendría que hacer un aterrizaje forzoso. No había ganado altitud, la había perdido. Saltar no era una opción.

A Ernst le zumbaban los oídos mientras intentaba detener su brusco descenso. Aceleró para reducir la velocidad, redujo la potencia y observó cómo el morro descendía a pocos centímetros del horizonte. Intentó girar la cabeza para ver cuánto daño había sufrido la parte trasera del avión, pero sentía como si una descarga eléctrica le hubiera atravesado el cuello y lo hubiera mantenido rígido. Al intentar levantar la mano para tocarse el cuello, el brazo le dolía más cuanto más lo levantaba y sentía un dolor punzante en el costado.

Bueno, no era momento de preocuparse por lo grave que estaba. Lo único que importaba era el avión. Más que nunca, ellos estaban unidos, ahora por las heridas que ambos habían recibido en común. Una vocecita en su cabeza empezó a insistirle. Había algo más importante. Algo que estaba olvidando. De mala gana, miró el teleimpresor de campo en su cabina, una pieza crucial de tecnología secreta que no debía caer en manos enemigas.

Pero hablando de manos, las suyas estaban ocupadas ahora mismo. Dedicar cualquier tiempo a destruir el equipo ultrasecreto (cuya existencia Alemania había mantenido oculto desde su invención en 1929) podría garantizar su muerte. Si sobrevivía al desembarco, su primera tarea debía ser destruir el dispositivo. No debería ser difícil. El teleimpresor constaba de solo dos partes móviles: un tambor giratorio y una máquina de escribir. Sin duda, podría destruirlas por completo antes de que el enemigo las tomara y consiguiera un medio para interceptar las comunicaciones alemanas.

Maldijo amargamente por la mala suerte que había provocado que parte de su cabina quedara severamente dañada, con trozos de metal dentados sobresaliendo en todo tipo de lugares mientras el delicado dispositivo de comunicaciones permanecía en perfecto estado.

Incluso su panel de control estaba dañado, así que tendría que aterrizar por estima. Buscó cualquier tramo de terreno

que le permitiera aterrizar. Ya había hecho un aterrizaje de emergencia y recordaba su frustración al no poder pasar por encima del suelo antes de comprometerse. No tenía otra opción entonces ni ahora. Gracias a Dios, aún podía bajar las ruedas.

Acercó el avión lentamente y entró en pérdida en el último segundo, tirando suavemente del yugo al tocar tierra. Habría sido un aterrizaje preciso y excelente si la aeronave no hubiera estado tan dañada, pero el avión volcó y patinó hasta detenerse bruscamente, dejándolo sin aliento.

A Ernst siempre le gustaba cumplir las promesas que se hacía a sí mismo, especialmente las relacionadas con su deber. A pesar de las nuevas lesiones o los daños corporales que solo ahora se hacían evidentes, intentó usar una llave inglesa para destrozar el dispositivo de comunicaciones. Su brazo derecho estaba gravemente herido. Le preocupaba haber sufrido daños permanentes en su brazo del "Sieg Heiling".

Pero no necesitaba preocuparse por eso. Antes de que pudiera completar su tarea, su cabina fue abordada y media docena de manos lo sacaron, con rudeza, de los escombros. De reojo, vio manos enguantadas trabajando para recuperar el Teleimpresor de Campo.

Esperaba estar en el centro de la posición vasca, pero al mirar a su alrededor, vio a un grupo que parecía tener un

origen completamente diferente. Ernst sabía que los pañuelos negros y rojos atados al cuello de estos hombres los identificaban como anarquistas. Se preguntó qué *hacían* en esta pelea. Pudo ver un camión grande con una lona en una pequeña colina desde donde se había estrellado. El vehículo, obviamente, pertenecía a sus captores.

"Somos miembros de la columna Durruti", dijo un hombre corpulento y barbudo, en perfecto alemán. Los demás del grupo iban todos bien afeitados. Llevaban cinturones anchos que contenían todo tipo de munición. Algunos hombres eran colecciones ambulantes de granadas de mano. Otros portaban botes que no reconoció.

—Gracias por el regalo —dijo un hombre con guantes. Fue él quien bajó el teletipo del avión. Habló en español.

"No fue intencional", respondió el piloto. Hablaba bien el español, pero tenía acento. Además, le costaba respirar.

"¿Qué se siente al asesinar mujeres y niños?", preguntó una mujer de sus filas. Por alguna razón, le sorprendió lo atractiva que era, con sus brillantes ojos azul verdosos y su cabello rubio oscuro.

“Yo cumplo con mi deber, igual que tú”, dijo.

Les pareció gracioso. «Somos los últimos a quienes nos importa eso», dijo el hombre barbudo en español. «¿Estás

de acuerdo con el filósofo alemán Kant en que tienes un deber contigo mismo?»

"No le entiendo", dijo Ernst.

—Te estás muriendo —dijo el otro—. No tenemos intención de salvarte. Pero dejaremos que la naturaleza siga su curso.

Ernst bajó la mirada hacia la mancha roja que se extendía bajo su axila derecha. Era curioso que no le doliera más. Solo se sentía exhausto y mareado. Pero ahora que se detenía a pensarlo, el mareo empeoraba y sentía que iba a la deriva.

“¿Sabes algo sobre el dispositivo que derribó mi avión?”, preguntó, pero la atención de sus anfitriones estaba en otra parte.

"Uno de los compañeros de nuestro piloto alemán ha visto sus restos y viene a investigar", dijo el hombre de la barba.

“Démosle la bienvenida como es debido”, dijo la mujer.

Habían apoyado a Ernst contra el costado de su avión; su posición le permitía ver claramente lo que hacían. De nuevo, el barbudo le habló en alemán: «No tenemos suficientes juguetes para detener lo que la Legión Cóndor está haciendo hoy. Pero estábamos listos para una prueba y nos enteramos de tu pequeña excursión. ¡Mientras tú sorprendes al mundo,

nosotros te sorprendemos a ti! ¡El mundo se enterará pronto*!*».

Este era el dispositivo que sacaron de la parte trasera del camión. Verlo fue como un reconstituyente para Ernst. Pudo concentrarse de nuevo, aunque solo fuera por unos minutos. No podía creer lo que veía.

Había dos pequeños cohetes en una plataforma circular. Cables serpenteaban desde los tubos hasta este disco metálico. Ernst también pudo ver una especie de receptor de radio conectado al disco, sobre el cual se encontraba un dispositivo con lo que parecía ser una película de cine. Un hombre se acercó al dispositivo. Llevaba una mochila con objetos metálicos que sobresalían de la parte superior, pero Ernst no los reconoció. También llevaba una especie de dispositivo de control que brillaba al activarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ernst, sintiendo que algo cálido y salado comenzaba a filtrarse en su boca.

—¡Pero si son los Cuernos del Toro! —respondió la mujer con una sonrisa. Ya no parecía enfadada con él. Supuso que si hubiera caído en manos de los vascos, lo habrían destrozado.

—Dios mío —dijo—. ¡Ustedes son los Matadores! Y esos torpedos aéreos son los cuernos de su toro.

Una cosa era morir sirviendo a la Patria. Otra muy distinta era alucinar en los últimos minutos antes de morir. Sin embargo, este artilugio imposible tenía que ser real. Había acabado con su carrera, ¿no?

Los cohetes comenzaron a girar uno contra el otro. La película empezó a pasar a toda velocidad por el receptor de radio y comenzó el espectáculo de luces. Usando el dispositivo de control como una varita mágica, el Matador anarquista guió a todo el conjunto hacia el aire. Los cohetes giraban uno contra el otro, unidos por los cables a la plataforma. Era una especie de giroscopio surrealista y aéreo que desprendía humo y chispas, y producía un silbido y aullido como nunca antes había oído Ernst, ni volvería a oír.

Mientras observaba cómo el aparato se dirigía hacia otro desafortunado avión de la Legión Cóndor, su último pensamiento fue preguntarse cómo un grupo de anarquistas españoles había acabado con algo más avanzado que cualquier arma del Tercer Reich.

¿Cómo era eso posible?

Alemania, principios de la década de 1930

Wernher y Konrad

Cuando cumplió dieciocho años, Wernher von Braun estaba preocupado por el reclutamiento. Los nazis estaban a pocos años de tomar el poder real; pero al comenzar la nueva década de 1930, las señales de alerta eran evidentes. Una patria más militarista era inevitable, con o sin Hitler.

Tanto Zuse como von Braun llegaron a la misma conclusión el día en que la Bolsa de Valores se desplomó en 1929, y la ciudad de Nueva York adoptó algunas de las características de Berlín, con su propia dosis de caos y suicidios. Si la ciudad de la prosperidad podía fracasar, entonces todo era posible.

¡Todo lo que era malo!

“Esto significa otra Gran Guerra”, dijo von Braun.

“No, significa la primera guerra planetaria”, replicó Zuse, “una verdadera guerra mundial que hará realidad otra predicción de HG Wells”.

—No me quedaré aquí —dijo von Braun—. Que Alemania y mi verdadero padre se vayan al infierno juntos. Al menos mi pobre madre no está aquí para ver sus peores pesadillas hacerse realidad.

Zuse suspiró. No le gustaba que su amigo se dejara llevar por las emociones. Tenían una amistad especial, nacida de la mente. No era bueno que ninguno de los dos se volviera demasiado sentimental. Ese era un aspecto del carácter alemán que ninguno de los dos podía soportar. Este desprecio por el sentimentalismo era también una de las pocas opiniones que compartían con los camisas pardas y los rojos.

—No te pido que me acompañes —dijo von Braun—. De todas formas, aquí estás más seguro que yo. Desde mi época en el reformatorio, he sido un hombre marcado, un miembro caído de la alta sociedad. Esos cabrones no dejarían pasar la oportunidad de rebajarme un poco más y desperdiciar mi vida si acabo como soldado raso.

—¿Qué cabrones? —quiso saber Zuse—. ¿Te refieres a los nazis?

Me refiero a cualquiera de ellos. Nazis, comunistas, miembros honestos del Partido del Centro. Da igual, Konrad. Estoy perdido. Los trabajadores me pisotearían con la misma facilidad que los patronos y los aristócratas. Podrían hacer fila y comprar entradas para mi humillación.

Zuse le puso la mano en el hombro a su mejor amigo. "Diría que estás paranoico si no te conociera. Así que, aparte de ayudarme a construir una utopía tecnocrática de científicos e ingenieros, ¿no tienes otra política?"

Von Braun sonrió. «Lo más cercano que encuentro es la postura anarquista. Pero la mayoría son colectivistas, igual que todos los demás a quienes odio. No estoy seguro de que aprecien mis dones únicos. Pero les diré esto: ¡los anarcosindicalistas son los únicos comunistas que no me revuelven el estómago!»

Zuse hizo una mueca. «Te olvidas de los que se parecen a Max Stirner. ¿Alguna vez leíste *El único y su propiedad* que te presté?»

Claro que sí. Pero su versión del individualismo es tan extrema que no hay suficiente cooperación ni división del trabajo para construir el mundo que queremos. Estaríamos estancados otra vez.

—Sé lo que quieres decir —suspiró Zuse—. Nuestra política se resume mejor en el futuro. Debemos ser individualistas extremos para lograrlo, pero también necesitamos vastos recursos y una organización perfectamente organizada para alcanzar nuestros objetivos.

Estaban celebrando su conferencia en la sala de juegos anexa a la casa grande. Era sábado y el resto de la extensa familia Zuse, y sus afortunados niños a su cargo, estaban disfrutando de un día de diversión oficial. Esto les dejó tiempo a los chicos para improvisar un estudio, como solían hacer cuando se presentaba la oportunidad. Extendieron sus diagramas y cuadernos sobre las mesas de billar.

Hoy nos depararía una buena cantidad de sorpresas. "¡Por primera vez en mi vida, me equivoco en algo!", anunció Zuse, chasqueando los dedos. "No necesitamos un Estado. Necesitamos gente capaz de organizarse, pero eso no es necesariamente un Estado".

“Organiza a suficiente gente y tendrás un Estado”, dijo von Braun con tristeza.

Zuse negó con la cabeza. «Has estado tan ocupado preocupándote por tus cohetes y mezclas de combustible que no has prestado atención a los salones intelectuales que mis padres nos organizan constantemente. ¿Te acuerdas de Richard von Mises?»

"Claro", dijo von Braun, recordando con cariño a otro miembro de su selecta fraternidad. "Es un buen matemático. Es uno de los pocos que me has presentado que tiene una idea de lo que intentamos lograr".

Zuse agarró un cuaderno nuevo y manchó sus páginas impecables con garabatos furiosos que la mayoría de la gente no podría descifrar ni aunque les fuera la vida en ello, pero que no representaban ningún misterio para su amigo. Luego, solemnemente, entonó: «Tú y yo nos convertiremos en estudiantes del hermano de este hombre, Ludwig von Mises, quien actualmente está desarrollando la teoría más radical y lógica del capitalismo desregulado que jamás hayas visto».

“¿No está el capitalismo prácticamente en bancarrota, sin ánimo de ofender?”, preguntó von Braun.

“Se volverá más grande y mejor que nunca, pero la próxima vez los importantes serán tecnócratas como nosotros”.

Von Braun hizo una mueca como si acabara de tragarse un buen bocado de limones agrios. «Konrad, ¿no es eso lo que dicen también los socialistas y comunistas? ¿No les interesa también poner a los tecnócratas al mando?»

—Por supuesto, pero eso inevitablemente conduciría a la guerra planetaria que temíamos, Wernher. Porque el socialismo es una fantasía. No puede funcionar.

“¿Qué pasa con el fascismo?”

Depende de lo que quieras decir. La mayor parte es simplemente socialismo a ultranza con la disposición a negociar con capitalistas que no quieren el libre mercado.

“¿Y qué obtenemos con eso?”

“Más guerra, por supuesto.”

Von Braun se sentó y se cubrió la cabeza con las manos. «Estamos de acuerdo. La depresión mundial garantiza la mayor guerra de todos los tiempos, independientemente de

las políticas que adopten los gobiernos de aquí, de allá, de cualquier lugar».

—¡Espera un momento! —gritó Zuse, con una sonrisa demente que le puso los pelos de punta a Wernher. A veces se preguntaba por su amigo.

—Puede que haya cometido otro error —dijo Zuse—. Qué raro.

"Deberíamos informar a la prensa de inmediato", dijo von Braun.

Mi querido astronauta, nos hemos olvidado de preguntarnos qué *tipo* de guerra tendrá el mundo y qué *tipo* de paz. Después de todo, quizá podamos marcar la diferencia. Quizás podamos evitar un desastre planetario total determinando, o al menos apoyando, el tipo de guerra adecuado.

—¿De qué carajos estás hablando?

Zuse tenía una respuesta preparada. «Los Estados del mundo librarán una guerra que podría destruir la civilización si no se les detiene. Los únicos en el mundo lo suficientemente locos como para declarar la guerra *a todos* los Estados son los anarquistas, pero existen dos tipos distintos. Los anarquistas "comunistas" y los "individualistas" extremos, partidarios del libre mercado, se oponen completamente, pero todos comparten una

aversión común al Estado. ¿Verdad? Nadie ha intentado jamás forjar una alianza seria entre ellos. Mientras la mayoría de la humanidad se prepara para convertirse en esclava de diversas dictaduras debido a los problemas económicos, una minoría creciente estará dispuesta a hacer lo que sea para asegurar su libertad. Este tipo de personas pueden respetar opciones de vida radicalmente diferentes, incluidas las económicas. Nadie más se toma la libertad tan en serio».

Von Braun negó con la cabeza. «Estamos teniendo otra de nuestras charlas de cervecería, pero sin cerveza. Quienes buscan la libertad no tienen los recursos que necesitamos».

Zuse saltó de su silla y se dio la vuelta como si acabara de unirse al ballet. «Todo eso ha cambiado. Pueden construir lo que necesiten. También pueden apropiárselo».

"¿Quieres decir robar?"

Por supuesto. Los gobiernos del mundo robarán más que nunca, recuerda lo que te digo. Eso significa que *todo* está en juego. Vamos a formar nuestro propio pequeño sindicato, solo nosotros dos. Puedes viajar por Europa buscando aliados y patrocinadores. Yo pagaré. Hay muchas maneras de mantener el contacto, pero cuando sea necesario podemos reunirnos en ese lugar de veraneo donde nos llevaron mis padres el año pasado.

“¿Peenemünde?”

—Sí, recuerdas el nombre. Bien.

Von Braun se rió. «Solo somos jóvenes furiosos. ¿De dónde vamos a sacar el dinero para todo eso?»

Zuse se tocó la nariz y le guiñó un ojo. «Un genio nunca debería hacerle esa pregunta a otro genio. No te preocupes. Preocúpate por esto».

Zuse le pasó el cuaderno a su amigo. Mientras von Braun entrecerraba los ojos y comenzaba a leer, recibió como regalo un comentario continuo.

He anotado números de teléfono y direcciones. Vale la pena cultivar la relación con toda la familia von Mises. Quizás quieras buscar a Margit en Austria. Es actriz. Personalmente, creo que las actrices más hermosas son austriacas, y quizás algunas italianas.

Luego está Gustave, un viejo amigo de mi familia. Él te presentará a Emma Goldman en París. Aún no has leído sus obras, pero debes hacerlo. Era demasiado libertaria incluso para Estados Unidos. La enviaron a Rusia y fue la primera radical en descubrir las mentiras del mismísimo Lenin, así que puedes imaginarte su perspectiva sobre Stalin. Probablemente sea la anarquista más individualista que se siente cómoda trabajando con comunas y empleando estrategias colectivas. Te presentará a otros radicales que

rompieron con Stalin, otro caldo de cultivo para los anarquistas.

Von Braun emitió un silbido bajo. «Konrad, desde que te conozco no tenía ni idea de que estuvieras tan inmerso en los detalles de la política radical. Pensaba que eras más, ya sabes, teórico».

Konrad paseó por la habitación y guardó silencio durante un buen rato. Luego se giró hacia von Braun con una expresión que su amigo nunca antes había visto. Era una máscara de solemnidad.

“Estudio la mente humana”, dijo. “Es más fácil dominar los modos de pensamiento convencionales que los radicales. ¿Sabes qué significa *radical?* Significa la raíz, lo fundamental. El modo de pensamiento más difícil es seguir una premisa hasta su *raíz,* hasta su conclusión lógica. La mayoría de la gente teme definir sus términos porque eso los acercaría un paso más a tener que iniciar una cadena lógica de pensamiento. La mayoría de la gente preferiría morir antes que hacerlo”.

"Estoy de acuerdo."

Nuestra tarea es encontrar las mejores mentes alienadas del mundo. No las mejores convencionales; ni a aquellos que, estando alienados, no alcanzan nuestro nivel intelectual. Una vez que encontremos a nuestra gente,

podremos hacer más con tus cohetes y mis máquinas pensantes de lo que podemos imaginar.

"¿Como?"

“Para empezar, evitamos la próxima guerra mundial”.

"¿Cómo?"

Ya te lo dije. ¡Liberando nuestra propia guerra!



Capítulo VII

MADRID, PRIMAVERA DE 1937

Howard y Hemingway

Los fuertes golpes despertaron a Howard Davidson sobresaltado. "¡Oye, amigo, sal!", dijo la voz retumbante de Ernest Hemingway. "¡Buenas noticias!"

Con los ojos vidriosos, Davidson se tambaleó hacia la puerta. Le sorprendió gratamente que el mundialmente famoso novelista lo considerara digno de ser molestado, sobre todo después de haber dejado pasar un ejemplar de *El*

Inquisidor. Quizás Hemingway lo estaba apreciando cada vez más. Siempre cabía esperar.

La gente se arremolinaba en el pasillo. Una voz de mujer llamó desde abajo diciendo que estaba preparando bebidas para todos.

—Esa es Marty —dijo Hemingway—. Prepara tragos estupendos, sobre todo bajo fuego. ¿Qué haces durmiendo tan temprano?

El cambio de tema sorprendió a Davidson. «No creo haber dormido nada anoche. Recuerdo haber bebido y, sin darme cuenta, estaba desayunando y...».

—Te has echado una siesta, ¿eh? —interrumpió Hemingway—. No puedes dormir en España. Pasan demasiadas cosas. Te desperté porque tu ciudad ha sido atacada por aviones alemanes.

“¿Mi pueblo?”, repitió Davidson mientras bajaban las escaleras.

Sí, Guernica. Los nazis lo atacaron con todas sus fuerzas. Deberías haberte quedado allí. ¡Piensa en lo que te perdiste!

Mientras Martha Gellhorn le ponía una copa en la mano a Davidson, este recordó el rumor generalizado de que ella y Hemingway tenían una aventura. «Espero que te guste», dijo con una sonrisa.

Davidson tragó algo que no reconoció. Ciertamente no quería que la élite literaria supiera que no era muy bebedor. Sus amigos de Nueva York se sorprenderían al ver lo bien que aguantaba el alcohol. ¡Staples nunca lo creería! El secreto era aguantar cada trago lo máximo posible y beber mucha agua entre tragos. Hasta ahora, el agua de España le había parecido agradable, a diferencia de la mala experiencia que había tenido en su única visita a México.

"Esa es mi bebida de ron especial", dijo Martha. "No es tan buena como las que prepara Josie". Se giró hacia Hemingway cuando él la rodeó con el brazo. "Hablando de Josie, ¿Dos ya encontró a Robles?", preguntó.

"No", dijo una nueva voz desde la puerta. Davidson no podía creer su buena suerte. ¡Ahora iba a conocer a John Dos Passos! Sus pensamientos sobre Guernica quedaron eclipsados por la cuestión más importante de si debía o no pedirle un autógrafo a Dos Passos.

Hemingway presentó a Dos a la gente nueva. Howard Davidson tuvo su gran momento, pero solo se le ocurrió felicitar a Dos Passos por su libro, *Tres Soldados.* De todas formas, Dos apenas le prestaba atención. Tenía otras cosas en la cabeza. Howard descubrió que Josie era la novia de un hombre al que Dos Passos intentaba localizar.

De repente, Dos Passos miró a Howard directamente a los ojos. «Me alegra que te haya gustado *Tres Soldados.* José

Robles la tradujo al español. Es mi mejor amigo en España y ha desaparecido».

—Las peripecias de la guerra —dijo Hemingway con indiferencia—. Seguro que aparecerá.

—Sí —dijo Dos Passos—. ¿Pero vivo o muerto?

“Con las bestias fascistas sueltas, ¿quién puede decirlo?”, dijo Hemingway.

—Sabes a qué me refiero —dijo Dos Passos con tono sombrío—. Me preocupan más los estalinistas en este caso.

Hemingway le pasó una de las bebidas de Martha al otro escritor famoso. «A veces se olvida la naturaleza de la guerra, Dos».

Dos Passos aceptó la oferta y continuó: "¡Y olvidas toda la desagradable evidencia de que Stalin no es mejor que Hitler y Mussolini en cuanto a crímenes contra la humanidad!"

Dos Passos bebió su bebida de un trago y miró fijamente a Hemingway. Nadie iba a superar a Hemingway sin luchar, así que bebió de un trago aún más rápido. Toda esta borrachera frenética inspiró a Howard a tomar otro sorbo de ron con cautela.

“La vida no siempre es agradable”, dijo Hemingway. “No podemos esperar que los tiempos revolucionarios se

adapten a nuestra moral estadounidense de blanco y negro".

Dos Passos rechazó con un gesto otra bebida que Martha le ofrecía. «La vida ha sido agradable para nosotros, Ernest. Por eso es aún más importante que no ignoremos el sufrimiento ajeno. La verdad es más importante que la ideología».

Un anciano borracho en el fondo del bar gritó: "¿Qué tiene esto que ver con Guernica?"

—Nada —dijo Dos Passos, tocándose el sombrero—. Hablaremos de esto más tarde. Salió de la habitación.

—Así que, Howard —dijo Hemingway, abrazándolo con fuerza—, tendremos que defender a los escritores estadounidenses esta noche.

"¿Ya no quedan británicos? ¿Dónde está Chesterton?", preguntó, notando la ausencia de la celebridad británica.

—Por ahí, dándoles un prestigio inmerecido a los perezosos anarquistas —dijo Hemingway—. ¿A quién le importa? Eres el hombre del momento esta noche.

"¿Yo?"

—Claro. Eres el único escritor de ciencia ficción aquí, ¿verdad? Qué mala suerte tiene Herbert de no estar aquí.

“¿Wells?”[8]

—Sí. Como no contamos con su augusta presencia ni con su talento para el pensamiento maratoniano, tendremos que conformarnos contigo.

Howard dejó su bebida. Ahora que se daba cuenta de que estaba en apuros, quería estar en su mejor momento. "¿De qué estás hablando?", preguntó.

Hemingway sonrió. El escritor pulp por fin se defendía. Ya era hora.

Llegan informes sobre una nueva arma secreta que se usó contra la Legión Cóndor. Al parecer, este misterioso artefacto derribó algunos aviones. Parece una especie de rayo de la muerte de Buck Rogers. Y ahora, ¡escuchen esto! ¡Nadie se atribuye el mérito! Los defensores del pueblo no saben nada al respecto.

«¿Y qué tiene que ver conmigo?», preguntó Howard.

Es justo lo que buscas, cosas de superhéroes. ¿No es ese el tipo de cosas que tus personajes podrían hacer? El Cangrejo y el Buitre, o lo que sea.

---

8 Se refiere a Hebert George Wells, autor de *La máquina del tiempo* y *La guerra de los mundos* entre otras muchas narraciones, entre ellas una novela de fondo anarquista: *Hombres como dioses.*

—La tortuga y la paloma —lo corrigió Howard.

Hemingway se rascó la mejilla. «Tengo muchos contactos y hasta ahora nadie sabe nada. Pero qué bien que haya pasado. Los nazis necesitaban una paliza a fondo».

Nadie en el Hotel Florida se opuso, así que todos tomaron otra ronda. Howard Davidson volvió a beber su bebida original y se preguntó qué demonios le estaba pasando al mundo.

"¿Sabes? Me recuerda un verso de Hillaire Belloc", dijo Hemingway. "Probablemente no habría pensado en él si su viejo amigo Chesterton no hubiera aparecido por aquí el otro día".

“¡Belloc es un antisemita!” murmuró su novia.

"Todos sabemos que es francés", replicó Hemingway. "Hasta Goebbels se queja de que los franceses son mejores antisemitas que los alemanes. En fin, Belloc escribió un verso genial después de que el general Kitchener aniquilara a miles de derviches locos en Omdurmán. Escribió:

Pase lo que pase, tenemos
la ametralladora Maxim,
¡y no lo han hecho!

¿No es genial? Va más allá de la política de cualquiera. La mejor arma gana. Por eso estos rumores de un arma secreta

son importantes. ¡Debemos reconocer a quienes imaginan el futuro!

A Howard ya no le importaba si Hemingway pretendía burlarse de él. Disfrutaba de la comparación con Wells, incluso si Hemingway la había dicho con sarcasmo. Estaba feliz de estar allí, y en esta selecta compañía.

Pero lamentaba no haberle pedido un autógrafo a Dos Passos. Lamentaba menos haberse perdido la masacre que quedaría para siempre asociada Guernica.

Durante los próximos días intentaría averiguar qué había sucedido realmente allí. ¿Y si se había usado un arma secreta contra la Legión Cóndor? Si lograba averiguarlo primero, podría presentar un reportaje como un pez gordo.

¿No sería eso algo interesante?

Barcelona, mayo de 1937

Eric Blair

Desde la azotea de un viejo cine podía ver las estrellas. No había muchas esa noche. El cielo estaba vacío. Así se sentía.

Por primera vez desde que llegó a España, dudó de sus razones para estar allí.

La única manera de disipar el vacío que se extendía por su interior era contemplar las estructuras apiñadas de Barcelona. Al menos había más iluminación en las calles que en el cielo. Los incendios esporádicos parecían consumir las esperanzas de la revolución.

Había tantos disparos que parecía que estaba lloviendo.

Los estallidos y crujidos le hicieron pensar en la cacofonía musical de un espectáculo de fuegos artificiales, excepto que esta música especial significaba piel quemada y la muerte de personas en lugar de una celebración de alegría.

En esa noche de mayo de 1937, los obreros mataban a otros obreros en las calles de Barcelona. Eric Blair, conocido mundialmente como George Orwell, deseaba estar de vuelta en el frente de Aragón. Esa había sido la razón por la que había venido a España: luchar contra los fascistas. Ahora se encontraba en medio de una lucha entre el gobierno republicano, por un lado y los anarquistas de la CNT, y el PUM por el otro. Como miembro del POUM, estaba en el centro de la lucha, pues era precisamente allí donde se encontraban las milicias marxistas independientes.

Para Orwell, todos en Barcelona estaban exactamente donde Stalin quería que estuvieran. El futuro era sombrío.

Qué diferente a hace apenas seis meses, en diciembre del 36, cuando llegó por primera vez a esta Barcelona con una carta de presentación del Partido Laborista Independiente. De entrada le preguntaron si era estalinista y respondió con un rotundo *«nyet».*

Tenía la opción de unirse al POUM marxista independiente o a la CNT anarquista. Eligió el primero. Por lo que había aprendido desde entonces, su simpatía por los anarquistas crecía cada día. En cierto modo, esto era de esperar. Durante años se había referido a sí mismo en broma como un «anarquista tory».

Pero no estaba dispuesto a volverse contra el POUM. Había luchado con ellos y había visto su temple. Los respetaba, más aún ahora que estaban en serios apuros. Esa noche, en una hermosa y antigua ciudad española, estaba claro que todos los que no estaban bajo el yugo de Stalin eran el blanco de las nuevas políticas gubernamentales.

Así que el hombre que el mundo conocía como George Orwell mantenía su puesto en lo alto del antiguo cine. Podía ver todos los accesos al Edificio Ejecutivo del POUM, justo al otro lado de la calle. Tenía una razón especial para proteger ese lugar. Su esposa, Eileen, estaba allí. Pasara lo que pasara, cumpliría con su deber y protegería lo que era suyo y de ella.

Qué diferente le había parecido llegar a España en barco y tomar un pasaje a Barcelona en un viejo y destartalado tren.

Aún recordaba los rostros de los campesinos que dejaban de trabajar en el campo para saludar al tren que transportaba a los extranjeros voluntarios de la causa republicana. Ese viaje en tren en diciembre de 1936 fue su primera muestra de lo internacional que se había vuelto la guerra.

…Coincidir con alemanes, franceses y checos le dio un aire expansivo y cosmopolita. El único prejuicio con el que se topó fue el de otros ingleses, a quienes les incomodaba su acento de Eton. Pero al descubrir la identidad de su compatriota, superaron su prejuicio proletario. Era un héroe para todos ellos. Se había ganado su respeto con los años y ahora subía la apuesta al ofrecerse como voluntario para luchar contra los fascistas en lugar de simplemente escribir otro libro.

Un hombre mayor, curtido y con las manos callosas, le contó que al principio le disgustó Orwell cuando leyó lo que el gran hombre de la izquierda independiente decía sobre la higiene de las clases trabajadoras. Orwell había escrito que desprendían un olor peculiar porque no se bañaban con frecuencia. Este hombre le guardaba rencor al intelectual engreído que hizo esa observación, hasta que un día, al recuperarse de un resfriado particularmente fuerte, percibió por primera vez ese olor tan peculiar.

—Tienes un mal hábito —le dijo el hombre en el tren—. Di la verdad.

Al llegar a Barcelona y ver la desorganizada situación de las milicias voluntarias, Orwell, fiel a su estilo, informó a la primera autoridad con la que se cruzó que él, Eric Blair, tenía entrenamiento militar. En un abrir y cerrar de ojos, estaba instruyendo a hombres en el Cuartel Lenin.

Enseguida fue ascendido a oficial y enviado al frente de Aragón en enero. Formó parte de una centuria, cuya misión era defender una colina en Alcubierre. Como cabo al mando de doce hombres, confiaba en estar en el centro de la acción enseguida.

Solo necesitó unas semanas en Aragón para comprender la peculiar naturaleza de este conflicto. Por un lado, la guerra era un acontecimiento verdaderamente curioso. Lo había visto reflejado en la ropa de trabajo que vestía todo el mundo en Barcelona. Lo había percibido en la informalidad con la que se trataba a todos; y esto en una sociedad que recientemente había sido una de las más estratificadas de Europa. Estos hombres y mujeres sabían por qué luchaban.

Cualquiera que fuera el imperialismo corporativo que había corrompido a Italia, y por extraño e inhumano que fuera el nacionalsocialismo de la Alemania de Hitler, el fascismo de Franco era muy específico de España. Pretendía restaurar el antiguo orden feudal. La República dijo al unísono: "¡Nunca más!".

Pero todas estas abstracciones elevadas se materializaron en el frente. Aquí era otra vez una guerra civil. En el frente de Aragón, Orwell vio cómo los españoles luchaban entre sí. Tenían una naturalidad que más que indignar, sorprendió a su alma inglesa, forjada cuando sirvió como policía imperial en la India. En España, existía una especie de respeto entre los soldados que era el polo opuesto de cómo se estaban destruyendo los símbolos del privilegio y el poder.

Había visto el auténtico odio proletario en la destrucción de iglesias en Barcelona. Los obreros consideraban la demolición de los edificios y las imágenes religiosas un trabajo metódico. ¡El pasado debe ser erradicado!

Nada de ese fanatismo existía aquí, en el frente. Sus camaradas veían a los soldados fascistas como miembros descarriados de su propia clase. Estarían tan contentos de convertirlos como de matarlos.

Hubo momentos en que Orwell se preocupó de que sus hombres fallaran deliberadamente en el ataque al enemigo y que los soldados fascistas pudieran estar devolviéndoles el favor. Pero estaba tan dispuesto a aprender como a instruir. Ese siempre había sido su enfoque ante cualquier nueva experiencia.

Hacía frío en invierno, el peor frío que había sentido en su vida. Quizás los soldados de ambos bandos esperaban a que la primavera los descongelara. Entonces olerían las rosas y

comerían cerezas. Sonreirían a los pájaros que sobrevolaban. Recordarían a sus esposas y novias y lo dulce que podía ser la vida.

Entonces estarían listos para reanudar la matanza.

Y en algún lugar, algún filósofo gordo y elegante de la izquierda y algún teólogo aún más gordo y elegante de la derecha parlotearían sobre la teoría de la "guerra justa". ¡Cómo odiaba eso! Cómo deseaba tenerlos en la mira aunque fuera una vez. Pero nunca podría tener la revolución que realmente deseaba porque nunca discriminaría como solo él confiaba en sí mismo.

Ese gélido invierno en el frente de Aragón, recibió una sorpresa intelectual que le puso de relieve las razones por las que había que ser muy cuidadoso al seleccionar a los objetivos en una revolución. Fue durante la recolección de leña que Orwell conoció a Alex Lucyshyn, un ucraniano.

Se entendieron de forma natural cuando el tema era Stalin. Por su origen, el joven tenía una visión personal del líder de todas las Rusias que apoyaban las ideas de Orwell. Pero entonces llegó la sorpresa.

“Supongo que deberías saber que soy católico”, dijo.

"¿En realidad?"

Es solo que he leído suficiente de tu obra como para saber que no tienes en alta estima a la Iglesia. Eso no me impidió disfrutar de Sin blanca en París y Londres.

Una de mis obras más ecuménicas. Pero cuando dices que eres católico, ¿quieres decir que así creciste o que todavía te consideras fiel?

—Ambas cosas. Pero al menos no hay duda de mi lealtad a la causa republicana. Le dispararía al primer espía franquista que apareciera en nuestro campamento.

Durante la conversación, el hombre sacó un paquete de cigarrillos Lucky Strike. Orwell habría cenado con el Diablo por uno de esos, así que no hubo problema en intercambiar algunas ideas con un papista.

"Parece que estás lo suficientemente familiarizado con mis escritos como para saber que soy un ateo protestante de pura cepa".

—Sí —dijo Alex, ahuecando una cerilla contra su cigarrillo. Luego usó su cigarrillo para encender el de Orwell, ya que la llama vacilante de la cerilla ya se había apagado en una ráfaga de aire frío. Su conversación generó otro tipo de corriente.

"¿Y supongo que sabes que considero a la Iglesia un obstáculo para la libertad de pensamiento?"

—Sí. Pero, señor Blair, también sé que de joven admiraba mucho a Chesterton.

Orwell tosió ante el comentario. A pesar de sus crecientes problemas pulmonares, no iba a dejar pasar una calada profunda de buen tabaco americano. ¡Qué demonios!, considerando el tabaco negro que liaba e insistía en fumar casi venenoso, el cigarrillo que tenía en la boca en ese momento era como el chupete de un bebé.

"Sabes mucho de mí", le dijo al ucraniano. "Me gusta Chesterton por la misma razón que me gusta Oscar Wilde. Soy británico. Admiro a nuestros excéntricos, sobre todo cuando tienen talento para la paradoja y los epigramas. Pero no acepto los argumentos teológicos de Chesterton más que como poesía ingeniosa".

"Bueno, estoy aquí por su política", dijo Alex. "Soy distribucionista. ¡Espero unirme a Agustín Ortiz, de los agoristas! Ortiz está recibiendo mucho apoyo de Estados Unidos. Esperamos formar un frente anarquista con Durruti. Quizás incluso veamos una brigada combinada agorista–distribucionista".

Orwell observó cómo el humo de su cigarrillo rodeaba perezosamente la rama de un árbol sobre sus cabezas. «Nunca ha habido tantas facciones en una guerra, nunca en la historia. Así que cuantas más, mejor. ¿Puedo agradecerles a los agoristas por estos cigarrillos?»

"Sí."

—¡Tres hurras por el agorismo! —dijo George Orwell—. Pero aún me sorprendes con tus opiniones religiosas. ¿No te preocupa el saqueo de iglesias y monasterios?

—¡No! —dijo Alex con énfasis, sorprendiendo al anarquista conservador—. La Iglesia en España se lo ha buscado. No es culpa de Roma. ¿Sabías que durante la Inquisición española Roma intentó contener a la Iglesia española de sus excesos?

Orwell dejó escapar un hilillo de humo por la nariz. «Creo haber oído algo parecido, pero nunca lo he investigado. Me cuesta imaginar una Inquisición razonable y cautelosa».

—Entiendo —dijo Alex—. Pero en cuanto al mundo actual, la Iglesia española ha apoyado a los peores terratenientes y ha sido uno de ellos. Ha hecho cosas que solo un poder superior puede perdonar. Necesitamos corregir la idea de que todos los católicos apoyan el fascismo. La Iglesia debe resistir el mal en el mundo, no alentarlo. Además, cada vez hay más seguidores católicos. ¡Tenemos que ser dignos de nuestros autores favoritos!

«Un objetivo excelente», concedió Orwell con una risita. «Le deseo mucha suerte a su movimiento. Pero recuerden el riesgo. Así como Stalin usa la Comintern para impulsar sus estrechos intereses nacionalistas, la Iglesia también puede tener intereses estrechos tras su retórica universal».

—Sí —admitió Alex, escupiéndole a una lagartija que pasó corriendo junto a su bota—. ¿Pero qué vas a hacer?

Tras sufrir un corte grave en la mano en marzo, Orwell fue trasladado a Monflorite hasta que se recuperó de la infección. Pasó el tiempo escribiendo, además de terminar una caja de puros que le envió Eileen. Ella también le comunicó su intención de ir a España. Se acercaba la primavera y recuperó el optimismo. Ya ni siquiera tosía mucho.

Alex no estaba allí cuando regresó al frente. Al principio le preocupó que el joven entusiasta de cabello rubio hubiera muerto por la causa, pero en cambio lo habían transferido. Orwell esperaba estar finalmente con uno de los grupos que amaba.

Un periódico del POUM informó que Chesterton había regresado a Londres debido a su precaria salud. El simple hecho de que el viejo escritor hubiera regresado, sobre todo después de otro roce con la Parca el año anterior, impresionó a Orwell.

Estaba encantado de que uno de los héroes de su juventud no hubiera defraudado al equipo. ¿Y quién podría decir que la presencia de los ancianos caballeros y los combatientes a quienes inspiró habría evitado que algunos sacerdotes españoles fueran ahorcados con sus propios intestinos?

Incluso la revolución pudo mostrar un poco de caridad cristiana.

Pero Orwell se recordó a sí mismo que uno podía llevar la dulce sensatez demasiado lejos. Los debates y las sutiles distinciones debían posponerse hasta que volviera la cordura. Era el momento de la batalla.

Había venido a ver acción, pero simplemente no había suficiente. Así que, con gran alegría, recibió la noticia de su camarada irlandés, Paddy Donovan, de que iban a realizar una incursión nocturna sobre las posiciones fascistas.

El comandante del batallón había elaborado un plan para un ataque por dos frentes. Orwell sería responsable de quince ingleses y quince españoles. La patrulla logró atravesar la alambrada, pero antes de que pudieran lanzar sus granadas improvisadas sobre las fortificaciones enemigas, un centinela los detectó y dio la alarma.

Orwell y Paddy quedaron atrapados entre el fuego de sus propios hombres y el de los fascistas. Lanzando una granada, Orwell intentó cambiar la situación. Otros siguieron su ejemplo.

A pesar de los gritos de Paddy para que Orwell se mantuviera agachado, el hombre más alto del asalto se levantó y cargó. Tomaron la posición y Eric Blair por fin experimentó lo que había venido a buscar a España.

Desafortunadamente, los fascistas organizaron un contraataque exitoso. El intenso fuego los obligó a ceder el terreno recién conquistado, y se retiraron entre la lluvia, el barro y la sangre...

Ya era mayo y estaba de vuelta en Barcelona, de guardia en la azotea de un cine. Lo atormentaba el recuerdo de la rapidez con la que la victoria se convirtió en derrota en esta guerra. La versión oficial del asalto nocturno era que, en realidad, había sido un éxito porque desvió la atención de un ataque anarquista más significativo. Quizás Alex había formado parte de esa milicia.

Orwell esperaba que la historia fuera cierta. Ya había aprendido que, en este conflicto, era casi imposible estar seguro de algo fuera de la experiencia personal inmediata. Una guerra justa y sensata tenía dos bandos. Al menos así lo pensaba cuando tenía diez años.

Había tantos bandos en este conflicto que estaba perdiendo la noción del asunto, y se suponía que él era el político profesional. Ver una ciudad ya famosa por sus peleas callejeras transformarse en una escena del *Infierno de Dante* era un espectáculo capaz de llevar al optimista más testarudo a una depresión mórbida.

En retrospectiva, incluso la retirada desordenada en Aragón parecía un éxito rotundo comparado con lo que estaba sucediendo en ese momento. Deseaba poder estar

allí de nuevo, con frío y hambre en el barro. Cualquier cosa era mejor que ver cómo el sueño se desmoronaba ante sus ojos. Y lo peor de todo, ¿cómo podía suceder esto en mayo, el mes de las fiestas obreras en todo el mundo?

El suceso que encendió la mecha que desencadenó el desastre en Barcelona pareció un catalizador increíble para todos los implicados. El gobierno había decidido arrebatarle la central telefónica a la CNT. Era como una broma de mal gusto, la verdad. ¿Oíste lo de la compañía telefónica anarquista?

Pero el cerebro analítico de Orwell nunca limitó su análisis a los detalles superficiales. El conflicto entre anarquistas y comunistas tenía que estallar tarde o temprano. Su error fue asumir que Stalin querría primero una derrota decisiva de Franco. Esta noche lo sabía mejor. Algún día, el mundo entero tendría que saber la verdad.

Miles de comunistas extranjeros habían estado llegando a España, todos bajo la disciplina del Partido (soviético). Desde que los anarquistas demostraron ser una fuerza militar en el verano del 36, los rojos se mostraron más abiertos a desarmarlos. Esa fue otra broma pesada. ¿Oíste la del comunista que intentó quitarle un arma al anarquista?

El presidente catalán fue un necio. Subestimó la determinación de los anarquistas. Pero un hombre que jamás cometería ese error fue Josef Stalin mientras su mano

pesada movía piezas en el tablero. Orwell lo comprendió con tanta certeza como si hubiera visto esa mano gigantesca extenderse desde Moscú y apoderarse de la Central Telefónica.

Como escritor político, Orwell comprendía plenamente el poder de la propaganda. Estudió las técnicas tanto del Dr. Goebbels como de Madison Avenue. Sabía mejor que nadie cómo los británicos influían en los servicios de noticias de la India. Y supo exactamente lo que significaba, hace unos días, cuando se topó con un cartel que mostraba a un sonriente Adolf Hitler escondido tras una máscara anarquista.

Cuando Stalin empezó a decir sus grandes mentiras, no paró. Las imágenes y las palabras venían primero, pero siempre terminaba con balas. Si esta era la línea del Partido contra los anarquistas, no hacía falta mucha imaginación para darse cuenta de que el POUM era el siguiente. Sus camaradas no lo admitirían hasta que fuera demasiado tarde. Odiaban a Stalin, pero no lo odiaban lo suficiente.

Orwell sabía que los métodos de Stalin eran los mismos que los de Hitler. Por muy diferentes (o similares) que fueran sus objetivos finales, el hecho ineludible era que usaban los mismos métodos. No hubo suficiente gente que lo entendiera. Ni en la derecha ni en la izquierda.

Tendría que escribir un libro sobre eso. Quizás un par de libros.

Por ahora, en mayo, permaneció en la azotea de un viejo cine, protegiendo su posición. Le preocupaba su esposa. Le preocupaban sus amigos. Quería que esta insurrección terminara. También quería volver a la guerra de verdad, a luchar contra los fascistas. Solo una vez más. Solo por diversión, si lograba regresar al frente.

Pero no sabía cuánto tiempo le daría Stalin. Esa noche en Barcelona, sabía que el sueño había muerto. Stalin lo había destruido. Sería más cruel destruyendo al POUM que con los anarquistas. El POUM estaba más cerca de él ideológicamente y, por lo tanto, representaba un mayor peligro.

Sacaba a relucir todas las viejas calumnias y difamaciones sobre el «socialfascismo». Decía que el POUM estaba detrás de una insurrección contra la República. Insistía en que los anarquistas no estaban lo suficientemente organizados por sí solos y que debían estar manipulados por el mismísimo Diablo de la Reacción, León Trotsky. Y el POUM era su instrumento infernal.

Antes de que Stalin terminara, le estaría contando al mundo que Franco daba órdenes directamente al POUM. En cuanto a todos los jóvenes y valientes soldados del POUM que murieron con balas fascistas en la cabeza y el corazón, bueno, fueron sacrificados para que la quinta columna del fascismo pudiera disfrutar de la victoria final.

Orwell no era hombre de llorar. Lo consideraba débil y afeminado. Pero esa noche quería desahogarse y llorar. Podía ver las intenciones de Stalin con tanta claridad como si le hubieran encomendado escribir la propaganda a él mismo. Podía oír las palabras resonando en su mente: «El POUM nunca fue un aliado. Todos los verdaderos revolucionarios siempre han estado en guerra con el POUM. Siempre hemos estado en guerra con el POUM».

Orwell rebuscó en su bolsillo un cigarrillo. Se le habían acabado. Pero el hombre que lo iba a relevar le había prometido unos Lucky Strikes. La vida seguía mereciendo la pena.

Mientras veíamos cómo el mundo se derrumbaba ante nuestros ojos, siempre había tiempo para la ironía y la reflexión. Orwell comprendió que Stalin era el manipulador por excelencia de individuos débiles y organizaciones fuertes. Stalin comprendía el poder que se obtenía manipulando a las masas, pero sus maquinaciones podrían verse afectadas si su pasado colectivista lo llevaba a subestimar la dedicación inherente que subyacía a los planes y organizaciones creados por personas atraídas por la anarquía.

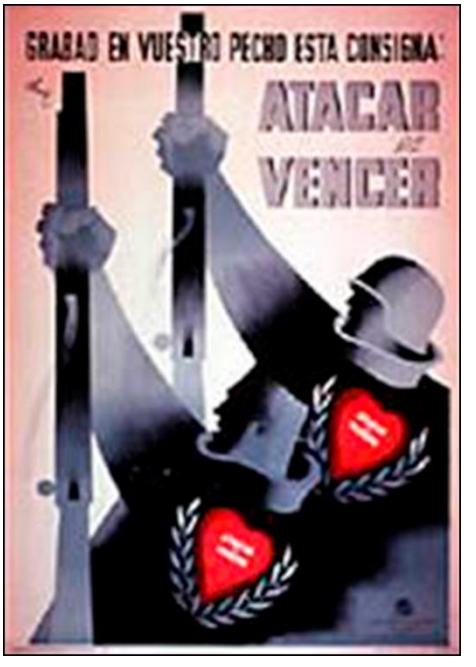
Stalin creía en el orden, al igual que los regímenes capitalistas que pretendía derrocar. Confiaba en que la gente actuara de forma predecible, igual que cualquier

banquero miserable. En esencia, subestimaba a cualquiera que no fuera como él.

Probablemente lo único que Stalin sabía sobre la teoría anarquista era que Marx odiaba a su gran defensor ruso, Bakunin. En cuanto a la política radical, Stalin estaba demasiado ocupado intentando burlar y asesinar a otros comunistas como para perder el tiempo en estrategias complejas contra quienes tenían inclinaciones anarquistas.

Orwell se enorgullecía de no eludir una conclusión lógica. Quizás el futuro de España estaba en manos de los anarquistas. Pero ¿cómo podrían prevalecer contra todas las fuerzas que se les opondrían?

Haría falta un milagro.



Capítulo VIII

JUNIO DE 1937

El plan perfecto

Nunca imaginó que terminaría así. Había sido demasiado precavido. Era demasiado poderoso y demasiado temido para que terminara así. Le habían confiado una misión imposible de fallar. El plan era infalible. Simplemente había demasiados hombres, demasiado equipo y demasiadas armas para que una fuerza enemiga prevaleciera.

Por primera vez en su vida, se había sentido completamente seguro ante una operación. Pero ahora, Alexander Orlov (también conocido como el temible "Nikolsky") estaba sentado en una pequeña habitación en el último piso de la embajada soviética. Era un hermoso día soleado en España. Pero no había nada brillante en su alma.

Se sentó solo. Nunca volvería a ver a otro ser humano ni a oír otra voz. Su universo se había reducido a dos objetos sobre su escritorio: una foto de su esposa e hijos, y un revólver Nagant de 7,62 mm de 1895. Sus ojos los alternaban.

El arma no le intimidaba. Se consideraba afortunado de tenerla ahora mismo. Había oído que los oficiales del POUM a menudo no tenían revólveres y se veían obligados a comprárselos a los anarquistas en el mercado negro. ¡Pobres insensatos del POUM! Pasara lo que pasara en esta guerra, iban a perder. Entonces los oficiales del POUM necesitarían esos revólveres para poder hacer lo que un agente escogido por Josef Stalin estaba a punto de hacer en esa sala en cuestión de minutos. Orlov daría un buen ejemplo a esos enemigos de Stalin. Era amigo de Stalin y tendría la sensatez de volarse la cabeza.

Gracias a Dios tenía el arma. Era la clave para escapar de esta pesadilla insoportable. Cuando Stalin descubrió lo que había sucedido con el cargamento de oro, la reacción del líder soviético sería una represalia imaginativa que

impresionaría incluso a Adolf Hitler. Orlov, general de la policía secreta NKVD, también tenía imaginación. Había hecho una contribución considerable a la causa del sufrimiento humano. Era muy bueno en eso.

Pero se consideraba un completo aficionado comparado con su jefe. ¿Qué torturas podrían compensar la pérdida de 460.516.851 gramos de oro refinado, valorado en 518 millones de dólares estadounidenses? Eso era precisamente lo que el agente había logrado perder.

Transferir la riqueza acumulada de España a la Unión Soviética no fue poca cosa. Habían pospuesto la operación varias veces desde que se propuso inicialmente. Eran muy cuidadosos con todo. Cuando las líneas ferroviarias entre Madrid y Cartagena cayeron en manos anarquistas, el proyecto se pospuso. Cualquier detalle les hacía respaldar, rellenar y replantear el plan. Pensaban que los anarquistas eran el menor de sus problemas, a pesar de los comentarios descabellados sobre Durruti como una especie de superhombre.

Pero los anarquistas finalmente abandonaron sus posiciones. Al menos eso parecía. Y aunque no lo hubieran hecho, eran muy pocos para detener una operación de esta magnitud. ¿Cómo podrían unos simples bandidos detener los trenes y robar casi ocho mil cajas de oro?

El plan final fue perfecto. Lo había sido cuando se desarrolló por primera vez en 1936. Y seguía siendo perfecto cuando finalmente se implementó en mayo y junio de 1937. Requirió mucho trabajo y mucho tiempo. Había mucho oro que considerar.

Ya no podían posponerlo. Stalin había sorprendido a todos al conceder crédito a la República. ¡Pero todo eso se había acabado! Ya no había crédito disponible de la gran institución bancaria conocida como la Conspiración Comunista Internacional. La riqueza de siglos iba a ser transferida de España a lo que la mayoría de los españoles aún consideraba Rusia, en lugar de la URSS, centro neurálgico del progreso humano. Los fantasmas de los zares debían de estar riendo en su Palacio de Verano en el Infierno. Reconocerían la victoria del Imperio Ruso.

Parte del oro era el pago por lo que Stalin ya había proporcionado en su inusual arrebato de generosidad; el resto se guardaría como anticipo para el suministro continuo de armamento y hombres. Tal como iba la guerra, incluso esta enorme suma se habría gastado pronto. Entonces España se vería obligada a excavar aún más hasta que Stalin no solo tuviera su alma, sino también su último doblón.

¡Era un plan perfecto! La Unión Soviética planeaba hacerle a España lo que España les había hecho a los aztecas y a los incas. El fantasma de Karl Marx podía reírse a carcajadas con los fantasmas de los zares.

Pero el plan perfecto había fracasado. El oro había desaparecido. Cada lingote. Cada moneda. Cada doblón. Y lo más molesto de todo el asunto era que Orlov sabía exactamente quién tenía el oro y no podía hacer nada al respecto. La República podría pensar que estaba recuperando el oro, pero no era así. Ni oro para ellos ni oro para Stalin. Ni oro para Franco. Ni oro para Orlov. Fue una broma fulminante para todos, especialmente para Orlov. Fue realmente divertido.

Quizás si la situación en Barcelona no hubiera ocurrido cuando ocurrió, las cosas serían diferentes. Es difícil saberlo. ¿Quién iba a pensar que sería un error enfadar a los anarquistas? No eran *nada.* Solo peones. Tontos y peones. Se suponía que no tenían poderes mágicos.

No fue justo. Nadie le contó a Orlov sobre la magia. ¿Cómo se prepara uno contra la magia?

Stalin no era el tipo de hombre que apreciaba el humor irónico de las malas noticias, a menos que fueran malas noticias para sus enemigos. Ciertamente, no era el tipo de hombre al que se le daban malas noticias sin esperar repercusiones. Incluso pequeños cambios en uno de sus planes lo ponían de mal humor. Por ejemplo, en este caso, había insistido en que no se le diera ningún recibo al funcionario español cuando se entregara el oro.

La falta de un recibo pondría muy nervioso al funcionario español. Podría ser asesinado por algo así. Podría haber acabado donde Orlov estaba ahora mismo, pensando en suicidarse. Pero esa perspectiva no le había preocupado al general de la NKVD. Poner a la gente en situaciones insostenibles era parte del trabajo de Orlov.

Mantenerse al margen de situaciones como esta también era parte de su trabajo. Pero se dijo a sí mismo, una vez más, que era injusto esperar que planeara lo imposible. No se suponía que se enfrentara al abismo negro. El plan había sido muy bueno.

En cualquier caso, las razones de Stalin para no emitir un recibo eran perfectamente lógicas. No quería un registro documental. No quería ninguna prueba que pudiera llegar a Hitler y demostrar un nivel tan profundo de implicación y beneficio soviético en la situación española. Eso podría enfadar mucho a Hitler. El líder del Tercer Reich era susceptible a ese tipo de cosas.

Stalin aún no estaba listo para un enfrentamiento con Hitler. Bueno, el líder soviético ya no tenía que preocuparse por eso. No habría recibo. Pero tampoco entrega.

Orlov levantó el arma y se llevó el cañón a la cabeza. Por alguna razón, el pequeño círculo de metal contra su piel sudorosa le recordó el anillo de bodas que le regaló a su

esposa. Esperaba que tal vez, solo tal vez, su familia se libraría de la ira de Stalin. Pero sabía que eso era imposible.

El problema era que no podía hacer nada al respecto. Quizás su esposa e hijos incluso aceptarían ser torturados hasta la muerte. Incluso podrían disculparse con Stalin con sus últimos alientos sangrientos y gorgoteantes.

460.516.851 gramos de oro, con un valor de 518 millones de dólares, era, en las circunstancias actuales, todo el dinero del mundo. Orlov lamentaba no poder suicidarse más que una vez. Como mínimo, estaría dispuesto a hacerlo cien veces.

Apretó el gatillo y escuchó el fuerte clic en la recámara vacía. No estaba jugando a la ruleta rusa. No creía merecer tanto placer. Simplemente aún no había cargado el arma.

No había terminado de agonizar.

El plan había sido magnífico. Nunca había visto un plan mejor. Habían considerado todas las contingencias razonables. Les preocupaban cosas razonables, como que los fascistas tomaran Madrid. Eventos que podrían ocurrir.

La parte más inteligente del plan era el secretismo. Los rusos siempre habían sido buenos con el secretismo, pero este estaba especialmente bien hecho. Los ciudadanos de la República podían entender que se llevaran el oro para su custodia, ya que había una guerra en curso y no querían que

cayera en manos de Franco. Podrían imaginar que el oro iba a Estados Unidos. Ese sería un lugar agradable y seguro.

Pero nadie creería que el oro iba a la Unión Soviética para su custodia. Era como enviarlo a la Luna en un viaje sin retorno. Era como hundirlo en la fosa más profunda del fondo del océano. Al español medio no le haría mucha gracia esa idea, fuera nacionalista o leal.

Así que la operación tuvo que llevarse a cabo en completo secreto. Solo un puñado de nerviosos funcionarios bancarios en Madrid fueron informados, e incluso ellos no lo sabían todo. La mayoría de los banqueros creían que el oro estaba seguro en cuevas navales. Soldados custodiarían las cuevas vacías para mantener la ilusión.

Por supuesto, el ministro de finanzas lo sabía. Orlov se preguntó qué tipo de suicidio estaría eligiendo ese magnífico hombre en ese preciso instante. Quienes decían no creer en el suicidio estaban terriblemente mal informados sobre lo insostenible que podía volverse la vida, dadas las circunstancias adecuadas.

En fin, reflexionó Orlov, había sido un plan estupendo. Por un instante, el hombre más rico del mundo habría sido el agregado económico ruso. Muy divertido.

Durante tres noches sin luna, el oro se cargó en trenes. Al otro lado del oleoducto, los cargueros soviéticos esperaban

su pesado cargamento de lingotes. Incluso había buques de guerra españoles para proteger a los barcos rusos; y lo mejor era que los capitanes españoles ni siquiera sabían qué cargamento debían cargar en los cargueros rusos.

El plan mejoró aún más. Treinta agentes de alto rango de la NKVD se hicieron pasar por estibadores para recibir el cargamento en su primera parada en Odesa. Había cientos de tropas especiales. El oro sería revisado y pesado durante el trayecto hasta su destino final en el Depósito de Metales Especiales de Moscú. Incluso habían desarrollado un procedimiento para separar las monedas raras con valor histórico del resto del tesoro, ya que estas monedas valían más que el oro en peso. ¡Qué atención al detalle!

Orlov se preguntó, distraídamente, cuán valiosas habrían sido esas raras monedas al sumarse a la suma total que perdió por la Madre Rusia y la gloriosa Revolución Comunista. No lo suficiente como para que Stalin le deseara un final peor, decidió.

¿Podría el proceso dialéctico histórico que garantizaba la victoria final del comunismo mundial sobrevivir a su error? Intentó animarse pensando que estaba proporcionando una prueba más para demostrar la inevitabilidad histórica del socialismo científico.

Por supuesto que lo era.

Su mente volvía una y otra vez a los grandes planes de Stalin para una celebración en el Kremlin donde el secretario general del Partido Comunista anunciaría que la República nunca volvería a ver el oro.

En realidad, Stalin tenía razón en eso.

Stalin seguramente planeó un banquete suntuoso. Orlov odiaba arruinarles la noche a todos con malas noticias. Peor aún sería una historia que nadie creyera. Eso lo empeoraba todo.

Si Orlov pudiera retroceder en el tiempo y advertirse de algo, le diría a su yo anterior que se tomara más en serio los rumores descabellados sobre las "armas prodigiosas" que se usaron contra los aviones alemanes en Guernica. En aquel momento, descartó las historias porque, si realmente existían artefactos tan maravillosos, ¿por qué se habían usado tan pocos? ¿Y por qué no se encontraron pruebas después, salvo los restos de varios aviones de la Legión Cóndor? ¿Y por qué los vascos no sabían nada al respecto, salvo para difundir rumores disparatados de que Durruti estaba detrás?

Un arma de tecnología avanzada era lo último que uno esperaría en manos de anarquistas. Si poseían semejante maravilla, ¿por qué solo usaron unas pocas en Guernica? Había sido fácil descartar las historias.

Orlov también ignoró las advertencias de que Durruti solía robar trenes en Sudamérica y tenía planes para el cargamento de oro. ¿Qué ladrón de trenes podría hacer algo contra la maravillosa máquina de guerra que Orlov estaba poniendo en marcha?

Además, si los anarquistas tuvieran armas mágicas, costarían mucho y probablemente ya las habrían usado todas en Guernica.

Sí, todas estas ideas parecían razonables en aquel momento, pero había una cosa: si tienes armas mágicas que cuestan mucho, más vale gastarlo todo y gastarlo todo si vas a apoderarte de todo el dinero del mundo. ¡A por un rublo, a por todos los rublos!

También hubo otros factores. Si todos los anarquistas descontentos de toda España estaban deseando luchar tras el levantamiento de Barcelona, podrías reunir suficientes para una ofensiva gigantesca. Eso podría significar un ejército lo suficientemente grande como para mover mucho oro. Suponiendo que pudieran hacerse con él, claro.

Ese era precisamente el cuerpo de hombres que descendió sobre el tren dorado.

El general Orlov no era hombre que se rindiera. El ataque sorpresa no estaba fuera de su alcance para repelerlo. El número de atacantes era inesperado, pero aún controlable.

Durruti siempre estaba publicando panfletos, presumiendo de un millón de anarquistas y proclamando que eran el gran león de España. Pero solo varios cientos de sus seguidores se subieron al tren del oro, un asalto mucho más serio de lo que nadie había previsto, pero aun así un enemigo al que se podía resistir. Los defensores podrían haber prevalecido.

¿Y qué si las filas anarquistas se llenaban de voluntarios extranjeros, igual que Stalin traía a miles de miembros del Partido? Había más comunistas en el mundo que anarquistas. Pronto habría más comunistas que capitalistas. Era solo cuestión de tiempo.

Todo lo que el general tenía que hacer era ganar una batalla inesperada. Así lo vería Stalin. Así lo habría visto Orlov de no haberse topado con los "Cuernos del Toro".

Fue solo al final que supo el nombre del arma que lo derrotó tan fácilmente. Una docena de dispositivos de doble cohete se acercaron a los trenes desde todas las direcciones. Fue como estar atrapado en pleno Año Nuevo Chino, solo que no había un dragón de papel maché. En su lugar, había un dragón de verdad, y el general sintió su aliento caliente y abrasador.

Nunca tuvieron una oportunidad. El general intentó morir en batalla. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero no le permitieron esa dignidad. El insulto final fue que ni siquiera lo tomaron prisionero.

Durruti se le acercó y le anunció que podía irse. Nunca en su vida había visto a un hombre como el héroe de los anarcosindicalistas. Tenía una mirada penetrante. Orlov creyó estar ante un Rasputín resucitado.

«Todo cambia ahora», dijo Durruti. «Al diablo con Stalin. Al diablo con Franco. Al diablo con la falsa República».

Orlov se mantenía al tanto de los vaivenes de la política española desde su perspectiva única en la policía secreta de Stalin. La franqueza de Durruti lo desarmó. El general incluso llegó a pensar que el líder anarquista seguiría aliándose con la República a pesar de los desagradables incidentes en Barcelona que todos en la NKVD habían trabajado con tanto esfuerzo para provocar.

–¿No vas a matarme? –preguntó el general esperanzado.

"No."

“¿Y no me vas a arrestar?”

"No."

Los anarquistas podían ser personas muy molestas. No les importaban los sentimientos ajenos; ese era su problema.

Te vendaremos los ojos y te dejaremos pensar en el futuro mientras uno de nuestros conductores te lleva a recorrer la

campiña. Lástima que no verás nada. Con el tiempo, volverás a tu zona.

Estas fueron las últimas palabras que le dijo el líder sindicalista al ser entregado a un tal Sammy. Al parecer, el chófer del general era agorista. Orlov nunca había oído hablar de eso, pero le dieron una reprimenda. El agorismo debía ser una nueva mutación del socialfascismo, supuso. La nefasta influencia de Trotsky debía estar en todas partes.

Mientras cargaba el revólver, el general Orlov reflexionó sobre su decisión de acompañar al tren. Si se hubiera quedado, se habría suicidado un día antes. Habría tenido un día agradable, una buena comida y unas copas, y entonces habría llegado la noticia. Habría hecho lo mismo que estaba a punto de hacer ahora, pero habría estado más tranquilo.

Por otro lado, no habría visto los torpedos aéreos que arruinaron su vida. Habría dudado de la veracidad de los informes. Podría haberle disparado al portador de la mala noticia con el mismo arma que estaba a punto de dispararse a sí mismo.

Bueno, vive y aprende.

Aprender y morir. Así era el mundo.

Su último pensamiento antes de que llegara la oscuridad fue: "¿Qué diablos van a hacer con todo ese oro?"

Mientras tanto…

De vuelta en Hollywood

Esta sería la última fiesta de Hedy Lamarr en Hollywood durante mucho tiempo. Nadie más en Hollywood lo sabía. Mañana se lo contaría a Louis B. Mayer. Se lo debía.

Se enfadaría con ella y la amenazaría. Le diría que debía quedarse en la ciudad y promocionar *"Red Pawn".* Aunque el rodaje de *"Algiers" ya había terminado,* podrían necesitarla para el bucle. Los publicistas insistirían en que ella y Boyer hicieran algo como "ir a la Casbah" más veces de las que hicieron en la película. ¡Y luego estarían todos los planes que su tío Louis tenía para ella ahora que por fin estaba listo para ponerla en una producción de prestigio de la MGM!

Le leería la cartilla y le impondría la ley. Pero no serviría de nada. En pocos días estaría de camino a España.

Pobre Mayer. De repente, estaba en la misma situación que todos los hombres que alguna vez intentaron retenerla contra su voluntad. Él no lo veía así. En su mente, lo único importante era que tenía un contrato.

Para ella, lo importante era que no se iba a otro productor. Huía de la fantasía a la realidad de España.

Tenía que irse. Von Braun estaba con los anarquistas. Sus cartas habían sido reveladoras, con detalles tentadores que la hacían desear aún más estar allí y vivir la historia completa a medida que se desarrollaba. ¡Siempre lo había sospechado y ahora quería saberlo todo y participar en todo! No había otra explicación para los informes desconcertantes y confusos de España sobre las "armas milagrosas".

Había decidido que *él* debía haber construido los pequeños cohetes que cambiaron la guerra para siempre al lograr la captura del tren de oro. Ahora, parecía que estaba listo para construir algo realmente interesante.

Desde el robo y la desaparición del oro de la República, los nazis y los soviéticos se tomaban muy en serio a los anarquistas. La batalla entre Franco y la República había pasado a segundo plano en un programa doble cuya "Presentación" ahora protagonizaba las maniobras de Hitler, Stalin y los anarquistas. Von Braun y Zuse querían que Hedy fuera la protagonista de un drama lleno de sorpresas que podría cambiar el mundo.

Con Europa al borde de otra gran guerra, Hedy no dudaba en quedarse al margen en Tinsel Town. No ahora. No cuando von Braun le pidió que se uniera a él de una manera que podría no parecer particularmente conmovedora para la

mayoría, pero que Hedy entendió como su propia, natural y entrañable versión del verdadero romance.

Tras descifrar su última carta especial y descubrir los asombrosos hechos de su propia contribución a los "Cuernos del Toro" y a los "Matadores" que guiaban los torpedos voladores desde tierra, nada la habría disuadido. Fue la noticia más emocionante de su joven y tumultuosa vida.

Esta noche, mientras se preparaba para sortear los desafíos sexuales y financieros de un cóctel, tendría que esforzarse mucho para prestar atención a los demás invitados. Qué fácil sería para su mente regresar al emocionante mundo descrito en la última carta de von Braun. Su espíritu ya estaba a medio mundo de distancia.

Tus ideas para el salto de frecuencia me ayudaron más de lo que crees, querida. Quizás sea apropiado. En cuanto a saltos, me imagino que saltas de cama en cama ahora que eres una gran estrella de Hollywood. Eres más que una mujer maravillosa y la diosa de mis sueños. Eres la mujer más inteligente que he conocido. También eres la más honesta.

No sé qué es más sorprendente: tu actitud franca y honesta hacia el sexo o tu mente sofisticada y analítica. Francamente, no conozco a muchos hombres que admitan, con tu franqueza, lo que hacen para satisfacer sus necesidades emocionales y físicas. He conocido incluso a menos que apreciarían la forma en que Konrad Zuse y yo

adaptamos tu idea de usar película dentada —qué perfecto que lo hayas pensado— para codificar y decodificar mensajes. Los "Cuernos del Toro" emplean un dispositivo que envía una señal de control cifrada. La señal tiene cuatro comandos limitados: Izquierda y Derecha, Arriba y Abajo.

Tu carta me causó tal impresión que puedo citar de memoria lo que decías:

Estimado Wernher, me complace tu informe sobre el éxito de los matadores *con los dispositivos de "cuernos de toro". La pérdida de control, mientras aún hay combustible y el cohete sigue acelerando, es sin duda un problema grave. Los operadores necesitan el mayor tiempo posible para alcanzar sus objetivos y deben tener el control durante todo el consumo de combustible. El diseño actual hace que la película del transmisor de radiocontrol del* matador *se desenrolle por acción de un resorte, al mismo tiempo que un resorte desenrolla la película del código correspondiente en el receptor de radio de los cohetes. Esto ha demostrado ser poco fiable, al igual que las antiguas cámaras de manivela de las primeras películas mudas grababan movimientos que parecían antinaturales al proyectarse en la pantalla. No necesitamos un mecanismo de reloj sofisticado para mantener los códigos sincronizados y efectivos, ya que el combustible se agotaría mucho antes de que una solución tan costosa dejara de funcionar. Usar el simple obturador de las cámaras de cine modernas, y cambiar los códigos solo fotograma a fotograma, debería evitar la interferencia de la*

señal por parte del enemigo y dar a los matadores *tiempo suficiente para mantener el control hasta que se agote el combustible. Sigue trabajando. Hedy*

Siempre seré un adolescente contigo. Por ejemplo, cuando pienso en la señal subiendo y bajando, ¡pienso en ti! Lo que estamos haciendo aquí parece el sueño de un colegial. Cuando nos dimos cuenta de que no podíamos construir un giroscopio lo suficientemente pequeño para estos cohetes, solucionamos el problema usando el ensamblaje de doble cohete. Cuando vuelan, los cohetes llevan consigo el receptor de radio. Dos cohetes son mejores que uno porque dos proporcionan suficiente sustentación para posibilitar la guía por radio y son, como sabes, la única forma de dirigir. Anhelo ver tu delgada y blanca mano sujetando y acariciando la brillante columna del dispositivo de control.

Lo siento.

Como puedes ver, te extraño muchísimo. Konrad sabe que te envío estas cartas codificadas. Se pondría furioso si supiera los detalles que incluyo. Le expliqué que alguien capaz de inventar saltos de frecuencia puede dominar la mecánica de usar una cerilla para quemar hojas de papel.

Hedy, eres la única persona que he conocido que me resulta tan emocionante como mi trabajo. Por primera vez, me doy cuenta de que es posible combinar el placer con las metas más altas de la vida. Pienso en ti cada vez más, incluso

mientras desarrollo motores de combustible sólido para los "Cuernos del Toro". Tengo planes para un combustible a base de alcohol que podría usarse en algo más grande, pero eso es todo lo que tengo que decir al respecto por ahora.

Konrad y yo hablamos mucho de ti. Los hombres han comprado una copia de Éxtasis *y la ven tan a menudo que se está rayando con el viejo proyector que usamos. Eres una inspiración para todos nosotros. Algún día le pondremos tu nombre a un cohete. ¡Qué apropiado que esté tu nombre en uno de mis cohetes!*

No tengo nada más que decir ahora, salvo que estoy escribiendo un poema dedicado a ti. Puede que no sea muy bueno, pero me gusta el título: Días de Vino y Cohetes.

Con cariño,

Wernher

La carta reforzó aún más su decisión de reunirse con Wernher en España, mientras quemaba todo en un pequeño y ordenado cenicero que Ilona Massey le había regalado. Mayer había hecho arreglos para que la rubia húngara compartiera piso con su adquisición austriaca. Hedy esperaba que no se desahogara con su compatriota europea cuando le soltara la bomba al día siguiente. Por otro lado, tal vez su marcha le proporcionaría a Ilona más trabajo.

Bueno, eso era mañana. Esta noche se divertiría. Intentaría no juzgar con demasiada dureza a sus compañeros ahora que el hombre cohete alemán le abría el universo.

La fiesta la organizaba la madre de Ginger Rogers, una de las republicanas más prominentes de Hollywood. Hedy esperaba que no se involucrara en discusiones políticas estridentes solo porque le gustaba el presidente Roosevelt. Por otro lado, le decepcionaba que FDR evitara posicionarse a favor de la República contra los fascistas.

El evento social era para celebrar el inminente estreno de *Red Pawn.* Iba a ser un evento más político que la fiesta de despedida que el estudio había organizado anteriormente. Esa fue la noche en que rompió con el actor Frank. Su esposa, autora del guion, regresaba a Hollywood. Su obra de Broadway había terminado y ella buscaba vender los derechos cinematográficos de su nueva novela.

Frank le advirtió a Hedy que tuviera cuidado con su esposa, Ayn Rand. A Hedy le encantó. Era la primera vez en su vida que alguien sugería que una escritora podía ser más temperamental que una estrella. Ayn Rand demostró que no debía ser tomada a la ligera cuando su mano invisible llegó desde Nueva York para poner en la lista negra a una actriz que no aparecía en *Red Pawn.* La actriz, Noelle No–se–qué, era miembro del Partido Comunista. Ayn Rand declaró que Noelle era "una fuerza de la antimente". Aun así, no parecía haber manera de que la chica pudiera sabotear la

producción. Simplemente la eligieron para un papel pequeño, interpretando el papel de una prostituta. El estudio la despidió de todos modos.

Ayn Rand ya estaba a cargo de la audiencia cuando Hedy entró en la sala, pero en el instante en que esos brillantes ojos rusos —los más grandes que Hedy había visto jamás— se fijaron en ella, fue como si todos los demás en la habitación desaparecieran. Rand se acercó a la actriz, blandiendo su cigarrillo como un director alemán.

Hedy se enorgullecía de su rapidísima habilidad para evaluar con precisión a las personas. No le sorprendió descubrir que muchos europeos en Hollywood compartían su habilidad, pero esta emigrante rusa no se parecía a nadie que hubiera conocido antes.

“Me dicen que tienes una buena mente”, dijo Rand con un marcado acento ruso.

—He oído lo mismo de ti —respondió Hedy, encendiendo su propio cigarrillo para ir igualmente bien armada. Se maravilló del severo corte de pelo de paje de Rand y de su ropa, que habría sido la última moda en los locos años veinte.

De repente, Rand la sorprendió con su imagen típica de Hollywood. «Anoche me pusieron *El Peón Rojo. Estuviste maravillosa, cariño».*

“Gracias”, dijo Hedy y realmente lo decía en serio.

“Tal vez considerarías interpretar a Kira si se hiciera una película de mi primera novela que acaba de publicarse, *Nosotros los vivos*”.

“¿Es otro panfleto sobre los soviéticos?” preguntó Hedy.

"Sí", respondió ella, con el cuerpo tenso. Ningún actor podría trabajar en una película de Rand sin comprender su profundo odio al comunismo. Su esposo, Frank, había hablado del odio de Rand hacia los comunistas y su ideología. Este conocimiento había ayudado a Hedy a ofrecer una mejor interpretación.

—Siento por los nazis lo mismo que tú por los comunistas —respondió Hedy—. Ambos heredamos nuestra antipatía. Hemos estado en estrecho contacto con hombres malvados.

—Sí —coincidió Rand—. Bien dicho.

Parte de la capacidad de Hedy para evaluar a la gente provenía de su sentido de la aventura sexual. Cuando encontraba hombres o mujeres que la excitaban, actuaba según sus sentimientos. No lograba comprender a Rand. Al principio pensó que ella también podría ser bisexual, pero ahora no estaba segura.

Hedy hizo un pequeño experimento. Caminaba hacia ellos una guapísima joven actriz rubia a quien conoció durante el

rodaje *de Red Pawn.* Era portuguesa y se llamaba Paula LaBaredas. Hedy aún no conocía las inclinaciones de la chica.

Paula estaba con un joven encantador en la fiesta, por supuesto. Ya fuera la chica encantadora de al lado o la Reina del Pecado, Hedy encontraba a Paula fascinante de todas formas. Se preguntó cómo impresionaría la chica a Rand.

“Hola, Paula, me gustaría presentarte a la autora de nuestra película”, hizo la presentación Hedy.

"Un placer", dijo la chica mientras tomaba la mano de Rand.

“Tuviste un papel pequeño pero entendiste tu personaje”, respondió Rand.

"¿Verdad que tiene una piel preciosa?", le comentó Hedy a Rand. "Me encanta su tez".

La autora volvió la mirada hacia Hedy. Fue como si hubiera olvidado por completo a Paula. Hedy y Paula se despidieron con un abrazo y la joven actriz salió corriendo para reunirse con su cita.

"Creo que tenemos asuntos más importantes que discutir que la piel", dijo Rand.

—Es uno de mis temas favoritos —respondió Hedy con dulzura. El experimento había fracasado. No podía descifrar

la sexualidad de la mujer mayor. Se preguntó si Rand sabía de su romance con Frank.

“¿Está tu marido aquí esta noche?” preguntó Hedy.

—Está indispuesto —dijo Rand—. Creía que ustedes dos trabajaban bien juntos.

"Es un hombre sorprendente", dijo Hedy. "Un minuto puede ser muy enérgico y, sin embargo, al siguiente tan tranquilo y amable, tan poco exigente..."

—¡Alto! —Rand levantó la mano—. Estás hablando de cosas que no puedes entender. Frank es mi hombre ideal, mi mayor valor.

—Lo entiendo —dijo Hedy en voz baja—. Yo también siento lo mismo por un hombre.

Rand se suavizó. "¿Puedo preguntar quién es?"

“Un genio”, dijo Hedy.

Algo cambió en el rostro de Rand. Por primera vez, Hedy sintió un destello de amistad por parte de esta mujer tan difícil.

“¿Podría saber su nombre?” preguntó Rand.

“Aún no es parte de la historia del mundo, pero lo será”.

Rand asintió. «Entiendo el sentimiento. Proviene de un compromiso con la razón. ¿Lo amas?»

Esta noche sin duda estuvo llena de sorpresas. La decisión de Hedy de no pensar en el hombre de sus sueños se esfumó con las columnas de tabaco. Esperaba haberse tomado ya tres copas, pero ni siquiera había probado el champán.

Ayn Rand proyectaba una luminosidad completamente distinta a todo lo que Hedy había conocido antes. O era brillante o un poco loca. Quizás ambas cosas. Rand hacía que el arte de pensar pareciera atractivo. No es de extrañar que fuera difícil leer los vaivenes de su energía sexual. ¡Esta mujer estaba enamorada de la mente!

“Sí, lo amo.”

Rand le dio una palmadita a la actriz en el brazo. Hedy sintió como si hubiera recibido una caricia amistosa de un hombre. Pero no había nada ni remotamente sensual en ello. Algunos podrían, al ver a Rand a primera vista, asumir que era lesbiana. Estarían muy equivocados.

—Quizás algún día puedas contarme todo sobre tu joven —dijo Rand, sacando una conclusión acertada—. Pero me estás ocultando algo, cariño. Sé que tuviste una larga conversación intelectual, el año pasado, con alguien considerado un genio. Se corre la voz por aquí, sobre todo en Nueva York.

Hedy no entendía adónde quería llegar Rand. Entonces recordó.

“¡Debes referirte al inglés, Wells!”

"Sí."

"HG Wells", repitió Hedy. "Sin duda es un genio. Estuvo en Hollywood el año pasado cuando Korda estaba impulsando la versión cinematográfica británica de *El porvenir.* Wells y yo nos conocimos en una fiesta, igual que ahora".

¿Cómo te impresionó?

“Dijo que le gustaría que apareciera en una de las adaptaciones cinematográficas de sus obras”.

"Eso demuestra que no se quedó ciego en su vejez", dijo Rand con una sonrisa.

"¿No te gusta?" preguntó Hedy, notando el tono de desaprobación.

"Es socialista", dijo simplemente Rand.

Por un momento, Hedy esperó poder evitar la política. Ahora recordaba que Rand formaba parte de la minoría que defendía el capitalismo a ultranza, incluso en medio de la depresión económica más larga de la historia de Estados

Unidos. No es de extrañar que HL Mencken fuera un admirador de su nueva novela.

"Bueno, al menos se enfrentó a Stalin", dijo Hedy, buscando puntos en común.

"¿Cuándo fue eso?" preguntó Rand.

Ahora era el turno de Hedy de presumir. Wells le había dado personalmente un recorte del *New York Times* de su entrevista de 1934 con Stalin. Ella relató los puntos destacados de ese relato.

Wells le dijo a Stalin en la cara que la propaganda violenta estaba fuera de lugar y anticuada. ¡Wells se presentó como el defensor de la humanidad y la civilización en oposición a Stalin!

Rand aplaudió encantada. «Eres una intelectual, ¿verdad? Tu deleite por los asuntos intelectuales se nota en tu voz y brilla en tus ojos. ¡Bravo! Pero tu historia justifica mi postura. No dije que Wells fuera comunista. Tiene buenas ideas y siempre ha sido un defensor de la ciencia y el progreso. Como él, soy atea. Pero sus ideas sobre el socialismo también están anticuadas. ¡Algún día tendrás que permitirme convertirte al capitalismo, cariño!»

Hedy llamó a un camarero. Ya estaba lista para su bebida.



Capítulo IX

HOWARD Y HEMINGWAY

Una tarde en Murcia

“Nos vamos a Murcia”, anunció Ernest Hemingway.

—¿Sí? —repitió Howard Davidson—. ¿Estoy invitado?

—Claro —insistió Hemingway—. Eres parte de nuestra intrépida banda de escritores. Creas esos seriales para

revistas sobre, déjame recordarlo, el Murciélago y el Petirrojo.

“¡La tortuga y la paloma!”, lo corrigió Howard.

—Sí, claro. Bueno, quédate conmigo y te presentaré algunos temas nuevos.

Davidson estaba encantado con este giro de los acontecimientos. Agradeció la inesperada aparición de Chesterton durante su primer encuentro con Hemingway por haberle abierto las puertas al gran hombre y al escritor pulp estadounidense. La misteriosa aparición del "arma milagrosa" de los anarquistas pareció haber inclinado aún más la balanza a su favor. Esta última invitación contribuyó en gran medida a que Howard creyera en el cambio de actitud de Hemingway.

Sin embargo, la tendencia de Hemingway a exhibir combativamente sus virtudes masculinas tenía un gran inconveniente, en lo que a Howard Davidson respecta. Hemingway era más propenso a perseguir algo si uno de sus competidores también lo deseaba. Veía a todos los demás escritores prominentes como alguien con quien tendría que entablar un combate de boxeo tarde o temprano.

Como buen estadounidense, Howard creía en la competencia justa y dura. La principal razón por la que odiaba a los dictadores era que no eran honestos. No eran

honestos. Hacían trampas en el juego de la vida y, a cambio, hacían sufrir a millones de personas.

Pero era posible tener demasiado de algo bueno. Cuanto más experimentaba Howard con el gran escritor, más evidente era su competitividad en todo tipo de detalles insignificantes. Llevaba su encanto juvenil al borde de una bravuconería peligrosa.

No es que el hombre no tuviera agallas. Dios sabe que su valentía era bien conocida, igual a su tremendo talento. Mientras que, durante todo el tiempo que llevaba en España, Howard sentía que no había hecho nada que requiriera valentía. Principalmente, había tenido suerte.

Howard recordó la noche en que Hemingway salió del Hotel Florida, sin querer contarle a nadie lo que ocurría. Hasta que su misión concluyera sin contratiempos, no era un charlatán. Pero tras regresar, sano y salvo, retomó su papel de narrador. Gracias a sus contactos en la Comintern, se le había permitido participar en una misión contra los fascistas.

Una vez más, se recordó a todos que Hemingway era más que un escritor. Al igual que el inglés George Orwell (un héroe para todos los escritores españoles), Hemingway se jugó el pellejo.

Sin embargo, a diferencia de Orwell, Hemingway pareció aportar su granito de arena en algunas ocasiones y luego

volvió a ser famoso. Orwell, de hecho, servía como oficial de línea. Había otra distinción entre los dos grandes hombres, ya que la noticia corrió como la pólvora en España. Se corrió la voz de que Orwell no confiaba en la Comintern más de lo que podía derribar los Acantilados Blancos de Dover.

Howard deseaba que Hemingway proyectara la misma mirada cínica que reservaba para los editores sobre las figuras sombrías de la Comintern. Gracias al simple recurso de mantener los ojos y los oídos abiertos, el autor de "Dripping Daggers of Doom" [Dagas goteantes de la perdición] (el favorito de todos los lectores de la serie *El Inquisidor)* estaba madurando mucho en España. No siempre era fácil distinguir a los héroes de los villanos en esta guerra. Pero, como Chesterton había señalado a todos en el bar del Hotel Florida, realmente no era posible eludir las cuestiones del bien y del mal.

El cristianismo insistió mucho en ese punto, para disgusto de casi todos. En algún momento, Howard se propuso investigar a fondo el budismo.

Pero aquí y ahora, el escritor pulp estadounidense se enfrentaba a la carga de elegir bando en España. No iba a eludir la responsabilidad fingiendo que podía haber neutralidad moral en algo tan importante. No existía neutralidad moral en un mundo con nazis.

El problema fue que, tras enterarse del robo del tren perpetrado por Durruti, Howard Davidson tuvo que aliarse con los anarquistas. Esto lo puso en oposición directa a Hemingway. Por mucho que deseara seguir formando parte del séquito del gran hombre, ya no podía permanecer en silencio, aunque eso significara rechazar la invitación a Murcia.

"No se puede confiar en los anarcosindicalistas", dijo Hemingway antes de inclinar un grueso odre de vino hacia su boca y exprimir un fino chorro rojo.

Había llegado la hora de la verdad. Howard dijo lo que realmente pensaba: «Puede que sean ellos quienes ganen la guerra».

"¿Cómo?", quiso saber Hemingway. "¿Robando el oro de la República?"

“Nunca nos habríamos enterado del oro si Durruti no hubiera publicado panfletos admitiéndolo”, dijo Howard. “Tus amigos de la Comintern lo mantuvieron en secreto. La República lo mantuvo en secreto. La verdad solo se conoce porque los anarcosindicalistas le dicen a todo el mundo que se lo llevaban”.

“No te dejes engañar”, dijo Hemingway, lo que molestó mucho a Howard. “No deberías creerte la historia anarquista. Obviamente, la República trasladaba el oro a un

lugar más seguro para que no cayera en manos de Franco. Si Stalin ayudó fue solo porque apoya la causa de los trabajadores".

Howard intentó responder, pero estaba demasiado ocupado balbuceando como para que saliera algo coherente de su boca. Finalmente entendió cómo se sintió Dos Passos la otra noche cuando Howard lo oyó discutir con Hemingway sobre su amigo desaparecido, Robles. Las paredes del Hotel Florida eran delgadas.

Dos informó que Robles había muerto. Hemingway dijo que ya lo sabía y que había estado esperando el momento oportuno para darle la mala noticia.

Como Robles tenía un hermano que luchó del lado de los fascistas, él mismo era sospechoso a pesar de su incuestionable lealtad a la causa republicana. Los comunistas lo liquidaron solo para asegurarse de que no le contara nada a ningún familiar. Lo eliminaron con la misma ligereza con la que se puede borrar una mancha en un libro de contabilidad. Dos estaba furioso. Hemingway no ayudó con otra de sus bromas sobre las vicisitudes de la guerra. El otro hombre cerró la puerta de golpe. Parecía que iba a ser una ruptura definitiva entre ellos.

Hasta escuchar ese intercambio entre Hemingway y Dos Passos, Howard siempre había considerado al autor de

Hombres sin mujeres[9] un auténtico individualista. Sofocado en una habitación de hotel mal ventilada, lejos de casa, Howard decidió que los libros que había amado durante tanto tiempo eran tan buenos como siempre. Pero a partir de ese momento, tendría que tomarse las opiniones políticas de cierto autor con una cautela tan grande como para acompañar una margarita[10] del tamaño del lago Michigan.

Martha, amiga oficial del gran autor, parecía operar en el mismo universo mental inmoral que su amante. "¿Cómo sabemos que hubo algún robo?", preguntó. "Las autoridades de Madrid dicen que aún tienen el oro. Todo esto me suena a falsa propaganda ".

“¿Como el rumor de las armas maravillosas?”, le preguntó un pequeño hurón a un hombre que formaba parte del grupo de Hemingway, pero cuyo nombre eludió para siempre a Howard.

—Eso nos lleva de nuevo a nuestro autor de ciencia ficción —dijo Hemingway con una sonrisa—. ¿Crees que los anarquistas tienen esas armas?

---

9 Hombres sin mujeres es la segunda colección de cuentos escritos por el autor estadounidense Ernest Hemingway. El volumen consta de 14 cuentos, 10 de los cuales habían sido publicados previamente en revistas.

10 El margarita es un cóctel compuesto por tequila, triple seco y jugo de limón. A menudo se sirve con sal en el borde de la copa. La bebida se sirve sacudiendo el hielo, mezclado con hielo, o sin hielo.

—Alguien las tiene —dijo Howard—. A menos que, claro, creas que no existen.

Hemingway se puso serio por un momento. «Hay demasiados informes como para ignorarlos. Por ahora, prefiero pensar en estas cosas como artefactos voladores no identificados». Siempre decimos *ciencia ficción. ¿No es «cientificción» el término correcto?*».

Dios mío, pensó Howard, *¡quizás este tipo sea un fanático!*

"No quiero aburrir a nadie con esto", empezó Howard, notando el bostezo de Martha. "Pero sí sé la respuesta. Hugo Gernsback acuñó el término «cientificción» para referirse a la primera revista regular de este tipo, su creación, *Amazing.* Pero cuando perdió el control de la revista, el término especial se fue con ella. Entonces empezó a usar otra de sus frases inventadas y se ha popularizado".

«Me gusta la etiqueta original», dijo Hemingway. «¡Romances científicos! Parece que el héroe podría abrazar algo más que un monstruo de lunares».

«Hay muchos tipos de monstruos», dijo Martha, envolviendo su propia amenaza. Hemingway le devolvió el favor.

"Muy bien", dijo el autor de *Fiesta.* "No vamos a resolver los problemas de la guerra hoy. Tengo un regalo preparado para nosotros. Me gusta un aspecto de la situación

anarquista. ¡Nadie emite edictos estúpidos contra las corridas de toros!”

“Los matadores son los verdaderos gobernantes de España”, murmuró un anciano que escuchaba la conversación.

“Como siempre he creído”, dijo Hemingway. “Así que vamos a la Plaza de Murcia. Desayunaremos y llegaremos al pueblo por la tarde o al anochecer. Mañana nos prometen una corrida de toros muy especial”.

“¿Y qué pasa con la guerra?”, preguntó Howard.

“La van a suspender por nosotros”, rió Hemingway. “De todas formas, ahora mismo no pasa nada. Madrid estará aquí cuando volvamos. ¡Y ahora que entramos en julio, tenemos que celebrar algo que nos hace ser estadounidenses! No estaremos en casa para los perritos calientes y los fuegos artificiales el 4 de julio. Así que tendremos nuestra propia fiesta”.

Howard tuvo que admitir que los contactos de Hemingway en el gobierno de la República le ofrecían ciertas ventajas. La Comintern hizo más que asegurarse de que conociera a generales entrenados en Rusia. (¡Uno de los cuales incluso era polaco, otra prueba de la dimensión internacional del marxismo–leninismo!) Los rojos querían que Ernest se lo pasara bien. Casi parecían competir con sus editores

neoyorquinos para ver qué organización podía garantizarle a Hemingway las mayores ganancias.

Bueno, Howard Davidson no era tonto, así que se unió a la pandilla de buscadores de emociones en camino a Murcia.

Hacía buen tiempo. La campiña española podía llegar a conquistar a cualquiera. Las ondulantes colinas calmaban las tensiones de Howard mucho mejor que el vino que los miembros de su grupo insistían en que bebiera con los demás.

Su camión estaba en buen estado y ni siquiera perdió una rueda cuando el conductor no logró evitar un cráter poco profundo causado por un bombardeo reciente. Agujeros más profundos más adelante habrían dañado el eje, pero el conductor ya estaba alerta. Howard agradeció que el hombre no se hubiera unido a su interminable borrachera.

Hemingway no habló durante la mayor parte del viaje. Incluso logró echarse una siesta a pesar del balanceo del vehículo. Siguiendo el ejemplo, Howard se unió a su compañero escritor en una siesta.

Un perro ladrando lo despertó y vio a un Hemingway radiante. "¡Hemos llegado en un tiempo récord!", exclamó.

Era tarde y el sol daba en los ojos de todos. "No tenemos que esperar hasta mañana para ver nuestra primera pelea", dijo. "Vámonos ya y luego comeremos algo".

No había discusión con el maestro de ceremonias. En el poco tiempo que lo conocía, Howard nunca lo había visto tan emocionado. Toda persona culta del mundo reconocía a Hemingway como el poeta laureado de la plaza de toros. Aun así, era sorprendente que estuviera tan ansioso por una corrida de toros de segunda.

Debía de haber algo más. El hombre tenía algo bajo la manga.

Como nunca había asistido a uno de estos espectáculos, Howard no estaba en condiciones de juzgar los preliminares. Pero detectó un toque de nerviosismo en la novia. Debía de ser una experta en esto y presentía que algo no iba bien en Murcia o que le habían avisado que algo inusual ocurriría.

Howard no tuvo que esperar mucho para que sus sospechas se vieran confirmadas. No hacía falta ningún experto para calificar de «inusual» lo que tenían ante sí. Era un espectáculo digno de los juegos romanos.

“Las costumbres aquí son inusuales”, dijo Hemingway, saboreando lo obvio.

O eso, o la guerra había sumido al país en la locura. Howard sentía una emoción primitiva que había descrito en el alma de su villano en muchas entregas de *El Inquisidor;* pero nunca esperó sentirla él mismo.

Howard esperaba estar por encima de todo. No iba a animar al Matador para que atormentara a la pobre bestia en la arena. Ni iría en la dirección opuesta y esperaría que el hombre sufriera una cornada. Se sentaría tranquilamente durante la danza de la muerte y lo atribuiría a costumbres pintorescas, sintiéndose vagamente superior a la gente morena con sus grandes sombreros y sus grandes sonrisas. Al terminar, agradecería solemnemente a Hemingway por la experiencia, orgulloso de que su propio corazón no se hubiera acelerado cuando la sangre comenzó a derramarse.

Pero el juego psicológico que jugaba consigo mismo se basaba en la entrada de un ser humano a la arena. No había ningún matador allí para quitarse el sombrero y recibir flores de las mujeres que lo admiraban.

Solo había dos animales. El toro estaba allí. Claro que tenía que haber un toro. ¿Pero a qué loco se le habría ocurrido incluir un tigre grande y adulto?

"No lo puedo creer", jadeó Howard.

Hemingway no dijo nada. Estaba demasiado ocupado tomando fotos. La respiración de Martha era tan fuerte que Howard la oyó. Los demás miembros del grupo se inclinaron hacia adelante mostrando diversas reacciones, desde la incredulidad hasta el horror deslumbrante.

El toro se mantuvo firme, mirando fijamente al felino rayado que comenzaba a pasearse de un lado a otro. El tigre no intentó rodear a su presa. En el círculo cerrado de la confrontación antinatural, no había adónde ir. Ninguna posibilidad de sorpresa.

Howard se sentía tan atrapado como los animales. Tampoco tenía adónde ir. Se odiaba a sí mismo por estar fascinado por la inminencia de la carnicería. *Maldito* Hemingway por arrastrarlo a esto. *Maldito* el hombre por tener tanta razón sobre la naturaleza humana.

"Se están tomando su tiempo", murmuró Martha justo cuando el tigre hacía su movimiento.

La multitud se abalanzó como si un tercer animal se hubiera unido a la refriega, exhalando su aliento caliente y temblando ante la profunda y rica fragancia de sangre derramada y carne desgarrada. Un jadeo colectivo acompañó el salto del tigre sobre el toro.

Pero los primeros gritos de alegría bestial de la multitud se transformaron rápidamente en carcajadas. La multitud tardó un instante en percatarse del cambio en el programa, en su totalidad.

El tigre no arañó al toro. No lo mordió ni lo desgarró. En cambio, el gran felino comenzó a lamerle los gruesos testículos. Al toro no pareció importarle. Después de que la

novedad se desvaneció, a la multitud le empezó a importar mucho.

¿Dónde estaba Nerón cuando lo necesitabas?

Cuando Hemingway empezó a reír, nadie lo detuvo. Pues bien, había prometido un acontecimiento inusual y sin duda lo había cumplido. Martha no tardó en unirse a él y luego todos los demás en su grupo hicieron lo mismo.

Pero Howard no se rió. Estaba absorto en la efervescencia de la multitud. Por alguna razón, no creía que estuvieran satisfechos con la ausencia de carnicería.

Él tenía razón.

Los hombres finalmente entraron al ruedo. Ninguno lucía el elegante traje de matador. Howard, en realidad, se alegró de ello. No le parecía correcto que un elegante caballero español de capa y espada aguijoneara a bestias con largas varas para intentar enfurecerlas cuando la sed de sangre simplemente no existía.

Un toro siempre estaba listo para luchar contra el matador. En tiempos pasados, un tigre hambriento no dudó en atacar al gladiador. Pero en esta tarde calurosa y húmeda en España, dos animales protagonizaron su propia revolución contra la autoridad atrincherada del *Homo sapiens.*

La gente no lo permitió. Se burlaron y mofaron de los hombres en el ring por no haber enfurecido mejor a las bestias. Un hombre se cansó de los insultos o se descuidó. Golpeó demasiado fuerte y demasiado rápido, y golpeó al tigre en el ojo.

El tigre no se conformó con lamer los genitales. Poco después de abalanzarse sobre el campesino indefenso, el gran felino le arrancó la garganta y dejó la cabeza colgando como un globo lleno de sangre. Los demás hombres gritaron y corrieron, momento en el que el toro actuó como un toro.

Howard tuvo la extraña sensación de que los animales actuaban al unísono, algo completamente imposible, pero una percepción que, según él, tenía cierta resonancia oscuramente poética, considerando el giro de los acontecimientos. Estas nerviosas reflexiones literarias no eran compartidas por los desventurados hombres que sufrían la ira del ataque combinado del carnívoro enfurecido y el herbívoro excitado. Estos hombres, debieron sentirse como las primeras víctimas del sindicato animalo–sindicalista.

Los cuernos del toro eran fuertes y afilados. Su cuello era tan sólido como las colinas que el grupo de Hemingway había atravesado para llegar hasta allí. Sus fosas nasales se dilataron y respiró con el horror del hombre que gritaba mientras era alzado con facilidad y gracia por las armas naturales del toro.

Los cuernos del toro. Los colmillos y las garras del tigre. Estos instrumentos hicieron su trabajo y cubrieron la arena blanca con sangre roja y profunda.

La multitud disfrutó cada gota, pero fingió no hacerlo. Fingieron alegría cuando la Guardia Civil entró con las armas del hombre, armas que convierten la belleza y el terror del cuerno y el colmillo naturales en algo triste y trivial. El hombre, capaz de convertir cuerno y colmillo en fósiles antes de tiempo.

Los guardias abrieron fuego con ametralladoras. El toro cayó rápidamente, pero el tigre se mantuvo firme. Cuando cesó la primera descarga, los hombres y el tigre se enfrentaron como lo habían hecho antes. El gran felino parecía ileso, aunque eso era imposible. Pero se mantuvo en pie.

Los hombres volvieron a disparar y esta vez el gran felino aulló su canto fúnebre en contraste con el silencio del toro. No intentó atacarlos, sino que se desplomó como un saco vacío junto al cadáver sangrante del toro.

Martha lloraba. Empezó a abofetear a Hemingway. Él no se resistió, sino que permaneció impasible. Howard se encontró de nuevo enamorado de aquel hombre corpulento.

"¿Por qué me hiciste ver eso?", preguntó. No había respuesta posible, pero debería haberlo pensado mejor antes de preguntarle a un autor.

Ver cómo mataban a esos animales me recordó la vez que ametrallaron a la gente en Badajoz. Me pregunto por qué me perturba aún más.

"Es tan inesperado", dijo Howard, quien ya había demostrado ser muy competente respondiendo preguntas retóricas. "Se supone que los animales mueren de otra manera. Nos reservamos ciertas muertes para nosotros y las llamamos guerra".

—No está mal —dijo Hemingway—. Deberías escribir tus cuentos pulp así.

—Cállate, ¿no? —preguntó Martha.

“Pides mucho”, admitió.

El hombrecillo hurón intervino. «Creo que hemos recibido un presagio para el futuro de la humanidad», opinó.

—Eso sí que es más propio de tu antiguo estilo —le dijo Hemingway a Howard, ignorando al hurón—. Tienes que trabajar en eso.

—Oh, cállate —dijo Martha otra vez, pero esta vez no lo decía con el corazón.

Howard decidió llevar la conversación a un plano más elevado. «¡Ay, por qué estamos tan preocupados! España se está yendo al infierno. El resto del mundo probablemente seguirá pronto. ¿Qué nos importa la muerte de dos bichos?»

“Como usted mismo señaló, fue inesperado”, dijo Hemingway. “Tengo una idea. ¿Cuántas de sus armas milagrosas se habrían necesitado para matar a todos en esa plaza de toros?”

Howard hizo una mueca. «Sabes a lo que llaman los 'Cuernos del Toro'. Este podría ser el lugar indicado para ellos».

“¿Nos vamos ya?” preguntó Martha poniéndose de pie.

"¿Lista para cenar?", preguntó Hemingway con su tono más amable. A ella no le gustó.

Al salir del centro de entretenimiento, descubrieron consternados que la emoción que prometía el memorable día de Hemingway no había terminado. Un toro solitario los encaró en la calle. Al principio, la multitud apenas se dio cuenta, pero luego los hombres empezaron a gritar y todos captaron la idea.

Cómo se escapó el toro era una buena pregunta, pero sigue sin respuesta. Al parecer, este día estaba marcado simplemente por el caos. Y la fiesta de Hemingway también

estaba marcada por ese toro en particular, ya que no parecía interesarle en absoluto la multitud de españoles.

El destino quiso que el toro se parara de tal manera que impedía al pequeño grupo de Hemingway salir de la plaza. Su única vía de escape era un callejón estrecho. El toro resopló y se dirigió directo hacia Martha, quien estaba completamente paralizada. Hemingway se quitó la chaqueta y distrajo al animal lanzándola lejos de Martha, pero la prenda se enganchó en una pancarta roja y azul de carteles políticos que promovían la causa del POUM.

Howard se sorprendió a sí mismo con lo que hizo a continuación. Se quitó la chaqueta y distrajo al toro. Lo hizo mejor que Hemingway. Con un bufido que sonó a burla, el toro miró fijamente a Howard con sus ojos claros y brillantes y embistió.

Howard oía las voces de sus amigos (porque en momentos como este, cualquier otro ser humano es tu amigo) gritando todo tipo de consejos, pero para Howard sus voces tenían el mismo tono de fondo inconsecuente que se asocia con la lluvia cayendo sobre un tejado lejano. Menos mal, porque ahora no iba a escuchar a nadie más que a sí mismo. Principalmente, se esforzaba por escuchar, en su mente, lo que le habían dicho sobre situaciones como esta. Naturalmente, aunque irónicamente, la voz que oía en su mente era la de Hemingway.

Por supuesto, la persona en su vida que más consejos le había dado sobre qué hacer al ser atacado por un toro era nada menos que Ernest Hemingway, hacía apenas unos días. Recordar los consejos de entonces le sería más útil que intentar descifrar las palabras que le gritaban ahora.

Desafortunadamente, según recordaba de la conversación, la mayoría de los consejos eran sobre qué hacer al participar en un encierro. Correr con los toros significaba literalmente correr con ellos. No te atraparían bajo sus pezuñas si te unías a ellos. Un buen consejo, pero algo inútil cuando te persigue un toro por un callejón estrecho.

No había escapatoria. Ninguna puerta ni ventana lo invitaba a un lugar seguro. Y ahora que estaba enfrascado en una carrera a vida o muerte con este animal en particular, ¡era difícil cumplir la regla de correr con el toro, no lejos de él!

Solo le quedaba una opción. Sabía que necesitaba distraer al toro. ¡Se suponía que debía distraerlo! Ya había perdido la chaqueta en su primer intento, que había funcionado bastante bien para distraer al toro de Martha, solo para que se fijara en él.

Quizás tendría más suerte con su camisa. Se la desabrochó apresuradamente y se la echó por la cabeza. Si la suerte le acompañaba, el toro intentaría cornear al objeto en

movimiento más cercano. Si seguía teniendo suerte, la camisa al menos podría frenar al toro.

Si tuviera aún más suerte, la camisa cubriría los ojos del toro y el animal podría detenerse en seco. Sea cual sea el resultado, Howard lo sabría pronto, ¡porque estaba a punto de quedarse sin camino!

Jadeando, Howard Davidson llegó al final del callejón y a las paredes marrones y opacas que se extendían a su lado se unió una pared igualmente opaca frente a él, sin un solo cartel político a la vista. Por alguna razón, aún no había sentido los cuernos del toro desgarrando su columna vertebral. ¿Había funcionado la desesperada estrategia de la camisa?

Se dio la vuelta. Su camisa colgaba de uno de los cuernos, pero no obstruía la visión del toro. Los grandes ojos seguían fijos en su presa mientras el animal resoplaba con aparente frustración.

Howard había estado tan ocupado corriendo por su vida que no se dio cuenta de que el callejón se había ido estrechando hasta que al toro le fue imposible continuar. ¡El animal estaba atascado!

Agotado, Howard se sentó como pudo en el estrecho espacio y se alegró de lo que tenía. Oyó el sonido de

hombres acercándose al toro para realizar la nada envidiable tarea de intentar sacarlo.

Los expertos finalmente lo consiguieron. Ya se había puesto el sol cuando Howard Davidson se reincorporó a la fiesta de Hemingway. Supuso que se reirían de su susto, pero también de su salvación y estarían dispuestos a agasajarlo con buen licor el resto de su vida.

Por sus expresiones, se dio cuenta de que algo andaba muy mal. «Pase lo que pase, ¿puede esperar hasta que volvamos a Madrid?», preguntó. «No aguanto más la emoción».

“No volveremos a Madrid”, dijo Hemingway.

"¿Quieres decir que nos quedaremos aquí más tiempo que esta noche?" preguntó.

—Quiere decir que no vamos a volver a Madrid —dijo Martha—. ¡Jamás!

“Sirenas insomnes de la Atlántida”

Extracto inédito

—¿Qué has hecho con ella? —preguntó la Tortuga.

El Inquisidor rió entre dientes. "¿No te gustaría saberlo?"

"¿Quieres decir que realmente no vas a decírselo?" preguntó la Paloma.

“¿Cuánto tiempo podremos seguir haciéndonos preguntas antes de que alguien tenga que dar una respuesta?” preguntó la Tortuga.

—¿De verdad creen, aunque sea por un segundo, que les responderé antes de decirme dónde han escondido mi bomba de inercia? —gruñó el Inquisidor a sus dos prisioneros.

—¿Por qué deberíamos siquiera empezar a decirte algo cuando eres demasiado cobarde para mostrarnos el rostro que mantienes oculto bajo esa capucha carmesí? —preguntó la Paloma, desviando varias de las preguntas anteriores.

"¿Son tan tontos como para creer que mis propósitos malignos o mi apariencia estética pueden ser comprendidos por sus insignificantes intelectos?", se burló su captor, girando lentamente el dial de su reactor neutrónico.

—¿Por qué no? ¿Desafías el orden natural del universo? —preguntó la Tortuga apretando los dientes.

“¡Eso no era una pregunta!” rugió su infernal enemigo.

“Sí, lo fue”, dijo la paloma.

—No —gritó el Maligno—. Fue una declaración.



Capítulo X

ARAGÓN, JUNIO DE 1937

Orwell conoce a los anarquistas

Había muchos tipos de silencio en España. Estaba el silencio de la espera del fin de los estancamientos. Estaba el silencio del hambre y la enfermedad. Estaba el silencio de la muerte y de quienes habían superado el dolor y solo esperaban morir.

Pero el peor silencio se refería al arrepentimiento y los recuerdos que atormentaban a los vivos. El hombre que el mundo conoció como George Orwell no quería ser pesimista. Había llegado a España con grandes esperanzas, solo para verlas frustradas por mentes frías y calculadoras que supuestamente estaban de su lado.

Barcelona fue la peor pesadilla de su vida. Al menos había logrado encontrar a su esposa y habían salido de la ciudad antes de que comenzaran los arrestos generales. Eileen no dudaba que su esposo ocuparía un lugar destacado en cualquier lista de enemigos elaborada por la Comintern.

Le dijo que quería volver al frente, pero que no le parecía bien llevársela con él. Ella tenía una respuesta preparada para sus objeciones. Al fin y al cabo, correría peligro si se quedaba. Cualquiera vinculado al POUM estaba a punto de convertirse en un objetivo.

Así que ambos se fueron a Aragón a mediados de junio. El frente no estaba como lo habían dejado. Cuando los anarquistas se convirtieron en una gran potencia, empezaron a moverse en el mapa de España.

“Aragón es nuestra base de operaciones por ahora”, dijo Buenaventura Durruti al estrechar la mano de Orwell y su esposa. “Estamos planeando una gran campaña de invierno”.

Algunos de los antiguos camaradas de Orwell se habían unido a los anarquistas. Algunos fueron encarcelados o murieron a manos de los comunistas. Otros se habían pasado al gobierno o lo habían intentado. Orwell pensó que a los ex milicianos del POUM quizás les convendría ofrecer sus servicios a los fascistas.

"A veces agradezco tu fama", había dicho Eileen al llegar al campamento anarquista. Orwell estaba de acuerdo. Una cosa era que sus simpatías lo llevaran hacia los más radicales de los radicales. Pero unirse a los anarquistas fue un gran paso. Fue agradable que confiaran en él tan rápidamente.

Charló con Durruti como hacen los veteranos. Orwell se preguntó si habrían solucionado el problema de los piojos que lo volvían loco en abril. Se le meterían en los pantalones y solo quemarlos serviría de algo. Los malditos bichos eran la única pega del buen tiempo. Durruti se jactaba de que lo que había hecho con los piojos hacía poco tiempo se lo haría a los fascistas.

Eileen recordó que Trotsky se había quejado una vez de que Durruti era el hombre que quería darle a España un impermeable lleno de agujeros. Intentó bromear al respecto, pero se le trabó unas palabras en español. Él la ayudó y luego dijo en un inglés perfecto: «La idea es detener la lluvia cuando cada gota es una bala destinada a destruir la libertad del pueblo».

"Gracias por expulsar a los fascistas de aquí antes de que mi marido regresara", dijo. "¡Siempre temo que se le acabe la suerte y le disparen!"

Durruti se lo puso fácil a sus distinguidos, aunque algo nerviosos, invitados. Quería tanto que se sintieran cómodos que les sirvió té. Eran, de hecho, alrededor de las cuatro de la tarde cuando los invitó a su tienda. Eileen cambió rápidamente de opinión sobre un hombre del que había oído que era tan probable que cortara una garganta como que vendara una herida. Aunque su rostro era duro, no era cruel.

“He sido ladrón y delincuente”, dijo. “La cárcel no me enseñó a mejorar mi oficio. En cambio, aprendí una lección diferente al reconocer la similitud entre los delincuentes y el Estado. Decidí que no quería saber nada de ninguno de los dos”.

—Sé lo que quieres decir —coincidió Orwell, sorbiendo té de un platillo al estilo de un obrero inglés. Su esposa sonrió para sus adentros, siempre divertida cuando su marido se esforzaba tanto por distanciarse de su pasado etoniano.[11]

“He leído su trabajo”, dijo el líder de quienes buscaban un mundo sin líderes.

11 Estudiante matriculado en (o graduado de) Eton College. El distintivo de un «etoniano» es «rebosar confianza sin parecer arrogante o engreído».

«Las condiciones brutales hacen hombres brutales», dijo Orwell. «Es lo que más odio del fascismo. Siempre he querido vivir en una sociedad cooperativa, pero no si eso implica el precio de látigos y alambre de púas».

Comparto tu opinión. Quiero un comunismo libertario para el pueblo, pero lo importante es la libertad ante todo. Mientras estés entre nosotros, conocerás a libertarios individualistas. Si no hubiera sido por esta guerra, ni siquiera soñaría con que existieran. Muchos son de Estados Unidos e Inglaterra. También conocerás a Agustín Ortiz, el primer agorista español del mundo.

“¿Qué es eso?” preguntó Orwell.

Tendrás que preguntárselo. La idea todavía me confunde.

Eileen vitoreó. "¡Estos son tiempos verdaderamente revolucionarios! Me encanta que su bando esté reclutando a individualistas estadounidenses. Compensa el hecho de que tantos miembros del Partido se unan a la Brigada Abraham Lincoln".

Orwell terminó su té. Siempre tenía buen apetito. «Me gustan las buenas teorías tanto como a cualquiera», dijo. «Pero no sirven de mucho cuando estás enterrado».

“Pretendemos ganar terreno más que profundizar”, afirmó Durruti.

"¿Cuánto terreno?"

“Toda España antes de que acabemos.”

Orwell frunció los labios. «Es una tarea difícil».

Sí, pero inevitable. Siempre tuvimos el apoyo de la gente. ¡Ahora tenemos mucho más!

“¿El tren del oro?” Orwell siempre decía lo que pensaba.

Durruti estaba más que dispuesto a abordar el tema. «Tenemos planes para ese dinero. Primero, estamos comprando armas. Muchas».

Desde su llegada a España, Orwell había estado maldiciendo la escasez de suministros. Podía soportar no comer ni fumar, pero no había excusa para no proporcionar a los combatientes las herramientas de la victoria. Incluso se vio obligado a comprar una pistola en el mercado negro. Algunos de los rifles que les dio a sus hombres eran antigüedades. Uno explotó y dejó a un hombre fuera de combate, aunque sobrevivió.

“Antes de irme de Barcelona, vi algo que deberías saber”, dijo Orwell. “Los guardias de asalto del gobierno tenían rifles nuevos, nada que ver con la chatarra que me han obligado a usar. Los llamaban rifles rusos, pero sospecho que en realidad eran de fabricación estadounidense”.

—No se preocupen por eso —dijo Durruti—. Pronto saldaremos muchas cuentas pendientes. En cuanto a la situación armamentística, contamos con excelentes fuentes de suministro. Más tarde les presentaré a un estadounidense invaluable para nuestro futuro arsenal.

Se levantó y se acercó a la mesita donde guardaba sus utensilios de cocina. Eileen notó que preparaba el té al estilo británico, calentando primero la tetera antes de añadir el té. Mientras la bebida se preparaba, reanudó su letanía de buenas noticias.

En segundo lugar, fabricaremos más de nuestra arma especial, los Cuernos del Toro. Sin duda, ya saben el impacto que ha tenido hasta ahora.

Orwell asintió. Todos habían oído hablar de este milagro. "¿Cómo conseguiste semejante aparato? Me encantaría ver uno".

—Lo harás, amigo mío. También conocerás al mago alemán que las fabrica para nosotros. Lo que me lleva al tercer punto. ¡Este mago aún no ha terminado de fabricarnos armas! Tiene un amigo en Alemania que se unirá a nosotros pronto. Juntos harán cosas increíbles cuando el precio no sea un problema.

“¿Alemania?”, preguntó Orwell con una mirada sorprendida, preocupada y perpleja.

Por supuesto. Sin duda has conocido a radicales alemanes de todas las ideologías. ¿Quién está mejor capacitado para luchar contra Hitler que quienes lo conocen mejor?

—Cierto —dijo Eileen—. Pero dijiste que uno de ellos todavía está en Alemania.

En el subsuelo. Va y viene, pero se está volviendo peligroso para él. La próxima vez que vaya será para siempre. ¡Pero basta de charla! Venid conmigo y conocerás a mi amigo teutónico. Nuestro té puede esperar.

Salieron de su tienda y lo siguieron por una loma hasta donde sobresalía una pequeña y destartalada construcción, un artefacto alienígena que sobresalía de la ladera agreste. Las ramas secas de un árbol centenario arañaban su techo. Orwell casi podía creer que había un mago dentro. No había nada remotamente militar en la apariencia de la choza.

Había una gran torre de metal junto a la cabaña. Girando lentamente en la cima, con un crujido de metal contra metal, había un extraño artilugio que parecía una gigantesca cometa metálica. El pequeño grupo se detuvo y se maravilló del espectáculo antes de entrar.

Orwell era un hombre alto. Se había acostumbrado a sobrepasar en altura a muchos de sus camaradas. Así que lo primero que notó de Wernher von Braun fue su altura. Incluso inclinado sobre una maraña de cables conductores,

parecía necesitar mucho más espacio del que le ofrecía la caseta. Casi se golpea la cabeza al reaccionar al ver a Durruti.

—Ya basta, Wernher —dijo el anarquista con buen humor—. He trabajado todos estos años para convencer a mis hombres de que no saluden ni se molesten con ninguna otra tontería militar. Tienes que dejar de ser tan buen alemán.

Von Braun se rió. «Puedes echarle la culpa a mi origen prusiano. Y gracias por traer a un invitado tan distinguido a mi humilde camarote».

“¿Me conoces?” preguntó Orwell.

“Todo el mundo te conoce”, respondió.

—Hablas un inglés excelente —dijo Eileen, extendiendo la mano. Von Braun la deleitó tomándola de la manera más formal y, sin embargo, besándola con la pasión de un caballero.

—Debes tener sangre española en ese cuerpo desgarbado —dijo Durruti con aprobación—. Pero debes trabajar tu acento. De hecho, los tres hablan mi lengua materna bastante bien, pero con un acento abominable.

"¿Qué estás haciendo?", le preguntó Orwell a Von Braun, señalando varios componentes esparcidos sobre un tosco

banco de trabajo de madera y el panel de control que usaba para apuntar la antena de haz hacia la torre.

Estoy intentando algo que mi buen amigo Konrad podría manejar con mucha más facilidad. Estoy construyendo un receptor de radio. Estamos a tanta altitud que deberíamos poder recibir una señal sin estática si usamos el equipo adecuado.

“Nunca sobran las radios”, dijo Orwell. “Es repugnante que la República haya prohibido todos los equipos de radioaficionados desde el levantamiento”.

«Cada día se parecen más a los fascistas», añadió Durruti. «Nuestros queridos camaradas del Partido Comunista quieren el monopolio de todas las transmisiones de radio en la República».

“La anarquía práctica empieza en casa”, murmuró von Braun mientras jugueteaba con un dial.

—Construirás un magnífico receptor de radio de onda corta —dijo Durruti—. Tengo plena confianza en ti.

"Debería poder hacerlo", asintió von Braun. "Aunque no *sea* ciencia espacial".

"¿Quién es?", preguntó Eileen, sosteniendo una foto enmarcada de Hedy Lamarr. "Parece una estrella de cine".

"Sí que lo es", dijo. "Está empezando a triunfar en Hollywood, pero primero trabajó en Europa".

Eileen arqueó las cejas. "Por alguna razón, no te veo como un cinéfilo".

Somos amigos. Ella cree en la causa y se unirá a nosotros.

—¡Vaya, qué sorpresas! —Eileen estaba radiante—. ¿También es alemana?

"Austriaca."

“Hitler también”, afirmó Orwell.

"Me gustaría que se dedicara a la actuación", dijo von Braun.

—¿Alguna vez hace algo más? —preguntó Durruti. Todos rieron.

Von Braun les contó más sobre su receptor improvisado y cómo construyó las antenas de haz de cuatro elementos para captar frecuencias de las transmisiones españolas. Prometió tener su dispositivo terminado en cuarenta y ocho horas.

Incluso empezó a contarles a sus nuevos amigos cómo varias brigadas anarquistas ya se beneficiaban de la adquisición del teletipo alemán, pero Durruti lo ignoró.

Orwell reflexionó que incluso los sindicalistas anárquicos debían guardar algunos secretos burocráticos.

—Wernher, ¿por qué no admites por qué tienes tanta prisa por terminar tu radio? —El tono de Durruti sugería que estaba bromeando con el científico.

Von Braun se encogió de hombros. «Lo confieso», empezó con una sonrisa. «Aquí no tenemos suficientes radios. Diariamente tenemos una pequeña lucha revolucionaria sobre qué emisora sintonizar».

A Durruti le pareció divertida la situación. «Normalmente, Von Braun quiere escuchar EAQ, que emite en diferentes idiomas. Y a veces cambia a Radio Debunk para oír fragmentos de la propaganda nazi más descarada».

"Pero muchos quieren oír lo que sale de la emisora de Burgos", se quejó von Braun. "¡Ahí es donde sintonizamos para oír lo que la república piensa de nosotros!"

“El mejor entretenimiento es el de Sevilla”, añadió Durruti, casi como una ocurrencia de último momento.

“Ya ven cómo es”, dijo von Braun. “Algunos de nuestros camaradas incluso quieren escuchar emisoras católicas poco conocidas que informan sobre las diferentes procesiones en pequeños pueblos en honor a la Virgen María”.

Orwell resopló con compasión. "¡Todo el mundo necesita su propia radio!"

Von Braun se rascó la cabeza. «Podríamos llevar esta idea demasiado lejos, supongo. Pero si algo vital llega por radio, los estudios von Braun sin duda estarán abiertos a esta maravillosa compañía».

—Hablando de compañía, están todos invitados a cenar —dijo Durruti—. Nada de judías aburridas para nosotros esta noche. Les ofrezco un excelente bacalao con arroz.

Mientras lo seguían al banquete, Eileen le recordó que todavía estaba esperando su segunda taza de té.

Aragón, julio de 1937

El enano envenenado

El 4 de julio, el mismo grupo se reunió en la caseta de von Braun para escuchar una transmisión de radio. El receptor llevaba dos semanas funcionando bien, pero aún no se había transmitido nada tan impresionante como las noticias de hoy.

Los nazis habían tomado Madrid en un ataque fulminante que llamaron *blitzkrieg* o «guerra relámpago». El mundo estaba atónito. En cuanto a la reacción de Stalin, la imaginación de todos estaba desbordada.

Durante este ataque a Madrid, los anarquistas asestaron un golpe inesperado a los nazis. Uno de los hombres de Durruti se encontraba en la ciudad con un conjunto de cohetes "Cuernos de Toro". Lo lanzó directamente hacia un bombardero Stuka que descendía en picado. Los resultados fueron muy satisfactorios.

Desde la finalización del programa de onda corta, Orwell pasó muchas tardes con von Braun compartiendo una botella de brandy e intentando averiguar qué tramaba el Dr. Paul Joseph Goebbels. Durante meses, el Ministro de Propaganda del Tercer Reich pareció mostrar un interés desmesurado por España. Orwell pensó que era una mala señal.

Goebbels empleó un truco habitual. Supervisó emisiones desde Salamanca que parecían programación radiofónica española estándar, sin conexión alguna con Alemania. Cada una de estas emisiones, supuestamente "españolas", estaba cuidadosamente diseñada para incluir una única impresión falsa sobre asuntos de importancia para la República. El oyente inocente jamás sabría que en cada emisión, por lo demás veraz, se escondía una mentira propagandística diseñada para socavar la República.

Pero ahora la situación cambió. Con la ocupación de Madrid, los nazis pudieron salir de la nada con su propaganda y abandonar la sutileza. Para recalcar este cambio de táctica, el propio ministro de Propaganda alemán tomó un avión a Aranjuez, donde insistió en hacer una transmisión mundial. Era bien sabido que el "enano envenenado" (como lo llamaban sus enemigos) era considerado, en muchos círculos, el orador más persuasivo de la Alemania nazi. Para Hitler, Goebbels era el orador número dos, lo cual era todo lo que su adulador animador necesitaba para ser considerado en estado de gracia.

Esta noche, Goebbels leería el mismo discurso en castellano y catalán a la población nativa. Luego, haría los honores en inglés, francés y alemán. ¡Qué fanfarrón!

Von Braun se preguntó si el buen doctor realmente hablaba tantos idiomas o si leía textos especialmente preparados, escritos fonéticamente y cuidadosamente ensayados para dar la impresión de dominar todos los idiomas. Orwell dijo que le importaba un bledo, pero que pretendía escuchar el discurso en todos los idiomas que comprendía. Martha y Durruti no dijeron nada.

El discurso era el mismo en todas las versiones. Habría sido igual en esperanto. La voz era sonora y tranquilizadora.

Hombres y mujeres de España, venimos como sus amigos. La liberación de Madrid de las ataduras de la

judeodemocracia es una victoria para la cultura europea. Han estado luchando entre ustedes cuando deberían haberse unido contra el enemigo común de su noble civilización.

Desde el inicio de nuestro movimiento, los nacionalsocialistas alemanes hemos visto la posibilidad de una nueva Europa donde ninguna nación importante quede excluida de su lugar en la mesa. Admiramos la grandeza de España y nos ha conmovido ver el ataque bolchevique a sus tradiciones más sagradas y a la integridad de sus costumbres populares.

Naturalmente, queríamos brindar ayuda al general Franco y a las fuerzas nacionalistas bajo su mando. No tuvimos otra opción cuando su valiente y perseguida nación se enfrentó a un ataque despreciable de la agitación bolchevique desde el este y a una guerra económica contra ustedes librada por instituciones bancarias occidentales. Es una vieja historia. Pero solo ahora el mundo comienza a reconocer la verdad.

El patrón siempre es el mismo. El veneno siempre es el mismo. Su nación ha sido infectada y ofrecemos nuestros servicios como médicos que, generosamente, atienden a domicilio.

Como en el caso de tantos otros, tenéis una nación que solo quiere poner orden. Quieren gobernar España a su manera.

Y nosotros, los del Tercer Reich, no queremos menos para ustedes.

Tenemos los mismos objetivos. Queremos que tengan una nación sana donde sus hijos puedan crecer sanos de mente y fuertes de cuerpo. Estamos aquí para ayudarlos a lograr este noble objetivo. La causa de su calamidad es la misma que todos los problemas de Europa. Son las últimas víctimas de los judíos.

Nuestra ocupación de Madrid es una medida temporal. Fue necesaria debido a la magnitud de la amenaza que enfrentan. El general Franco no puede limpiar la casa él solo. Es un buen hombre que hace lo mejor que puede. Le ayudaremos en la medida de nuestras posibilidades.

Consideren lo que tres grupos de judíos le han hecho a su país. Los judíos marxistas, los judíos capitalistas y los judíos anarquistas no les dan al pueblo español ninguna posibilidad de sobrevivir, salvo como esclavos. El enemigo lucha entre sí solo cuando puede permitírselo. Que una fuerza poderosa e inflexible los desafíe en sus guaridas de vicio e iniquidad, y entonces verán el verdadero rostro del hebreo.

No piensen ni por un instante que un capitalista judío va a dejar que un comunista judío se muera de hambre. Por otro lado, dejen que la supuesta revolución llegue a un centro usurero y codicioso del capital financiero y observen lo que sucede. El capitalista judío no será desposeído ni encarcelado

por el bolchevique judío. ¡Nunca saben cuándo volverán a necesitarse! En cuanto a los anarquistas, son judíos sin tapujos.

España nunca habría estado al borde de la destrucción absoluta sin la participación de la peor conspiración de la historia de la humanidad. Hemos entrado en Madrid porque es una cabeza de puente en la lucha por recuperar España para la Nueva Cultura de un pueblo europeo renacido. Queremos salvaros del dragón de tres cabezas que devora a vuestros hijos. Hace siglos, España buscó soluciones al problema, pero fracasó. Ahora terminaremos la tarea.

Hombres y mujeres de España, únanse a nosotros en esta noble cruzada. Únanse a nosotros en una campaña de higiene racial por la que sus hijos y nietos estarán eternamente agradecidos ante el Todopoderoso.

Usaremos nuestro poder para salvar su gran patrimonio y también los ayudaremos a reconstruirlo. Detendremos la destrucción de las propiedades de la Iglesia. Lo haremos en nombre de la historia y del patrimonio de la civilización occidental. Esto no tiene nada que ver con la religión, sino con lo que brota de su sangre y su tierra.

Consideren un hecho que probablemente nunca hayan escuchado. Los judíos han sido la pesadilla de Occidente mucho antes de la llegada del cristianismo. Las pruebas son contundentes, pero aquí hay solo un ejemplo. En el siglo I

a.C., el estadista romano Cicerón se quejó de las prácticas usurarias de los judíos y los declaró una fuerza oscura en el mundo. Un siglo después, Cristo expulsó a los cambistas del Templo.

Es un gran error considerar nuestro movimiento por la higiene racial en los términos anticuados de un conflicto religioso. Este es un error común en su país, en todas las clases sociales, porque nunca se les ha mostrado la base científica de un antisemitismo vigoroso. No teman. Les proporcionaremos todo lo que hemos descubierto. Tenemos la intención de compartir nuestros conocimientos y métodos progresistas con todos los países de Europa hasta que este gran continente recupere la pureza.

Solo algunos de ustedes escuchan mi voz en este momento, pero eso también cambiará. Tenemos la intención de regalarle a España miles de radios, las radios del pueblo, para que podamos mantenernos en contacto mejor. Los campesinos y los trabajadores necesitan saber qué sucede en su propio país. No pretendemos culpar a los fascistas de España, que han hecho lo mejor que han podido en circunstancias difíciles, pero carecen de nuestras técnicas. Les ayudaremos a comprender la importancia de las comunicaciones modernas.

Ahora me dirijo específicamente a los madrileños. Los toques de queda son temporales hasta que hayamos erradicado al enemigo entre ustedes. La Gestapo está aquí

para ayudar. Si la tarea les resulta imposible, también podemos contar con la ayuda de las SS. Pondremos a su disposición todo lo que esté a nuestro alcance. Por favor, recuerden completar su documentación cuidadosamente y llevar siempre consigo su documento de identidad. El precio de la seguridad es la vigilancia constante.

Para concluir, quisiera hacer algunas observaciones sobre la importancia histórica de esta fecha, el 4 de julio. Es la fecha en que se celebra el Día de la Independencia en los Estados Unidos de América. Consideramos totalmente apropiado que, en este mismo día, establezcamos nuestras políticas para liberar a esta vital e importante ciudad de los parásitos.

Saben, algunos piensan que los nazis no tenemos sentido del humor. Pero hasta ahora me he resistido a afirmar que realizamos esta operación militar para liberar a la minoría alemana en Madrid. ¡Ah, ahora sí que hice una broma! Quizás podamos encontrar algunos alemanes si buscamos con suficiente atención.

Pero, para terminar con algo serio, nos enorgullece establecer un paralelo con el 4 de julio estadounidense. Esto se debe a que hay dos tipos de revoluciones. La revolución rusa fue una victoria de parásitos sobre la sangre de una nación. El enemigo eterno intentó haceros lo mismo aquí en España. En cambio, la revolución estadounidense fue contra parásitos extranjeros que se infiltraron en las comunidades

que explotaban. Estos chupasangres finalmente fueron expulsados.

Esa es exactamente la clase de revolución que nuestro gran líder, Adolf Hitler, ha traído a Alemania. Nos está librando de nuestros parásitos. Está dispuesto a hacer lo mismo por ti si tan solo aceptas la mano que te ofrece en señal de amistad.

Después de escucharlo varias veces, von Braun apagó el aparato. Permanecieron en silencio un buen rato.

Hay muchos tipos de silencio en España.

“¿Fue real?” preguntó Martha.

«Lo tomo como un recordatorio personal», dijo von Braun. «Debo terminar mi mayor proyecto cuanto antes».

"Retiro mi sugerencia de que todos necesitan una radio personal", dijo Orwell. "¡No si la consiguen del doctorcito!"

“¿Cómo reaccionarán nuestros amigos americanos a las comparaciones con su 4 de julio?”, preguntó Durruti.

“Con horror”, dijo Orwell.

“Este discurso solo lo interpreto en un sentido”, dijo el hombre que, en efecto, era el comandante general de todas las brigadas anarquistas. “Los peores fascistas del mundo se

han apoderado de Madrid. Ahora tomaremos nuestra propia ciudad. Los planes están en marcha".

"¿Podemos conocerlos?", preguntó Orwell, cogido de la mano de su esposa. No era un hombre que mostrara afecto en público.

—Lo aprobarás, amigo mío. Es la única opción lógica. Vamos a tomar Barcelona.

Principios del verano de 1937

Franco y von Ribbentrop

El general Francisco Franco no podía creer el atrevimiento de aquel hombre. Pensó que los judíos tenían una palabra para ello. Lo llamaban *descaro.*

Por supuesto, era demasiado esperar que el ministro de Asuntos Exteriores de Hitler se viera a sí mismo como lo veía cualquier persona sensata. A ninguno de los nazis parecía importarle ni tener ni idea. A Joachim von Ribbentrop solo le importaba haber sacado tiempo de su apretada agenda para reunirse personalmente con el líder español. Un encuentro así debía considerarse un gran honor. Además,

considerando que von Ribbentrop se dignaba a *desayunar* con Franco, bueno, eso elevaba la visita a un nivel olímpico.

Eso fue lo más cerca que Franco pudo llegar a ver el mundo a través de los ojos del oficial nazi. No quería acercarse más. Pero tenía que terminar esta conversación, por dolorosa que fuera la experiencia. Así que tomó un sorbo de café y observó al lobo alemán devorar sus huevos.

Von Ribbentrop tenía la frente alta. Probablemente se creía un genio. Franco deseaba que el Tercer Reich no tuviera tantos genios con sonrisas burlonas.

“No me informaron”, se quejó el general.

“Ya lo dijiste.”

“¿Cómo pudo Alemania tomar una acción tan precipitada como ocupar Madrid sin consultarme primero?”

Ya te lo expliqué. No había tiempo. Además, te estamos haciendo un favor.

“¿Cómo llegas a esa conclusión?”, preguntó Franco, temiendo ya la respuesta.

Su fascismo está anticuado, general. Tiene buenas intenciones y siempre puede contar con nuestra ayuda, pero no ve el panorama general.

—No entiendo —dijo Franco frunciendo el ceño. Pero, claro, lo entendía. Demasiado bien.

Mira, no tienes apoyo popular, la verdad. Te apoyan los ricos y algunos románticos que añoran los viejos tiempos. También tienes a los clérigos. ¡Estarías mejor sin ellos!

—Pero así son las cosas —dijo Franco—. ¿Cuándo he pretendido intentar algo que no sea restaurar el *orden natural* en España?

Von Ribbentrop levantó la mano, indicándole a Franco que esperara mientras terminaba de tragar un bocado de tostada. Parecía que el hombre era *Sieg Heiling* Franco. ¿Esta terrible comida nunca terminaría?

—Así es, general. Unos pocos grandes terratenientes feudales no son la base de un régimen duradero. Hay que inspirar a las masas. ¡Hasta los malditos rojos lo saben! Vamos a ayudarle a integrarse en el panorama europeo más amplio. Y, antes de terminar, reharemos el mundo.

El general negó con la cabeza. «Pero es precisamente porque no *quiero* rehacer el mundo que lideré la rebelión contra los radicales de la República».

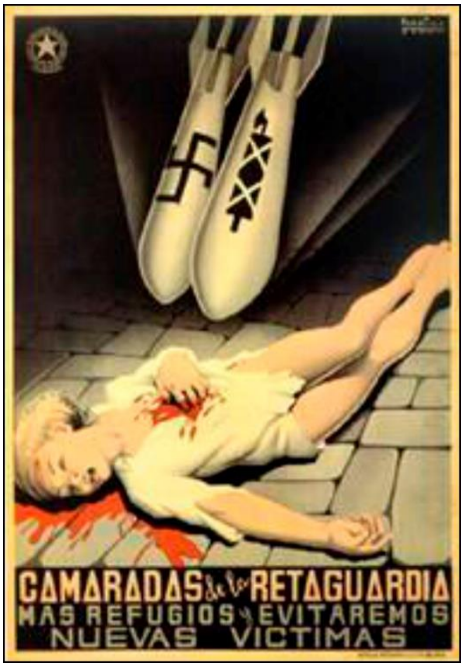
Von Ribbentrop se zampó una salchicha. "¡Ja! Se creen radicales. Esperen a ver lo que nos depara el futuro. Estamos desafiando las falsas tradiciones culturales de miles de años".

—No quiero oponerme a algo así —dijo el general con un suspiro. Se quedó mirando su plato de comida intacta. Dudaba que alguna vez recuperara el apetito.

—No te preocupes —dijo von Ribbentrop—. ¿Sabías —añadió— que mucha gente dice que eres más brutal que Mussolini? ¿Lo sabías?

El general asintió. De repente le costó hablar.

"Bueno, sigue siendo brutal y déjanos la conducción a nosotros", dijo von Ribbentrop.



Capítulo XI

ARAGÓN, VERANO DE 1937

Orwell conoce al capitalista

George Orwell ansiaba conocer a Chuck Hammill. Esperaba que el hombre estuviera a la altura del apoyo de Durruti. Hammill era uno de los pocos estadounidenses con los que el líder anarcosindicalista hacía negocios. Aunque Hammill era un capitalista famoso, el máximo exponente del comunismo anarquista en España lo consideraba "la

bomba", por emplear una expresión estadounidense que se había popularizado recientemente entre la brigada.

Líderes de otras brigadas anarquistas también acudían a la aparición de Hammill. Los agoristas estadounidenses estarían allí y los distributistas británicos. Con respecto a estos últimos, Orwell se enteró de que no todos los partidarios de Durruti se consideraban anarquistas. Pero, evidentemente, los que no lo eran se conformaban con ser considerados compañeros de ruta. Al parecer, Hammill tampoco era anarquista, sino que se consideraba libertariano[12]. Orwell nunca había conocido tantas variantes de libertarios en su vida. Estaba fascinado.

Desde su primer encuentro con Durruti, Orwell y Eileen habían tenido el honor de asistir a reuniones selectas de la Columna de Hierro, el círculo íntimo del anarquista. Hoy era una novedad. La Columna de Hierro patrocinaba una presentación de Hammill, abierta incluso a representantes selectos de la prensa radical. Era el tipo de maniobra que

12 El anarquismo, una forma de pensamiento, específicamente socialista, no considera que el "libertarianismo", o "anarcocapitalismo", forme parte del movimiento anarquista, ya que es una doctrina autoritaria y no ética ("que les den a los pobres y que trabajen para mí". Conocida en su versión más habitual como "minarquismo", busca la eliminación del Estado [sobre todo en su versión de Estado-providencia o del bienestar, para adueñarse de los recursos comunitarios que este controla, en beneficio de los poderosos], o su reducción a una expresión mínima, ya que considera, que el Estado, "limita su libertad de explotar a los demás". Es una doctrina que pretende mantener las clases sociales y por tanto la desigualdad humana, y pretende eliminar los servicios públicos que favorecen a los más pobres.

solo los anarquistas se atreverían a realizar. También demostraba la confianza de esta nueva fuerza que crecía en España.

Hasta ese momento, Hammill había llevado sus negocios con discreción. Al parecer, era una especie de banquero neoyorquino. Orwell se preguntaba cómo alguien en su posición podía hacer negocios con ciertas Brigadas Internacionales. La respuesta salió disparada de la boca de Durruti: "¡Armas!".

El banquero neoyorquino resultó ser el traficante de armas más exitoso del mundo. Pero Hammill insistió en seleccionar cuidadosamente a sus clientes. Afirmaba nunca haber hecho tratos directos con comunistas ni fascistas. Bromeaba diciendo que tantos millonarios hacían negocios con los dictadores que solo le quedaba un nicho de mercado para los luchadores por la libertad.

La relación comercial del anarquista con el traficante de armas precedió a la adquisición del oro. Ahora que los anarquistas eran unos de los hombres más ricos del mundo, los tratos se volverían aún más importantes y atractivos.

Orwell y su esposa fueron presentados al distinguido visitante antes de su aparición en la presentación de la Columna de Hierro. «Tengo entendido que conoce a Emma Goldman», dijo Orwell al estrecharle la mano a Hammill.

“Sí, la conocí cuando la administración Wilson logró que la deportaran”, respondió. “Henry Mencken y yo intentamos detener ese error judicial, pero, lamento decirlo, fracasamos”.

“Bueno”, se ofreció Eileen, “si Estados Unidos no la hubiera exiliado a Rusia, nunca habríamos recibido sus críticas a Lenin en *Mi desilusión con Rusia*”.

“Desde entonces, Stalin ha trabajado arduamente para desilusionar a todos los demás”, añadió Orwell.

Hammill estaba vestido para la montaña con una chaqueta impermeable, botas gruesas y un viejo sombrero Fedora arrugado. La única fotografía que Orwell había visto del hombre fue tomada en un elegante club privado de Nueva York especializado en chicas guapas y magia escénica. Sin embargo, un objeto de la foto permaneció en la memoria del inglés, y vio que Hammill aún lo llevaba: un bastón espada con empuñadura de plata. El rasgo más notable era la empuñadura de plata, moldeada en forma de sirena, con la mitad superior encantadoramente desnuda y en una pose tal que cualquier mano que sujetara la empuñadura debía estar en pleno contacto con su torso. Realmente, era una obra de arte.

Debía tener cuidado con Hammill. El hombre era encantador, pero Orwell llevaba demasiado tiempo criticando el capitalismo como para que unas pocas palabras

amables lo convencieran. La tragedia de su vida fue reconocer honestamente que todo intento de alcanzar el socialismo que había examinado resultó ser un desastre. Por eso siguió siendo un hombre independiente de izquierda, buscando un camino equitativo hacia una sociedad más igualitaria.

Ahora conocía a un libertariano estadounidense. Hammill conversó amablemente sobre algunas de sus influencias: Lysander Spooner, Benjamin Tucker, HL Mencken, Albert Jay Nock; y había una nueva figura en la escena que le parecía prometedora: una mujer llamada Ayn Rand. Al parecer, estaba desarrollando una teoría del libertarianismo que era exactamente lo opuesto al espíritu igualitario de Orwell.

Orwell se llevó una sorpresa aún mayor cuando Hammill dijo: «Vi un adelanto de una película que escribió contra los comunistas. Es fantástica. Hay una nueva actriz espléndida llamada Hedy Lamarr».

Eileen tiró de la manga de Orwell y lo miró con una expresión de asombro. Von Braun había salido la noche anterior para organizar los detalles de la inminente llegada de Hedy a España. Llevar a la prominente actriz sana y salva a Aragón no era tarea fácil.

Compartieron la noticia con Hammill y su reacción los encantó. "Siempre confío en mi instinto. ¡Con razón soy su mayor fan! ¡Así que se unirá a tu grupo de héroes! Lamento

tener que irme mañana y no estar aquí cuando llegue. ¿Alguien me puede conseguir un autógrafo?"

Durruti se ofreció como voluntario para la bienvenida. Orwell masticó la punta de un puro bastante malo y se maravilló de lo extraño que se había vuelto todo desde que quienes creían en la vida en comunidad eran de repente tan ricos como el rey Midas. ¿Harían una película mientras ella estuviera allí, protagonizada por Hedy, para mantener la moral de todos? ¿Entretendría a las tropas? Al parecer, todo era posible en este nuevo y valiente mundo.

Se habían instalado mesas al aire libre y los invitados disfrutaron de una exquisita comida. Durante este picnic, Orwell conoció al misterioso Ortiz, el español partidario del agorismo estadounidense. Según pudo entender Orwell, la teoría consistía en que todos los buenos debían utilizar el mercado negro para subvertir el capitalismo. Esto causaría graves problemas a los malos. Fin de la historia.

El líder distribucionista, un compatriota inglés llamado Rod Bennett, cuestionó la teoría agorista de la propiedad mutualista de usufructo de la tierra. Orwell empezó a sentirse cómodo y estaba a punto de comentar cuando Hammill se le adelantó.

—Los terratenientes en un mercado libre son lo opuesto a quienes ejercen la fuerza bruta mediante el monopolio del Estado y la Iglesia. Su hermoso país apenas está emergiendo

de una era de feudalismo. El camino hacia la libertad requiere respeto por los derechos individuales y la propiedad privada. Los terratenientes prestan un servicio útil en una sociedad verdaderamente libre.

Orwell no pudo evitar intervenir en este punto: "¿Qué ocurre, entonces, cuando la propiedad privada interfiere con los derechos individuales?"

Hammill espantó una mosca que se había posado en sus patillas. Luego se secó la boca con una servilleta tras beber un sorbo del mejor vino que Durruti tenía para ofrecer. «Mi querido Orwell», dijo, «los derechos de propiedad privada son derechos individuales en una sociedad libre. Cuando reyes, sacerdotes y dictadores reparten la propiedad, entonces te metes en problemas».

Orwell probó el vino, aunque preferiría beber una cerveza. «Creo que los fascistas están haciendo un trabajo para los capitalistas», dijo simplemente. «Si logramos una sociedad libre en España, me temo que la Armada Británica podría enviar una Armada Imperial aquí y arreglar las cosas».

Hammill asintió. «Aprecio tu sarcasmo y estoy de acuerdo. Pero el problema con el Imperio Británico es que es el Imperio Británico. Los tiempos están cambiando. El progreso, ¿sabes? ¡Quizás tu país debería probar el capitalismo solo por probarlo!»

Durruti se rió primero. «Es un personaje, ¿verdad? El único hombre que he conocido aún más raro es Konrad Zuse, amigo de Von Braun. Siempre está hablando de cerebros mecánicos. ¡Dios mío! Antes me consideraba raro».

"Cuéntale sobre tu tiempo en prisión", instó Eileen a su anfitrión.

¿En cuál? He estado en muchísimas. Quizás el señor Eric Blair, allá, escriba un ensayo sobre el periodo en que estuve encerrado en Cataluña.

"Podría rendirle homenaje", asintió Orwell. Mientras tanto, sintió que la tensión se escapaba como el aire de un globo. No era ajeno al faccionalismo ni a las diversas teorías entre los radicales. Pero la maldición del estalinismo fue que, en última instancia, sofocó el debate al adoptar simultáneamente una teoría ridícula de crítica interna. Aquí, con *esta* gente, George Orwell experimentaba los vientos vigorizantes de la libertad sin un Gran Hermano que los vigilara y les dijera que no se desviaran de la postura ortodoxa.

Gracias a Dios.

Además, hacía poco que había visto la otra cara del faccionalismo en las calles de Barcelona. Los desacuerdos terminaban en asesinatos y arrestos. Era como una sopa de letras demencial con la clase obrera, vagamente

representada por la CNT, la FAI y el POUM, en oposición al PSUC. Era mucho mejor aquí y ahora, en el picnic de Durruti con el capitalista.

Cuando todos estaban bien alimentados y un poco borrachos, Chuck Hammill dio una conferencia y una demostración. Orwell tomó notas.

Presentación de Hammill

"Hablemos de los viejos tiempos", comenzó Hammill. "La guerra psicológica siempre ha estado presente. Érase una vez, durante el asedio de una ciudad amurallada en Europa, a los defensores de la ciudad se les ocurrió una idea brillante. Los atacantes asumieron que los defensores estaban casi sin provisiones y, por lo tanto, debían estar a punto de rendirse. ¿Adivinen qué? Era cierto, pero los defensores de la ciudad no querían que se supiera. Así que tomaron su último cerdo y su último puñado de grano, subieron a la torre más alta, donde el enemigo podía verlos claramente. ¡Alimentaron al cerdo con el grano y luego lo lanzaron por encima de la muralla!"

"¿Qué pasó?" preguntó un joven distributista ansioso.

“El enemigo se rindió y se fue a casa”, dijo Hammill. “Renunciaron al asedio porque asumieron que la ciudad debía tener comida de sobra para resistir el ataque”.

Hubo una aplauso atronador. Orwell pensó que quizá estaba de vuelta en Londres, asistiendo a un espectáculo de music hall. El entretenimiento no había terminado.

“Ahora analicemos la *Ley de Consecuencias No Deseadas*”, dijo Hammill, “con un ejemplo de mi propio país. Si no hubiera sido por la locura de la Ley Volstead, ahora afortunadamente derogada, nuestros gánsteres nunca habrían convertido las calles de nuestras grandes ciudades en una zona de guerra comparable a la que ustedes experimentaron en su Guerra Civil. Les sugiero que piensen en estos gánsteres como fascistas incipientes en lugar de heroicos luchadores por la libertad”.

“¿Por qué no los llamamos simplemente capitalistas?”, preguntó Orwell con una sonrisa.

Hammill se aclaró la garganta y continuó: «La cuestión es que, al intentar prohibir un producto tan común y fácil de producir como el alcohol, el Estado solo logró militarizar a la clase criminal. Las ametralladoras fueron tan legales como cualquier otra arma de fuego durante años, sin problemas particulares de uso indebido por parte de la delincuencia, por la sencilla razón de que no eran rentables para la mayoría de los delitos. Representando la vanguardia del arte

armero, eran increíblemente caras en comparación con las armas más convencionales. Se podía equipar a toda una banda criminal con rifles, pistolas y escopetas por menos del costo de una sola ametralladora».

“¿Nos vais a vender ametralladoras?”, preguntó uno de los compadres más antiguos de Durruti.

Hammill sonrió. "Mejor aún", prometió. "También les enseñaré a *fabricarlas* ustedes mismos. Con ejes de coches de desecho cuando el acero de aleación escasea, y en tornos accionados por bestias de carga donde no hay electricidad. Dado que el derecho a poseer armas es el derecho a la libertad, quiero ver que la tecnología de fabricación de armas se distribuya lo más ampliamente posible".

Pero permítanme terminar mi argumento: en general, los mercados triunfan sobre los gobiernos. Arrestar y fusilar a los vendedores de alcohol, una droga popular, no la sacó del mercado, sino que solo elevó su precio lo suficiente como para cubrir el riesgo de ser arrestado o fusilado. De repente, diez dólares en azúcar y levadura podían convertirse fácilmente en mil dólares en producto, pero un producto que la policía y el sistema legal no pueden proteger de las bandas rivales. Lo más perverso es que la policía (bien armada) es ahora la amenaza más seria de todas. De la noche a la mañana, la Prohibición creó una nueva clase criminal con la necesidad de armamento pesado y la financiación para adquirirlo.

Y, por último, no piensen que solo los intoxicantes pecaminosas provocan el descontento con el Estado. Los estadounidenses que desobedecieron la reciente orden de Franco Roosevelt —perdón, la de *Franklin* Roosevelt— de cambiar todo su oro por billetes verdes se encuentran en la misma situación que el contrabandista. Si no entregan sus monedas de oro al Estado, y delincuentes comunes amenazan con robarles su oro, el poderío armado del Estado no los protegerá. Sus propios delincuentes extraordinarios no solo robarán, es decir, confiscarán el oro ellos mismos, sino que además encarcelarán a su dueño durante diez años.

—¡Tengo una idea! —gritó una joven cuyo padre no pudo contenerla—. Si colectivizamos nuestra propiedad, la protegeremos con armas de fuego, igual que cualquier burgués protege su casa.

—Bien —dijo Hammill—. Depende de usted decidir cuántas personas componen su familia, asociación comercial u organización de defensa. Mientras sea voluntario, nada impide la cooperación entre individualistas y sindicalistas. ¿Acaso no podemos llevarnos bien todos?

Esto provocó más aplausos, seguidos de un vigoroso intercambio de preguntas y respuestas.

Finalmente, la orgía de orden espontáneo fue demasiado para Durruti y recuperó el control de la cena como si blandiera un pesado garrote.

“¿No tienes una sorpresa para nosotros esta noche?”, le recordó el líder anarquista al orador.

—Ah, sí —dijo Hammill—. Los revolucionarios no viven solo de las armas. Permítanme demostrarlo.

Saludó a dos hombres que estaban al fondo y trajeron una caja. Tras retirar varios platos y tazas, pusieron el contenido sobre la mesa. Hammill extendió las manos sobre los objetos metálicos como si fueran reliquias sagradas. Luego empezó a hacer gestos dignos de un mago.

“Esta es la primera entrega”, dijo. “¡Habrá más! Aquí ven un torno y un cabezal de fresado de 3 ejes. Está en buen estado y es muy barato. En manos de un maquinista experto, de los cuales tienen varios, este equipo es suficiente para fabricar prácticamente cualquier objeto metálico delimitado por líneas rectas y arcos circulares”.

Orwell quedó realmente impresionado. Mientras Hammill hacía una pausa en su discurso, no se oía ningún sonido, salvo el canto de los grillos y, a lo lejos, el aullido de un perro, o quizás de un lobo.

“Para empezar”, dijo Hammill con una sonrisa tan grande como la del gato de Cheshire, “para empezar, ¡puedes usar esto para hacer *otro* torno y un cabezal de fresado!”

—“¿Y armas?” Ortiz preguntó lo obvio, sabiendo ya la respuesta.

—Puedes *fabricar* todas las armas que necesites. Dado que las máquinas herramienta se utilizan en todos los talleres que construyen o reparan automóviles, trenes, barcos, motores, equipos agrícolas y un sinfín de cosas más, es imposible que un gobierno, en ningún lugar del mundo, pueda prohibirlas, ni siquiera regularlas significativamente, sin incurrir en costos exorbitantes que los llevarían a la quiebra. Dondequiera que haya gente en las ciudades, o donde haya un suministro de electricidad decente, este fenómeno crecerá exponencialmente.

Orwell miró la cara sonriente de Durruti. Pronto tendrían su propia ciudad.

Hammill no había terminado. "El principio del torno se utilizaba cuando la única fuente de energía en la Tierra era el viento, el agua y las bestias de carga. ¡Esa es una fuente de energía que nadie os puede arrebatar en España! Simplemente aprovecha la rueda hidráulica del pueblo, o el molino de grano, y tendrás suficiente energía para girar el eje de transmisión.

La gran ventaja es que, al no intentar convertirse en un taller de máquinaria de uso general, no se requiere el equipo especializado de un torno de taller. Se puede arreglárselas con un equipo básico dedicado a las necesidades específicas de fabricación de armas.

Pero aquí está el problema. La única pieza armamentística que no se puede fabricar sin equipo exótico y especializado son los cañones estriados. ¡Os proporcionaré esos artículos en mi próximo viaje! Y no importa lo que pague nuestro buen amigo Durruti. Pero mientras tanto, no tenéis esa desventaja tan grave. He traído varias cajas de cañones en lugar de armas completas. Podéis fabricar el resto de las piezas vosotros mismo y no volver a preocuparos por armas defectuosas que os exploten en la cara.

Orwell aplaudió. Por un momento estuvo solo, pero luego todos los demás se le unieron.

Hammill asintió y continuó: «Si llega el momento, puedes construir un arma completa con chatarra. Incluso podrías usar un eje de coche viejo para la recámara, el cañón y el cerrojo. Las demás piezas no son tan cruciales».

—Y esto es solo temporal —intervino Durruti—. Mejoraremos nuestras adquisiciones durante la campaña de invierno. Además, estamos fabricando otras cosas además de armas.

Hammill hizo un saludo simulado. "¡Quizás quiera encargar unos Cuernos de Toro yo mismo!"

“Puedes vencerlo todo menos a los piojos”, dijo Orwell pensando en voz alta.

—¡Eso también! —presumió Hammill—. Mi socio, Rick Blaine, muy pronto proporcionará lavadoras portátiles de gasolina. ¡Vaya *artículo* que nadie tiene que contrabandear! Otras cosas que no deberían tener que contrabandear incluyen una sierra para metales, una lima y un soplete. Te sorprendería saber qué armas se podrían fabricar con eso.

—Está en la lata —soltó Eileen—. ¡No nos estás ocultando nada!

Hammill se rió. "¿De dónde aprendió una chica inglesa tan simpática como tú la jerga de nuestra gran ciudad?", dijo. "No eres de Nueva York".

—¡Pues claro! —respondió ella con una sonrisa—. Leí *Máscara Negra.*

Hammill se encogió de hombros. «Nuestras revistas pulp estadounidenses son la verdadera revolución».

Se retiró poco después. Al parecer, el hombre no había dormido en tres días. Pero antes de partir a su merecido descanso, el estadounidense se sintió melancólico pensando en la siguiente etapa de su viaje. Tenía contactos cruciales que hacer en Ámsterdam, que además era su ciudad favorita.

Le dejó a Orwell un panfleto, un ensayo clásico de Lysander Spooner, que establecía la distinción entre crímenes y vicios. Al parecer, Ámsterdam cumplía con este alto estándar,

según el estadounidense, quien recomendó mirar escaparates en el *Oudezijds Voorburgwal.*[13]

Orwell decidió quedarse despierto el resto de la noche. Eileen finalmente se durmió. Ni siquiera lo intentó. Estaba demasiado emocionado; y no era por pensar en las hermosas prendas femeninas expuestas en esa célebre calle de Ámsterdam.

Tampoco experimentaba el éxtasis intelectual de un colegial. Hacía tiempo que el debate político había perdido el poder de encender su alma. La perspectiva de volver a la acción era algo completamente distinto. Sabía perfectamente a qué se refería Durruti al mencionar la campaña de invierno. La presentación de Hammill era una razón más para creer que la verdadera guerra apenas había comenzado.

Orwell había venido a luchar contra los fascistas. Ahora también tendría la oportunidad de luchar contra los estalinistas.

---

13 El Oudezijds Voorburgwal, a menudo abreviado como OZ Voorburgwal era originalmente un arroyo que posteriormente se convirtió en un canal alrededor de la parte oriental de la ciudad, el casco antiguo. Antes de 1385, el Amstel dividía la ciudad de Ámsterdam en dos partes casi iguales: el casco antiguo, con la Iglesia Vieja, y el casco nuevo, con la Iglesia Nueva.

Querido John #2

Carta de Howard Davidson

Querido John,

No te culparía por estar enfadado conmigo. Después de prometerte que te escribiría con regularidad, solo has recibido unas cuantas postales. Es increíble que hayas conseguido enviarme una carta. Fue el último correo que recibí en el Hotel Florida antes de aceptar una invitación de nada menos que Ernest Hemingway para asistir a una corrida de toros.

Te aseguro que no fue una corrida de toros cualquiera. Recuérdame que te cuente toda la historia, pero primero tendrás que emborracharme. Y hablando de eso, aguanto el alcohol mejor que antes. Puedes agradecérselo a Hemingway. Presumiré la próxima vez que vayamos al Pulpmeister's Club.

No estoy seguro de que recibas esta carta antes de volver a verme. Al menos tuve la sensatez de llevarme tu carta y el anexo cuando fui a Murcia. Mi bola de cristal se rompió y no me di cuenta de que los nazis me impedirían regresar a Madrid.

Incluso si declararan una ciudad abierta, no entraría en territorio ocupado por los nazis por razones obvias. Hemingway se habría atrevido por su cuenta, aunque sin duda tienen un expediente sobre él. Pero la Comintern no ayudaría a uno de sus defensores a poner su cuello en la horca. Ese cuello es demasiado valioso donde está.

Además, Hemingway estaba con amigos y se preocupaba por ellos. Esa es una de sus mejores cualidades. Pasar tiempo con él me ha hecho cambiar de opinión en varios aspectos, pero muchos de los detalles tendrán que esperar hasta que nos veamos en persona. Por ahora, déjame decir que es un buen hombre, pero también un gran tonto. Quizás esa sea la combinación ideal para cualquier artista.

Pero no diría que mi otro "descubrimiento" de celebridades carece de sabiduría. ¡La última postal que recibiste fue donde te conté que conocí a Chesterton! Escribes que ese encuentro te parece más asombroso que charlar con Hemingway. Estoy totalmente de acuerdo en que la gran suerte me puso en el lugar y el momento adecuados para ese encuentro.

Había olvidado por completo que uno de tus cuentos favoritos es "La calle enojada" de Chesterton. Tenía un montón de cosas en la cabeza. (A propósito: me enteré de que el escritor favorito de Lenin era uno de los nuestros, Jack London. Resulta que la estrella de cine favorita de Stalin también es uno de los nuestros, Charlie Chaplin. Y, por

cierto: ¡al parecer a Hitler le encantan los dibujos animados de Mickey Mouse y los musicales de Busby Berkeley!)

¿Dónde estaba? Ah, sí, haciendo mi habitual mención de nombres. La verdad es que conocer y hablar con estos dos escritores hizo que todo el viaje valiera la pena. Y también conocí a Dos Passos, aunque nunca tuve una conversación formal con él.

Sí, me arrepiento. No es que me haya unido a la lucha. Aún podría hacerlo, pero vuelvo a casa. Lo único que hice fue huir de un toro en Murcia. Sí, es la cruda realidad; todo forma parte de esa historia que te contaré cuando esté borracho como una cuba.

Para responderte a otra pregunta, nunca encontré a un solo anarquista stirneriano. No te rías. Hay tanta variedad de anarquistas por toda España a estas alturas, que uno pensaría que podría haber encontrado a alguno.

Curiosamente, encontré una caja entera de sus revistas en el Hotel Florida. Iba a traerme esa colección de *Iniciales* (una revista mensual para verdaderos individualistas, nudistas y vegetarianos) como trofeo. Pero la caja está en mi habitación de hotel en Madrid, lo que significa que los nazis ya la tienen. Quizás se la enviaron a Hitler, ya que es vegetariano y dice que le gustaría ver a Wagner al desnudo. ¡No estaría mal que un estudio de cine hiciera el casting y doblara las voces después!

A Hem no le interesa ningún anarquista. (Creo que me he ganado el derecho de llamar al grande Hem. Dice que debería mantenerme en contacto). Su actitud podría haber tenido sentido al principio, pero ya no. Me parece que las únicas fuerzas capaces de resistir a los fascistas y nazis serán estas brigadas anarquistas. El POUM marxista independiente está acabado. La República se está desmoronando.

Stalin parece estar perdiendo el control. Seguro que oíste del fiasco del cuerpo de tanques que envió. La excusa militar fue que estaban considerablemente escasos de efectivos porque Stalin no quería pagar más de lo que tenían, ¡que no era ni de lejos suficiente!

Luego está el tema del increíble matón menguante, ¡el mismísimo Franco! Ahora que se está convirtiendo en el perro faldero de Hitler, casi olvidamos que fue él quien inició la guerra al no aceptar los resultados de las elecciones populares. ¡Qué idiota! Lo está perdiendo todo. Pero a medida que el mal menor se reduce, lo reemplaza un mal mucho mayor.

Si tuviera agallas, me quedaría a luchar. Pero ya lo he dicho. Vine a España solo para descubrir que soy un cobarde. Me dijiste que me mantuviera al margen. Bueno, si las cosas siguen así, todos acabaremos reclutados para luchar contra los nazis. Entonces, la cobardía personal no importará, ¿verdad?

La última vez que vi a Hemingway, discutimos por casi todo. No deja de hablar de los alemanes como si nos preparáramos para una repetición de la Gran Guerra. No parece reconocer las cualidades especiales de Adolf. A veces, el propio Hemingway suena como un nazi cuando dice que si los alemanes provocan otra guerra mundial, ¡deberíamos esterilizarlos!

Pero con Hem, es solo el alcohol el que habla. Pero los nazis hablan en serio cuando predican la eugenesia. Recuerdo las advertencias de Chesterton sobre ese tipo de cosas ya en la década de 1920. Puede que sea un papista gordo y algo antisemita, pero también ve el mismo peligro que yo reconozco en Adolf Hitler.

John, cuando te pasas la vida inventando supervillanos ficticios a un ritmo sensacionalista, a veces pierdes la capacidad de reconocer la realidad. Pero confío en que escritores como tú y yo veamos al verdadero monstruo antes de que nuestros colegas de la literatura slick[14] noten cualquier cambio en la sociedad en general.

El bombardeo nazi de Guernica fue una predicción de la ciencia ficción.

Los cohetes que utilizan los anarquistas fueron una predicción de la ciencia ficción.

---

14 Otra referencia a la literatura pulp.

En cuanto al Canciller del Tercer Reich, es el tipo de megalómano al que Holmes se resiste cuando lucha contra Moriarity o contra Nayland Smith cuando se enfrenta a Fu Manchú. Naturalmente, Hem no piensa así. Me mantuvo cerca para darle un toque cómico.

Pero Hem se equivoca con los nazis. Son mucho más que una reencarnación de la Alemania del Káiser y mucho más peligrosos que otros fascistas. En cuanto a Hitler, mucha gente se burla de él y cree que no llegará a gran cosa. Me da un miedo terrible.

Hem también se equivoca con los anarquistas. La última vez que lo vi, se quejó de que los anarquistas son borrachos perezosos, llenos de críticas a la República, pero incapaces de hacer más que eructar y revolcarse en sus catres. La triste verdad es que Hemingway se estaba describiendo a sí mismo al pronunciar su diatriba. Estaba demasiado borracho para levantarse de la cama y despedirse de mí. Sin embargo, me dijo que mantuviera el contacto, y se lo agradezco.

Antes de despedirme, te contaré el contenido de la carta que adjunto. Francamente, me sorprende que haya pasado la censura. Pero el matasellos era de un pueblito de España y estaba dirigida a mi editor en Nueva York. Realmente se arriesgó al devolvérmela. Fue entonces cuando pensé que los censores le habrían echado un vistazo. Por otro lado, puede que compartan mi opinión de que es una broma estúpida y que no vale la pena molestarse.

Supuestamente la carta es de un sacerdote español. Es la carta de un admirador más extraña que he recibido. ¡Este sacerdote afirma haber abandonado la Iglesia por leer mis historias del *Inquisidor!* Así que supongo que debería referirme a él como un exsacerdote.

Esto debe ser una broma pesada. ¡El padre quiere hacernos creer que el propio Vaticano le encomendó la tarea de supervisar mis humildes esfuerzos literarios! ¿Qué se supone que soy aquí, Martín Lutero?

¡Ahora se supone que debo creerme la idea de que mi arte lo "abrumó" tanto que se quitó el alzacuellos y se unió a una unidad anarquista! Ahora usaría un nombre falso, así que sería imposible rastrearlo.

Alguien del Club Pulpmeisters debe estar detrás de esto. Hazte el detective, ¿quieres? Todas tus historias en *Máscara Negra* seguro que te han enseñado algo, viejo amigo.

Hasta pronto, espero. O como suelen decir la Tortuga y la Paloma.

Ni la negrura del espacio interestelar ni el vacío gris de los pasillos del tiempo. ¡Detendrá nuestras manos para que no se haga justicia!

Su obt. svt. [Tu obediente siervo],

HD

PD: Una última reflexión. Tras irme de Guernica, los nazis atacaron la ciudad. Luego me marché de Madrid, y los nazis se apoderaron de la ciudad por completo. Ahora estoy en Barcelona, a punto de hacer otra salida dramática. ¿Qué crees que le pasará a este pobre pueblo?

Me alegro de irme. He renunciado a la idea de ser corresponsal de guerra. Es demasiado peligroso.

En algún lugar del campo español

Hedy y Wernher se reencuentran

No dijeron ni una sola palabra, pero dejaron que sus cuerpos se comunicaran. Ya habría tiempo de sobra para las palabras después.

Hedy Lamarr ni siquiera sabía el nombre del pueblo donde se encontraban. La sucia y pequeña habitación de hotel parecía una suite en ese glorioso momento. Después de hacer el amor, acompañaría a von Braun a las montañas. Pasaría el invierno, probablemente en una tienda de campaña o en una choza. Entonces podría recordar ese día caluroso y polvoriento en la pequeña habitación cerrada

donde les costaba respirar y el sudor les corría por el cuerpo. Recordaría ese momento y lo atesoraría como puro éxtasis.

El largo tiempo que habían estado separados había creado una tensión creciente; se rompió como una presa, liberando todas las furias contenidas de su lucha con el mundo. Por suerte, la vieja cama no se rompió, pero los resortes chirriaron con el peso combinado de sus cuerpos agitados.

Su lengua era como una llama roja, quemándole el cuerpo dondequiera que la tocaba. Sus manos eran igual de imparables, deseando abrazarlo antes del dichoso momento en que tuviera que soltarlo.

Mientras hacían el amor, él le daba besos más suaves, con los labios apretados. Ella quería más de él dentro de sí y abrió la boca para recibir su lengua en su boca hambrienta. Permanecieron así hasta la explosión húmeda que dejaría en ridículo la explosión de cualquier cohete.

Él rompió el hechizo primero. «Gracias por venir». Se rieron discretamente y se durmieron, abrazados en su renovada intimidad.



Capítulo XII

BARCELONA, OTOÑO DE 1937

Ataques de Durruti

¡Un millón de personas en Barcelona!

Orwell no podía dejar de pensar en esa cifra. Un cierto porcentaje quería ser liberado por la maquinaria que Durruti puso en marcha contra la ciudad. Un cierto porcentaje permaneció leal a los órganos de gobierno que Orwell

despreciaba. Pero la mayoría de los habitantes de la ciudad, la mayoría trabajadora y sufriente, solo deseaba la paz.

Cuando los anarquistas se involucraron, aunque fuera marginalmente, con el gobierno, solo lograron envenenar el pozo. Su retórica seguía prometiendo agua fresca y limpia, pero la gente recordaba los turbios compromisos. Orwell no culpó a los radicales por nada de esto. Él había sido más culpable que ellos en cuanto a concesiones prácticas. Ahora todos eran camaradas porque había resultado que, después de todo, la practicidad solo era "práctica".

Pero Durruti se enfrentó al problema de convencer a la cansada y paranoica población de Barcelona de que esta vez no les iban a estafar. Quizás incluso decía la verdad. A Orwell le gustaría eso.

Eileen notó su creciente confianza. Incluso lo acusó de coquetear con el optimismo. Su expresión severa la hizo reír. Pero lo iluminó con el ceño fruncido cuando sugirió tomar un rifle y unirse a él en el asalto final. En muchos aspectos, Eric Blair era un hombre sumamente conservador. Ninguna esposa suya se uniría a él en combate.

Algunas cosas eran simplemente inaceptables.

Ella le pidió que no fuera. Le preocupaba que se le acabara la suerte. Pero no lo insistió ni le dio más detalles. Ya lo había decidido.

Como era habitual, no durmió la noche anterior al ataque. En cambio, estudió cómo los nazis triunfaron en Madrid. Contaban con la supremacía aérea. Entre el radar recién inventado y el ME–109, lograron su objetivo. Las tropas terrestres, apoyadas por unos pocos tanques de última generación, remataron la tarea. Pero el ejército aún tuvo que escuchar a Goering alardear de que las ametralladoras pesadas y el cañón del ME–109 dejaban a los soldados con poco que hacer.

En cuanto a la prensa extranjera, el único que no tenía nada que hacer era el general Franco y su Ejército Nacionalista. Desde ese día, los fascistas españoles se obsesionaron con demostrar su valía. Esto se vio frustrado porque Hitler seguía enviando más tropas para "prestar asistencia".

Orwell concluyó que Hitler tenía más suerte en España que Stalin porque estaba al descubierto. El dictador soviético se había metido en un lío con todos sus secretos y planes de posguerra para lograr victorias imaginarias. El gobierno podría ser tan ingenuo como para creer que a Stalin le importaba su revolución.

Para George Orwell, no había nacionalista de derecha más reprensible que Josef Stalin.

Durruti realizó una última y conmovedora transmisión radiofónica para alertar a los ciudadanos de Barcelona de

que estaban a punto de liberarse de todo nacionalismo, tanto extranjero como del país. Recordó a sus oyentes que siempre había sido una voz del lado anarquista contra los actos de sabotaje indiscriminado. En los primeros días de la solidaridad de izquierdas, se mantuvo junto a todos los camaradas y cantó con entusiasmo el lema oficial de la República: "¡No pasarán!".

Pero los tiempos habían cambiado. Stalin los cambió con demasiadas puñaladas por la espalda. Y Hitler hizo superfluo para siempre el lema de «no pasarán» después de lo que hicieron los nazis en Guernica y Madrid.

Durruti también advirtió a quienes los escucharan que se refugiaran si no podían evacuar la ciudad. No solo los nazis confiaban en la supremacía aérea.

Los anarquistas organizaron varias docenas de asambleas de "Cuernos del Toro". Si bien se hacía todo lo posible por limitar las bajas civiles, los daños colaterales eran un costo aceptado de la operación. Para quienes estaban en el lado afectado, la milicia anarquista era la misma empresa que cualquier otro ejército.

La vida era una serie de tortillas de Lenin.

Y para desayunar en este hermoso y frío día en España, Orwell se dio el lujo de comerse un nido de ametralladoras frito. Lamentó que el enemigo fuera tan joven. Eran las JSU,

la liga juvenil del PSUC. Al tomar una posición avanzada, Orwell quedó en la línea de fuego directa y no tuvo más remedio que comunicar la ubicación por radio a un Matador. Mientras se agazapaba esperando a que amainara la tormenta de fuego, oyó a uno de los jóvenes gritar por encima del ruido sordo de la ametralladora: "¡Muerte a los contrarrevolucionarios de la CNT!".

De alguna manera, eso facilitó su captura cuando fueron aniquilados. Tan cerca del objetivo, los Matadores lograron una precisión mucho mayor. Un trozo de metralla le cortó la oreja a Orwell, pero no se dio cuenta hasta mucho después.

Inmediatamente se enfrentó a otro problema. Una ráfaga de disparos solo tenía una ventaja: su naturaleza indiscriminada significaba que no estaba en la mira de un francotirador. En el caso de este último, no tendría que preocuparse, porque estaría muerto si el hombre fuera bueno.

Pero no podía distinguir de dónde venían las balas. Abandonando su posición, trazó una línea en zigzag para cubrirse mejor. Dondequiera que se encontrara el enemigo, los movimientos erráticos de Orwell le dificultarían las cosas.

Había tantas balas que el arma debía ser otra ametralladora. Se alegró, pensando que un tirador con un buen rifle ya lo habría abatido. Cuando una de las balas le rozó el tacón de la bota, cayó al suelo e intentó aplastarse

en la cuneta. La situación era bastante frustrante porque no tenía oportunidad de devolver el fuego.

De repente, el ataque cesó. Oyó una explosión que sonó como una simple granada en lugar de un cohete elaborado. *¡Viva nuestro bando!* Estaba de vuelta en la lucha.

Al levantarse, se encontró a escasos centímetros de un hombre que sabía que era un matón de la Comintern. El hombre había amenazado a Eileen una vez y no estaba dispuesto a olvidarlo.

El bastardo apuntó a Orwell en lugar de disparar. Su primer error. Estaban a corta distancia. Su segundo error. Orwell procedió a instruir al enemigo sobre su tercer error.

El hombre no esperaba que su objetivo se moviera en paralelo al arma y agarrara el cañón por debajo. Antes de darse cuenta, Orwell ya tenía el arma en su mano. Le rompió el dedo en el gatillo al presionar el arma con una mano y levantar la muñeca con la otra.

Mientras el hombre aullaba de dolor, Orwell lo aniquiló con un puñetazo en la mandíbula. Eso fue lo último que Orwell recordó durante un tiempo, porque otra granada explotó cerca. Su oponente estaba justo entre él y la explosión. El otro hombre recibió el impacto de la explosión, lo que le salvó la vida.

Pero la guerra personal de Orwell en España finalmente había terminado.

Tanto Eileen como él temían que se hubiera quedado sordo, pero finalmente recuperó la audición. Recibía la mejor atención en un hospital de Barcelona.

La ciudad había caído en un tiempo récord.

Durruti celebró la recuperación de la audición de su nuevo amigo llevándole una radio portátil para que pudiera escuchar la notable noticia.

Goebbels estaba en medio de otra arenga “... y así los dos grandes movimientos populares del verdadero socialismo forman esta alianza contra la perfidia de la conspiración bancaria angloamericana que se esconde detrás de la falsa máscara de la anarquía judía...”

"¿Qué demonios está pasando?" Orwell se incorporó en la cama y exigió saber.

Durruti sacó, como por arte de magia, una edición bastante reciente del *Times.* «Los hemos aterrorizado desde que tomamos Barcelona. Ribbentrop dejó de atormentar a Franco para negociar un pacto entre Hitler y Stalin».

“No lo creo”, dijo Orwell.

Stalin no quiere que Hitler devore toda España. Hitler quiere mantener a Stalin a raya. Algún día los titanes lucharán, pero por ahora han puesto el límite. Quizás crean que pueden dejarnos fuera de combate si unen sus recursos y actúan juntos.

“¿Pueden?” preguntó Eileen.

“Nunca más seremos neutralizados”, dijo Durruti. “Llevo años insistiendo en que los anarquistas son como un león que pierde el tiempo frente a una ratonera cuando toda la selva los llama. Von Braun tiene todo lo que necesita aquí en Barcelona para terminar un proyecto en el que ha estado trabajando con Konrad Zuse. ¡Pronto rugirá el león!”

Primavera de 1938

Hedy y el hombre cohete

La primavera de 1938 fue un buen momento para la anarquía.

Los Orwell estaban de vuelta en Inglaterra, ahora como embajadores itinerantes de la comunidad "soberana" de Barcelona. Consiguieron generar mucha prensa, la mayoría

muy favorable a su causa. El primer ministro Neville Chamberlain los elogió como visionarios de la paz.

Durante la guerra, Hedy Lamarr insistió en entretener a los hombres que luchaban por la libertad. No se cansaban de ella. Incluso asistió a proyecciones de *Éxtasis* y después ofreció una sesión de preguntas y respuestas.

Estos hombres estaban sinceramente agradecidos con la mujer que se había convertido en su ángel de batalla. Un ángel, sí, pero no una santa.

Quienes albergaban actitudes burguesas hacia sus esposas y amantes se esforzaban por no aplicarle estándares anticuados. Se corrió la voz de que existía una relación especial y (¿se atrevería uno a decirlo?) monógama entre la estrella de cine y el mago que aspiraba a las estrellas.

A veces, ella y su Wernher pasaban una semana entera sin verse. Lejos de generar una sola chispa de celos, estos periodos de ausencia solo avivaban el deseo mutuo.

Esta noche compartieron un crepúsculo temprano que hizo aparecer un trozo de luna y la mancha de fuego blanco que era la Estrella matutina.

"No puedo mirar a Venus sin pensar en ti", dijo mientras ella dejaba que sus delgados dedos bailaran alrededor de sus hombros.

—Eres más romántico que yo —dijo—. El cielo de esta noche solo me hace pensar en una bandera islámica.

Le apretó el hombro. «Eso es solo porque hiciste *Argel*», dijo. «¿Ya la viste?»

—No —dijo ella—. No hablemos de cine aquí, no cuando estoy contigo.

Von Braun nunca había sido de los que provocaban a las mujeres antes de su relación con Hedy, pero ella sacó a relucir una faceta completamente nueva de él. "Muy bien", dijo. "¿Echas de menos la vida social de Hollywood?"

"¿Qué quieres decir?"

—Bueno, ¿extrañas a esas hermosas estrellas de cine?

Ella lo abrazó y rozó su hombro con los labios. "¿Para qué necesito chicos guapos que fingen ser lo que no son cuando estoy en tus brazos? Tú eres la realidad. Eres uno de los motores del mundo".

Disfrutaba de la fuerza de su relación de una manera distinta a la de cualquier actor. Aceptaba la situación con total naturalidad. Con cualquier otro hombre, Hedy habría asumido que la estaba tomando el pelo. Pero no con Wernher. Él era la excepción a todas sus reglas.

“Todavía no puedo mirar a Venus sin pensar en ti”, dijo sonriendo, mientras la abrazaba.

—Toda tu vida está dedicada al estudio de los cuerpos celestes —dijo—. Ese es tu problema.

—No es ninguna molestia —dijo—. Eres mi Venus de Milo.

—¡Pero con brazos! —dijo ella, tomando su rostro entre sus manos y besándolo fuerte.

Cuando ella lo dejó subir a tomar aire, él le susurró al oído: "He resuelto el problema del combustible para cohetes".

“¿Lo tienes?” dijo emocionada.

Por fin se han ultimado los detalles. Tenemos nuestro combustible a base de alcohol, menos tóxico. ¿Recuerdas que los óxidos comunes eran el principal problema? Bueno, ya no tendré que usar combustible a base de petróleo.

—¡Ay, Wernher! —dijo—. ¡Qué emocionante para todos!

Un rato después, ella le recordó: “Todavía me debes un poema, ¿sabes?”

Suspiró. "Ojalá te hubieras olvidado de eso".

“Una mujer nunca olvida cuando le prometen un poema”.

—Lo sé, ¡pero no soy poeta! No me convence "*Días de Vino y Cohetes*". Tiene que ser mucho mejor.

—Quizás pueda ayudarte con eso —sugirió ella, jugando con su oreja.

¡Qué ridículo! ¿Quién ha oído hablar del tema de un poema de amor que ayudó a escribir?

—Así que es un poema de amor —dijo ella, pasándole un dedo por el pecho.

¿Qué te creías? ¿Te iba a dar un diagrama de circuito? Bueno, no importa. Tengo un regalo mucho mejor para ti.

“¿Y eso qué es?”

Ahora le tocaba a él ser misterioso. "Pronto lo sabrás".

Desde su colina, contemplaron Barcelona. «Es una ciudad preciosa», dijo.

"Sí."

“Madrid también es una ciudad preciosa.”

“Desafortunadamente”, dijo.

Primavera de 1938

Konrad Zuse se une a las fuerzas

Una semana después, recibieron un barco que atracaba en el puerto. Pensó que Konrad Zuse tenía el mismo aspecto que cuando lo conoció en el tren al escapar de Fritz Mandl. Por mucho que se peinara, el pelo le sobresalía de la cabeza en todos los ángulos, dando la impresión de haber recibido una dosis masiva de electricidad estática. Llevaba gafas enormes y parecía tener una sonrisa permanente. Si ella tuviera su propio estudio de cine, le habría dado el papel del científico loco.

Zuse llegó con regalos; su nave estaba llena de técnicos alemanes. «El último contingente de su personal de tierra», le dijo a von Braun. «También terminé el sistema de guía electrónica. Voy a añadir un giroscopio descomunal, solo por diversión».

—Gracias, Konrad —dijo von Braun—. Te acuerdas de Hedy, ¿verdad?

"Claro", dijo Zuse. "Me gustó más el disfraz de criada francesa", dijo, como si hubiera visto a Hedy por última vez el otro día. Ella estaba demasiado asombrada como para decir nada. Habría sido difícil, en cualquier caso, decir algo.

Mientras comentaba constantemente, logró supervisar la descarga del barco y la firma de varios documentos adjuntos a diferentes portapapeles. De repente, anunció: «¿Recibió mi telegrama?».

"No lo creo", dijo von Braun.

—No importa. Puede que se me haya olvidado enviarlo. En fin, deberías ser el primero en saber que tenemos un ganador en nuestro concurso al mejor superexplosivo. Lo inventó un *español.* Seguro que ves la ventaja política. No todo puede ser alemán, ¿verdad?

Zuse le dio una palmadita en el hombro a Hedy. «O austríaco, querida», añadió. «De todas formas, el explosivo se entregará por tierra. El hombre está con tu grupo agorista, Ortiz, creo».

“Agustín Ortiz sirvió en Teruel durante el invierno”, dijo von Braun. “Desde entonces ha estado intentando calentarse”.

“¡Después de sufrir congelación, les dará una paliza a los nazis!”, dijo Zuse. “Su cerebro nunca paró de funcionar. Cuando se rompió un contenedor de combustible, se le ocurrió la idea de un 'explosivo de combustible y aire'. Más tarde, realizó sus experimentos en un clima más agradable. Al mezclar el combustible con un atomizador de perfume dentro de un contenedor resistente, la sobrepresión era

abrumadora al encenderse. Aunque algunos amigos están trabajando en la división del átomo, ¡ahora tengo mucha más fe en ello! Podemos agradecer a Teruel por inspirarnos".

"Fue la última campaña brutal que nuestro equipo tendrá que sufrir", dijo Hedy. "Ojalá".

"Algo cambió en Ortiz después de Teruel", continuó von Braun. "Algunos de sus hombres murieron congelados. Las máquinas se congelaron. Dicen que el frío congelaría los huevos de un oso polar. Los nazis se perdieron esa oportunidad. El enemigo era el ejército nacionalista".

—Qué nostalgia —dijo Zuse—. Ojalá los nazis experimenten algo así algún día. Mientras tanto, les prepararemos el terreno. ¡Gracias, Wernher! Y también gracias a Ortiz por inventar su pequeño y encantador explosivo.

"Perdió dos dedos de su mano izquierda por el frío", dijo Hedy.

—Bueno, menos mal que escribe con la mano derecha — respondió Zuse alegremente. Y esa parecía ser toda su compasión.

"Una vez que te hayas instalado, tendremos que revisar muchas cifras", dijo Wernher con suavidad.

"Apuesto a que Hedy te ha estado ayudando en ese aspecto", dijo, moviendo las cejas y sonando igual que Groucho Marx.

“Es agradable que te valoren”, dijo con una sonrisa cansada.

—Antes de despedirme, tortolitos, debo contarles un último dato crucial —dijo Zuse. Ahora tenía toda su atención—. ¿Recuerdan cuando Goebbels introdujo propaganda en sus emisiones de radio desde Salamanca?

“¿Cuál?” preguntó Hedy.

¡Cualquiera de ellas! Bueno, aquí tienes algo que debes saber. Hay una escuela católica de teoría del libre mercado en Salamanca. Esa escuela influye en von Mises y la escuela austriaca[15]. ¡Y la escuela austriaca influye en la brigada agorista!

“¿Qué tiene eso de crucial?” preguntó von Braun.

---

15 La escuela austriaca es una escuela económica de pensamiento “libertariano”, “anarcocapitalista” o “minarquista” que está basada en el individualismo a ultranza. Si bien existen diferentes puntos de vista sobre política económica que pueden tener los austriacos, esta escuela tiende a autodefinirse como «la ciencia económica del libre mercado». Se remonta al trabajo de Carl Menger, y entre sus representantes más destacados, se encuentran Ludvig von Mises y Murray Rothbard.

Esto demuestra que la vida está llena de pequeñas ironías. Y dondequiera que vayan los nacionalsocialistas, siguen sin aprender nada.

Los dejó sin despedirse, pero luego lo pensó mejor y le gritó a Hedy: «Tenemos que hablar de mis planes para máquinas pensantes y computacionales. Tus ideas sobre el salto de frecuencia podrían revolucionar las comunicaciones por radio».

"¿Qué diablos fue eso?" preguntó ella.

"Te lo contaré más tarde."

Madrid, 4 de julio de 1938

El rugido del león

Un mes después, llegó la hora del espectáculo. Hedy sintió la emoción que suele acompañar a un estreno en Hollywood. Al anochecer, Durruti, Ortiz y ella fueron juntos al lugar. Von Braun y Zuse ya estaban allí, en el fortín.

El cohete gigante se alzaba quince metros en altura. Los reflectores del aeropuerto iluminaban su reluciente

superficie. ¿Qué eran los bombarderos en picado Stuka comparados con esto? Era un martillo de los dioses. Durruti insistió en llamarlo el Rugido del León. No pudo resistirse a decirle que el león también era el símbolo de los estudios MGM, con los que, de hecho, teóricamente todavía tenía contrato.

Como todos los regalos de los dioses, el cohete no haría distinciones al impactar contra simples mortales. Los españoles morirían junto con los alemanes. No había civiles en esta guerra.

Durruti hizo lo que pudo. Lanzó panfletos y lanzó llamamientos por radio hasta quedar desesperado. ¡Ahora era él solo! Rogó a los madrileños que evacuaran la ciudad.

Pero fue en vano.

La interceptación de mensajes alemanes, cortesía del teletipo de campaña capturado, indicó que el enemigo no creía en las amenazas. Durruti atribuyó una de ellas a la pomposidad alemana.

Hedy se sintió extrañamente tranquila al acercarse *la Hora Cero.* Vio pasar a un gato callejero, con las costillas a la vista, lo que le recordó la mano esquelética de la Parca. Últimamente se estaba volviendo supersticiosa. Esperaba que el gato no fuera un mal presagio.

"Gatito afortunado", dijo, agachándose y ofreciéndole la mano. Pero el gato huyó. No pudo evitar preguntarse a cuántos ataques habría sobrevivido ya de fascistas, nazis y varios defensores del ideal republicano. La política no le importaba al gato. La humanidad se convirtió en su enemiga en cuanto escaseó la comida. Pero las cosas estaban mejorando. Quería decirle al gato que podía renunciar a su guerra privada. Le ofrecería algo de comer.

El gato iba a estar bien. No estaba en Madrid.

Esta noche no había nubes y había luna llena. Hedy sintió ganas de apagar las luces artificiales. Ya no las necesitaban.

Ojalá los nazis supieran lo que les aguardaba. En tiempos de guerra, la luna llena se consideraba casi lo mismo que pleno día. Los nazis podían atacar ahora, mientras los preparativos aún estaban en marcha.

Pero los alemanes no lo sabían. Los pocos intentos que habían hecho para infiltrarse en Barcelona habían fracasado estrepitosamente. Los espías nazis no daban el pego como anarquistas muy convincentes.

No podía creer lo alto que era el cohete. Nadie podía creer que algo tan enorme fuera a despegar del suelo.

Ella misma casi no lo podía creer.

Mientras ella se maravillaba con el gran cohete, su alto amante se acercó y le tomó la mano. "¿Te dije alguna vez que mis padres querían que fuera músico?", preguntó.

"No lo creo", dijo ella.

—Brindemos juntos —dijo él, sacando una petaca de brandy. Ella se preguntó si el fuego líquido que le resbalaba por la garganta no sería una especie de combustible para cohetes. Le pasó el brandy a Durruti.

Von Braun no podía dejar de mirar la aguja mortal que atravesaba el cielo. Era imponente incluso en reposo.

“Quizás sí cumplí los sueños de mis padres, después de todo”, dijo a todos sus invitados. “Las matemáticas tienen su música. Pero la verdad es que solo estudié matemáticas porque las necesitaba para hacer realidad mi sueño”.

Durruti le pasó el brandy a Ortiz, quien le preguntó: «¿De verdad crees que un cohete puede llegar algún día a la Luna?».

—Sí —dijo—. Es más, ¡ya dibujé el primer juego de planos y lo bauticé Princesa Hedy!

“Oh, Wernher”, fue lo único que pudo pensar en decir.

—Entonces, ¿el cohete de esta noche lleva el nombre de otra persona? —preguntó Zuse.

Von Braun asintió y puso la mano sobre el hombro de Zuse. «Me niego a bautizar una máquina de destrucción con el nombre de la mujer que amo. ¡Ella inspirará la primera nave espacial! ¡Pero por la acción que emprendemos esta noche, la llamo el *Rugido del León!*»

Los ojos de Durruti brillaron y Hedy no creyó que fuera por el brandy. "¿Pero de verdad crees que haces algo más que fabricar armas?"

«La Luna es solo el comienzo», continuó von Braun. «Después, llegaremos a los planetas. Luego, iremos más allá, a otros sistemas solares, y tocaremos el universo».

Hedy sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Estaba segura de que era lo más cerca que lo había oído, en público, de expresar las poderosas emociones que subyacían a la inquebrantable racionalidad que, con mayor frecuencia, era su rostro al mundo.

“Sí, apunto a las estrellas”, concluyó Wernher von Braun, “pero empezamos por Madrid”.

Durruti metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de oro que había guardado del robo del tren. La había convertido en su amuleto de la suerte. «Quiero que la tengas», dijo, entregándosela a von Braun.

Von Braun dudó. «Ya has invertido tanto oro en mi cohete», dijo. «No puedo soportarlo».

—Claro que puedes —dijo Zuse, tras terminar el brandy. *Esta* es la pieza de oro que importa.

"¿Cuándo lo lanzamos?", preguntó Ortiz, tan nervioso por su explosivo de combustible–aire como von Braun y su equipo de tierra lo estaban por el cohete.

Von Braun se tocó la imponente frente con una mano bien cuidada. Nunca dio la impresión de un hombre en guerra.

Llamó a su técnico jefe y se reunieron. «En unas horas», fue el veredicto.

“Todo es cuestión de tiempo, ¿no?”, preguntó Durruti. “Todo es cuestión de tiempo. Robamos el oro en el momento justo. ¡Ustedes, genios alemanes, nacieron en el momento justo y se rebelaron contra Hitler a tiempo!”

Ortiz tocó el hombro de von Braun con su mano derecha sana. "Hagámoslo bien", sugirió. "Ataquemos al amanecer".

“Con la luz del amanecer”, dijo Hedy Lamarr. “Una frase que aprendí en Estados Unidos”.

Nadie durmió esa noche. Bebieron vino y comieron queso. Al amanecer, la luna aún era visible mientras el sol se unía a ella para anunciar un nuevo mundo. Estos fueron los testigos perfectos de su carro de fuego.

Entraron al fortín con los técnicos principales. El equipo de tierra se apostó en sus posiciones protegidas más atrás. Todos tenían buena vista.

Una llama comenzó a arder desde abajo mientras el cohete ascendía lentamente. Era lentísimo. Los gases de escape subían y el sonido vibraba en sus cabezas junto con las robustas paredes del fortín.

El sonido fue un trueno profundo, una exclamación que crujió los huesos. Sus corazones latían más rápido, al ritmo del latido de los motores del cohete.

Entonces apareció una estela blanca, una columna de nubes blancas que marcaba el paso del mensajero de la muerte. El cohete silbó hacia su objetivo en un día claro y soleado.

No había forma de saber con exactitud dónde impactaría en Madrid. Nadie en el fortín conocía el punto preciso de impacto. Nadie en tierra podía saberlo tampoco.

Pero por algún capricho de los dioses, el cohete gigante de von Braun, *el Rugido del León de Durruti,* cayó justo encima de una bandera con esvástica, ondeando suavemente con la brisa de la mañana, ahora transformada en un blanco.



Capítulo XIII

HOLLYWOOD, ESTADOS UNIDOS

Memorándum confidencial de Louis B. Mayer

Mucha gente en la ciudad dice que Hedy se adelantó a su tiempo y que las actrices del futuro serán como ella. ¿Se imaginan cuántas úlceras, infartos y derrames cerebrales habría en nuestra industria? ¡Solo podemos esperar que Dios, en su infinita sabiduría, ponga un límite!

Hablamos de actrices a las que no les importa hacer escenas de desnudos, que se desviven por montar a caballo (tienen sexo con chicas y chicos) e insisten en negociar sus propios contratos. ¿Cómo puede el buen nombre de Hollywood sobrevivir a semejante escándalo?

¿*Negociando* sus propios contratos?

Ni siquiera entraremos en política. Todos han estado locos por la política desde el desplome de la bolsa. El único voto que debería importarnos es evitar que los socialistas bolchevicen nuestro querido Estado. ¿Acabar con la pobreza en California? ¿Te imaginas qué pasaría con este Estado si el gasto social superara los ingresos? Sería el fin. Mejor dejar el Estado en manos de los republicanos.

Volviendo al tema de Hedy Lamarr, no es cierto que dijera que nunca volvería a trabajar en este pueblo. Solo dije que la castigarían si nos dejaba. Ahora bien, es cierto que actualmente tiene más éxito de taquilla que cualquier otra actriz en el cine. Ese incidente en España es el responsable.

En resumen, se salió con la suya. Ese alemán del que estaba enamorada, von Braun, hizo un número a lo Flash Gordon sobre los nazis y estuvo ahí durante toda la aventura. No se puede *comprar* publicidad así.

De hecho, creo que estaba enamorada de él. Por eso creo que tiene toda la razón al hacer esa ridícula declaración a la

prensa francesa. ¿Quién sino una actriz dice que nunca volverá a actuar porque encontró al hombre de sus sueños y le dedicará el resto de su vida? Esa afirmación es tan absurda que solo una actriz la diría. De todas formas, las mujeres nunca distinguen entre la vida real y el melodrama.

Admito que es diferente cuando se junta con un tipo que sí cambia el mundo. Shickelgruber[16] se vio obligado a aceptarlo.

Hablando de eso, ¿oíste lo que dijo Hitler después de que el cohete King Kong (como lo llama David) impactara Madrid? El radio de destrucción fue de casi una *milla.* Dijo que los cohetes son armas antinaturales y obra del diablo. Advierte que el Tercer Reich desarrollará una defensa antimisiles que se conocerá como el Arma de la Venganza. No veo cómo es posible. Bueno, desarrolle lo que desarrolle, el gran dictador me parece un mal perdedor. Los nazis han dejado a España con el rabo entre las piernas.

Pero volviendo a Hedy, creo de verdad que se creyó su tonto ultimátum. Las actrices no pueden evitarlo. Considérenlo una enfermedad profesional.

No estoy muy seguro de qué le pasó a su amante alemán. Una vez que von Braun demostró ser un genio, todos los

---

[16] Alois Hitler (nacido Alois Schicklgruber; Strones, Baja Austria, 7 de junio de 1837-Leonding, cerca de Linz, 3 de enero de 1903) fue un funcionario de aduanas austríaco, conocido por ser el padre de Adolf Hitler.

gobiernos del mundo entraron en una guerra de ofertas para comprar sus servicios. Para ser un tipo listo, fue bastante tonto al revelar cómo Durruti le tendió una trampa de por vida. Por supuesto, el líder anarquista sigue ocupado luchando contra los restos del ejército franquista en Sevilla.

¡Hitler no quiere que nadie tenga a Wernher von Braun si Alemania no puede con él! Stalin siempre es Stalin. Y no nos engañemos con los demás líderes mundiales. El presidente Roosevelt está en la misma situación que el primer ministro Chamberlain. ¡Todos lo quieren!

Von Braun les dijo a todos que se fueran y pensó que estaría a salvo con los anarquistas.

Quizás sea así. Quizás no lo sea.

El mundo cree que lo mató un cohete en miniatura, el Misil Banzai, ideado por el científico japonés capturado. ¡Se supone que el japonés lleva retenido desde la guerra chino–rusa! Bueno, el hombre tenía una historia creíble sobre cómo lo mantuvieron en Siberia y lo obligaron a trabajar para los soviéticos. Nunca entenderé cómo escapó. El mundo sigue buscándolo, igual que buscan a Wernher.

Pero la cuestión es que Hedy se lo cree todo. Creo que su Wernher está muerto. No me convence la idea de que forme parte de un elaborado encubrimiento y que él se esté

escondiendo en algún lugar. Es buena actriz, pero no creo que sea lo suficientemente buena como para engañarme.

Así que ha vuelto a las fotos, ¡y la tengo! Ni siquiera tengo ganas de castigarla por dejarme, siempre y cuando se porte bien. Si von Braun está vivo, no creo que Hedy sepa nada, así que en ese aspecto deberíamos estar a salvo.

Además, le conseguí un papel que ninguna actriz rechazaría jamás. Sí, admito que es extraño que siga prestándola para que se fortalezca y luego no consiga un papel en una película de MGM. Pero este nuevo contrato la fortalece como nadie. Es el mejor papel del mundo. Y aunque David se ha independizado, siempre lo consideraré parte de la familia MGM.

Hedy domina el acento. Nuestra última preocupación está arruinada. Cuando piensas en todas las grandes estrellas que querrían este papel, desde Kate Hepburn hasta Bette Davis, te das cuenta del gran *logro.* ¿Sabías que la esposa de Larry Olivier casi consigue el papel?

Hedy está en la ola de publicidad más grande que he visto. Incluso estoy negociando con Korda para incluirla en una película épica de ciencia ficción de HG Wells en 1940 si gastan el millón de libras que gastaron en "El porvenir". ¡No hay nada de malo en sacarle provecho a nuestra chica cohete!

Pero para 1939, solo hay una película y Hedy aparece en ella. Ahora que la tenemos interpretando a Scarlett O'Hara en Lo *que el viento se llevó,* ¿podemos por fin mantenerla en la plantación? Si me entiendes...

LA MATERIA NEGRA DE ANARQUÍA

La materia negra de *Anarquía* consta de las siguientes secciones:

Lista de Personajes Significativos en *Anarquía* (real y más grande que la vida)

Epílogos:

Comentario sobre *Anarquía* por seis escritores

Las siguientes secciones tratan sobre los *acontecimientos reales y sus cronologías* de la *verdadera* Guerra Civil Española y/o de participantes contemporáneos:

Mapa del Frente Español 1936

Glosario

Breve cronología

Miscelánea

Para conocer a los creadores de *Anarquía*, consulte Acerca de los autores

PERSONAJES SIGNIFICATIVOS DE “ANARQUÍA”

En orden de aparición

Hedy Lamarr (Hedwig Eva Maria Kiesler)

Actriz austriaca que saltó a la fama mundial al aparecer desnuda en la película europea *Éxtasis* y que se convirtió en una gran estrella de Hollywood en las películas *Argel, Boomtown, Camarada X, Me llevo a esta mujer, Tortilla Flat, White Cargo, Sansón y Dalila* y muchas otras. Durante la Segunda Guerra Mundial, vendió millones de bonos de guerra y compartió con Marlene Dietrich la distinción de las actrices que habían visto de cerca a la bestia nazi. En 1942, compartió una patente para un sistema de secreto de radio por salto de frecuencia para mantener el control de un torpedo guiado a pesar de las interferencias enemigas. Años después, su contribución fue reconocida por la Electronic Frontier Foundation (EFF), una organización de derechos de privacidad en Internet. La idea de Hedy se utiliza en los teléfonos móviles PCS y otros sistemas de datos inalámbricos populares en la actualidad. En su autobiografía,

cuenta historias de su sexualidad aventurera. Básicamente, es la heroína ideal para una novela de ciencia ficción de historia alternativa, ¡con la ventaja añadida de que fue real!

Fritz Mandl

Magnate europeo de municiones que se casó con Hedy Lamarr, pero no pudo retenerla. Era amigo de Adolf Hitler.

Adolf Hitler

Uno de los dos dictadores más malvados y peligrosos del siglo XX que no vivió en China.

Howard Davidson

El personaje principal de *Anarquía,* que es pura ficción. Él y su amigo John Staples son creaciones compuestas de varios escritores de ficción pulp de la década de 1930. Street y Smith publicaron todas las revistas que se les atribuyen en *Anarquía,* excepto *El Inquisidor.* Nos inventamos esa para que Howard pudiera tener su propia serie. Si a veces Howard parece tener una perspectiva más cercana a nuestra época que la suya, se explica por la simple razón de ser un escritor

de ciencia ficción. Todos sabemos que los escritores de ciencia ficción se adelantan a su tiempo, ¿verdad?

Francisco Franco

En nuestra historia, el general fue el único dictador fascista que se mantuvo en el poder hasta su muerte en 1975. Tras ganar la Guerra Civil Española, tuvo la sensatez de mantenerse al margen del conflicto más amplio de la Segunda Guerra Mundial. Las cosas no le van tan bien a Franco en *Anarquía.*

Luis B. Mayer

Famoso productor de la MGM que creó a un buen número de estrellas de Hollywood, entre ellas Hedy Lamarr. Salvo su triunfo final, las diferencias entre Mayer en la historia real y nuestra historia son demasiado triviales para mencionarlas.

Wernher von Braun

El científico espacial más famoso de todos los tiempos y el hombre que ayudó a llevar a los estadounidenses a la Luna. En nuestro mundo, estuvo en el lado equivocado de la

Segunda Guerra Mundial, pero nadie es perfecto. (La veracidad en la publicidad exige admitir que el autor Brad Linaweaver fue ponente del Instituto Nacional del Espacio durante las misiones Viking Mars Lander. El NSI fue fundado por von Braun. Tras su fallecimiento, Brad publicó uno de los obituarios del boletín del NSI junto con Arthur C. Clarke y otros admiradores de la obra del gran hombre. Naturalmente, Brad aprovechó la oportunidad de trabajar en una historia alternativa donde von Braun nunca tuvo relación con los nazis).

Frank O'Connor

Esposo de Ayn Rand, a quien conoció cuando ambos trabajaban para Cecil B. DeMille. Fue inmortalizado por Peter Fonda en la adaptación cinematográfica de *La Pasión de Ayn Rand,* de Barbara Branden. Nunca tuvo las oportunidades personales y profesionales que su personaje experimenta en *Anarquía;* pero, parafraseando a Aristóteles, debería haber disfrutado de la vida que imaginamos para él en esta novela romántica.

Padre Palma

No todos los curas de pueblo en España durante la Guerra Civil eran tan analfabetos como los radicales creían. Nuestro

cura imaginario se encuentra en una situación complicada porque sabe leer.

Cardenal Celi

Esperamos que en el Vaticano no existiera nadie así... pero nunca se sabe.

José Stalin

Uno de los dos dictadores más malvados y peligrosos del siglo XX que no vivió en China.

Konrad Zuse

Reconocido mundialmente como uno de los padres de las computadoras electrónicas modernas, Zuse también fue pionero en el procesamiento digital binario y los lenguajes de programación. En otras palabras, creó tanto hardware como software. (Una vez más, la verdad en la publicidad: Kent Hastings confiesa un entusiasmo por Zuse similar al de Linaweaver por von Braun. Mientras Kent veía a Brad transformar a Zuse en uno de sus personajes de científico loco en "*Luna de hielo",* se consoló viendo a Bela Lugosi

como científico loco en "*El murciélago diabólico*"). Lo más interesante es que Zuse y von Braun se conocieron en la historia real. Eran dos científicos extremadamente cuerdos.

Orgaz

Este pobre campesino español simboliza a todas las víctimas de todas las guerras. También tuvo la mala suerte de tener este nombre en particular.

Ernest Hemingway

No pregunten por quién doblan las campanas, doblan por Hemingway. En *Anarquía,* doblan fuerte y con fuerza. Los autores de esta modesta obra no se quedan atrás ante nadie al admirar el genio artístico de este hombre; nos repugna que los revisionistas literarios quieran minimizar su importancia como escritor. Pero cuando se trata de su política, especialmente respecto a España, debemos gritar a los cuatro vientos que era un completo imbécil.

G. K. Chesterton

Uno de los más grandes escritores católicos del siglo XX y de cualquier otro siglo. Aportaría un toque especial a este proyecto con su ficción desbordantemente imaginativa, pero se le incluye más por sus contribuciones al «Distribucionismo». Aunque el movimiento no tuvo gran repercusión en la historia moderna de Inglaterra, sus ideas resurgen de vez en cuando en las políticas de reforma agraria que evitan los modelos socialistas y marxistas.

Wolfram von Richtofen

General de la Legión Cóndor, que era el tipo de oficial al que los nazis tuvieron que engañar.

Ernesto

Piloto imaginario de la Legión Cóndor que representa a todos los jóvenes nazis creyentes que no pudieron esperar para sacrificarse por Hitler.

Miembros de la columna Durruti

Muestra representativa de algunos de los mejores de España.

Martha Gelhorn

La novia de Hemingway en la vida real durante la época de esta novela.

John Dos Passos

Destacado autor cuya amistad con Hemingway terminó en España porque pudo ver a través de las mentiras comunistas.

George Orwell (Eric Blair)

Un auténtico héroe del siglo XX y uno de los protagonistas de nuestra novela. La primera gran escena de Orwell en *Anarquía* se inspira en gran medida en su *Homenaje a Cataluña* y otros relatos históricos. Tras su regreso al frente de Aragón (tras el Levantamiento de Mayo de Barcelona), lo sumergimos aún más en nuestra historia alternativa. En la vida real, recibió un disparo en el cuello en una batalla en

Aragón, pero en nuestra historia le suceden otras cosas. Investigar su participación en la Guerra Civil Española nos ayudó a comprender mejor qué impulsó a este hombre independiente de izquierdas a escribir *Rebelión en la Granja* y *1984.*

Alexander Orlov (también conocido como El Temible Nikolsky)

Agente estalinista que planeó envíos secretos de oro a Rusia. Algunos lo llamarían robo. Recibe su merecido en *Anarquía.*

Buenaventura Durruti

Líder de la milicia anarquista que luchó contra Franco, Hitler, Mussolini y, tras la toma del poder por los bolcheviques, también contra Stalin y la República. Durruti murió en combate a finales de 1936 y un millón de personas asistieron a su funeral en Barcelona, pero decidimos mantenerlo con vida. Necesitábamos un héroe local de su talla.

Ayn Rand

Una excelente novelista, una talentosa guionista, una gran defensora del capitalismo y una de las antiizquierdistas más mostrenca que el mundo haya visto. Si su vida hubiera tomado un rumbo ligeramente diferente, tal vez habría evitado ser la fuente de una secta.

Eileen Blair

La esposa de George Orwell y una mujer valiente. Estuvo con él en España.

Dr. Paul Joseph Goebbels

Ministro de Propaganda de Hitler y personaje principal de la premiada novela de Linaweaver, *Luna de hielo.*

Joachim von Ribbentrop

El ministro de Asuntos Exteriores de Hitler y no un personaje de *Luna de hielo.*

Chuck Hammill

Personaje que una "minarquía" libertariana: propiedad, clases, contratos y el derecho esencial a la legítima defensa. Si personas como Hammill hubieran proporcionado armas a los anarquistas españoles, la historia habría ido mucho mejor.

Agustín Ortiz

Líder de una brigada española que basa toda su vida en la teoría económica del agorismo, expuesta por Samuel Edward Konkin III. Ortiz es un personaje completamente imaginario.

EPÍLOGOS:

ANARQUÍA

J. Neil Schulman

Mira, cualquiera que sepa leer puede escribir la reseña de una novela.

Cualquiera que sepa escribir puede escribir un epílogo para una novela.

Pero aparte de los propios autores, el único hombre que puede alcanzar mi compromiso con esta novela es James A. Rock, editor de Sense of Wonder Press, que publica la primera edición.

Sin embargo, con el debido respeto al Sr. Rock, sólo compró los derechos de este libro una vez.

Yo los he comprado dos veces.

En 1999, cuando *Anarquía* no era más que un esbozo, obtuve los derechos de publicación —y pagué un anticipo a los autores para escribirlo— en mi calidad de editor y redactor jefe de Pulpless.Com.

Un par de años después devolví esos derechos a los autores para que pudieran aceptar la oferta de publicación de Jim Rock.

Luego, a las 24 horas de terminar el manuscrito en julio de 2003, tras leer solo los primeros cuatro capítulos, hice una oferta para comprar los derechos cinematográficos. En una semana, se firmó el contrato, se realizó el intercambio de dinero y tuve una opción sobre esos derechos.

Se puede concluir razonablemente que considero *Anarquía* una obra literaria importante y que, además, tiene un gran potencial comercial tanto como libro como película.

Iré más allá. *Anarquía* no me parece ciencia ficción, de la cual la historia alternativa es un subgénero. Tampoco me parece una novela histórica. *Anarquía* me parece una novela contemporánea escrita a finales de la década de 1930, más o menos en la época en que Ernest Hemingway escribió su obra teatral sobre la Guerra Civil Española, *La Quinta Columna,* en 1938. Pero *Anarquía* no me parece un reportaje sin gas del periodista Hemingway, sino una obra con cuerpo y alma de su mucho más talentoso contemporáneo y también premio Nobel, John Steinbeck.

Mi conocimiento sobre este libro se remonta a su concepción... y voy a revelar algunos secretos por primera vez.

En 1992, la idea de *Anarquía* surgió en la mente de J. Kent Hastings... pero la inspiración de Kent para la novela fue la novela de Brad Linaweaver de 1988, *Moon of Ice,* una historia alternativa de la Segunda Guerra Mundial en la que Estados Unidos permanece neutral, la Alemania nazi usa armas nucleares para conquistar tanto la Unión Soviética como Europa, y la Guerra Fría no es entre Estados Unidos y Rusia, sino entre Estados Unidos y Alemania.

Kent se preguntó: "¿Qué habría sucedido si incluso antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial, si incluso antes de que la Alemania nazi hubiera hecho su primera conquista, los anarquistas en España hubieran prevalecido en la Guerra Civil Española?"

Era una veta fértil para la búsqueda de oro literario. La Guerra Civil Española fue, en muchos sentidos, un prólogo de la Segunda Guerra Mundial, y entre los grandes autores literarios asociados a ella se encuentran no solo Hemingway (quien la cubrió), sino también George Orwell (quien luchó en ella).

En 1995, Kent había esbozado la novela con tres héroes personales como personajes principales: el padre del alunizaje, el cohetero Wernher von Braun; la madre de las

comunicaciones de espectro amplio, la estrella de cine Hedy Lamarr; y el padre de la informática moderna, Konrad Zuse.

En 1998, Kent había llegado al límite de su investigación sobre la Guerra Civil Española escrita (o traducida al) inglés, y estaba estudiando español para poder leer documentos y libros en su versión original.

Kent y yo hablamos brevemente sobre mi colaboración en la novela, pero en 1999 mis aventuras editoriales dejaron de lado mi vida como escritor, y Kent volvió a su fuente de inspiración y le ofreció la colaboración a Brad. Les ofrecí un contrato y la colaboración se hizo oficial.

Lo demás es historia.

Sí, después de comprar los derechos cinematográficos para mi productora, Jesulu Productions, terminé de leer la novela. De hecho, Brad me leyó la segunda mitad durante un fin de semana largo que él y Kent pasaron en mi casa de Pahrump, Nevada, donde firmamos los contratos de opción. Fue una venganza justa, ya que les había leído en voz alta a Brad y Kent el texto completo de mi última novela, *Escape from Heaven*... y luego también les había leído en voz alta mi adaptación del guion.

Y cuando expresé mi consternación por lo abrupto del final de la novela, Brad me reveló otro secreto que ahora compartiré con ustedes.

El último capítulo de esta novela no es un final. Es un final de suspense. La secuela ya está en marcha... y ya estoy presionando a Kent y Brad para que me den información detallada sobre la adaptación de mi guion.

Aquí está el adelanto de mi tratamiento de pantalla:

COMENZAMOS con un niño de diez años tirando de una pequeña carreta roja por las calles de Berlín en 1922. El pequeño Wernher von Braun ha atado seis cohetes chinos a la carreta y está a punto de realizar su primer experimento con cohetes. Enciende los petardos y la carreta se desplaza descontroladamente por las calles, evitando por poco el desastre. Un policía agarra al niño por la nuca y lo lleva a casa con su padre, quien se quita el cinturón. El incidente termina con los gritos de un niño tras una puerta cerrada.

CORTAMOS A julio de 1969, Cabo Cañaveral, Florida, mientras Wernher von Braun observa con orgullo el lanzamiento del Apolo 11... y unos días después, la famosa transmisión televisiva desde la Luna, mientras Neil Armstrong y Buzz Aldrin dejan sus huellas en el suelo lunar.

DE REPENTE VOLVEMOS HACIA ATRÁS EN EL TIEMPO: las misiones Apolo, Géminis y Mercurio... el lanzamiento del Sputnik por los soviéticos... la liberación de Europa por los Aliados... los cohetes V–2 bombardeando Londres y volvemos al carro de un niño tirado por una calle de Berlín en 1922.

REPETIMOS el carro propulsado por cohetes que avanza a toda velocidad por las calles de Berlín, solo que esta vez el carro atropella a una matrona bien vestida contra el tráfico. Oímos gritos y el pequeño Wernher von Braun observa cómo su primer experimento con cohetes termina en tragedia.

Y el resto es historia *alternativa.*

J. NEIL SCHULMAN es un novelista, guionista y autor de importantes libros de no ficción sobre la Segunda Enmienda y O.J. Simpson, ganador del Premio Prometheus. Es conocido por su guion para la serie de televisión *The New Twilight Zone,* "Profile In Silver", así como por las novelas *Alongside Night, The Rainbow Cadenza* y *Escape From Heaven.*

“LOS CUERNOS DEL TORO”

Bill Patterson

Heredaremos la tierra. No cabe la menor duda al respecto. La burguesía puede destruir y quemar su propio mundo antes de que finalmente desaparezca del escenario histórico. No tememos a las ruinas. Nosotros, que aramos las praderas y construimos las ciudades, podemos reconstruirlas de nuevo, solo que mejor la próxima vez. Llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones. Y ese mundo está creciendo en este instante.

—Buenaventura Durruti

Anarquía es un mundo nuevo, aunque habría sorprendido a Durruti, asesinado en noviembre de 1936.

La Guerra Civil Española fue un momento decisivo en la "Era Clásica de la Guerra" (la sardónica predicción de Nietzsche para el siglo XX y más allá). Todo el entramado de supuestos culturales y políticos victorianos se había desmantelado en los tórridos años veinte; *Adiós a Todo Eso* era el espíritu que deconstruía la vieja era. ¿Y construir la nueva era...?

De eso trataba la Guerra Civil Española. El antiguo monarca, Alfonso XIII, hacía tiempo que había sido enviado al exilio, y la Segunda República volvía a empezar con las reformas que liberarían a España del yugo de la Iglesia católica y revertirían el lento y secular patrón de decadencia. En las Elecciones Generales de 1936, la coalición del Frente Popular, compuesta por comunistas y socialistas, obtuvo una pluralidad de escaños en las *Cortes* y formó un nuevo gobierno. Una serie de huelgas y una crisis monetaria pusieron en peligro la coalición, y en dos meses, comunistas y socialistas de toda Europa acudieron en masa a España para proteger al gobierno del Frente Popular. El general fascista (aún no "Generalísimo") Francisco Franco asumió el manto de los frailes negros y se dedicó a mantener España segura para la Iglesia católica: en julio de 1936, lideró una revuelta del Ejército desde Marruecos, y la Guerra Civil estalló. Comunistas, monárquicos, fascistas, partisanos católicos, republicanos y anarquistas —

anarcosindicalistas— se unieron en España. Franco invitó a Hitler, y Stalin lo siguió (solo que él ya estaba allí, dirigiendo a los antifascistas con su "frente único"). No se podía distinguir a los jugadores, ni siquiera con una tarjeta de puntuación, y todos estaban en la cuerda floja. En la vida real.

Anarquía analiza esta confusa situación e imagina qué habría pasado si los anarquistas no hubieran sido aplastados entre los republicanos (comunistas) y los nacionalistas (fascistas). ¿Y si los anarquistas hubieran triunfado? Para comprender esta posibilidad histórica, sería necesario partir de dos premisas: primero, que los anarquistas hubieran actuado como tales en lugar de intentar una coalición política con sus aliados del POUM republicano, una coalición de comunistas y socialistas (un juego que los anarquistas nunca ganan, por razones obvias); y, segundo, que hubieran podido desarrollar algún arma o estrategia que los pusiera en igualdad de condiciones con la maquinaria bélica alemana, que estaba a punto de inventar el bombardeo de saturación en Guernica (abril de 1937).

Entra Wernher von Braun. En *Anarquía,* von Braun se desvía de su camino en la vida real de fabricar armas terroristas para los nazis y se dedica a fabricarlas (minas terrestres aéreas) para los supuestos buenos, los anarquistas. En realidad, no hubo buenos en la verdadera Guerra Civil Española, en ninguno de los bandos (mostrar a Francisco Franco como un fascista cobarde (un fascista

católico leal) es una de las pinceladas más audaces y satisfactorias de los libros). Esto no está tan lejos de cómo resultaron las cosas en la vida real: von Braun fue llevado a Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial y se convirtió en nuestro bombardero zumbador favorito. Por supuesto, ayudó que los nazis arrestaran a von Braun por hablar de viajes interplanetarios en lugar de bombardear Londres. (Heinrich Himmler sabía a qué planeta quería que fuera la V–1).

En cualquier caso, podemos aplaudir a von Braun por aterrorizar a comunistas y nazis en *Anarquía.* Una vez más, el arte imita la vida y, una vez más, von Braun se convierte en nuestro Buzz Bomber favorito. Por esta razón, Wernher von Braun quizás no hubiera sido la mejor opción para interpretar a John Galt frente a Dagny Taggart, interpretada por Hedy Lamarr. (Aunque solo por su aspecto, Jack Warner probablemente habría aprobado esta pareja).

La mina aérea de doble cohete, estabilizada giroscópicamente, de Von Braun se llama "los cuernos del toro", una metáfora maravillosamente apropiada, flexible y adaptable que los autores eligieron. No solo evoca la *corrida, el otro* deporte sangriento nacional de España, sino que el toro es, después de todo, un animal agresivo *de manada,* cuya agresividad se dirige principalmente a otros toros, y eso también es lo que realmente significó la Guerra Civil Española.

Tanto Hitler como Stalin se veían a sí mismos como la vanguardia del socialismo. Durante mucho tiempo, la imagen ideal sostenida tanto por los socialistas marxistas como por los utópicos fue la de un estado centralmente planificado y organizado corporativamente. Hitler y Stalin estuvieron en España en 1936 para pelearse sobre quién sería el mejor socialista del mundo. Incluso los anarcosindicalistas de Durruti querían ser buenos idealistas socialistas, razón por la cual eran odiados por republicanos (es decir, comunistas) y nacionalistas (es decir, fascistas) por igual. *Anarquía* juega con la imaginación del *"qué hubiera pasado si...",* el sueño y la ilusión menos de lo que Hitler o Stalin lo hicieron con sus propias ilusiones de movimientos de masas y el Estado totalitario, donde hambrunas y purgas planificadas que liquidaban a decenas de millones de trabajadores definían el "paraíso de los trabajadores". Y para unirse a este juego de realidad e ilusión, ¿qué mejor mundo, de voluntad y de representación, que el propio Tinseltown, donde Hedy Lamarr espera su exilio? Es demasiado perfecto.

El Gran Futuro Socialista sería creado por y para las masas. Salvo algunos pensadores quisquillosos como el filósofo pragmático estadounidense John Dewey, quien intentaba reformular un nuevo individualismo para el Gran Futuro Socialista, el individualismo se identificaba profundamente con los viejos tiempos que los fabianos iban a cubrir con papel, los progresistas con plata y los comunistas con sangre. El viejo bagaje cultural victoriano finalmente había

desaparecido; ahora, llegaba lo nuevo: la Guerra Civil Española arrasaría con el nuevo y brillante mundo de las masas. En España, comentan en cierto momento los autores de *Anarquía, "incluso los anarquistas eran comunistas".*

Los señores Linaweaver y Hastings aportaron a Durruti una pizca de anarquistas individualistas, como la levadura que fermenta al lumpenproletariado. La *Anarquía* de la *Anarquía* no tiene por qué hundirse en el abismo de la locura del movimiento de masas que arrojó al mundo entero a las astas de un toro cinco años después, y diez, veinte y hasta sesenta años después.

Dos excelentes libros surgieron de la Guerra Civil Española: "*Por quién doblan las campanas", de Hemingway, y "Homenaje a Cataluña",* de Orwell (la independencia catalana fue uno de los pilares reformistas de la República). Para compensar esta *desregulación* histórica, Linaweaver y Hastings nos presentan a Howard Davidson y la rodomontada pulp de su serie *"El Inquisidor",* con todo y una conspiración del Vaticano. Davidson observa a Hemingway —y a Chesterton— y a Orwell en acción, y nos enseña por qué España es lo más parecido al infierno en la Tierra. ¡Debería haber más Howard Davidson!

Sin embargo, los cuernos del toro aún no han terminado con nosotros. Esta imagen gráfica nos ha dado una metáfora clásica: los cuernos de un dilema. El dilema es una elección, y *Anarquía* nos recuerda que, a cada instante, un mundo

crece en nuestro interior. Entre *nuestro* mundo y el mundo de *Anarquía* se encuentra la visión de Dante: hay un camino al cielo, incluso desde el corazón del Infierno en la Tierra.

Bill Patterson

Santa Cruz, agosto de 2003

BILL PATTERSON es el editor de *The Heinlein Journal.* Con acceso a los archivos oficiales, está escribiendo la biografía definitiva de Robert A. Heinlein.

“CAOS PLANIFICADO”

William Alan Ritch

Para empezar, debo contarles lo encantado y sorprendido que me sentí cuando Brad Linaweaver me pidió que escribiera un epílogo para su última novela, *Anarquía* (escrita junto con el recién llegado J. Kent Hastings). Brad y yo hemos sido amigos, compañeros de debate y los peores críticos del otro durante casi treinta y tres años. Nuestras conversaciones abarcan todos los aspectos de la vida humana, y rara vez hemos coincidido. ¡Qué aburrido si lo hiciéramos! Me alegró ver muchos de los puntos que he planteado con Brad expuestos en esta novela, ¡aunque a menudo provengan de la boca de los villanos! Supongo que no esperaba menos.

En resumen, el libro me pareció fantástico. Y se puede interpretar esa palabra con *todos sus significados.* Sí. Disfruté muchísimo del libro. De hecho, mi única queja sobre el libro como novela es que era demasiado corto. Quería aún más de la fascinante y fantástica realidad (ahí está esa palabra otra vez) que Linaweaver y Hastings han construido.

Como muchos de ustedes saben, Linaweaver es uno de los principales practicantes de la ficción de existencia paralela (a menudo mal etiquetada como "historia alternativa"). Causó un gran revuelo con su primera novela, *Moon of Ice,* ambientada en el pasado reciente después de que Alemania ganara una gran guerra llamada "Segunda Guerra Mundial". Con este libro, regresa al pozo de sus fascinantes personajes, "los nazis", y escribe sobre algunos de los eventos que condujeron a la Segunda Guerra Mundial, centrándose en una guerra civil en España. Supongo que *Anarquía* es una "precuela" (una palabra detestable) de *Moon of Ice,* aunque existen inconsistencias entre las dos novelas. (De hecho, Hastings dice que se inspiró para comenzar su historia alternativa de la Guerra Civil Española porque era fan de *Moon of Ice)*.

La visión de Linaweaver de un mundo en el que los países europeos han librado no una, sino dos veces (!) una vasta guerra tecnológicamente avanzada es a la vez fascinante y aterradora. Linaweaver ha imaginado ambos mundos con tanta claridad y detalle que uno pensaría que ha vivido en ellos. Un país independiente en América, dictadores

dementes en Alemania, Rusia e Inglaterra, filosofías que controlan las mentes humanas en lugar de lealtades a la corona: estos son solo algunos de los aspectos casi increíbles de los libros de Linaweaver.

Brad incluso desafía los límites de la credibilidad con sus personajes. En este libro, por ejemplo, él y su compañero Kent crearon el personaje de Hedy Lamarr, una actriz que viaja desde sus orígenes europeos para vivir en las Américas. Al principio de su carrera, apareció desnuda en una "película" (una especie de obra de teatro grabada). Luego se convierte en una celebridad como actriz de cine en las Américas. Ciertamente, me parece increíble que un país fundado sobre los principios puritanos de las Américas pueda celebrar a una mujer tan abiertamente descarada. Pero es un personaje fascinante: hermosa, encantadora, brillante. Y degenerada, por supuesto.

Su amante, Wernher von Braun, es otro personaje casi imposible. Con poco entrenamiento y antecedentes cuestionables, adapta esos adorables artilugios chinos de fuegos artificiales a un arma capaz de causar una destrucción masiva. Incluso habla de usarlos para lanzar a un hombre al espacio. (¡Saca la otra, Brad!)

Los personajes secundarios son igual de interesantes. Linaweaver debe ser quien hizo parecer que la guerra civil en España fue librada casi en su totalidad por novelistas ingleses. Y todos son personajes extraordinarios. No se

parecen a ningún novelista que haya conocido (excepto Linaweaver, por supuesto). Primero está Eric Blair, también llamado George Orwell, un apasionado creyente en una de las filosofías demoníacas de Linaweaver llamada "Socialismo". Su fe a menudo se pone a prueba por la traición de sus compañeros defensores de su causa. Luego está G. K. Chesterton, un anarquista emergente y católico en Inglaterra. Tres ideas extrañas en una. Y más grande que cualquiera de ellas es un escritor inglés de las Américas llamado Ernest Hemingway. Todos los que lo conocen, y de su propia boca, nos dicen que es un gran novelista. Pero sin duda es un ser humano imperfecto y engañado.

Un buen detalle es la aparición de Howard Davidson y John Staples. Estos dos grandes novelistas de Nueva Ámsterdam de la década de 1930 están bien retratados en el libro, ¡pero se han convertido en escritores de historias de aventuras de mala calidad! Supongo que si investigara, descubriría que Hemingway vivió en *nuestro* mundo escribiendo historias de boxeo para las revistas baratas de aquella época.

Tan maravillosos como son los buenos, son los villanos los que brillan. El líder de Rusia, un hombre tímidamente llamado "Stalin" ("hombre de acero"), es despiadado, sin corazón y completamente desprovisto de razonabilidad. Su homólogo en Alemania es Adolf Hitler, visto aquí antes en su vida, antes de sus éxitos narrados en *Luna de hielo.* Stalin y Hitler son unos malos de opereta tan maravillosos que Linaweaver nos hace sentir pena por Franco, el líder de

España. Él también es un villano, pero está luchando fuera de su categoría de peso cuando se interpone entre Hitler, Stalin y los anarquistas. Por supuesto, tenemos otro vistazo a la mejor creación ficticia de Linaweaver: Herr Dr. Paul Joseph Goebbels. El ministro de información de Alemania. Bajo, de pie zambo, elocuente y calculador, retorcido de mente y cuerpo, no puede haber mejor personaje.

Aunque Brad no estaría de acuerdo conmigo en esto, los mundos alternativos de *Anarquía* y *Luna de Hielo* son ejemplos de advertencia. Personajes como Hitler, Stalin e incluso Goebbels no podrían surgir en nuestro mundo. Solo puede suceder cuando el hombre común —los campesinos y la clase comerciante— se ve investido de poder político. ¡El mundo de *Anarquía* es el resultado directo de depositar el poder y la confianza en el hombre en lugar de en Dios y el Rey!

W.A. RITCH es profesor emérito de Historia de la Universidad de Artes Liberales de las Américas, Boston, Massachusetts Bay, Nueva Inglaterra. (BILL RITCH, en un universo alternativo, es un activista libertario, colaborador de *Free Space* y está inmerso en la colaboración con la *Compañía de Teatro Radio de Atlanta)*.

NAVEGANDO POR UN ESTRECHO INSONDABLE

¡EL SINGULAR VIAJE DE *ANARQUÍA!*

Víctor Koman

Debo confesar que leí *Anarquía* con una desventaja vergonzosa: tengo un conocimiento limitado de historia. Siempre fue mi peor asignatura en el instituto, y aunque el tiempo y la edad me han dado un mayor interés por este campo, mi temprana falta de entusiasmo ha resultado en un vasto mar de ignorancia en el que solo se pueden encontrar algunas islas de consciencia.

Para que conste, sabía que hubo una guerra civil en España en la década de 1930. Sabía que los comunistas luchaban

contra los fascistas. Sabía que Hitler bombardeó Guernica a fondo. (He visto el comentario cubista de Picasso sobre el tema). Incluso sabía que Hemingway conducía ambulancias durante la Primera Guerra Mundial. Lo que no sabía era lo crucial que fue la guerra española para determinar el curso de la Segunda Guerra Mundial y los acontecimientos posteriores del resto del segundo milenio.

Como lector de ciencia ficción casi exclusivamente durante gran parte de mi vida, puedo decir honestamente que la Guerra Civil Española nunca me pareció un tema de historia alternativa. La mayoría de la historia alternativa que he leído se ha centrado en resultados alternativos de la Segunda Guerra Mundial, o en ocasiones en resultados dispares en la propia guerra civil estadounidense, la Guerra por la Independencia del Sur contra la Agresión del Norte. Y casi toda la ciencia ficción escrita desde una perspectiva anarquista o pro libertad y derechos individuales se ha centrado en la Revolución Americana y en dónde nos equivocamos (o dónde no acertamos lo suficiente).

Y, sin embargo, dado que la izquierda ha exaltado la Guerra Civil Española a una lucha de proporciones míticas y ha ensalzado a cada miembro de la Brigada Abraham Lincoln como un santo secular, me sorprende que ningún tratamiento novelesco sobre el tema haya surgido de la pluma de los numerosos escritores de izquierda que pueblan las filas de la ciencia ficción, o de cualquier otra, de hecho. Ciertamente, debe haber escritores que piensen que una

victoria comunista decisiva en España habría tenido un efecto diferente en la historia mundial. Incluso puede que haya uno o dos escritores que se hayan preguntado qué habría sucedido si izquierdistas famosos como Ernest Hemingway hubieran muerto en el conflicto. ¿Qué habría pasado si *Rebelión en la Granja* y *1984* nunca se hubieran escrito porque George Orwell nunca salió de Madrid? Pero de todos los escritores que podrían haber puesto palabras en el papel para describir sus propios finales de ensueño (o pesadilla) para la historia de la prueba de la Segunda Guerra Mundial, resultó que los primeros y los más importantes son una pareja improbable de un genio de la informática anarquista de alta tecnología conocido como J. Kent Hastings y un caballero sureño minarquista, voluntariamente de baja tecnología y radicado en Hollywood, comúnmente conocido como Brad Linaweaver.

Lo fascinante de la escritura y publicación de *Anarquía* no es que sea la primera novela que aborda una historia alternativa de la Guerra Civil Española, sino que elija como héroes improbables de ese conflicto a una banda de anarquistas desorganizados a quienes tanto comunistas como fascistas (y casi todos los historiadores) consideraban una molestia, un impedimento o una broma. Pero los anarquistas no deben tomarse a la ligera en ningún momento de la historia. Ni a finales del siglo XVIII, donde influyeron claramente en la Revolución estadounidense, ni a principios del siglo XX, donde participaron en la Revolución

rusa, y, sobre todo, no en los albores del siglo XXI, donde los gobiernos han demostrado una grave vulnerabilidad ante fuerzas que no le deben lealtad a ningún gobierno, solo a su propia ideología.

Es importante, entonces, reconocer el poder de la ideología, porque tan ciertamente como puede conducir a la Declaración de Independencia, también puede conducir al *Manifiesto Comunista* y *a Mein Kampf.* Y tan ciertamente como el primero ha sido una inspiración para siglos de liberación, los otros dos han sido la racionalización durante décadas de esclavitud y asesinato en masa. Solo alguien que posee una ideología fuerte puede decir: "Denme libertad o denme muerte". Y solo alguien que posee una ideología fuerte puede suprimir toda compasión y razón humana para suicidarse y matar a miles de otros al estrellar aviones secuestrados contra el World Trade Center, el Pentágono y la campiña de Pensilvania. Y solo las personas con una ideología fuerte pueden liberar a toda una nación de las manos de un tirano asesino e idólatra de Stalin, y luego luchar para evitar que caiga en el caos mientras enfrentan la muerte a manos de una minoría ingrata de ideólogos entre las personas por las que arriesgaron sus vidas para liberar.

Es la ideología del anarquismo, entonces, la que le da a *Anarquía* su inusual enfoque y su poderosa visión. La elección en la Guerra Civil Española no fue entre la Escila del comunismo y la Caribdis del fascismo. Como la historia ha demostrado en la segunda mitad del siglo XX, el comunismo

y el fascismo son dos escollos rocosos del mismo estrecho del mal, dos caras de la misma máscara de Jano, bañada en sangre, de la tiranía. La verdadera batalla en España —y la verdadera guerra librada sin cesar a lo largo del tiempo— fue y es la guerra entre el estatismo y la libertad, la esclavitud y la libertad. Y en esta batalla, el bando más célebre —los comunistas y sus compañeros de viaje de la Brigada Abraham Lincoln— estaban claramente, aunque en algunos casos sin quererlo, del lado de la tiranía de Joseph Stalin, el mayor carnicero de toda la historia. Pero ponerse del lado de Franco significaba ponerse del lado de Hitler, el segundo mayor asesino que el mundo haya conocido, aunque posiblemente sólo porque Hitler no tuvo tanto tiempo como Stalin.

¿Qué habría pasado si, se preguntaban los autores, la tercera alternativa hubiera llamado la atención de algunas figuras críticas, como el superlativo cohetero Wernher von Braun, el poco apreciado cibernético Konrad Zuse y la, por lo demás, famosa inventora de la radio de espectro de banda ancha, Hedy Lamarr? ¿Podría el ganador de la guerra no haber sido ni el fascismo, con su apoyo desde Berlín, Roma y Madrid, ni el comunismo, con su apoyo desde Moscú, Nueva York y Hollywood, sino más bien la libertad, con la contribución de individuos dedicados a una ideología de libertad humana?

Lo que distingue a esta novela de la mayoría de las novelas de historia alternativa es que aborda específicamente el

espinoso tema de los anarquistas y la anarquía, tema que la mayoría de los escritores de historia alternativa desestiman en sus novelas, y un país distinto de Estados Unidos, en el que la mayoría de los novelistas libertarios se concentran casi obsesivamente. Se trata de una novela excepcional y posiblemente única, especialmente apreciada por su combinación de ingenio y astucia en medio de la maldad de las fuerzas que impulsan la terrible guerra que presenta con tanta brillantez.

Además de su ideología *política,* su talento para la caracterización y un profundo conocimiento de la Edad de Oro de Hollywood (ámbitos en los que el Sr. Linaweaver destaca), la historia también postula que la victoria pertenece al bando con las mejores ideas *científicas,* y en este ámbito, el Sr. Hastings ostenta un dominio de conocimiento y genio. Utilizando únicamente la tecnología disponible en aquel momento y postulando únicamente la reconocida brillantez de von Braun, Zuse y Lamarr, Hastings ha construido un arsenal fascinante para Durruti y sus amigos. El deseo de todo lector y escritor de ficción de historia alternativa es ser un viajero en el tiempo, y nada sería más emocionante que regresar, reunir a estos tres y viajar a España para ver qué sucede realmente. Desafortunadamente para la naciente industria de los viajes en el tiempo, Linaweaver y Hastings hicieron eso por nosotros y produjeron una novela tan importante para el campo de la historia alternativa orientada a la libertad en el

siglo XXI postsoviético y posterior al 11 de septiembre como lo fue *Probability Broach* de L. Neil Smith para el siglo XX empapado de liberalismo, hace más de dos décadas.

VICTOR KOMAN es el autor de *El contrato de Jehová, El cuchillo de Salomón* y *Reyes de la Alta Frontera, libros ganadores del Premio Prometeo.* Actualmente trabaja en la próxima novela de su serie *Captain Anger,* una novela pulp contemporánea, y puede contactar con él a través de su sitio web www.CaptainAnger.com.

“DESPLEGANDO LA ALFOMBRA ROJA”

Dafydd ab Hugh

Los jesuitas —la Comintern de la Iglesia católica— tenían un dicho: «Dadme al niño hasta los siete años, y fabricaré al hombre». El Hollywood Red lo habría comprendido en lo más profundo de su ser, si lo hubiera tenido; como hacía tiempo que lo había cambiado por calderilla y un buen agente, y vivía solo para el Materialista Ahora, lo tradujo lo mejor que pudo: quien controla las películas controla el presente, el pasado y el futuro, todo junto en una gran fiesta de cóctel en las colinas bajo el letrero de Hollywood.

Como gusanos infiltrándose en una hogaza de pan, los comunistas se abrieron paso en el cine, hartándose y reproduciéndose, infectando a jóvenes y apáticos. Era prácticamente imposible para los cazadores rojos advertir a

los espectadores del peligro sin sonar como Kevin McCarthy, corriendo por ahí gritando sobre gente de vainas e invasión extraterrestre... algo que sin duda se les ocurrió a Fra Trumbo, Abbe Hellman y al resto de los Cardenales Rojos: la mejor propaganda es demasiado fantástica para ser tomada en serio, se cuela directamente en el cerebro a través de las puertas de la aventura o el romance, eludiendo por completo las facultades críticas. El programa fue uno de los más exitosos de la era estalinista y sobrevivió durante mucho tiempo a las muertes de Stalin, Hitler, Franco y todos los demás mortales que lucharon en la lucha de titanes, la Guerra Civil Española. Incluso hoy, hay que tomar de la mano al espectador, como a Adán en el Edén, y mostrarle, a veces fotograma a fotograma, cómo *Los mejores años de nuestra vida* o *Qué bello es vivir* corrompen y distorsionan la imagen del mundo, del capital, del individuo y de su enemigo, el colectivo colmena.

El cardenal Celi y el camarada Stalin, antípodas reflejadas de la interminable lucha entre el dios del cielo y el dios de la tierra, comprendieron el poder de los sueños brillantes proyectados contra una pantalla plateada de Judas, imágenes de marionetas que se movían al ritmo de quien escribía los diálogos o dirigía las escenas. La mano gorda y arácnida de Stalin se aferra al mapa de España...

Los Diez de Hollywood y sus camaradas y embaucadores, sacerdotes profanos del comunismo, sabían que sus gusanos de propaganda prosperarían y se escabullirían mientras los

viejos clásicos fueran revividos y los nuevos soviéticos como ellos hicieran más. Stalin lo sabía y los instó; Goebbels lo sabía y contrató a los suyos; y el cardenal Celi de *Anarquía* lo sabía, podía verlo tan claramente como vio el cuerpo de Jesús descender de la cruz: la imagen perdura mucho después de que el logos se haya desvanecido en ecos en el oído. Los labios se desmoronan, pero la seducción susurra en el destello de un teatro ennegrecido.

Los hombres pueden ir y venir, pero el celuloide permanece.

DAFYDD AB HUGH ha escrito numerosas novelas *de Star Trek,* novelas históricas y una serie juvenil. En un momento de debilidad, colaboró en cuatro (sí, cuatro) novelas *de Doom* con Brad Linaweaver, quien ha colaborado desde entonces (pero no con quintacolumnistas). Naturalmente, Dafydd se ha centrado en el papel de Stalin en *Anarquía* debido a una nueva colaboración con Linaweaver, *Commie Cine.*

“INFORME DESDE EL FRENTE”

Randall N. Herrst

En *Anarquía,* la operación Orlov fracasa debido al arma cohete de von Braun, "los cuernos del toro". Durante una conversación con Linaweaver y Hastings, señalé que la operación podría explicarse mejor con un paradigma militar. *Anarquía* es un proyecto tan inusual que los autores me invitaron a su mundo para describir un posible escenario, y acepté con gusto.

Quizás algunos de ustedes se preguntaban por qué Orlov estaba tan seguro de que su tren de oro era indetenible. Y por qué todo salió tan terriblemente mal.

Orlov sabía que su plan de extracción de oro era indetenible, pues su entrenamiento militar le permitía prepararse para cualquier eventualidad. Era un plan excelente, pero insuficiente para afrontar un paradigma cambiante.

Orlov sabía que ninguna arma ligera, ni siquiera los pequeños y maravillosos cohetes, podía destruir un tren, así que su plan estaba diseñado para evitar la concentración de grandes fuerzas de hombres, tanques y artillería, a la vez que prevenía el sabotaje explosivo de la vía férrea. Orlov envió patrullas encubiertas para proteger las vías del sabotaje. Estas patrullas no reportaron explosivos en puentes ni vías, ni actividad enemiga a menos de medio kilómetro de las vías a ambos lados. Los republicanos enviaron patrullas discretas a las carreteras cercanas para evitar el movimiento de tanques, artillería pesada y un gran número de soldados enemigos.

A Orlov le agradó que el tren de oro pareciera un tren de carga común y corriente, pero en realidad se parecía más a un buque Q, fuertemente armado y con 172 soldados a bordo. Justo detrás de la locomotora y el ténder había un vagón plataforma, aparentemente cargado con varias cajas grandes, pero las paredes de estas se plegaban para dejar al descubierto un mortero y un cañón Flak 30 de 20 mm capturado, que dispara 280 proyectiles de alto explosivo por minuto, muy efectivo contra la infantería y los vehículos no blindados que cargan en un radio de 700 metros. A

continuación, dos vagones de ganado, cuyos laterales con listones permitían a los soldados disparar hacia afuera. Después, los siete vagones de carga cargados con oro. Después, dos vagones de ganado más con soldados, seguidos por el último vagón plataforma, con una ametralladora mediana y una ametralladora pesada Browning M2 del calibre 50.

Orlov también preparó un tren de reconocimiento para viajar 30 minutos por delante del tren del oro. Los soldados inspeccionarían la vía férrea a su paso, atentos a posibles sabotajes y emboscadas. Este tren también estaba camuflado para que pareciera un tren de carga común y corriente, a pesar de que transportaba otro cañón de fuego rápido Flak 30, dos ametralladoras medianas y 67 soldados. Los dos trenes estarían en contacto por radio, por si el tren del oro necesitaba ayuda.

Orlov también sabía que la Legión Cóndor representaba una amenaza si los fascistas descubrían sus intenciones. Pero no se le escapó que, tras Guernica, la Legión Cóndor parecía estar aterrorizada por la misteriosa arma milagrosa y ya no realizaba patrullas ni ataques a baja altitud. Esto era perfecto para el plan de Orlov, ya que programó apoyo aéreo cercano mediante patrullas rotativas de Polikarpov I–16 de la fuerza aérea republicana, que volaban a baja altura y operaban desde un aeródromo de tierra al noroeste de Valencia. Los republicanos no podían permitirse el lujo de prescindir de muchos aviones, pero cinco aviones rotando

por la región dejarían uno o dos siempre a tiro del tren. Un I–16, con sus dos cañones de 20 mm y sus dos ametralladoras de 7,62 mm, proporcionaría una gran potencia de fuego contra las tropas enemigas.

El golpe de gracia, por si acaso las armas prodigiosas se estuvieran generalizando, fue la brillante labor de sus expertos en comunicaciones. Los hombres de Orlov habían estado monitoreando el tráfico de radio durante la batalla de Guernica cuando oyeron silbidos y clics en dos frecuencias específicas cuando los cohetes prodigiosos estaban en vuelo, aparentemente representando dos equipos de control de radio diferentes. Los expertos de Orlov se dieron cuenta de que los cohetes se guiaban por señales de radio, que podían ser interferidas. Iban a sorprender a los anarquistas advenedizos y demostrarles la superioridad de la ciencia soviética. Tanto los trenes como los aviones recibieron inhibidores de radio improvisados que transmitían continuamente fuertes señales aleatorias en todo el rango de frecuencias entre esas dos.

¿Qué salió mal? Todo, incluido el cambio de paradigma que Orlov descartó. Incluso se equivocó sobre el tan cacareado secretismo soviético. Había anarquistas trabajando en la estación de ferrocarril y habían logrado reconstruir lo suficiente del plan como para darse cuenta de que los trenes podrían transportar un enorme cargamento de oro.

Realizó excelentes preparativos contra un ataque convencional, pero por primera vez en la historia militar moderna, la precisión suplantó la potencia bruta y el volumen del fuego. La precisión sustituye a la cantidad, por lo que la idea preconcebida de Orlov sobre el tráfico de material necesario para un gran ataque era cincuenta veces mayor. Los anarquistas pudieron introducir fácilmente varias docenas de Cuernos en la región mediante un discreto tráfico de personas, automóviles y carretas.

Orlov "sabía" que las armas ligeras no podían detener una locomotora de 180 toneladas, pero no previó un ataque colateral contra los puentes. Después de todo, todos sabían que se trataba de un trabajo para cargas explosivas añadidas, algo que él había impedido eficazmente. ¿Quién habría imaginado que los misiles podrían lanzar con precisión pequeñas y adecuadas cargas explosivas a las columnas del puente desde una gran distancia? Los Matadores no fueron detectados porque establecieron sus puestos operativos a más de medio kilómetro de la vía férrea, fuera de la zona de patrulla. Los Cuernos atacaron simultáneamente los puentes delante y detrás del tren del oro, atrapándolo. Desafortunadamente, el tren de reconocimiento no pudo acudir al rescate cuando Orlov pidió ayuda por radio porque otro puente había sido destruido justo detrás, dejando al tren a 33 km de distancia y también bajo ataque.

Los expertos de Orlov llegaron a una conclusión errónea respecto a las dos frecuencias que observaron en la batalla de Guernica. Supusieron que se trataba de dos canales de control remoto diferentes, pero nunca se dieron cuenta de que eran solo dos de la amplísima gama de cientos de frecuencias que utilizaba el sistema de guía por salto de frecuencia. Interferir el estrecho espectro entre esas dos frecuencias solo reducía ligeramente la precisión. Tras el primer disparo del Cuerno del Toro contra una columna del puente, Orlov activó el equipo de interferencia de radio y se horrorizó al descubrir que no tuvo ningún efecto en los misiles posteriores que impactaron en el centro de su cañón, y luego en las ametralladoras y dos vagones de ganado. ¿Cómo podían estos malditos anarquistas llevar tanta ventaja sobre sus expertos en radio y armas?

Orlov solicitó apoyo aéreo en cuanto comenzó el ataque, con la esperanza de destruir a los atacantes. El primer caza I–16 llegó a toda velocidad, pero fue derribado tras el lanzamiento de solo dos Cuernos. El siguiente I–16 llegó nueve minutos después y corrió la misma suerte. Orlov comprendió que probablemente todo estaba perdido, pero siguió solicitando apoyo aéreo porque era su última esperanza. Uno a uno, llegaron y cayeron en llamas tras realizar solo unas pocas incursiones de ametrallamiento sin ningún resultado.

Pronto, Orlov casi no tenía tropas capaces de luchar, así que anunció su rendición. Todo había cambiado y, como Orlov comprendió, era demasiado tarde.

RANDALL N. HERRST es presidente del Centro para el Estudio del Crimen. Consultor político en defensa propia, también colaborador de J. Neil Schulman desde hace mucho tiempo.

GLOSARIO DE TÉRMINOS

Brigada Abraham Lincoln: Brigada Internacional compuesta por estadounidenses que lucharon junto a los republicanos contra Franco y los fascistas en la Guerra Civil Española. Los primeros voluntarios zarparon de la ciudad de Nueva York a finales de 1936. La mayoría eran miembros del Partido Comunista Estadounidense.

Acción Española: Partido monárquico. *Véase también* Renovación Española.

Acción Popular: partido católico, luego parte de la Confederación Española de Derechas Autónomas.

Anarcosindicalistas: Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Fundada en 1911, esta central sindical, cuyo principal

apoyo provenía de los trabajadores industriales de Barcelona, atraía tanto a campesinos como a trabajadores no cualificados. La CNT creía en el derrocamiento revolucionario del capitalismo y era el mayor sindicato de España al estallar la Guerra Civil. Al igual que la mayoría de las organizaciones políticas durante la Guerra Civil Española, la CNT se vio constantemente perturbada por diferencias entre facciones. *Véase también* Federación Anarquista Ibérica (FAI).

Carlistas: Fundados en 1833 y nombrados en honor a Don Carlos, tío de la reina Isabel II. Grupo opuesto al laicismo liberal y a los movimientos económicos y políticos modernos. Durante la Guerra Civil Española, los carlistas favorecieron el retorno a una monarquía ultracatólica. Lideraron la oposición a la Segunda República en 1931 y posteriormente unieron fuerzas con Franco y el Ejército Nacional.

Comintern: (Internacional Comunista) Organización fundada en marzo de 1919 por dirigentes del Partido Comunista Ruso y dedicada a la creación, por todos los medios posibles, de una república soviética internacional. Josef Stalin controló la Comintern durante la Guerra Civil

Española, utilizándola como instrumento de la política exterior soviética.

Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA): partido católico, fundado en febrero de 1933 por José María Gil Robles. En su mayor parte apoyó al Ejército Nacionalista, sin embargo Franco disolvió la CEDA en abril de 1937.

Elecciones de febrero de 1936: Un importante preludio de la violencia que siguió. El Frente Popular obtuvo el 34,4% y los partidos conservadores el 33,2%. El resto de los votos correspondió a partidos regionales y de centro. A pesar de estos ajustados resultados, el nuevo gobierno incomodó a los conservadores al implementar una serie de reformas de izquierda, ilegalizando la Falange Española y trasladando a líderes militares de derecha como Francisco Franco a puestos fuera de España.

Esquerra Republicana de Catalunya (ERC): partido nacionalista republicano de izquierda catalán que buscó el apoyo de los republicanos para su agenda separatista.

Falange Española: Partido Fascista Español fundado el 29 de octubre de 1933 por José Antonio Primo de Rivera (ejecutado en noviembre de 1936). Este grupo condenaba el socialismo, el marxismo, el republicanismo y el capitalismo, y promovía el establecimiento de un estado fascista similar al italiano. Posteriormente se convirtió en el brazo dominante de los nacionalistas. El Frente Popular clausuró sus oficinas tras las elecciones de febrero de 1936 y las prohibió en marzo. En 1937, Franco unió a los falangistas (ahora sin líder) con los carlistas y otros pequeños partidos de derecha para formar la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional–Sindicalista.

Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional–Sindicalista (FET): Partido fascista fundado en 1937 por Francisco Franco cuando se fusionaron Falange Española Tradicionalista y Juntas de Ofensiva Nacional–Sindicalista.

Federación Anarquista Ibérica (FAI): Grupo de acción separado de la CNT. En 1927, miembros de la FAI realizaron varios intentos fallidos de asesinar a Alfonso XIII. A la FAI también se le atribuyen alzamientos y numerosos asesinatos de miembros de Falange Española en la década de 1930.

Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL): organización juvenil anarquista.

Brigadas Internacionales: Unidades compuestas por voluntarios extranjeros que combatieron en el Ejército Republicano y establecidas por la Comintern en julio de 1936. Casi 60.000 voluntarios de cincuenta y cinco países sirvieron durante la Guerra Civil Española. *Véase también* Brigada Abraham Lincoln.

Izquierda Comunista: Partido Comunista de Izquierda (marxista) liderado por Andrés Nin. Posteriormente formó parte del Partido Obrero de Unificación Marxista.

Izquierda Republicana: Partido socialista republicano de izquierda fundado en 1934.

Juventudes Socialistas Unificadas (JSU): Organización juvenil socialista posteriormente dominada por los comunistas prosoviéticos.

Legión Cóndor (Kondor): Unidad de la Fuerza Aérea Alemana que lucha del lado del Ejército Nacional.

Los Amigos de Durruti: Grupo anarquista de oposición dentro de la CNT, FAI y FIJL.

Margaritas: Organización monárquica de mujeres.

Mujeres Libres: organización de mujeres anarquistas.

Ejército Nacionalista: Fuerzas lideradas por el general Francisco Franco en julio de 1936, inicialmente compuestas por el Ejército Peninsular y el Ejército de África, además de dos fuerzas policiales paramilitares internas: la Guardia Civil y la Guardia de Asalto. Tanto Hitler como Mussolini apoyaron a esta fuerza con hombres y equipo. Algunos oficiales y soldados apoyaron, abierta o encubiertamente, al Ejército Republicano, al Frente Popular u otros grupos políticos. Sin embargo, muy pocos de estos oficiales se negaron a luchar con el Ejército Nacionalista.

Frente Nacional. Coalición de partidos de la derecha política organizada para ganar las elecciones de febrero de 1936, que incluía a la CEDA y a los carlistas. La Falange Española no se unió oficialmente, pero en general apoyó al Frente Nacional. Perdió por un estrecho margen frente al Frente Popular. *Véase también* Frente Popular.

Partido Agrario: partido católico, luego parte de la Confederación Española de Derechas Autónomas.

Partido Comunista de España (PCE): Partido Comunista Español prosoviético fundado en noviembre de 1921 por miembros disidentes del Partido Socialista, la CNT y la UGT.

Partido Nacionalista Vasco (PNV): Partido separatista vasco fundado en 1895 que buscó el apoyo de los republicanos para su causa.

Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM): Partido comunista antisoviético, fundado en septiembre de 1935

por Andrés Nin y Joaquín Maurín, y fuertemente influenciado por las ideas políticas de León Trotsky. El POUM tuvo gran influencia en Cataluña, pero escasa fuerza en el resto de España. Se estima que su afiliación en 1935 era de 8.000 miembros. Con el apoyo del Frente Popular, el POUM creció rápidamente, contando con unos 30.000 miembros a finales de 1936, de los cuales 10.000 pertenecían a su propia milicia.

Partido Socialista Obrero Español (PSOE): Fundado en 1879 y muy influyente antes de la guerra, contó con el apoyo de la UGT y la FJS.

Partido Republicano Radical: Partido Republicano Socialista.

Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC): Partido formado en 1936. Afiliado al Comintern, representaba al Partido Comunista Prosoviético.

Frente Popular: Coalición de partidos de izquierda organizada para ganar las elecciones nacionales de febrero

de 1936. Incluía al Partido Socialista (PSOE), el Partido Comunista (PCE), Esquerra y Unión Republicana. Ganaron las elecciones por un estrecho margen y formaron un nuevo gobierno. Anteriormente, el nombre se refería a quienes abogaban por la restauración de la autonomía catalana, etc.

Renovación Española: Partido monárquico. *Véase también* Acción Española.

Republicanos: Partidarios de la Segunda República Española, ampliamente de izquierdas pero que abarcan todos los matices de la persuasión política.

Ejército Republicano: Fuerza compuesta por oficiales y soldados leales a la República, así como batallones diversos formados por diversos grupos políticos, como las Brigadas Anarquistas, el Quinto Regimiento, controlado por los comunistas, y las Brigadas Internacionales (organizadas por la Comintern). En septiembre de 1936 se profundizó en la organización y en octubre se crearon comisarios políticos. La Unión Soviética proporcionó apoyo con tanques, aviones y hombres. La falta de oficiales subalternos experimentados obstaculizó considerablemente los éxitos militares del Ejército Republicano.

Requetes: militares monárquicos.

Segunda República Española: Fundada el 14 de abril de 1931 tras elecciones populares. Alfonso XIII dimite y abandona España.

Servicio de Investigación Militar (SIM): Policía política controlada por los comunistas prosoviéticos.

Unión General de Trabajadores (UGT): Sindicato socialista fundado originalmente en Madrid por un grupo de impresores y alineado con el Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Tras las elecciones de 1936, la UGT apoyó al Frente Popular y se alineó con el Ejército Republicano. Posteriormente, estuvo dominada por el Partido Comunista prosoviético.

Unión Militar Española (UME): Grupo de oficiales conservadores.

Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA): Un pequeño grupo de izquierdas que incluía oficiales del ejército español que se negaron a luchar con el Ejército Nacionalista.

Unión Republicana: partido socialista republicano.

CRONOLOGÍA

Una breve cronología de los acontecimientos durante la Guerra Civil Española

El dictador español *Miguel Primo de Rivera* se ve obligado a dimitir, el 28 de enero de 1930

El gobierno provisional convoca elecciones. *Alfonso XIII* se exilia el 14 de abril de 1931.

Segunda República: el Partido Socialista (PSOE) y otros grupos de izquierda ganan las elecciones, junio de 1931

Gil Robles forma el *Partido Católico* (CEDA) el 28 de febrero de 1933

José Antonio Primo de Rivera funda la *Falange Española,* 29 de octubre de 1933

Los partidos de derecha españoles ganan las elecciones generales contra una izquierda dividida, 19 de noviembre de 1933

Andrés Nin y Joaquín Maurin crean el *Partido Obrero de Unificación Marxista* (POUM), septiembre de 1935

El Partido Socialista y el Partido Comunista firman un pacto electoral el 11 de enero de 1936.

Manuel Azaña organiza la formación del *Frente Popular,* febrero de 1936

El Frente Popular *gana por un estrecho margen* las elecciones generales contra los conservadores, 16 de febrero de 1936

El general *Francisco Franco* es relevado de su mando y enviado a las Islas Canarias el 22 de febrero de 1936

La Guardia Civil reprime una manifestación de izquierdas en Yeste y mata a diecinueve personas en el proceso, el 28 de mayo de 1936

Más de un millón de trabajadores están en *huelga* en España, 9 de junio de 1936

El general Francisco Franco *emite un manifiesto* que pretende justificar *la rebelión,* 18 de julio de 1936

Dolores Ibarruri pronuncia su discurso radiofónico “No Pasarán”, 18 de julio de 1936

El Comité de Milicias Antifascistas funda la *Brigada Anarquista,* 24 de julio de 1936

Las fuerzas rebeldes capturan *Granada,* 24 de julio de 1936

Adolf Hitler acepta dar ayuda militar al general Francisco Franco el 26 de julio de 1936

La Comintern acuerda establecer *Brigadas Internacionales el* 26 de julio de 1936

El *Ejército Nacional* captura Badajoz el 4 de agosto de 1936

Indalecio Prieto hace un llamamiento por radio para acabar con el *Terror Rojo,* 10 de agosto de 1936

Los primeros voluntarios *de las Brigadas Internacionales llegan a España el 12 de agosto de 1936*

Las fuerzas nacionalistas bombardean *Madrid* por primera vez el 28 de agosto de 1936

Representantes de 27 países forman *el Comité de No Intervención* en Londres el 9 de septiembre de 1936.

Alexander Orlov, del NKVD, llega a España el 9 de septiembre de 1936

Álvarez del Vayo defiende la causa de la República ante la *Sociedad de Naciones,* 25 de septiembre de 1936

Los primeros auxilios de la *Unión Soviética* llegan a España, 12 de octubre de 1936

510 toneladas de oro del Banco de España se envían a la Unión Soviética el 25 de octubre de 1936

Las fuerzas nacionalistas inician *el asedio de Madrid,* 6 de noviembre de 1936

El gobierno republicano *se traslada* de Madrid a Valencia el 6 de noviembre de 1936

El Comité de No Intervención concluye que *no hay evidencia* de intervención extranjera en España, 10 de noviembre de 1936

Buenaventura Durruti llega a Madrid con su Brigada Anarquista, 14 de noviembre de 1936

La Legión Cóndor, un escuadrón de la Luftwaffe, en acción por primera vez, el 15 de noviembre de 1936

Buenaventura Durruti *murió* mientras defendía Madrid, el 19 de noviembre de 1936

Los comunistas insisten en la expulsión del *POUM* del gobierno catalán, 17 de diciembre de 1936

El Ejército Republicano derrota al Cuerpo Italiano en las afueras de *Madrid,* el 18 de marzo de 1937

Francisco Franco une la *Falange Española* con los *carlistas* para formar un partido único, 19 de abril de 1937

La Legión Cóndor bombardea *Guernica,* la capital vasca en el norte de España, el 26 de abril de 1937

Rebelión *anarquista* y *sindicalista en Barcelona* contra el régimen autoritario, 3 de mayo de 1937

Juan Negrín ilegaliza al POUM, 16 de junio de 1937

Andrés Nín, líder del POUM, es *asesinado* por agentes de la Unión Soviética, el 20 de junio de 1937

El Consejo de Aragón, dominado por *los anarquistas, es disuelto* por Juan Negrín, el 10 de agosto de 1937

Los nacionalistas bombardean *Madrid* por primera vez, el 28 de agosto de 1937

El gobierno republicano *se traslada* de Valencia a Barcelona, 28 de octubre de 1937

Aviones nacionalistas bombardean *Barcelona,* 8 de diciembre de 1937

La Fuerza Aérea Italiana bombardea *Barcelona,* 16 de marzo de 1938

Juan Negrín propone un acuerdo de paz de trece puntos, 1 de mayo de 1938

Juan Negrín anuncia la propuesta *de retirada* de las *Brigadas Internacionales* de España, 21 de septiembre de 1938

Todas *las tropas extranjeras* que luchan por el Ejército Republicano *abandonan* el frente, 4 de octubre de 1938.

Juicio a los dirigentes del POUM en Barcelona, 28 de octubre de 1938

Las Brigadas Internacionales desfilan por las calles de Barcelona, 15 de noviembre de 1938

Barcelona capturado por los nacionalistas, 26 de enero de 1939

El presidente *Manuel Azaña* cruza la frontera hacia *el exilio,* 4 de febrero de 1939

Juan Negrín intenta formar un gobierno comunista en el territorio que controla, 4 de marzo de 1939

Las fuerzas comunistas son derrotadas en *Madrid* el 8 de marzo de 1939

Juan Negrín y sus asesores soviéticos salen de España, 12 de marzo de 1939

El Ejército Nacional entra en Madrid tras un asedio de casi tres años, el 27 de marzo de 1939

Francisco Franco anuncia el *fin de la Guerra Civil Española,* abril de 1939

MISCELÁNEA

Agorismo

El agorismo, que proviene del griego «ágora» (que significa «mercado abierto»), es tanto una ideología de libre mercado como la defensa de un mercado negro pacífico (una «contraeconomía») como medio para una revolución no agresiva. Véase también *el Nuevo Manifiesto Libertario,* de Samuel Edward Konkin III, padre del agorismo.

Alfonso XIII (1886–1941)

Nació el 17 de mayo de 1886 en Madrid, España. Asumió la corona en 1902 y contrajo matrimonio con la princesa Ena de Battenberg, nieta de la reina Victoria, en 1906. Sobrevivió a varios intentos de asesinato, incluyendo uno el día de su boda. Ordenó la ejecución del radical Ferrer Guardia en 1909 y, en general, se mostró reacio a las reformas liberales o democráticas. Se le culpó de la derrota de España en la Guerra de Marruecos (1921) y en 1923 apoyó un golpe militar liderado por Miguel Primo de Rivera. Tras la caída de

Rivera, aceptó la convocatoria de elecciones generales, pero perdió contra la República. Alfonso abandonó España el 14 de abril de 1931. Durante la Guerra Civil Española apoyó a los nacionalistas, pero en septiembre de 1936 Franco se negó a restituirlo al trono. Alfonso XIII murió en Roma en 1941.

Iglesia de Cristo Salvador

La catedral original fue construida entre 1839 y 1883 por el arquitecto Konstantin Ton. La estructura se erigió en conmemoración de la victoria de Rusia sobre Napoleón. Stalin ordenó la demolición de este hermoso edificio en 1933. Se organizó un comité para financiar la reconstrucción de la catedral, que se completó en la década de 1990.

Legión del Cóndor (Kondor)

La "*Legión Cóndor*", una unidad de la fuerza aérea de la Alemania nazi, fue enviada como fuerza voluntaria en apoyo de los nacionalistas. Las primeras unidades llegaron en agosto de 1936. En noviembre, la Legión constaba de unos 100 aviones y 5.000 hombres bajo el mando de Hugo Sperrle (1885–1953). Su jefe de Estado Mayor era Wolfram von Richthofen (primo del as de la aviación de la Primera Guerra Mundial). El caza *Messerschmitt Bf 109* y el bombardero

medio *Heinkel He 111* entraron en servicio activo por primera vez en la Legión Cóndor. A medida que los alemanes se dieron cuenta de que los días del caza biplano habían terminado, el caza *Heinkel He 51* se cambió gradualmente a un papel de ataque terrestre y luego se convirtió en un entrenador. La Legión Cóndor eventualmente totalizaría casi 12.000 hombres. El grupo también incluía unidades no aéreas, incluyendo tripulaciones de panzer con *Panzerkampfwagen I* y marineros que entrenaban a las fuerzas navales de Franco. Los alemanes también realizaron pruebas tempranas empleando artillería antiaérea pesada de 88 mm, que utilizaron para destruir tanques, fortificaciones y aviones republicanos.

Distributismo/distribucionismo

Una filosofía económica basada en las enseñanzas papales de los siglos XIX y XX y desarrollada por pensadores católicos como G. K. Chesterton y Hillaire Belloc. Sostiene que la propiedad de los medios de producción debe distribuirse lo más ampliamente posible entre los participantes, en lugar de centralizarse en manos del Estado. El sistema fue diseñado para evitar las desventajas tanto del socialismo como del capitalismo. Chesterton afirmó: «El problema del capitalismo es que no hay suficientes capitalistas».

Dos Passos, John (1896–1970)

Nació en Chicago y abandonó Harvard para unirse al esfuerzo bélico aliado en la Primera Guerra Mundial, donde sirvió como conductor de ambulancia y posteriormente escribió *La iniciación de un hombre* (1920) y *Tres soldados* (1921). Publicó *Manhattan Transfer* en 1925, obra que consolidó su reputación literaria. Se unió al esfuerzo colectivo para detener la ejecución de Sacco y Vanzetti en 1927. Publicó *El paralelo 42* (1930), *1919* (1932) y *El gran dinero* (1936). Participó en la campaña contra el fascismo en Europa y apoyó a los republicanos durante la Guerra Civil Española, pero posteriormente se desilusionó de las causas socialistas, como se muestra en sus novelas posteriores *Las aventuras de un joven* (1939) y *Número uno* (1943).

Franco, Francisco (1892–1975)

Su infancia fue infeliz, con un padre borracho y mujeriego y una madre devota y sobreprotectora. Siendo un joven oficial en Marruecos, Franco rápidamente llamó la atención; resultó gravemente herido a los 23 años y se convirtió en el mayor más joven del ejército español. En 1926, Franco se convirtió en el general más joven de cualquier ejército europeo. Sin querer comprometer su carrera, mantuvo una "neutralidad" política en 1931 tras la marcha de Alfonso XIII. Sin embargo, en 1933, cuando los mineros de Asturias se

rebelaron, Franco envió tropas entrenadas en Marruecos para frenar el levantamiento. Ascendió a Jefe del Estado Mayor, pero, tras las reñidas elecciones de 1936, fue enviado a las Islas Canarias. Regresó para liderar a sus tropas en la guerra y en septiembre de 1936 se convirtió en *Generalísimo* del Ejército Nacionalista. Logró unir a todas las facciones de derecha en pugna bajo una sola bandera y derrotó al Ejército Republicano en abril de 1939 (la resistencia guerrillera continuó hasta finales de la década de 1940). Franco gobernó entonces como dictador de España hasta su muerte.

Gellhorn, Martha (1909–1998)

Nació en San Luis, abandonó Bryn Mawr en 1929 y comenzó a escribir artículos para el *New República.* Zarpó hacia París en 1930, regresó a Estados Unidos en 1934 y conoció a Ernest Hemingway en Cayo Hueso en 1936. En 1937 viajó con Hemingway a Madrid para trabajar como corresponsal extranjera para *Collier's Weekly* cubriendo la Guerra Civil Española. Cubrió la guerra de Rusia contra Finlandia en 1939, viajó por China (con Hemingway) en 1940, cubrió el frente de la Segunda Guerra Mundial y la invasión del Día D, el conflicto de Java y la guerra chino–japonesa. Gellhorn y Hemingway se casaron en 1940 y se divorciaron en 1944. Aunque principalmente conocida por sus esfuerzos

periodísticos, Gellhorn también escribió ficción, incluyendo novelas y cuentos. Murió en Londres a la edad de 89 años.

Heinkel *El 111*

En 1922, Alemania obtuvo finalmente el permiso para fabricar aviones comerciales. El Heinkel *He 111* fue uno de los primeros bombarderos medianos surgidos de estos esfuerzos. El prototipo voló en 1935 y entró en servicio con Lufthansa en 1936. La versión militar de este avión, el *He 111,* se empleó en la Guerra Civil Española y, a principios de la Segunda Guerra Mundial, sirvió como el principal bombardero de la Luftwaffe. Siendo un excelente avión de los primeros tiempos, no pudo competir con los ágiles cazas británicos y, al final de la Segunda Guerra Mundial, se utilizó exclusivamente para fines de transporte. Se fabricaron más de 7300 unidades.

Hemingway, Ernest (1899–1961)

Trabajó brevemente como reportero, pero se unió a la Cruz Roja en 1918 como conductor de ambulancia para los Aliados, donde resultó gravemente herido y conoció y se enamoró de su enfermera mientras se recuperaba. Después de la guerra, Hemingway trabajó en Chicago y se convirtió en corresponsal extranjero del *Toronto Star.* Mientras

estaba en el extranjero, se asoció con un grupo de izquierda de periodistas estadounidenses radicales. Su primera colección de historias, *In Our Time,* se publicó en 1925. Su novela *The Sun Also Rises* (1926) le trajo elogios de los críticos literarios y *A Farewell to Arms* (1929), basada en sus experiencias de la Primera Guerra Mundial y su romance con su enfermera, estableció su reputación como un escritor importante. *Death in the Afternoon* se publicó en 1932. Hemingway sirvió como corresponsal de guerra durante la Guerra Civil Española (1937), donde apoyó al Frente Popular y pasó mucho tiempo con las Brigadas Internacionales. Regresó a Estados Unidos e intentó recaudar fondos para el Ejército Republicano. En 1938, regresó a España para recorrer las zonas que aún estaban bajo el control del Frente Popular. Hemingway publicó «*Por quién doblan las campanas»* en 1940, una novela superventas sobre la guerra en España. Ganó el Premio Pulitzer en 1953 por *«El viejo y el mar*» (1952) y el Premio Nobel de Literatura en 1954. Hemingway se suicidó el 2 de julio de 1961.

Mandl, Fritz (*también* Mandel)

Fritz Mandl fue un industrial austríaco y director general de la Hirtenberger Patronenfabrik, en aquel momento uno de los principales productores de armas del mundo.

NKVD (1934–1946)

Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos o Policía Secreta Soviética. Esta rama del gobierno soviético (y en especial de Iósif Stalin) se centraba en perseguir a los contrarrevolucionarios, así como en establecer y dirigir redes de espionaje, propagar el comunismo y desestabilizar a gobiernos extranjeros. También conocida como Cheka (1918–1922), GPU (1922–1923), OGPU (1923–1934), MD (1946–1954) y KGB (1954–).

Orlov, Alexander (nacido Leon Feldbin, también conocido como Alexander Berg) (1895–1973)

Participó en la Revolución Rusa de 1917, sirvió como oficial en el Ejército Rojo entre 1918 y 1920, estudió derecho y se convirtió en un implacable fiscal de los "enemigos del Estado". Militó activamente en la OGPU desde 1926 hasta 1936, cuando Stalin envió a Orlov a España como "asesor" de las fuerzas comunistas. Concluyendo que la República Española se enfrentaba a una derrota inevitable, Stalin ordenó a Orlov que ofreciera los "servicios" del gobierno soviético para almacenar "temporalmente" las reservas de oro en lingotes de la República, con la promesa de que serían devueltas inmediatamente tras la derrota de Franco. El oro del gobierno fue trasladado entonces a Cartagena, donde Orlov supervisó personalmente su traslado a una flota de

barcos rusos. Acompañó este invaluable cargamento a Odesa y luego, en tren, a Moscú. Sorprendentemente, sin embargo, y a pesar de su abrumador éxito, Orlov comenzó a temer por su vida cuando comenzaron las sangrientas purgas soviéticas. Él y su familia huyeron del país a París, donde desertaron en la embajada canadiense. Emigró a Canadá y posteriormente a Cleveland bajo su nuevo nombre, Alexander Berg, donde escribió varios libros que detallaban sus experiencias y atacaban al régimen comunista soviético. En *nuestro* mundo, Orlov/Berg falleció en 1973.

Patentar

Hedy Lamarr (entonces HK Markey) y George Antheil compartieron una patente en 1942 para un sistema de secreto de radio con salto de frecuencia que permitía mantener el control de un torpedo guiado a pesar de las interferencias enemigas. Antheil falleció en 1959, el mismo año, irónicamente, en que expiró la patente.

UFA

Universum Film–Aktien Gesellschaft. Productora cinematográfica alemana que produjo películas artísticamente excepcionales y técnicamente competentes

durante la era del cine mudo. Ubicados en Berlín, sus estudios eran los mejor equipados y más modernos del mundo.

Ley Volstead

En 1919, el Congreso aprobó la Ley Nacional de Prohibición (también conocida como Ley Volstead), redactada por Andrew Volstead, destacado miembro republicano de la Cámara de Representantes. Esta ley dispuso la aplicación de la recientemente ratificada Decimoctava Enmienda y prohibió la fabricación, el transporte y la venta de bebidas con más del 0,5 % de alcohol. El presidente Warren Harding la promulgó en 1922. El principal impulsor de esta legislación antialcohol fue el Movimiento por la Templanza. La Ley Seca resultó prácticamente imposible de aplicar y fue extremadamente controvertida e impopular entre los ciudadanos estadounidenses. La anulación de la Ley Volstead se produjo con la ratificación de la Vigésima Primera Enmienda (que derogó la Decimoctava) en diciembre de 1933, poniendo fin a la Ley Seca.

Von Braun, Wernher (1912–1977)

Fue una figura destacada en el desarrollo de la tecnología de cohetes. Ingeniero alemán (posteriormente

estadounidense) que trabajó en los proyectos del cohete V2 entre 1930 y 1944. Tras la Segunda Guerra Mundial, emigró a Estados Unidos junto con muchos de sus compañeros. Lideró la construcción del gigantesco cohete Saturno V, utilizado para lanzar las misiones Apolo a la Luna. Es cierto que, a los 13 años, causó un gran revuelo en Berlín al disparar una carreta de juguete cargada con petardos. La carreta fue impulsada varias manzanas y se incendió. Sin embargo, Von Braun fue recogido por su padre tras ser detenido por la policía local.

Wells, HG (1866–1946)

Fue considerado uno de los padres fundadores de la ciencia ficción moderna (o *scientificción)*. Sus primeras obras son bien conocidas, especialmente en la comunidad de ciencia ficción, e incluyen *La máquina del tiempo* (1895), *La isla del Dr. Moreau* (1896) y *El hombre invisible* (1897). *La guerra de los mundos* (1898) fue adaptada en 1938 por Orson Welles (sin parentesco) como una radionovela. Esta famosa emisión causó pánico entre algunos oyentes que sintonizaron después de que el drama hubiera comenzado y pensaron que los eventos eran "reales". En 1933 publicó su novela, *La forma de las cosas por venir* y más tarde escribió el guion de la adaptación cinematográfica de Alexander Korda de la guerra global, *Cosas por venir.*

Zuse, Konrad (1910–1995)

Fue un ingeniero alemán y pionero de la informática. Su mayor logro fue la finalización de la primera computadora funcional controlada por programa, la Z3, en 1941. También diseñó un lenguaje de programación de alto nivel, Plankalkül, *alrededor de* 1945. Sin embargo, esta fue una contribución teórica, ya que el lenguaje nunca se implementó durante su vida.

SOBRE LOS AUTORES

Brad Linaweaver es finalista de Nebula por su versión en novela corta y ganador del premio Prometheus por su versión en novela de *Moon Of Ice* [Luna de hielo], avalada por figuras destacadas como Robert A. Heinlein, Ray Bradbury, Isaac Asimov y William F. Buckley, Jr. Otras de sus novelas incluyen *Sliders* (basada en la serie de televisión) y *The Land Beyond Summer.* Entre sus novelas colaborativas se encuentran cuatro best–sellers *de Doom* con Dafydd ab Hugh, dos novelas *de Battlestar Galactica* con Richard Hatch y *Anarquía* con J. Kent Hastings. Linaweaver ha vendido más de ochenta cuentos, incluidos algunos a *Amazing, Fantastic, Galaxy* y muchísimas antologías. Ha escrito más de trescientos artículos, así como varios guiones e historias originales que se han producido como audiodramas y películas de bajo presupuesto. Apareció en *National Review* con un artículo sobre George Orwell. Ha escrito para revistas de cine de género como *Cult Movies, Filmfax, Femme Fatales* y *Spacemen* and *Famous Monsters of Filmland de Forrest J. Ackerman.* Brad comparte un segundo premio Prometheus

con Ed Kramer por la coedición de *Free Space,* una importante antología de ciencia ficción libertaria de los libros de TOR. Linaweaver también se enorgullece de que su obra haya sido elogiada por Ronald Reagan.

J. Kent Hastings escribió "The Information Underground Railroad", que apareció en *The Agorist Quarterly* #1, artículos para *New Libertarian Magazine,* una columna regular sobre los temas de radio de espectro expandido, cifrado y dinero digital irrastreable, llamada "Techtics", para *Tactics of the Movement of the Libertarian Left,* la novela corta "Revolution Is My Hobby" (aún no publicada) y el cuento "The Blue Light", sobre colonos del sistema solar que escapan de un estado calabozo global en la Tierra, para el boletín *Prometheus.*

CRÉDITOS Y REFERENCIAS

Hay mucha información sobre la verdadera Guerra Civil Española disponible en las siguientes páginas web. Muchos de estos sitios incluyen fotografías a todo color o en blanco y negro de mayor tamaño de la Guerra Civil Española, junto con carteles y obras de arte cuyos simulacros aparecen en el mundo de *Anarquía.*

http://memory.loc.gov/ammem/today/jul17.html

http://www.spartacus.schoolnet.co.uk/Guerra Civil Española.htm

http://www.english.uiuc.edu/maps/scw/scw.htm

http://flag.blackened.net/revolt/spaindx.html

http://www.writing.upenn.edu/~afilreis/88/spain–overview.html

http://sunsite.berkeley.edu/Goldman/Exhibition/spanishcivilwar.html

http://www.richeast.org/htwm/SCW/scw.html

http://www.arte–por–un–cambio.com/NoPasaran/espana.html

http://www.sispain.org/inglés/historia/civil.html

http://orpheus.ucsd.edu/speccoll/visfront/

http://orpheus.ucsd.edu/speccoll/collects/southw.html

http://www.users.dircon.co.uk/~warden/scw/scwindex.htm

http://www.weisbord.org/España.htm

http://en.wikipedia.org/wiki/Spanish_Civil_War

http://dwardmac.pitzer.edu/Archivos_anarquistas/spancivwar/spancivwarhis.html

http://www.guerracivil.org/ (en español)

http://users.erols.com/mwhite28/spain_cw.htm

http://www.geocities.com/CapitolHill/9820/spain15.html

http://www.spunk.org/library/writers/bookchin/sp001642/fifty.html

http://www.nodo50.org/fimpv/carteles.htm (en español)

http://www.ugt.es/ugtpordentro/guerracivil/carteles.htm (en español)

http://globalia.net/huberto/libros/carteles/ (en español)

http://guerraespana.turincon.com/ (en español)

http://www.guerracivil.org/Carteles/Index.htm (en español)

http://perso.wanadoo.es/blanroj/carteles2.html (en español)

http://personales.ya.com/altavoz/enlaces.htm (en español) (muchos enlaces)

http://www.bne.es/esp/carteles–fra.htm (en español)

http://www.blackcrayon.com

http://www.loc.gpv

Dada la naturaleza efímera de internet, es posible que algunas de las páginas web citadas anteriormente y en la página siguiente ya no existan al momento de leer esto. Encontrará enlaces actualizados a estos y otros sitios web similares en:

http://www.SenseOfWonderPress.com/anarquía_info.htm

o

http://www.RockPublishing.com/anarquía_info.htm

Si el mundo alternativo de *Anarquía* no hubiera llegado a buen término, algunos de los que pueblan sus páginas podrían haber llevado vidas no muy diferentes a las descritas en estas páginas web:

http://liftoff.msfc.nasa.gov/Academy/History/vonBraun/vonBraun.html

http://www.time.com/time/time100/builder/profile/mayer.html

http://www.ayn–rand.com/

http://www.csupomona.edu/~rljohnson/Profesional/DosPassos.html

http://www.ernest.hemingway.com/

http://www.kirjasto.sci.fi/gorwell.htm

http://www.chesterton.org/

Si bien hemos hecho todo lo posible para garantizar que las fotografías y las obras de arte presentadas en Anarquía hayan sido aprobadas tanto por los de este ámbito como por

los de Anarquía, agradeceríamos que nos informaran de cualquier elemento que hayamos pasado por alto y que deba reconocerse específicamente.

CMG Worldwide, Inc. es el representante del patrimonio de Hedy Lamarr y opera el sitio web oficial de Hedy Lamarr en

http://www.hedylamarr.com/siteinfo/terms.htm

Algunas de las imágenes de Wernher von Braun en este libro son cortesía del Servicio Histórico del Arsenal Redstone del Ejército de EE. UU.

EXPRESIONES DE GRATITUD

Este libro tardó mucho en llegar. Primero, debemos honrar a J. Neil Schulman, quien fue el padrino original de la inspiración. Él y varios otros camaradas leales están escribiendo *epílogos* para este libro, pero sentimos que él merece ser destacado.

A continuación, está el talentoso y brillante Ben Pleasants, quien enriqueció *a Anarquía* de numerosas maneras. Su conocimiento de la Guerra Civil Española fue un recurso invaluable.

También debemos agradecer especialmente a Vanessa Koman, quien le proporcionó a Brad una nueva computadora cuando su viejo modelo prehistórico se averió en medio del trabajo en *Battlestar Galactica: Paradis* con Richard Hatch y el proyecto *Anarquía.*

También queremos agradecer a nuestros padres, tíos y tías.

¡Aún no hemos terminado! Queremos rendir homenaje a Chris Haslup, quien sirvió en la guerra para liberar a Irak por motivos similares a los de los voluntarios de la República en la Guerra Civil Española.

Un reconocimiento a los seguidores de *Worldly Remains* (Ron Garmon, Jessie Lilley y Cris Phillips) por invitar a Brad a ser el representante derechista en su proyecto, mayoritariamente de izquierdas, manteniéndolo así al día sobre la retórica radical contemporánea. Por este motivo, también debemos agradecer a Lisa Fredsti.

Muchos libros habrían agotado los nombres a estas alturas, pero estamos hechos de madera más sólida. Debemos elogiar a Thomas Cron por su inagotable apoyo a la historia alternativa. No podemos olvidar a Victor Koman, nuestro hombre cohete favorito. Luego está Bill Ritch, quien tiene el historial más largo de apoyo a las empresas de Linaweaver. Lo iguala el difunto Samuel Edward Konkin III y su apoyo a los proyectos del anarquista radical J. Kent Hastings. No podemos olvidar a Tracy Tormé, quien jugó un papel fundamental en la escritura de una novela antiestalinista anterior de Brad, *Sliders: The Novel.* Ofrecemos un guiño a los creadores de la película de 1996, *Land and Freedom* [Tierra y libertad], lo más cerca que la pantalla ha estado de realizar el *Homenaje a Cataluña* de Orwell.

Con una respiración profunda, agradecemos a Jerry Jewett, Richard Kyle, Martina Pilcerova, David T. Lindsay, Morgan Griffin, Michelle Howard, Caran Wilbanks, Patricia Lucyshyn, James Sutherland, Sue Philips, Mike Everling, Big Lee, Amber Haslup, Ed Kramer, Bill Patterson, Tamara y Chesley V. Morton, Christopher Schaefer, Elayna Little, Jennifer Corbett, Kim Riley, Dafydd ab Hugh, John DeChancie, Buddy Barnett, Dana Fredsti, Steve Tymon, Warren Williams, la exesposa de Brad CCC (Cynthia–Cari Crowder) y una vez más, el padre del agorismo, Samuel Edward Konkin III. ¡Hay casi suficientes nombres aquí para proporcionar extras para una película del inmortal Fred Olen Ray! En la película de Fred, *Mom, Can I Keep Her?,* los autores de esta novela son expulsados de un restaurante chino por un gorila. ¡En serio!

Nos encanta este campo. Nos alegra que Jim Rock nos haya encontrado para Sense of Wonder Press. Y mientras construimos el futuro a partir de nuestras mejores experiencias del pasado, concluimos con una expresión de profunda gratitud a la difunta Virginia Heinlein.

Brad Linaweaver
J. Kent Hastings